



RHUAYNA

EL ANCIANO
de las rosas

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la respectiva autorización del propio autor.

Para comunicarse con el autor escribir al correo-e: rhuayn@yahoo.es

Copyright © 1996 Rhuayna

Año 2003

INDICE

I HIELO Pág. 5

II LOS ANCIANOS Pág. 18

III EL MÚSICO Pág. 31

IV DOLOR CROMÁTICO Pág. 39

V CIENCIA SIN CONCIENCIA Pág. 47

VI EL FILÓSOFO

Parte A: LAS SOMBRAS Pág. 59

Parte B: EL MAR Pág. 65

Parte C: EL SUEÑO Pág. 74

Parte D: EL TESORO Pág. 80

VII LOS HOMÍNIDOS Pág. 86

VIII EL FANGO Pág. 100

IX EL LÁBARO Pág. 111

X EL HUNDIMIENTO DE LA PIRÁMIDE Pág. 125

XI EL FANGO ESTERILIZADO Pág. 138

XII LA ANTIGUA LARVA Pág. 154

XIII TRISTEZA Y ALEGRÍA Pág. 164

XIV EL PANTEÓN Pág. 171

XV EL ¡AY! DEL VATE Pág. 183

XVI LA MAESTRA Pág. 193

XVII LA LUZ DE LA MAESTRA Pág. 203

XVIII NOCTURNA Pág. 207

XIX LA DESTRUCCIÓN DE LAS URBES Pág. 213

XX EL ANCIANO DE LAS ROSAS Pág. 220

Un viaje por los lugares más inhóspitos de la Tierra da inicio a una sorprendente aventura filosófica.

Los hombres de dos humanidades, semejantes en muchos aspectos y diferente en otros, se reúnen en las profundidades de la tierra.

Las entrañas de la tierra guardan muchos secretos. Bajo circunstancias especiales sirven de comunicación con regiones imposibles de ser ubicadas en el globo planetario. Los genes humanos no están “programados” para evidenciarlos...

CAPITULO I

HIELO

Blancura total. Pureza infinita. Pulcritud inmensa. Todo lo que signifique impoluto está reunido en el basto panorama helado de uno de los polos del planeta. Tal vez... tal vez el cielo sea una excepción, porque muy arriba en lo alto hay una suave tonalidad de invisible celeste sobre fondo gris. El blanco huele a frío, a sedentarismo cogitante, a veracidad. Sobre todo a esto último, a veracidad.

De lo incoloro el frío saca blancura. De lo inodoro, el aroma del hielo. ¡Frío, tienes el ingenio de las transmutaciones!

Desde una altura de 2 mil metros, la altura usada por los aviones de transportes que suelen atravesar por encima de ese blanco panorama polar de unos 14 millones de kilómetros cuadrados, adopta la más variada acumulación de accidentes geográficos. Este vasto territorio helado, tan grande, casi como toda Sudamérica junta, es una plataforma de interminables capas de hielo y hondas nieves, cubre extensos valles, imponentes montañas y extensos glaciares.

La inmensidad...

Ahora, hurgando en medio de esta blanca inmensidad de la Antártida, desde una menor altura que la de los aviones, desde la altura donde vuela un águila, el paisaje se desliza con la rapidez de un viento rápido. Raudamente pasan las acumulaciones de escarpa e inaccesibles paredones de una larga cadena montañosa que desaparece en la blancura nebulosa de la poca conocida lejanía. Nada hay que detenga el veloz desplazamiento que transmonta con facilidad las más altas cumbres cubiertas de hielo. Allá abajo, en una planicie dentro del mismo círculo polar Antártico, que se acerca con celeridad vertiginosa, hay algo que tal vez a nosotros nos interese: unas pequeñas motitas blancas y grises que avanzan sobre la nieve caída horas atrás. Dándole a esa pequeñez mayores dimensiones podemos enterarnos de que se trata de un trineo tirado por doce peludos perros albinos de Groenlandia. Los vigorosos animales, avanzan con rapidez, sin ladridos, respirando con la intensidad de pulmones jóvenes.

La marcha del trineo está ajustada a cierta música casi inaudible que proviene del helor. Sí, es sinfonía austral la que viene del helor, hay frío plutónico en ella y acompasa cada acto físico de hombre, bestia y rudimentario vehículo de madera. Música que identifica esta aventura de extraña manera.

¿Puede una persona común, identificar a algunas criaturas posiblemente suprahumanas, invisibles en el ambiente, que seguramente están observando con especial interés esta aventura?... Los sonidos tenues del Génesis y el Apocalipsis, se suman maravillosamente a la música polar, y esta a su vez vibra en combinación con el frío... ¿Hay manera de señalar significativamente a esas criaturas suprahumanas...? El largo día polar, que durará seis meses, ha empezado hace pocas semanas. La larga aurora también tiene otros sonidos improvisados, las usa mientras transcurren los minutos y las horas: son sonidos primaverales... Aparte, en la intimidad del tiempo, una extraña Filosofía ambiental que guarda alegrías y temores rudos desde lo antiguo, abandona lentamente la hibernación, tal parece que la vida la necesita, pero al mismo tiempo hay un letargo filosófico mucho más hondo, misterioso e inquietante, antiguo al igual que una leyenda, imposible de despertar...

Sonidos... Misterios... ¿Significa, el amanecer, lo mismo en todas partes? Aquí hay cantos, trinos, aullares... de una fauna de hielo. De una flora de hielo. Criaturas plutónicas en su dimensión correspondiente. ¿El intenso frío, es la causa de estas o por el contrario ellas son las que originan el frío superlativo?

Un suave viento susurra:

*Frío, tienes el mismo rostro del fuego,
viéndote a ti, se conoce al otro.
Ambos, bien parecidos,
son gemelos,
nacieron juntos,
conviven inseparables,
continuarán... continuarán.*

¿Cómo comprender al fuego sin el hielo? ¿En alguna parte del Universo habrá algo enteramente de hielo o algo totalmente de fuego? Un individuo de hielo, en su mundo de hielo, con amor al hielo... al descubrir el calor, al conocer el fuego, gritaría: ¡no vengas por aquí, ni siquiera lo deesses! Habría espantos, habría terror y extinciones de pesadilla... ¿En vez

de espantos porque no escoger transmutaciones?... ¿Porque no cambiar los miedos por una comprensión profunda de la vida? Y la criatura de un ambiente pírico, no sabría otra cosa que de fuego, lo correcto y lo incorrecto sería de fuego, sus gustos y disgustos de fuego, sus dioses y sus demonios de fuego, sin otra alternativa. Soñar con el apagarse de sus llamas lo llenaría de locura. ¡Ah, es necesario transmutar!

Ignorarlo... Ignorar lo opuesto no arregla nada... Es mejor enfrentarlo.

Hielo hasta el tuétano, hielo cada vez más pesado. Sucede que los perros haladores son sensibles a las variaciones atmosféricas esas, a esas variaciones que se modifican poco en milenios, variaciones atávicas, pero no les afecta, están bien alimentados, tienen el calor del amor humano como guía y aceleran la marcha. El trineo, otra criatura animada por leyes diferentes a las humanas o a la de los animales, comparte el ánimo dinámico y diligente del viaje. Encima, detrás de toda la carga compuesta por víveres, una tienda y otros objetos esenciales para sobrevivir en ese hostil paraje, el conductor, una corpulencia blanca, excepto por las gafas oscuras, maneja las riendas con amigable severidad. Si pudiéramos ver los ojos de este, tras el cristal ahumado que los oculta, nos encontraríamos con un infinito mutismo interior, algo que espanta o apetece, pero realmente desconocido, imperturbable. Contempla la ruta que sigue, anticipando intuitivamente cada detalle, reconociendo de memoria los accidentes resaltantes del terreno que en oportunidad pasada se le explicara con abundancia de detalles y así empuja el viaje, sin necesidad de mapas. Esto... porque es la primera vez que viaja por esos lugares soberbios y tan vacíos de vida, muy lejos de toda ruta conocida. El aliento se congela en su máscara.

La música del helor puede percibirse con sentidos especiales, o en último caso con sentidos educados para ello. El viajero posee estas últimas cualidades y con ello traduce metáforas cósmicas de sinceridad, de amor; de insondable amor. Hay amor en cada átomo de sinfonía. Amor comprendido y vivido verdaderamente. Uno tiene que ser el mismo amor para poderlo expresar así. Uno tiene que ser el mismo amor para poder oírlo así, olerlo así, palparlo así, verlo así, pensarlo así, intuirlo así, saberlo así.

Terrenos vírgenes, de soledad milenaria, exquisitos para el auri-ga. Retrocediendo algunos días atrás, dos semanas exactamente, podemos enterarnos del motivo por el cual él viaja desacostumbradamente solo por terrenos exageradamente yermos, en un enorme trineo confeccionado

en dura madera. Su hermano, escasamente dos años mayor que él, se extravió de la manera más extraña en ese helado continente, en una zona de vientos permanentes y poco o nada explorado, mientras investigaba el porqué de unos fenómenos que intrigaba al grupo de científicos del que él era parte en la Base Científica Polar *Ice*, de propiedad de un consorcio privado. Se le buscó minuciosamente con todos los medios disponibles, con resultados negativos. Abandonada la búsqueda después de varios meses, y perdidas las esperanzas de encontrarlo vivo, sólo su hermano menor, con su característica intuición consideraba que aún no habían buscado en el lugar correcto; al enterarse que se le negaría dirigir un grupo de rescate en la dirección acertada, optó por realizarlo él solo, en secreto... Secreto compartido tan sólo con el amigo de la infancia, con el amigo de siempre y coincidentalmente colega de su desaparecido hermano; difícilmente logró convencerlo, con la condición de que se comunicaran con un potente transmisor en el horario convenido. Sin experiencia en terrenos de hielos permanentes, con tan sólo la rápida instrucción vital que se le suministró apuradamente, y con un rústico trineo de cuatro metros de longitud a falta de un autonieves que sería lo más aconsejable, a la semana de viaje, a unos 100 kilómetros del punto de partida, de la manera más casual, ¿casual?, casual para la comprensión común porque todo tiene una razón de ser, el intuitivo aventurero, transmitió el contenido de un inconcluso escrito encontrado bajo una delgada capa de nieve congelada junto con unas vitallas desechadas y restos de comida:

*...me siento raramente inquieto, no sé por qué...
Algo dentro de mí, me incita a escribir de esta
manera...: nostálgica. Siento muy dentro de mí
un pesar... Siento como si me estuviera despi-
diendo de todas las cosas que conozco; ¿Mori-
ré en esta empresa?
Es posible qu esta sensación se deba al cansan-
cio, al monótono panorama que no cambia...
Comprendo que es desacostumbrado para mí el
aburrimiento, nunca he tenido un momento de
ocio no creador y esta circunstancia es por de-
más rara. ¿Cómo será la muerte? ¿Será doloro-
sa o rápida?... ¡Vamos! ¡Dejemos estos pensa-
mientos lóbregos y seamos optimistas! ¡Debo
pensar en positivo y el triunfo vendrá!*

Al grano... A cuatro días de la base, antes de acostarnos a dormir, yo y mi fiel ayudante esquimal Turno, a quién conocí en Groenlandia en un viaje anterior de investigación, presenciábamos una hermosa Aurora Austral. ¡De pronto, esa "cortina coloreada" pareció bajarse del cielo y convertirse en un indescriptible torbellino luminoso...! Ante el cuál nos sentimos embozados. En mi vida había sentido yo tanto... tanta emoción, que me olvidé de apuntar la sucesión de detalles que se sucedían vertiginosamente en el interior de esa "luz rotante". Nuestros autonieves dejaron de funcionar. Repito, ese fenómeno desconocido fascinaba, hipnotizaba. ¡Nos agradaba... no de manera morbosa!...

Hasta aquí el texto, de letra familiar, cortado cuando se derramó encima de él chocolate caliente, las manchas oscuras así lo indican. Es importante añadir que la carta es ilegible en un párrafo de diez líneas después de la línea inicial.

Ese mismo día, un poco más tarde de esa transmisión, la voz del aventurero, también comunicaba, al igual que su hermano desaparecido, que estaba presenciando el mismo fenómeno luminoso mencionado en el manuscrito. Y desde aquí surge un mutismo permanente para ambos personajes que acordaron comunicarse regularmente.

El intuitivo conductor del trineo, considerando malogrado el instrumento de comunicación o averiado momentáneamente, vio alejarse a la visión luminosa en dirección sur y perderse en la bruma lechosa. Apuró a los perros para seguirlo.

Dos semanas después, continúa el seguimiento del torbellino de luces. Allá adelante el enigma, día con día prosigue alejándose, adentrándose al corazón del polo sur, hundiéndose en desconocidas regiones del gigantesco helor. Y la música aún va con magníficos acordes, siempre enmarcando la aventura; pronto alcanza el pináculo de lo excelso: si los mortales comunes pudieran oírla morirían.

El trineo apura mayor velocidad. Sucede que el hondo mutismo del auriga es lo único permanente; la exaltación anímica y síquica de los prodigiosos sonidos parece afectarle en lo mínimo. Parece ignorarla. Parece no importarle. Pero... tal vez sea oportuno aclarar que el trascenden-

tal acorde ambiental ¡es el mismo que vibra en su insondable interior! Bellezas. Delicias. Misterios... Misterios inagotables.

Misterios... Misterios... Misterios sonoros que aterran por su veracidad.

Los acordes trascendentales hacen una pausa inesperada cuando debajo del trineo el hielo cede y se hunde. ¡Surge una grieta, al igual que una bocaza insaciable de hielo, tragándose al vehículo y arrastrando a los *huskies* hacía las profundidades! El dueño de la inmutable mirada al sentirse caer da un salto ayudado por un reflejo automático, intenta alcanzar uno de los bordes de la grieta... y sin lograrlo desaparece.

La pujante aventura, que un minuto atrás hendía la extensa plataforma de hielo, ha acabado. La presencia humana y la de los animales, por esos parajes es rara, y las únicas vidas que se han atrevido a transitarlo después de muchos meses, o tal vez años, se han extinguido sin gloria; el ártico cobra un tributo muy caro desde lo antiguo. Sin el manido manto de nieve las azules paredes aceradas de la fisura, se antojan tétricas; paulatinamente oscurecen y desaparecen en lo hondo. De allí abajo viene un aroma trágico... ¿Y acaso, el velado aullido de un perro?

Hielo impredecible... Aguzando todos los sentidos, en ese vaho trágico salido de las profundidades de la grieta, pueden verse formas incorpóreas, o más exactamente, criaturas con descripción síquica... Es difícil encontrar en ellas características humanas. Estas formas incorpóreas tienen un universo propio y parecen turnarse en el mundo físico de hielo de acuerdo a los acontecimientos... ¡Son, realmente, la parte síquica de los acontecimientos! Y bien que ellas evolucionan al compás de la inigualable música, conformando aisladamente pequeñas metáforas y en conjunto toda una enseñanza filosófica y mística, combinada con ciencia y arte. Las criaturas síquicas en el momento desgraciado del aventurero, representaron un exquisito drama sonoro de crisis, de prueba, de tentación, de pecado. Un hermoso fragmento melódico de autoobservación humana en la que pesó el sueño más que la vigilia, en definitiva el resumen de una caída... sicológica.

El hielo cruje eternas verdades. Tiene en sí, como un sabio sin edad, acumulados en todo su espesor, gran parte de los sucesos terrestres de los últimos millones de años. El hielo es un archivo pormenorizado de la historia planetaria, capa a capa. Un oído intuitivo, sintonizando una capa cualquiera, podría percibir sobre los magníficos ejemplos de la vida de entonces, las costumbres, los hábitos, el progreso, la barbarie... en fin la

calidad y cantidad humana, siempre enmarcada con su respectiva sinfonía. ¡Toda una ópera gigantesca!

La atmósfera blancuzca gime:

*¡Hielo imperdonable!, lo sabes todo...
Huir... ¡Intento huir de tus archivos
y no puedo!,
Prefiero la intimidad secreta,
mía, y no puedo.
¡Dioses enseñad!
¿Porqué vuestras vidas no tienen
lugar ahí, en esos archivos?
¡No! ¡No! ¡Ustedes se informan allí!,
de acuerdo a ello juzgan,
y también... apuntan algunos
comentarios allí.
¡Enseñad... enseñad!
¿Cómo adquirir privacidad propia?
¡Enseñad! ¿Como ser libres
y en que momento?!
¡Borrad... borrad los archivos humanos!,
archivos dolorosos.
Borrad, también los míos.
¡Hacednos libres! ¡Libres!
¡Enseñadnos!*

La nieve empieza a imperar sobre el hielo. De la grieta, donde desaparecieran los perros y el trineo con toda su carga; del borde mismo, surge una mano enguantada, enseguida un rostro pálido protegido por unas gafas y finalmente todo un cuerpo que tirando de sí se deja caer al borde de la ominosa grieta. Sí, es el mismo osado que salió en busca de su hermano, y aún tiene la oportunidad de... vivir. En el momento del accidente, cuando brincó del trineo, fue a dar contra una dura saliente de hielo, de unos cincuenta centímetros de ancho, a siete metros de profundidad. ¡Qué afortunado! En ese precario asidero, la avalancha de nieve amortiguó su caída, luego resbaló y quedó colgando; desde esa difícil posición, vio desaparecer, su trineo y a sus fieles perros. Es imposible que de allí abajo, luego de una caída semejante, algo vivo pueda volver. Y desde ese punto venturoso, trepando ayudado por su filoso cuchillo, picando el hielo para

hacer agujeros donde colocar pies y manos, al osado le costó dos horas salir; librar la trampa requirió de un esfuerzo lento y continuado y en todo momento se presentó el peligro de caer.

El aventurero, boca arriba, enfoca la amplitud del cielo. No está agotado, el hecho de permanecer así, acostado, es más una actitud de agradecimiento a la vida. Nieva, los copos le dan en la cara. Luego de algunos movimientos corporales, que le indican una ligera contusión en la espalda y cuello, decide sentarse y cruzar sus indómitas extremidades inferiores.

Las paredes cortadas a pico de la grieta, causarían estremecimientos a otro que no tuviera una singular serenidad luego de un grave percance, sin duda que alcanzan las mismas entrañas del glaciar. La nieve cae insistente después de varias horas de calma y un viento aumenta de velocidad minuto a minuto.

La grave indiscreción que la vida le ha ofrecido al enigmático aventurero, no le arrancó la menor mueca. Tal parece que la tragedia no le ha alterado en nada. ¿Qué no le importa el fracaso? ¿Cómo saberlo? ¿Qué piensa? ¿En qué piensa? ¿Qué planes tiene para enfrentar a la inmensa y despiadada jungla de hielo lejos de la base científica de donde saliera y lejos de cualquier otra base, sin alimentos, sin un cubículo donde guarecerse del mal tiempo y sin un vehículo apropiado y posiblemente sin esperar ayuda de nadie? Todo parece haberlo sopesado sin razonamientos, sin cálculos cerebrales, con su mutismo acostumbrado. ¿Piensa sin pensar?: Qué extraña manera humana, la de él. Según esto último, el infierno blanco, es solamente un fragmento de intuición.

La nieve agrada. El microscópico universo de cada copo irradia preciosos haces de luz no visible. Los copos están compuestos por infinidad de cristales maravillosos. Cristales tallados con inspiración sideral. Poseen, en su transparente cuerpo, fragmentos pertenecientes a todos los lugares del universo, todas sus maravillas están condensadas poéticamente en ellas. Sus luces, reflejadas del ambiente, traducidas en sonidos, son milagros de portento y se reúnen acumulándose con majestad y sin confundirse. Los cristales son prismas maravillosos y dan la música permanente del hielo.

Los blancos copos, caen con la deliciosa precisión de la serenidad sobre el aventurero. Ha cerrado la silenciosa mirada y toda su lucidez se embarca en un viaje hacia sus inexplicables interiores. Allí dentro de él... se suceden realidades tan sencillas como la propia nieve o tan complejas como el infierno blanco; realidades que lo renuevan y lo llenan de energía

desbordante. Un simple ejercicio interno que alimenta la voluntad y alivia las magulladuras. Luego continúa su marcha hacia el sur. Ese acto de repentina lucidez sacada de lo desconocido y la decisión de continuar con su propósito, arranca guturales exclamaciones en un ente síquico escondido tras la sinfonía polar:

¡Insensato!... ¡Insensato...!

Tétrico. Sugiere desgracias por venir. Incita la “madures”, de regresar. Impone la duda.

Larga caminata, dificultosa por la suavidad de la nieve fresca y peligrosa. El enigmático errante se hunde hasta las rodillas. Gracias a su grueso traje sintético, presurizado y térmico, diseñado por él mismo, la baja temperatura de menos de 30 grados Celsius, no le afecta en lo mínimo. Se desplaza durante horas sin encontrar un refugio donde descansar, acosado por un viento con turbonadas momentáneas de 110 kilómetros por hora y que le instan a gatear por momentos. Por la celeridad que lleva, es obvia su extrema fortaleza física: en ocho horas en ese inhóspito paraje ha cubierto la distancia de 30 kilómetros. Se acerca a una escarpa.

Después de la escarpa surge una pendiente difícil; resbalosa. El reacio viento empeora las dificultades de desplazamiento por la pendiente. La falta de *crampones*, un aditamento especial de metal que atado al calzado sirve para andar sobre terrenos helados, limita su desplazamiento; se permite resbalones controlados. Vienen accidentadas y peligrosas caídas de terreno, que salva por milagro y finalmente se le cierra todo camino cuando llega a un despeñadero poco menos que vertical de 50 metros de profundidad y que se extiende de este a oeste por muchos kilómetros. Para llegar a la base del precipicio y continuar, se necesita de todo un complejo equipo de aparejos para alta montaña. El viento incrementa su furia.

Todo el despeñadero es barrido por el ímpetu eólico. La nieve se vaporiza con cada ráfaga al estrellarse con el extenso murallón vertical del precipicio. Las ráfagas violentas, con cada arrebato, proyectan figuras fantasmales, agresivas, intimidantes y luego desaparecen... mejor dicho, antes de desaparecer usan la tormenta como voz:

...¡Atrás!... ¡Atrás!... ¡Vuélvete!...

El murallón no es una inexpugnable masa helada, una mirada serena y perseverante puede distinguir en él un gran surco oblicuo casi invisible por el hielo y la nieve, ofrece una accidentada gradería natural: necesaria para descender hasta la base. El surco se inicia en una hondonada al

borde del despeñadero y resbala hacia el este, como una enorme cuchillada en un costado de un queso. El singular hombre, luego de un esforzado trabajo, arrastrándose temerariamente y evitando ser lanzado al vacío, brinca dentro del gran surco. La abertura de unos 4 metros de profundidad, en ese punto inicial, pues tiene una anchura variable alcanzando los 50 en algún punto del murallón, da un magnífico abrigo contra el huracán.

Si el temporal amainara, de seguro que mostraría un magnífico panorama blanco, no menos hermoso que una campiña soleada en el trópico, todo depende de quién la observe. Después de un breve reposo, el enigmático viajero, ha ido descendiendo por una media hora... ¡cuando de repente siente que el piso cede y se abre un hueco bajo sus pies! ¡Oh, no; otra vez! ¡Manotea con la intención de sujetarse de algunas filudas aristas congeladas! ¡No lo consigue! ¡Cae unos metros en el vacío, junto a una diminuta avalancha de nieve, luego golpea hielo y resbala rodando y dando tumbos por una pendiente!

El hombre cuida de no golpearse puntos importantes de su anatomía, lo que lo inutilizaría. Su rápido desliz alcanza el fondo y allí se detiene boca arriba, atontado. “¡He caído dentro de una gruta!”, se dice luego de repasar el entorno y contemplando el alto techo que extrañamente tiene el aspecto de un verdoso paladar canino. ¡Y el colmo de los males, no hay manera de alcanzar el hueco por donde cayera, ha quedado muy en lo alto y escondido tras un promontorio de rocas! La poca luz que ilumina la lóbrega estancia, es la única y viene desde allí.

¿Qué sucede en el interior del osado? ¿Cómo averiguar sus emociones, sus sentimientos? ¿Cómo saber sus intenciones... sus sorpresas? Todo en él es mutismo; mutismo síquico, mutismo corporal, mutismo facial, mutismo total.

La gruta tiene aproximadamente 70 metros de diámetro, y la corpulencia huamana de quien ha roto su milenaria tranquilidad, no es más importante que una de las más pequeñas e inertes rocas que abundan en su interior.

La gruta, una gran oquedad rocosa bajo tierra, se extiende de norte a sur o viceversa. Otros dos pequeños corredores parten de ella, una que se dirige al este y otra al oeste. La gran oquedad, tiene la forma de una cruz, y no hay idea de su longitud; posiblemente cada brazo se extienda por muchos kilómetros... En algunos puntos, las paredes de roca se combinan con las de hielo. El blanco verdusco del hielo, vibra... vibra de manera muy distinta al del exterior; tañe inaudibles sonidos sepulcrales. Cierta inconfundible vientecillo síquico arrastra temblantes reminiscencias.

Reminiscencias antiguas... tan antiguas, trata de exequias neuróticas...
¿Qué misterios guarda la gruta?

Aullidos infrahumanos muy hondos, milenarios, alternan con siniestros chillidos siderales cuando el aventurero decide explorar la caverna que se dirige al sur. Una escalinata natural le hace descender decenas de metros hasta el fondo de una prolongada cámara; la luminosidad también baja, un poco, sin empañar el entorno. Allí en el centro de esa inmensidad hueca, se tumba en el duro piso boca arriba y extiende sus extremidades emulando a una cruz o a una equis con su cuerpo. Esa forma de yacer en el piso, recuerda a una *runa*, a una posición corporal utilizada por los adeptos de secretos templos sagrados; sirve para la interiorización. Tal vez aquí está la explicación de su extraña fortaleza física y síquica. Hasta el momento, nada en él indica que está extenuado, o que tenga los músculos adoloridos por el incesante trajín y los golpes recibidos, o que también tenga hambre... ¡Es una perfecta máquina humana, controlada eficientemente por una vigorosa voluntad! Voluntad que transmuta la materia síquica en energía física, lo suficiente como para mantenerlo con el dinamismo presente. ¡Sus células se nutren de luz venida de su interior!... Pero ¿por cuanto tiempo? Su peso corporal se ha reducido mínimamente, en algunos pocos gramos; un organismo normal habría perdido varios kilogramos de peso.

El aventurero, con un perfecto silencio síquico inducido, abandona su cuerpo físico convertido en un singular cuerpo energético. Lo aureola su voluntad que en este caso toma una sutil luminiscencia agradable. Luego se pone a contemplar su cuerpo tridimensional, allá abajo, dentro de gruesas ropas; en esto es distraído por un espectacular gruñido venido del sur. Sin peso flota en esa dirección... y repentinamente se topa con una ¡monstruosa criatura, también energética!... ¡Indescriptible! ¡Espantosa! Hedores sofocantes la rodean. Viéndolo bien, es una masa energética, como una bestia cuadrúpeda, llena de bríos destructores.

El monstruo se abalanza contra el recién llegado con ansias homicidas, pero es frenado por la corta longitud de una gruesa cadena atada a sus bárbaras patas con aspecto de candentes muñones... Ruge: ¡Después de todo, ese advenedizo será su víctima, más tarde o más temprano, porque para seguir adelante tiene que cruzar el estrecho paso donde se recuesta permanentemente! ¿Es posible?: ¡Aqué! desconocido lo mira falto de temor, inmutable, analizándolo! Es más su misteriosa mirada parece adentrarse dentro de él, inquietándolo.

Gruñe la bestia con un intento desaforado de alcanzarlo; la cadena chirría tensa en su tope. Escupe una baba ponzoñosa, execrable, difamatoria. Ese veneno sin atinar se evapora en forma de nubes neuróticas y ya inocuo se disuelve. Atrona la estancia con un rugido. Gimen las entrañas de la gruta.

Tras la bestial criatura hay algo inadvertido... Un vaho neblinoso tan denso como la noche esconde un enigma... que se disuelve luego, cuando surge un musculoso personaje cogiendo la cadena del engendro por el extremo opuesto...

La energética realidad del aventurero, ve desaparecer al terrible monstruo tirado por el corpulento individuo. Intenta seguirlos, pero poco puede hacer porque poderosos efluvios, cargados de misterios, lo repelen. Sin porfiar vuelve a su anatomía dormida. Ya despierto, apresura el trecho que lo sacará de esa cámara subterránea. Sí, en la misma dirección por donde desapareció aquella bestia...

Luego de una breve reducción del diámetro de la gruta, se abre una nueva cámara, más extensa que la anterior, provista de maravillas téticas. En principio, una hilera de carámbanos pendientes del techo y su contraparte en el piso, con agudas puntas, dan la ilusión de unas furiosas fauces hambrientas.

Mundo de discordia. Mundo de ludibrio. Hay hondas penas que remolinean en el interior de las absurdas fauces, dolores antiguos que se van desintegrando con infinita lentitud a medida que el tiempo pasa. La cámara es amplia y está provista por numerosas esculturas de hielo de varios metros de alto. La belleza estilizada de estas anonada. Sus minuciosos detalles, sorprenden. Son magníficas esculturas de un tiempo pasado, preservadas por el perenne frío. ¿Qué significado tiene todo esto en un lugar tan apartado y escondido de todo? ¿Quiénes son sus autores, y por qué las construyeron?

Las esculturas evocan poses humanas. Las hay en situaciones virtuosas, adoptando excepciones místicas, auspiciando realidades filosóficas. Algunas toman actitudes artísticas y abstracciones científicas, y sobre todo, ostentosas muestras de santidad. Otras, transcurren en faenas diarias como el de jugar o comer. El centro de todas estas abstracciones, es sin duda, una imagen de dios... de un dios antiguo... Las impresionantes esculturas, en un momento dado, improvisan dejando salir de sí hedores síquicos espantosos, repulsivos ¡y con ello ambientan la proverbial sala por largos momentos!

La diferente intensidad maloliente salida de las tallas, parece indicar que todas ellas no fueron hechas en un mismo momento sino que cada una de ellas tiene una antigüedad diferente. Las más estentóreas y persistentes son las más viejas y las tenues y breves las más recientes, median entre ambos siglos de diferencia. ¿Acaso esto, también, indica que las primeras fueron hechas por individuos con identidad síquica más prominente? Las esculturas, dentro del silencio de la gruta se quejan..., duelen... ¡Vaya coro espeluznante!

Nada se le escapa al misterioso visitante, es evidente que asimila cada detalle de insospechada manera. Está emocionado por la magnífica manufactura de las tallas. ¡Son magníficas! ¡Anatómicamente perfectas! Su número, algunas decenas; auspiciosamente ubicadas en la amplitud de la cámara. Las tallas, gimen:

¡No hurgues en nuestra intimidad; no!
¡No hurgues en nuestros secretos; no!
¡Ignóranos! ¡Idos!... ¡Volved!...

El hielo cruje. El hielo gime. La gruta... acumula alaridos atómicos. Acumula quimeras... insospechadas quimeras, con aparente significado sideral. Acumula oscuridades... oscuridades atemorizantes. Oscuridades infinitas.

El hielo... el hielo...

Pero ¿qué es eso que llama toda la atención de la mirada inmutable?

CAPITULO II

LOS ANCIANOS

Sombras... Sombras... Abundantes sombras lo embargan todo. No son sombras nocturnas, pero se parecen a ellas como en lo más cerrado de una noche. Son sombras permanentes. Son sombras del subsuelo. Es negro solemne embargando el extenso espacio de una gruta. Es el fondo dominante que sirve de marco a las conversaciones de dos desconocidos personajes, sentados alrededor de un pequeño fuego. En el piso, este fuego, arde sin llamas manando de un pebetero de cristal; ilumina tenuemente las exóticas estalagmitas cercanas y un paredón de roca. Gracias a la pequeña luz, a su vez, las estalactitas del altísimo techo abovedado destellan como estrellas en el firmamento. El ambiente resuma a tranquilidad, a solaz.

Los dos individuos adultos, vestidos con apretados enterizos de una especial tela plateada, contemplan el fuego. Tienen las piernas cruzadas en el piso.

—Este fuego me calma. Me ayuda a reflexionar serenamente — apunta uno de ellos, lo dice como para sí, en voz baja.

—Es verdad. Me sucede lo mismo — replica el otro.

Las voces, las palabras, antes de pronunciarse se anticipan en sus semblantes como una visible aura. Los ecos vibran después, y continúan hasta perderse en las sombras.

—Estos momentos son especiales para mí... — continúa el primero.

—Lo es para todos — interviene el segundo con amistosa sobriedad.

—No lo olvido. A todos se nos inculcó, desde la infancia, a buscar la paz interior. Debemos buscarlo en lugares especiales, en los lugares solitarios, en la naturaleza virgen, en el solaz perfumado de los remansos, en fin en todo lugar apropiado. ¡Estoy embelesado!

—Y preocupado respetado Quirón.

—Es verdad. Me tiene preocupado Orión. El y sus hombres no vuelven. Según mis cálculos, ya debieron estar de vuelta.

Los hombres concentran su atención en el fuego azulino. Es un fuego limpio, sin impurezas. No es un fuego que calienta, es un fuego con llamas que sólo dan luz. Es un fuego originado por combustión magnética. Exhala selecto perfume. Ambos hombres permanecen pensativos un momento. Es notorio el mutuo respeto entre ambos, hay algo más que amistad en ello. Uno casi anciano, cano y delgado, el otro mucho más joven, de cabello oscuro, alto y especialmente musculoso.

—Perseo ¿Sabes? —suenan grave y dubitativa la voz del cano— Espero que, lo que voy a decirte, me libere de la tensión que me oprime... Hasta este momento no me atrevía a mencionarlo y creo que es necesario afrontar la realidad... ¡Temo que la expedición hacia el norte fue todo un fracaso! Siento aquí, en mi pecho... en mi corazón un dolor, una punzada de arrepentimiento...

—Calma. No debes sentirte así. Ellos... habrán tenido algún contratiempo de más. El azar surge en cada paso del camino, especialmente en este tipo de misiones. La gruta por allí es extensa, muy larga y abundante en peligros; así está escrito en el antiguo mapa que menciona donde está escondido el sagrado *Lábaro*. Bien sabemos, que la gruta se prolonga hasta mucho más allá de la tierra de hielo.

Un suspiro del anciano significa: El Yermo de hielo: ¡El doloroso infierno blanco! Y arguye:

—Temo haberlos sacrificado... ¡Presumo, respetando tu bien intencionada actitud, que han fracasado! ¡Hemos fracasado! ¡Ya podemos considerar, a cada uno de ellos, como mártires del venerado *Lábaro*!... ¡Es mucho el tiempo transcurrido!...

El dolor en el anciano es intenso. Y con el acto de levantarse de su asiento le pide al otro hombre que lo imite. Este se le adelanta y tomándole del brazo le ayuda a ponerse en pie, al mismo tiempo que le va repitiendo tranquilizador:

—Volverán. Esperemos. Es importante esperar con paciencia. De nada servirá preocuparnos más de lo debido... Tú, Venerable Quirón, nos inculcaste la esperanza. Y esa esperanza hasta ahora nos ha ayudado a sobrevivir... Sí, Venerable, hemos logrado sobreponernos a los grandes esfuerzos que hacen... nuestros enemigos para destruirnos. Esa esperanza nos dará un mundo mejor. ¡Volverán! ¡Debemos ser positivos!

La convicción del anciano se manifiesta en forma de un cansancio no usual en él. Torpemente coge el pebetero y, con una orden pensante, apaga el fuego, pero antes se ha colocado unas gafas que traía colgadas del cuello. Las gafas son especiales, sirven para ver en la oscuridad,

emiten haces de fotones ciegos, fotones de luz ciega, en todas las direcciones; los impactos de los fotones en las superficies son traducidos luego por un diminuto complejo electrónico que proporciona imágenes reales de esas superficies en el cerebro. Ambos personajes desandan el camino que los llevó hasta allí dos horas antes; en silencio recorren una senda rodeada de maravillas espeleológicas; las combinaciones naturales de roca, cristales, y metal primitivo, arrancarían exclamaciones de júbilo en una oportunidad alegre. Las más variadas formas milenarias y con la delicada euritmia onírica que le pudo dar un artista celeste, se encuentran reunidas en una corta extensión de gruta, si tomamos en cuenta que esta mide cientos de kilómetros de largo, tal vez miles.

¿Cómo explicar con realeza toda la magnitud de la explosiva sutileza marina del oleaje plasmada en verdosa roca? ¿La poesía podría adoptar unos versos que significarían verdaderamente una caída de agua, continuado por un río y finalmente escanciado en un remanso... totalmente de cristalino cuarzo azulino? ¿En que pentagrama se podría escribir el melodrama para dos árboles de carnotita violácea; el uno erguido y el otro talado? ¿Y allí en el cielo, estalactitas de rubí y roca vítrea, son el vivo ejemplo de un fuego pirotécnico en expansión?... ¡Y hay más portentos en una porción de tan sólo diez kilómetros!

Los dos hombres, llegados a cierto punto, activan un rayo que los cubre con un cono luminoso. Bajo los efectos de esa luz desaparecen, para luego, inmediatamente, reaparecer en el interior ovoidal de una burbuja de cristal de unos 20 metros de diámetro y provista de asientos con el color del metal. Escasos segundos después otros cinco personajes surgen junto a los dos hombres, teletransportados. La irrupción de estos, sorprende al anciano Quirón, quién no tenía en su agenda una reunión parecida, y exclama preocupado:

—¿Qué significa esto? Perseo, explicámelo.

—Como lo puede ver, Venerable Quirón, estamos bien pertrechados y armados. No me interrumpa, le ruego... Seré escueto: entre nosotros, no podemos esconder lo del fracaso de la expedición al *Lábaro*, nos sentimos tristes por esto. Y en secreto, que nos perdone su dignidad, hemos organizado una nueva expedición...

”Todo, porque sabemos que sin el *Lábaro* ¡nada podremos lograr!... Seremos el sinónimo del fracaso sin él. ¡Sin el *Lábaro* Jamás podremos vencer a nuestros enemigos de la superficie! Los usurpadores continuarán sin castigo... aquellos que hace sesenta años nos obligaron a refugiarnos en la Gruta Madre...

Los cinco hombres son magníficos exponentes preparados para un evento como el previsto, abundante en peligros y obstáculos. Visten ajustado enterizos negros. Cargan, sobre hombros y espalda, con mochilas y ballestas negras; parte de sus pertrechos abultan varios bolsillos con invisibles cierres.

El anciano los observa sin expresiones. Trata de penetrar dentro de las oscuras máscaras, que les cubre totalmente las cabezas, intentando identificarlos.

—Su Dignidad, debe saber que estos hombres son lo mejor de *El Selecto*.

El Selecto, una fuerza civil con características muy especiales, sin nada de castrense; huelga decir que lo castrense hace mucho que fue eliminada de la sociedad. Existe en ese grupo especial, una obediencia mística, un respeto total a la jerarquía y los valores humanos y concientivos que esta respalda.

Al anciano se le da el tiempo necesario para meditar. Luego este rompe su silencio un tanto inquieto:

—No puedo permitirlo. No puedo sacrificar más a mis mejores hombres, y menos ahora que hemos decidido combatir abiertamente a Blaal. Después de decenas de años de intensa preparación, necesito de todos los hombres...

—Sin el *Lábaro* no podremos vencer. La victoria está de parte de ellos.

—No puedo permitirlo. ¡Les pido a todos ustedes que abandonen lo imposible...! ¡Ya hemos sacrificado en “esta aventura” del *Lábaro*, lo repito, a muy buenos hombres!

Quirón nunca ha estado tan severo. Y Perseo nunca más sereno al responderle:

—Su Dignidad, ¡nada nos detendrá! Y no llame a nadie, porque nadie acudirá a su llamado. Hemos tomado todas las previsiones... Iremos tras el *Lábaro* a pesar de todo. Nada nos podrá detener.

El anciano sonrío sin cambiar su negativa:

—¡Obstinado! Esa cualidad tuya, en momentos delicados como este, siempre me ha agradado. Te puedo decir, ¡que hasta me ha fascinado! Sé que nada podrá detenerte, pues lo que decides lo llevas hasta el final. Eres vehemente cuando lo llevas a cabo —y ya serio completa—: Me haces mucha falta aquí, pero en fin... yo veré como me las arreglo sin ti. Recuerda que son dos largos meses, en el mejor de los casos, de difícil viaje. Allí adentro, en las tinieblas de la gruta, se encuentran formidables

peligros desconocidos capaces de hacer retroceder al más audaz... No tengo que decírtelo pero el afecto que nos une me obliga.

”La mayor parte de la gruta es inexplorada... Espero que registres todo el recorrido, necesitamos de un mapa exacto. Bien sabemos que no podemos utilizar de nuestras máquinas de alta tecnología para ello, pues nos descubrirían desde la superficie.

—Nos preparamos para toda eventualidad posible. Su Dignidad, sólo respiramos el éxito...

—Bien. ¡Qué esperan: idos! Pero... ¡un momento!

Algo, en uno de los hombres, ha llamado el interés al anciano. El aludido es más bajo que los restantes, menos corpulento...

—¡Muchacho! —gruñe el Venerable— ¡Quítate la máscara!, quiero saber quién eres. Espero que lo que te estoy pidiendo no sea un imposible.

El aludido obedece... La máscara deja al descubierto un rostro de mujer y muy hermosa, de cabellos rojos e indefinibles ojos verdes. Un suave perfume inunda la estancia. El anciano sin mirarla apura:

—¡Atenea! ¡Sangre mía! ¡Nieta mía! Una sorpresa más... ¿Cuántas más me dará *El Selecto*?... ¿Cómo impedir que vayas, nieta mía?, no me gusta que tú estés metida en esto... Tu espíritu indomable... te ha puesto nuevamente en una aventura peligrosa. Sé que nada de lo que te diga te hará desistir..., todos mis rezongos de nada me servirán. Y no me queda otra cosa que desearte mucha suerte, como a todos los demás —aquí sucede una pausa meditabunda y luego—: ¡Cuídate, hija mía! No confíes tanto en tu excelente destreza. Pon en primer lugar tu rara intuición.

La abraza paternalmente. Y la despide. Cuando se han ido los seis valerosos, el Venerable se repantiga en su asiento cansado y abrumado. Es el momento en que la filosofía debe ocupar su mente antes que la nociva nostalgia; así lo hace y enfoca el presente con la lógica de primer ciudadano de su país. Severo y sereno, sus pensamientos ordenan una pantalla tridimensional que inmediatamente se materializa delante suyo; en ella puede ver y pasar revista al eficaz entrenamiento al que se someten sus selectos hombres. Dado el limitado número de hombres con que cuenta su fuerza, los prepara para una tenaz lucha de comandos; nunca le hubiera gustado llegar a este extremo, toda su sangre mística lo rechaza y llorando no ha encontrado alternativa. Atacará puntos neurálgicos de sus enemigos, mejor dicho de su único enemigo, un coloso de 72 años... ¡Su hermano: Blaal! Tratará de recuperar el Imperio que a él le corresponde

por herencia genealógica. Herencia genealógica muy antigua, mítica, cuya principal “cláusula” indica que todo primogénito debe gobernar Austral: un vasto territorio planetario.

Hace 60 años, cuando fallecía el padre de ambos hermanos: el muy respetado Eón, Austral fue usurpado por un mozalbete de grandes iniciativas. Por un primo cercano de ambos, quién con engaños se hizo pasar por Quirón. Su ingenio estratégico le permitió apoderarse rápidamente del poder; en un mes aproximadamente secuestró a Blaal aún bebé, y cazó y asesinó sin misericordia a todo opositor de sus planes. Algunos opositores, junto al auténtico sucesor que milagrosamente salvó la vida, lograron escapar y se internaron en las grandes grutas que recorren todo el espinazo del planeta y en secreto construyeron una ciudad subterránea con los mejores atributos modernos.

Mientras “arriba” se sucedía toda una reorganización mundial, se cambiaba la elemental razón de ser de la civilización reprimiéndola física y síquicamente hasta el grado de convertirla en un nido de obedientes “hormigas”, sin decisiones ni voluntad propias, controlados automáticamente por máquinas que pedían la precisión de un reloj, en el subsuelo se combatía por sobrevivir y construir una “Nueva Austral” a la que llamaron finalmente Ciudad Luz. En ella se mantuvo, como lo mantuvieron sus sabios ancestros, la pureza de la mística, la vitalidad del arte, la objetividad de la ciencia y el amor de la filosofía; los cuatro pilares humanos sobre los que se sostiene toda actividad humana, totalmente trascendentales en contraposición al materialismo que rechazaron.

Quirón aparta la mirada de la pantalla para repasar los últimos acontecimientos, antes de lanzar a sus hombres a “la batalla”. Rememora con cuidado cada detalle de lo previsto por el Concejo de Ancianos. Anoche mismo estuvieron reunidos bajo su liderazgo y todos dieron su venia para atacar sorpresivamente al día siguiente en cientos de puntos importantes. Ahora...

Sin previo aviso, junto al Venerable anciano, intempestivamente surgen nuevamente otros hombres, exactamente una docena, y amenazantes lo rodean rápidamente.

—¡Salud, respetado Quirón! —se anuncia el que parece ser el guía—. Nos hemos molestado, en estas primeras horas del día, para visitarlo.

El aludido ignora el sarcasmo, más bien pregunta tranquilamente: —¿Qué quieren?

—Perdónenos que hayamos entrado de esta manera, Su Dignidad. No teníamos otra opción.

—¿Podrían apurarse? Sean breves, por favor.

—Bien, si nos lo pide de esa manera... Para nosotros, no es ningún secreto que dentro de dos horas, todas las fuerza de la Gran Gruta recibirán la orden vuestra de atacar... de destruir...

—¡¿Quiénes son: “nosotros”?! ¡Dígamelo!

—Nosotros, somos parte de “vuestro ejército”. Le somos leales. Pero no compartimos los mismos planes, rechazamos vuestros planes para recuperar el trono y hundir a Nocturna o como usted prefiere llamar a la capital de Austral

La calma del anciano produce desazón en los otros hombres.

—¡Vamos, Dalton, no me digas que vos los mandáis!

—No soy el principal. Su Dignidad, soy uno de los “segundos”. Y he venido para ofrecerle un nuevo plan de estrategia para vencerlos. Debe hacerse como nosotros lo hemos planeado...

—¿Y quién es el “primero” o los “primeros”. ¡Dígamelo!

—No tan rápido Respetado Quirón. Todo a su momento... Usted no puede imponer nada: está en nuestras manos.

—¿Acaso he oído que me son leales?

—Sí. Siempre y cuando acepte nuestros planes.

—Bueno, si no hay alternativa, oigamos que tan importante es ese plan que ustedes dicen tener.

El que manda a los recién llegados se tumba en otro asiento y le espeta:

—¡Cuidado! No toque el botón de su pecho.

No era necesaria la advertencia, tres ballestas apuntan al anciano, y este sabe lo rápidos y certeros que son sus proyectiles. No podría eludirlas. Esos letales aparatos negros cargados con estuches de vidrio líquido, se conectan automáticamente con el portador y con sólo pensarlo eyectan una gota hialina. Gota que en contacto con el aire se convierte en una varilla de cristal incandescente a 3,000 grados Celsius. En un caso distinto el anciano podría teletransportarse pulsando el botón de su pecho que, a no dudar, lo llevaría a un lugar seguro.

—Así está bien. Hace 50 años, en un concilio realizado en absoluto secreto, sin la participación de ningún Venerable del Concejo de Ancianos, importantes jefes, cuyos nombres no estoy autorizado mencionar, acordaron destruir al enemigo de la manera más inteligente. Era necesario

para ello un largo plazo... un largo plazo que se compensaría con los resultados, sin sacrificar vidas nuestras...

—Sin rodeos ¡Sea breve!

—Es importante la vida de los nuestros... ¿Y sabe cómo se decidió destruirlos? Le diré: ¡degenerándolos! Despedazándolos en sus mismas entrañas...

—¿Degenerándolos? —las entrañas del anciano gimen retorcidas de espanto.

—¡Sí, degenerándolos! Hemos venido modificando sus valores humanos, éticos y morales, haciendo uso de diferentes vehículos. Para ello hemos manejado sutilmente todos los medios conocidos de comunicación, enseñanza y distracción. No le voy a decir exactamente cómo lo hicimos, respetado Quirón, pero lo que les dimos a “tragar”... han dado sus frutos. Los resultados lo dicen todo y está a la vista de cualquiera:

”La familia está destruida. ¡Campea la infidelidad, los divorcios y las riñas neuróticas, entre las parejas! ¡Los asesinatos, en cuantía cada vez mayor, en el seno de la sociedad, se deben al “veneno” que les inyectamos!

”¡Nuestro “dardo” ha dado en el blanco cuando hemos estimulado subliminalmente la envidia, la lujuria, la soberbia, la codicia, la ira, etc, etc...! Es fácil de manejar un individuo con toda esa basura en su interior. Y ahí los tenemos destruyéndose con mentiras, envidias e intrigas por alcanzar un “cargó” cualquiera... El miedo mueve todos sus actos: miedo al superior, miedo al inferior, miedo al igual, miedo al mañana, miedo al ayer, miedo al que dirán... miedo a todo. ¡Etc, etc, etc!

”¡Qué bien les ha caído la violencia! ¡Riñen por cosas insignificantes, con “seriedad” y al final lo trasladan a hechos capitales! ¡Ahora, sólo basta un estímulo mínimo para que se maten entre ellos!

”Hemos modificado totalmente su arte, en otros tiempos maravilloso e instructivo, trascendental. ¡La música!, ¡míralos danzando al son de basura sonora! Esa música nos ayuda a degenerarlos mucho más, se van volviendo torpes para percibir la verdadera sutileza musical de la naturaleza física y síquica. Sus sentidos, todos sus sentido ya minusvalizados, degeneran espantosamente...

”¡La lujuria!... Exitosamente les hemos inyectado el veneno para entorpecerlos y embrutecerlos de manera definitiva. La degeneración a través de su sexualidad es el culmen... ¡Nuestro mayor éxito!

La narración ha postrado anímicamente al anciano líder. El mismo es testigo, a diario, de todo lo que ahora está oyendo con incredulidad,

pero no consideraba que fuera por obra de sus propios hermanos... ¡El arte, dioses, el arte de trascendencia cósmica, deformado monstruosamente! Se entera de cómo, la pintura, la danza, la escultura, la poesía, la literatura en general, ahora no es otra cosa que un monstruo que se deforma cada vez más. ¡El arte, se ha convertido en el refugio de una élite siniestra, infrahumana y orgullosa de sus mamarrachos! Y que decir de la Filosofía: ¡Horrores!, sólo busca el placer sensual. ¡Ineluctable perspectiva, fugaz morbo! ¡Decrepitud sensual! Moraleja fatal, diseminada por sus ahora eruditos a través de los medios de enseñanza y comunicación. ¡Horrores que agreden a la naturaleza humana y a la naturaleza en general!... ¡La ciencia! Un coloso deforme, enloquecido, con miras de dominio universal. Una ciencia destructora... Y de los principios religiosos trascendentes desde lo antiguo ya nada prevalece ¡han sido pisoteados con morboso ingenio! El fariseísmo se impone y abre camino del materialismo más mendaz. ¡Horror de horrores!

—Respetado Quirón, después de este largo preámbulo. ¡Le pedimos, una vez más, que se una a nosotros!

Los pensamientos del anciano gritan: “¡Quién degenera, se degenera! ¡Fuera de aquí, monstruos!” Pero sólo atina a responder:

—No puedo. Me niego. ¡Ustedes han destruido a mi pueblo! ¡Se han destruido ustedes mismos al destruir a sus hermanos!

Y eso lo estremece íntimamente: ¡Dios mío, ¿cómo regenerarlos?! ¿Acaso eliminándolos a todos ellos?... Tienen el mal en la sangre, en el corazón, en la mente, en el alma. El mal les impone una rígida disciplina despótica. ¡Dios mío, me siento culpable, debí anticiparlo! ¡Debí protegerlos! ¡Era mi obligación proteger a mi pueblo! ¡Protegerlos... aún contra los de su propia sangre!...

—Entonces aquí acabo su gobierno. ¡Es usted prisionero nuestro!

El influjo de un teletransportador convierte, a todo los hombres del despacho del Venerable, en partículas electromagnéticas. Y así el anciano es trasladado hasta un compartimiento de mayor tamaño... en el que ya se encuentran un grupo de conocidos personajes: ¡Los miembros del Concejo de Ancianos!, es evidente que también están presos.

—Su Dignidad —profiere uno de los ancianos acercándosele a Quirón—. ¡Gracias a la providencia que estáis bien!

—Agradezco vuestra preocupación.

La pulida superficie del piso de cristal refleja la dramática impotencia de los ancianos. Nada pueden hacer ellos, para evitar que Ciudad

Luz caiga en manos siniestras. Daltón, el que los ha depuesto, susurra algo al oído de sus hombres. Estos abandonan el lugar desvaneciéndose en el aire, teletransportándose. Como despedida Daltón, se dirige a Quirón y a los ancianos del concejo diciéndoles:

—Es un desperdicio que ustedes no se nos unan. Los necesitamos. Toda vuestra experiencia no puede ser suplida tan fácilmente...

Los aludidos callan.

—...los supliremos de alguna manera... creo que no hay otro remedio. Espero que reflexionen. No tienen otro camino que elegir... o los “congelaremos”.

La voz trata de ser convincente con respecto a su última palabra, un gruñido amenazante. Los ancianos comparten miradas que sólo a ellos les es dado a comprender. Cuando se ha ido el sinuoso Daltón, conversan sobre otro asunto:

—¿Dónde está Senón y Pancho? —inquire Quirón.

—Pancho, murió —es obvia la tristeza de la voz que se apresuró a responder.

Y hay tristeza en los gestos de todos los venerables ancianos.

—Lo lamento, de veras —susurra el viejo líder comprensivamente sin mostrar debilidad.

—Opuso resistencia... Su avanzada edad no le impidió desintegrar a una veintena de hombres que asaltaron El Consejo. Sabemos bien que Pancho, en su juventud, fue el mejor espadachín, y con sus últimos hechos nos afirmó que no había perdido nada de su inicial habilidad. Finalmente no pudo evitar la astilla incinerante de una ballesta...

—¡Cuánto lo lamento, Pedro! No puedo impedir de derramar una lágrima por Pancho... Fue..., como dices, el mejor espadachín, un maestro... y también fue un hombre cabal, honesto y amoroso... Lo siento por su querida esposa. Le hacemos justicia cuando afirmamos esas bondades suyas. Fue un adepto de la Luz... es un adepto de la Luz. ¿Y Senón? ¿Qué me dicen de él, me están ocultando algo?

Aquí viene cierta dureza en las palabras del anciano que las profiere:

—Senón... ese nombre ¡es sinónimo de traición!

Ese nombre produce una tormenta síquica en el ambiente ocupado por los ancianos. Un violento huracán destructor unido a chasquidos eléctricos: ¡Ira!... ¡Ira! Es increíble encontrar sentimientos infrahumanos en venerables criaturas. Rareza atómica.

—¡Senón, es uno de los que ama la degeneración! ¡Es parte del “triumvirato” del caos! Ellos, controlan a los “doce apóstoles” que dirigen la esquizofrenia... Son, la monstruosa cabeza que controla a doce ancianos escogidos de entre ellos. Senón fue uno de nosotros años atrás y por lo tanto conoce de todos nuestros secretos, de los secretos de Ciudad Luz... Él es el más peligroso.

—Calma, Pedro —suspira Quirón comprensivo—. Calma. Estamos tensos, eso es peligroso. Relajémonos. Acompáñenme a realizar una cadena relajante.

Delicia matemática. Todo ellos toman asiento en el piso con las piernas cruzadas, y uniéndose con las manos conforman un círculo cerrado. Delicias vienen; es evidente la serenidad que brota del interior de cada uno de ellos limpiando de la atmósfera toda sombra nociva; sus respiraciones se reducen al mínimo. Los ancianos alcanzan las profundidades de la meditación y de ese abismo maravilloso sacan una radiación especial que empieza a acumularse en el centro de la cadena.

Pronto los ancianos forman en su torno una especial atmósfera síquica y no cesan de cargarla de energía. El tremendo esfuerzo que a ello entregan, no los cansa, por el contrario los domina una voluptuosidad espiritual inexpressable.

La singular atmósfera síquica que han formado los ancianos... ¡ha servido para dar vida a una criatura energética! Y esa criatura, en el momento oportuno, es enviada hacia una máquina... portentosa.

Esa máquina portentosa, es nada menos que ¡un gigantesco cerebro, semejante al humano!, desnudo palpita ensanchándose y comprimiéndose dentro de un campo electromagnético protector tenue y luminoso. La grisácea masa, que pesa aproximadamente un cuarto de tonelada, está conectada con otras máquinas por dos tipos de apéndices, unos electrónicos de cristal y metal líquidos y otros semienergéticos con aspecto de tubos de neón luminoso.

El gran cerebro es una máquina perfecta... ¡Es mucho más que perfecta! Dentro de su blancuzca y grisácea masa hay un complejo número de neuronas cerebrales humanas. ¡Neuronas, en un mar de neuroglías semietericas y corpúsculos de cristal y mineral desconocido! ¡Y, dios mío, cada una de las células cerebrales tienen la aterradora facultad de autoreproducirse! ¡Esta propiedad, convierte al cerebro en inmortal!

La criatura energética empujada por la voluntad de los Ancianos del Don, como también se le llama a ese conjunto de hombres filosóficos, se acerca suavemente al cerebro del cuarto de tonelada. Tiene la clara

intención de penetrar allí adentro de ese cúmulo de neuronas, a la parte síquica de ese portento, y comunicarse con su razón de ser, de manera confidencial. Se llega confiada... y una poderosa fuerza la frena... Se supone que ahí no existe nada parecido, ya otras veces transitó por las cercanías del magno cerebro sin encontrar dificultades. Lo intenta otra vez... con el mismo resultado. Ya intrigada trata de averiguar la naturaleza de esa barrera: ¡Es de pura energía mental y desconocida!... ¡Y es energía que no proviene de la gigantesca masa cerebral! ¿Entonces de quién es esa energía? La respuesta está en la misma barrera, en ella vibra una velada sonrisa burlona.

CAPITULO III

EL MUSICO

*¡No te metas con nuestras intimidades! ¡Idos!...
¡Idos por donde venís! ¡Volved!...*

El hielo cruje. El hielo gime así de fuerte. Con alaridos atómicos. Son quimeras sonoras.

El hielo acumula oscuridades... oscuridades atemorizantes. Oscuridades infinitas.

Dentro de una de las esculturas de hielo, unos grisáceos contornos poco definibles indican que un cadáver humano está lapidado allí dentro del hielo. Por esto se deduce que cada escultura es un nicho sepulcral. La cámara entera es un helado cementerio. Las bajas temperaturas conservan los cuerpos en perfecto estado por decenas de siglos. ¿A quienes se les ha ofrecido tales exequias? La desazón ambiental indica a quienes... y de ellos hay dolor; dolor vulgar y también dolor intelectual, dolor nihilista y dolor creyente, dolor introvertido y dolor extrovertido, dolor de rechazo y dolor de aceptación, dolor de odio y dolor de caridad, dolor triste y dolor alegre, dolor de enemistad y dolor de amistad, dolor de fracasado y dolor de triunfador, dolor de casado y dolor de soltero, dolor de patrón y dolor de jornalero, dolor de gobernante y dolor de gobernado... dolor que brota de cada tumba, sonoro. Dolores de personalidades que aún no se desintegran a pesar de los largos años transcurridos, de siglos enteros y de milenios. Personalidades de personas influyentes, consideradas importantes y que con su ejemplo insuflaron con ideales a sus coetáneos.

En medio de las tumbas criónicas, el dueño de la mirada inmutable, identifica todos los efluvios allí pululando. Nada se le escapa. Las civilizaciones determinan su existencia y valía gracias a la presencia o carencia de verdaderos valores humanos. El individuo hace a la masa.

Una falla tectónica corta la cámara en dos y pareciera que la gruta acabara aquí, tapiada por un muro de roca. Pero no es así, si no que esa parte de la gruta descendió un siglo atrás varios metros hasta casi nivelar su techo con el piso de la cámara sepulcral. La gruta se continúa

en un nivel más bajo y para llegar a ella, es necesario bajar por una escarpada rendija. La zona es sísmica y los continuos movimientos terrestres acabarán sellando la proverbial galería en algunos años.

¿Qué sucede? Un vaho lechoso viene a través de la rendija que separa a ambas secciones de la gruta. La parte hundida de la gruta tiene una atmósfera repleta de blanquecina nubosidad que se filtra a la cámara funeraria cual fantasma. En esa atmósfera existen indicios de rara actividad no humana... o mejor dicho rezagos de actividad humana del pasado. Es evidente una variedad numerosa de huellas síquicas imborrables, distribuidas en todas las direcciones de esa atmósfera. Esas huellas síquicas, pululan raudamente, con unos cuerpos idénticos a la nubosidad ambiental. Entes como el que acaba de brotar de la nada, gaseoso y síquico de aspecto humano... sin libertad de actos, como un autómatas esclavizado al pasado, ejecuta un remedo de felonía y se esfuma. Seguramente, viene repitiendo ese remedo desde muchos siglos atrás. La personalidad humana es una sombra energética y se forma y robustece durante los años de vida del individuo; al morir este, permanece muy cerca de su cuerpo, a veces sale de la tumba para vagar por los alrededores, desaparece despues de un tiempo; tal parece que la dura personalidad de algunos muertos, al no poder desintegrarse, se condensaron para purgar permanentemente con apariciones esporádicas. ¡Ah, defectos humanos!

Otra sombra blancuzca, con su reconocible forma masculina, arrastra una cadena ancestral de 108 eslabones herrumbrosos. Pequeñas hilachas, de antiguos harapos le cubren su cancerosa anatomía. Doliendo ayes atómicos que él mismo no puede oír u oírse, camina sonambúlico hacia una parte más lechosa de la nueva porción de gruta. Allí desaparece, se funde con su entorno... un momento, no desaparece, sino que siguiéndolo muy de cerca se puede observar que penetra en una umbrosa habitación sin dimensiones físicas. Dentro de esa habitación de distancias desleídas flota un solitario teclado semejante al de un piano. La dolorosa sombra pulsa una tecla, de la que brota un estridor. Como consecuencia de esto se origina una guitarra onírica: unas cuerdas tensas y sujetadas al vacío como una telaraña. Pulsa otra tecla y surge un bombo en forma de absurdo círculo con un palillo encima. Otra tecla da como resultado unos platillos flotantes como alas de mariposa, atrayéndose mutuamente por medio de un resorte imaginario pero visible, encima de un címbalo acorado.

Completa su orquesta, la cancerosa sombra, rechina las teclas con un estridor diferente. Por simpatía, gimen las cuerdas; grotescas rotu-

ras sonoras brotan del bombo y los platillos enferman la atmósfera punzándole con agudas navajas ultrasónicas. De la nada brotan luces... ¿luces? ¿Cómo llamar luces a una pirotecnia fatua acompasando al ruido enfermizo, ya sicópata, de la orquesta?

La orquesta llama a muchas sombras semihumanas. Estas empiezan a pulular en torno suyo. Una infinita inconciencia abrumba los rostros de estas, supuestamente masculinos y femeninos que optan por quimeras gozosas. Cuando incontables sombras se unen a estas, el frenesí de las obscenidades alcanza el clímax de lo absurdo; entonces unos siniestros chispazos eléctricos brotan de la orquesta y traen una fetidez atómica imposable de conceptuar. ¡Un insondable pozo síquico se abre en un punto no definible y los vapores que escapan de su interior son salaces! ¡Inquietan!

Al final la inarmonía se disuelve. Cada sombra arrastrada por una brisa *karmica*, se hunde en su sombrío calabozo. ¡Sin auditorio, la orquesta ya silenciosa duele! al igual que la bruma:

Caos... Caos...

¡Ay!... Suspiros insondables, infinitos.

¡Ay!... Suspiros innegables.

¡Ay!... Suspiros como de cordura.

El sereno aventurero presencia como la locura entera desaparece sorbida por una monstruosa boca síquica. Y en aquél lugar, de abundante nubosidad, a muchos metros debajo de la cámara sepulcral, se topa con los restos de uno de los más ostentosos mausoleos. Una lápida con una vieja inscripción ya olvidada en el tiempo, pero traducible por una intuición despierta, dice... Dice, algo que no se puede revelar... Hay un secreto que debe ser bien guardado en el interior de quién la lea, mientras no la medite en toda su profundidad y magnitud...

Aumentada la densidad de la nubosidad, el fantasmal músico deja sus habitaciones invisibles para mostrarse otra vez. Y mirando con sus vacíos ojos al extraño visitante, le cierra el paso. Algo en su indefinible rostro hirsuto y desgreñado indica que está sorprendido por el desinterés de aquél a su prodigio de música. Lo amonesta su falta de sensibilidad y su consiguiente desaprovechamiento del goce que se priva. Esta sutil cólera, traducida se convierte en una pregunta y consiguientemente da lugar a un diálogo... Más bien a un monólogo:

—¿Quién eres?... ¿Y que haces aquí, en mi mundo, sin una invitación?... ¿Qué haces aquí, donde debes rendirme pleitesía como todos aquellos que a mí vienen?... ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Mutismo.

—¡Respóndeme! ¡Estás en mi casa y debes darme el respeto que merezco! ¡Estás en mi casa y como respeto debes de interesarte en mis cosas... en mi música!

Mutismo.

—¡Soy un genio! ¡Para todos soy un genio... y como no me lo digas con ceremonia o como una dádiva religiosa o como un simple elogio... no podrás dar ni un paso más!

Mutismo.

—¡Adónde fueres debes hacer lo que vieres! Esta máxima me la dieron cuando niño, pero es actual, es de siempre. ¡Estás en casa ajena, en mi casa, y por lo tanto debes hacer lo que los demás! ¡Debes hacer lo de los demás, imítalos...!

Mutismo.

—¿No amas el arte? ¿No amas la belleza? ¿No amas los milagros de la música? ¡Es un deber mío el transmitir todo esto maravilloso, esa maravilla que da felicidad al mundo entero y merecemos la mejor de las consideraciones!

Mutismo.

—Tienes que comprender que si no gozas de este portento ¡nada eres! ¡Y no podrás dar ni un paso más hacia el futuro!

Mutismo.

—No podrás avanzar... ¡No podrás...! ¡Mi misión es impedirte-lo... de todas maneras!

Furibundo, el somnolento músico, llama a su esquelético teclado. Lo pulsa, y grotescas ensoñaciones fantasmales brotan de la nada y se lanzan al ataque. ¡Aterrorizar!, es lo que quieren las repelentes formas musicales recién creadas. Lograr el ¡pánico!, desean. Pero, ¡oh, efímero!, se estrellan violentamente contra el aura sereno que irradia el intruso y castigados se consumen chirriando lastimeras quejas.

El teclado vuelve a ser pulsado. Una pesadilla gaseosa, semejante a un corpulento oso abismal abandona la zona más densa de la nubosidad y peligroso le lanza un zarpazo al enigmático aventurero; este se aparta rápidamente, comprende que esa criatura se ha materializado tanto que podría despedazarlo fácilmente si no la elude. Sabe que esa pesadilla durará poco, es un esporádico esfuerzo de la música ciega y debe evitarla

con prudencia el tiempo necesario. La bestia recurre a todos sus recursos asesinos, a los incrementados recursos que le ha dado su creador. ¿Quién no conoce el poder de la lascivia?: falaz inmundicia; ira y vehemencia en combinación con ella. Nada puede la pesadilla, nada logra; finalmente agotada la energía que la impulsaba, desleída se sumerge en la nada y gruñe... Gruñe hasta mucho después.

El espectral músico aún reserva una fatal ironía. Intuyéndola, el sereno advenedizo, se lanza en veloz carrera. Así se anticipa a la ¡caída de enormes bloques de hielo y rocas! del irregular techo. Corre, sintiendo el acoso de voluminosas explosiones a pocos centímetros de sus talones... Y ¡allí adelante surge un borde, insinuando como que ahí empieza un abismo! ¿Existe un abismo después de todo?, no hay tiempo para pensarlo. Salta todo lo que puede, rebota de una roca inoportuna, roda y resbala por una lisa pendiente. Grandes pedazos de hielo bajan con él. Fragmentos de su atuendo se volatilizan con la fricción. Rebota ante una prominencia que algo lo frena, gira sobre su costado como accionado por un resorte, golpea el declive con toda su anatomía y sigue deslizándose. Nada hay que permita sujetarse. Al final del resbaladizo, es proyectado muchos metros adelante y se detiene con un golpe seco en una dura pared.

El hombre está un tanto aturdido, y de lo primero que se da cuenta es que ha ido a parar a un ambiente mucho más amplio que el de las enormes cámaras de momentos antes. En ella vibra como un eco en descenso la siniestra melodía que originó la avalancha. Tiembla la melodía en el ambiente con angustiosos temores:

¡No es posible! ¡No es posible!...
¡Nadie vence a mi música!

¡Vaya que se consideraba invencible. ¡Trema! ¡Horror abismal! Y exuda efluvios volátiles de angustia, nauseabundos.

Un momento después, ¿cómo es posible?, todas las toneladas de hielo del derrumbe vuelven a su lugar y nada indica que haya ocurrido. El menor rastro de hielo desprendido... ¿Fue una ilusión? ¿Acaso una pesadilla? Y ese engaño enmascara a otra sorpresa, también letal, quizá peor. Una sorpresa que llega con un siseo delicado proveniente de cada átomo de roca gélida, abruma con incógnitas sin respuestas. Terrible...

¡La gruta se llena de agua hirviente! Un torrente la inunda rápidamente con remolineante turbidez, y lo extraño del líquido, pese a que supera los 100 grados Celsius, es que ¡no derrite al hielo! No, ni siquiera le

hace variar en su glacial temperatura. Y el anónimo aventurero, comprendiendo que la rapidez del torrente no le daría tiempo para alcanzar los niveles altos de los paredones y salvarse, opta por subirse sobre un montículo lechoso de tres metros de alto que encuentra cerca. En pocos minutos el hirviente elemento está por superar la altura del montículo, y cuando va a devorarlo, el montículo se desprende del piso con un brinco hacia arriba. El brinco por poco derriba a su ocupante.

En medio del intenso calor y del abundante vapor, la extraña escena de la balsa de hielo que no se derrite y que flota a la deriva junto a su precario ocupante es un trasunto de la esquizofrenia en lo real. Nada vivo sería capaz de soportar el espantoso calor sin sentirse afectado seriamente. Y a pesar de los inconvenientes, la serenidad del enigmático aventurero no se ausenta; pasea su mirada un tanto borrosa por la pared más cercana de la gruta, allí existen salientes que fácilmente podrían albergarlo... si pudiera llegar.

La muerte, en su forma salaz, gorgotea en el agua. Su garganta huesuda eructa nauseabundo aliento. Todo este infierno acuoso no es otra cosa que la demostración de un absurdo clímax. En él se desperdicia, como en antaño, un cerebro; se conmemora la expulsión de la vitalidad trascendente de cada neurona para ser remplazada inconcientemente por contaminados átomos infernales. Las infinitas ansias por desfogar tormentos inenarrables, son atroces... ¡Hay odio inimaginable en ello! Y el ocupante del pedazo de hielo flotante nada de eso ignora, todo lo percibe con su acostumbrada serenidad, con su acostumbrada sinceridad. Y de la misma manera, con infinita delicadeza, se sume en sus propios interiores y de allí de esas recónditas profundidades saca misteriosa fuerza convirtiendo al bloque de hielo flotante en esclavo de su voluntad. Lo impulsa en la dirección apropiada, navega tambaleándose entre la turbulencia.

¡No!... ¡No! ¡No!...: Gruñe destemplado el caliginoso ambiente, defraudado. Y asumiendo un aire de prudencia, conciliador sugiere ruidoso:

*¡Atrás!... ¡Urge retroceder...!
¡Adelante nada hay salvador! ¡Perecerás! ¡Atrás!*

Y la locura de la fiebre incrementa su tesón:

¡Obstinado!... ¡Necio! ¡Atrás!...

La apostura del navegante de la barca de hielo ofrece un magnífico espectáculo onírico. Extrañamente está nimbado por colores y sonidos siderales. Tiene el aspecto de quién guarda misterios indescifrables... Algunos metros adelante y el infierno acabará para él, allá va... El ardiente líquido no debe darle escapatoria y bulle con mayor fuerza... da lugar a un desesperado oleaje. ¡Debe hacerle perder el equilibrio y caer! ¡Pero no es posible, aquél hombre se impone a su ímpetu borrascoso termal! ¡Necesita más tiempo para hundirlo!

Grotescos improprios brotan de la caldera:

*¡Escapar, no!... ¡No debe escapar!...
¡No puedo permitirlo!...*

Se le va la presa, la única que le cayó en siglos... No podrá aprovecharla, no podrá nutrirse de sus efluvios vitales. Dos metros... y se le habrá escapado, un metro... y lo ve saltar. ¡Se libra de su letal influjo! Luego sobre terreno firme, aquél se aleja. *Un inexperto...*, susurra en silencio, *Alguien que no me conoce... que no conoce mi maravillosa obra... no puede tener mi consentimiento para continuar. Alguien así de ignorante... e irreverente no puede avanzar... ¡Obcecado, allá van sólo los que me saben...!* Y formando una manaza con un centenar de metros cúbicos de líquido, lo lanza como una tromba. Esta vez no debe fallar, abre sus dedos irradiando intenso vapor... y los cierra con la certeza del éxito.

¡No!...: Gruñen las fiebres de la gruta a escondidas. *¡Volvió a escapar!...* efímero reproche. Y se desmorona como inocuo líquido, justificándose con un rugido metálico:

*¡Regresad... allí adelante existen peligros,
que si no me aceptas... no podrás superar!
¡Ayuda es lo que necesitas, la mía...!*

Luego de una pausa suelta otros gruñidos silenciosos aceptando su derrota: *¿Que lo protege?... ¿Por qué es así, de increíble?... ¡Nada sé de él!... ¡Inmutable él, nada expresa! ¿Así, cómo alcanzar sus puntos vulnerables?...* Cogitares que resuenan y retumban en la intimidad del hielo. Luego optan por sedimentarse como cualquier fragmento de frío comprimiendo las rocas.

Suspiros. ¡Ahhh...!
Suspiros al igual que en los avernos siderales.
Respiraciones trabajosas, profundas.
Respiraciones abismales.
Palpitares, como
en las regiones espantosas
donde vive el fuego.
¡El fuego de los tártaros siderales!
¿Enfermedad...? ¿Neurosis?,
¡Ese fuego, debe purificarlas!
¡Ahhh...! Suspiros que niegan el fuego
y dicen que el hielo también purifica.
Suspiros... Respiraciones... Palpitares...

CAPITULO IV

DOLOR CROMÁTICO

Hermosos colores de arco iris, brotan de un prisma cristalino de hielo transparente. Esos colores, dirigidos inteligentemente hacia un gran lienzo de espesa bruma, ¡vaya pincelazos!, dan forma, con los tonos mas claros y brillantes, el boceto de una impresionante pintura de tres dimensiones. Tonos rosados dibujan el perfil completo de una hermosa mujer yacente en un entorno de bruma; se pueden ver todos sus trazos anatómicos flotando con armoniosa perspectiva. Pronto esas líneas se cubren de verdosas carnes surrealistas; sobre esta base, unas luces amarillentas, con diestros brochazos, pintan colores humanos: el sedoso rostro, los rubios cabellos, las delicadas manos, los turgentes senos, la delgada cintura, los firmes glúteos y las magníficas caderas. Unas sugestivas sábanas de purgatorio se extienden bajo la yacente, acariciándola inconteniblemente. El ambiente sanguinolento de esa atmósfera se confabula para esconder con sombras coloreadas sus partes más íntimas. La venus flota en un abismo enigmático.

La magnífica pintura tridimensional, un momento después, se complementa con fabulosos matices espectrales volcados en su entorno. En resumen, es un exquisito trabajo. Eximio. Una maravilla... Pero, como toda creación, tiene su propio mundo síquico; allí adentro lo cromático se traduce en emociones, en sensaciones, en voliciones, en intenciones... en este caso ¡todas groseras! Exhala humores de muerte. Hábitos esclavizantes, sombizantes. Sutilísimas mentiras etéreas.

La inerte venus tiene la capacidad, pese a su aparente inocuidad, de influir en la parte de la gruta que ocupa, sus hábitos impregnan hondamente las rocas y el hielo: ¡Es tan radiactivo como mortal! ¿No lo afirman, acaso, de esa manera los antiguos restos momificados de las cercanías? Unas cinco docenas de personas, se deformaron horriblemente hasta morir en presencia de la venus. Esas personas en un lejano pasado, fueron vigorosos especímenes humanos y se encontraban en lo mejor de la edad.

El mismo influjo del prisma, dota de vida a la beldad. Ya sus pechos palpitan y algo en ella indica que empieza a tomar conciencia de lo

que le rodea. Con su sensible piel hurga el mundo que le rodea. Luego, en el entorno abstracto de la dama, el prisma traduce algunos olorosos hálitos ambientales dándoles formas materiales reconocibles óptimamente, por ejemplo exhibe unos extraños vestidos, derrama grotescos muebles, hace brillar una excesiva bisutería.

Pero ¿quién es el autor de la venus? La interrogación hace temblar las entrañas del glaciar. Más allá del impoluto prisma, mejor dicho inmediatamente tras del prisma, escondido por una sonambúlica nubosidad gris, algo... o alguien decide abandonar su anonimato luego de sentirse aludido. Una tos de la gruta lo expectora, y se muestra como un hombrecillo delgado, casi encorvado, de extraña ropa y pies enormes; la consistencia de su cuerpo algo más que fluidica, permite distinguir fácilmente sus múltiples arrugas ancianas y su descuidada cabellera cana. Mientras da algunos cortos pasos, adopta la actitud del que piensa y retorciéndose los largos bigotes rezonga un insoportable eructo.

El hombrecillo, se mueve en un reducido espacio, como si toda la amplitud de la estancia que tiene a su disposición no existiera, da vueltas y más vueltas, recuerda a un animal enjaulado. La razón de su poca libertad de movimientos queda a la vista, cuando el último retazo de niebla que lo cubría se disipa: un cordón umbilical lo ata, naciéndole del ombligo, a una pesada roca... Sobre esa roca descansa el prisma, delicado y frágil; hermosos reflejos de luz lo hacen cintillar de momento en momento.

Por algún momento, brilla una lucecita ingeniosa en el semblante del menudo personaje. Luego se apaga, como si sus pensamientos creadores, que iban a dar nacimiento a otra “genialidad”, fueran interrumpidos por un recuerdo... exactamente por recuerdos lejanos. En ellos que se ve joven y hermoso; automáticamente el prisma desconecta sus brochazos de la sinuosa beldad y en cambio da vida con acuarelas demasiado acuosas sus evocaciones.

¡Ah, la juventud y los amigos! Entonces el centro de todo era el licor: ¡Sí, a beber, a beber! ¡Embriagado, la vida se ve mejor!... ¡Cada uno con su historia... contadla, contad cada felonía que no otra cosa podéis hacer...! Él gritaba en coro con sus amigos: ¡La filosofía es nuestra!... ¡El elixir de la vida también! ¡Bebedla! El vaho del alcohol entontece y los hombres divagan. Ese mundo traumático los envuelve con sus vapores alucinógenos. Voluptuosidades dormidas empiezan a despertar en el bajo vientre de cada uno de ellos y horripilantes como monstruos incontrolables se vuelven contra sus progenitores ¡para devorarlos luego!... ¡Estupefacción! ¡Pronto no quedaría nada de ellos, sus amigos se

consumen como briznas de hierba seca ante el fuego, él... y él ¿porqué no se quema como ellos?!... ¿Él, por qué no sigue el camino de sus amigos?, insaculado debería acabar por igual. ¿Será, porque cuando sobrio solía gritar: ¡Despertad señores! ¡Despertad de vuestro sueño fatuo!... Pronto es demasiado tarde y sus buenas intenciones sólo sirvieron para retardar su ruina. Dolorosos aullidos embargan el escenario evocado. Ululares aterradoros van y vienen mientras miasmas cenagosas también irrumpen en el escenario.

Respiraciones entrecortadas, propias de quién sufre pesadillas, atormentan al hombrecillo. Sus recuerdos prosiguen en medio de convulsiones nostálgicas: *¡Sí... esa mujer, la de impresionante belleza..., mía! ¡Mía, la que me sirvió de modelo! ¡Mía... la inspiradora, como esa otra... y esa otra, y muchas más! ¡Mías, todas las mujeres!* El lecho de cada bacanal evocada arde despidiendo olores fraudulentos, fluidos de goecia, ponzoñosos. *¡Bellezas sólo para mí! ¡Desechables después del goce...!* Se suceden derrames viles de sus líquidos creadores. Expulsiones bestiales. Los líquidos cerebrales se le escapan por esas mismas puertas uretrales, el alma también. *¡Bellezas, esclavas mías!... ¡Servidoras ¿conocéis el secreto del abismo total?!, clama finalmente, ¡Es lo último que les pido, enseñadme!... ¿No lo conocéis? Yo tampoco..., pero debe existir, mi instinto me dice que existe. ¡La orgía infinita, existe, el placer eterno... la de dios! ¡El camino correcto para llegar a dios, creo que es este, por medio del placer... por medio de la pasión, ¿debo llamarlo amor?!... Experimentemos bellezas, ¡experimentemos!... ¡Busquémoslo juntos!*

Anhelos antiguos, caminando en pos de un *tantra* equivocado para realizarse como individuo. El instinto izquierdo pidiendo tocar la última puerta tras la cual, ya le han dicho, ¡la máxima expresión de lo absurdo espera sentado como un rey sobre su siniestro trono, irradiando basura atómica! Ese “rey” está rodeado de objetos que supuran una hipnótica llama; quizá la explicación de estos objetos de entorno la den sus átomos podridos causantes de morbosa atracción. ¡Ah! Esos vapores corrosivos. ¡Ah, ambiente corrosivo...! Unas bellas flores, superiores a cualquier hermosura adornan los jardines ¡no penséis siquiera en ellas, despiden hálitos de muerte!

La puerta fatídica y sus encantos prohibidos llaman, arrastran... ¡Un poco más y el necio habrá entrado en ella!... ¡Unos centímetros más y ¿qué esperas?! ¿Lo debes considerar un poco?... *¡Si no arriesgas no triunfarás!*: sofisma audaz para convencerse a sí mismo. ¡Un poco más y tus dudas estarán resueltas!...

Suspiros por lo pasado. Por lo no alcanzado. Suspiros por lo rechazado en última instancia... ¡Dinero, mucho dinero que rechazó con aquello de haberse abstenido! ¡Dinero y poder sobrehumano semejante al de dios! ¡Dinero y juventud perpetua! A cambio consiguió sólo dinero y enfermedad: *¡Lo que entregan los tontos por un lienzo embarrado!*, se diría a sí mismo más tarde. Monedas, en cambio de aquello que poco o nada entienden los demás. *¡Sí, ellos, la gente, nada sabe de lo que ve; suponen, sólo eso!... ¡Mirad, gracias a su ignorancia mis bolsillos están ahitos de monedas!...*

Tan animado está el hombrecillo por lo pasado, que tarde se da cuenta que hasta su aposento ha llegado un enigmático personaje enfundado en gruesas ropas blancas. Este ha surgido sin previa anticipación por la bocaza norte de la gruta, y se le acercarse calmadamente entre la nubosidad. ¿Quién es, cuyo paso resuelto le da la soltura de un rey? Su audacia incomoda ¿qué quiere?

Supone el anciano, que no ha sido visto y toma apuradamente su peculiar escondite de brumas. Sólo la venus dormida permanece, suspendida sobre un lecho de nubes. Un destello de luz, del prisma, en medio de los ojos la despierta. Abriendo los ensoñadores ojos, coincide exactamente con los profundos y serenos del visitante; y no los aparta para nada. Deja su lecho y se le aproxima. A pocos pasos de distancia se detiene. Mujer ella, movida por una lógica hormonal, abandona sus primeros movimientos automáticos y torpes para ensayar una danza. Lo delicado y sobrio del principio, se transforma en felina y agresiva después. Evoluciona febrilmente.

El cuerpo femenino despide intensos vapores eróticos. Feromonas síquicas. Deliciosas miradas virginales, sonrisas inocentes, mohines de diosa pura, angelicales susurros; nada de lo expuesto por ella parece influir en el inmóvil visitante. Algo en él indica, que todo lo que ve, es manido, porque allí adentro, dentro de esa sedosa piel de éxtasis, existe superlativa lubricidad. Perversión escondida en toda la amplitud síquica... y él sabe que en su momento se manifestará espontáneamente; espera.

Ya espasmódica, la danza, reduce su dinamicidad. El bello rostro de la venus se deforma por un brutal orgasmo. Espesa vaharada energética brota de su vientre, oloroso, almizcleño y con consistencia de inflamable hidrocarburo. Se difunde con rapidez; pero cosa extraña, sin obedecer las leyes naturales de los gases; en vez de extenderse en todas las direcciones, se compacta dentro de un aura rojizo y turbio en torno a ella. El aura así, energético y gaseoso, puede ser dirigido voluntariamente, de manera letal, en la dirección antojada... como ya está ocurriendo: un

seudópodo, bien parecido a un tentáculo, elástico y veloz, va en busca del desconocido aventurero.

La fémina salida del prisma, no tenía calculado que el desconocido sacara de uno de sus bolsillos un adminículo para hacer fuego, un encendedor y anteponiéndose a sus caprichos le prende su inflamable pseudópodo. El fuego rápidamente la convierte en una llameante antorcha; chillando queriendo librarse del fuego. Se retuerce de dolor como una demente, reptando, maldice con incoherencias. Luego se consume; en algunos minutos habrá desaparecido... si no fuera porque una espina suya, saliendo de su garganta como un gusano, tratara de escapar de la destrucción su fin habría sido más rápido. En vano, esta nueva locura atómica pese a estar protegida por una gruesa coraza, agoniza igual que su madre... su propia naturaleza inflamable es inflexible.

El prisma brilla. Proyecta nuevos haces de luz. Y en el lienzo brumoso, se materializan tres corpulentos colosos, desnudos totalmente; llevan pesadas espadas colgadas a la espalda. El destructor de la venus, se siente rodeado rápidamente por aquellas extrañas criaturas sacadas de otro capítulo de la misma pesadilla. Existe hambre, difícil de describir, en estos gigantes de cuerpos casi transparentes; acechan como felinos antes del ataque. ¿Hambre en estos entes artificiales? Sí, hambre, el poderoso acicate para destruir, aunque con ello no busquen satisfacción. Hambre y crueldad, instintivos; tienen que cumplir su función ¡ya!

Uno de los entes brinca y vertiginoso pateando con la rapidez de un experto luchador. Tocado, el misterioso joven, cae boca abajo; esto sin resultar cómico causa hilaridad en los varios. Ese gozo vino por que han encontrado dolor en su oponente y de eso, como si fuera un mendrugo de carne, se han alimentado peleándose como lobos hambrientos. ¡Los entes comen dolores!, y si quieren hartarse tienen que sacarle a su víctima ocasional todos los dolores posibles y para conseguirlo todos juntos se le lanzan. ¡Ha despedazarlo poco a poco! ¡Sus peores sufrimientos serán nuestra hartura! Cortantes uñas entran en acción. Más dolores son vertidos. Rabiosos, enceguecidos, atropellándose caen encima de esta cosecha para tragarlo, olvidándose por un momento de su víctima; cualquier individuo sagaz pudo encontrar en este momento una inmejorable oportunidad para coger su afilado cuchillo y sajar las descuidadas yugulares de dos de ellos. Horribles rugidos estremecen la estancia brumosa. El hielo aterido se comprime de angustia. Por las feas heridas de los colosos, escapa un gas vital. Vienen más rugidos, chillidos azaetantes, chasquidos profundos con significado de angustias nerviosas: dolores atómicos, temores atómicos.

El único ente que pudo escapar de la muerte gracias a sus rápidos reflejos, coge entre sus manos la pesada espada que carga. Encorvado se balancea sobre sus formidables extremidades inferiores, camina con la ligereza de un depredador. Y veloz, como un rayo, lanza su ataque; su temible arma tasajea el aire en amplios círculos... sin lograr su objetivo. La, para él, agradable sensación de la carne cortada y sus consiguientes vapores, le ha sido negada por escasos centímetros. Debe esforzarse si quiere tener el pronto placer de inhalar el salobre olor de la sangre aderezado con el dolor. Gruñe; debe aumentar su odio, ¡sí! y le viene una magnífica idea.

El enigmático personaje de la absoluta serenidad, ve como aquella musculosa criatura, de un salto desaparece dentro de la bruma. Tras de la bruma es imposible seguirle los movimientos y menos sus intenciones; incluso cae un silencio absoluto. La mirada inmutable de nada sirve, es inútil, y de nada sirven unos oídos extremadamente sensibles; es mejor la introversión, de esta manera se levanta las sutiles “antenas” de un nuevo sentido que se mueve en torno a la certeza.

Sorpresivamente, de un lugar cualquiera de las brumas, brota un estupendo sablazo. Destinada a destrozarse la vida del extraño humano por la espalda, no consigue sus propósitos, unos reflejos bien templados lo evitan; más bien el coloso empujado por la inercia de su propia fuerza sale de su escondite. Quiriendo continuar con el misterio que le da la bruma, vuelve con prisa a ella... ¿Es... es posible? ¡Un quemante agujijonazo le perfora el pecho antes de desaparecer!

La bruma con un silencio diferente, insinúa que el peligro ha pasado. Cada pedazo de neblina se anuncia inocuo. No hay suspenso, ya nada de sorpresas.

Penetrando en el inmutable interior del sorprendente personaje de abrigado atuendo, tal vez nos enteremos de que él “ve” nítidamente a su enemigo y la herida que le ha hecho a este no le ha afectado gran cosa. El manido entorno no le puede engañar. Permanece en guardia aunque aparentemente se ha relajado; un ojo bien entrenado podría detectar la sutil precaución... y por lo tanto de su siguiente reacción en la que apuradamente tiene que agacharse para evitar ser partido en dos mitades... y regresar como un veloz péndulo para ¡seccionarle la garganta al corpulento ente!

¿Qué hedor se difunde por el aire? ¿Qué raspidos ininteligibles horadan las rocas? La química de los elementos sufre terribles dilataciones y contracciones anímicas. Muchas cosas más suceden con la materia circundante. ¡Tales aberraciones atómicas...!

Mirando el prisma: lo vemos brillar nuevamente. Ya intensamente y emite un cono de luz verdosa, intenso, destellante y enfoca al enigmático aventurero. Este viéndose bañado por la luz es levantado por los aires como si careciese de peso y los efectos que empieza a sentir le hacen concluir que nada puede hacer contra los efectos inmovilizantes de esa luz, para comprobarlo intenta mover un brazo usando todo su vigor y no puede hacerlo, está totalmente paralizado. Los fotones de los que está constituido esa luz, aparte de paralizantes, le llevan las notas de una música somnífera. Instado despóticamente a dormir, por un buen momento se resiste, luego vencido cierra los ojos.

Un nuevo haz de luz del prisma, incluye un nuevo efecto: el de una tomografía. Analiza cromáticamente cada capa de piel del durmiente, cada capa de músculo, de órgano, de fluido y finalmente enfoca a las células ¿y todo esto para qué? para meterse dentro de estas últimas y modificar sus sonidos naturales. Es bien sabido que esta modificación sería la causante de enfermedades y por consiguiente de la muerte. El mayor objetivo de esta luz es el sistema nervioso, debe alcanzar los centros vitales de las neuronas y destruirlas. Por otra parte, esta misma luz, actúa de manera diferente con los componentes celulares de las glándulas proveedoras de hormonas y sus controladores cerebrales, debe hacerlas sus esclavas, permitirles funcionar en un ritmo superior al normal después de muerto todo lo demás. No hay nada que se le oponga, ninguna fuerza natural o voluntaria. Está lográndolo... Se presume el caos, la catástrofe orgánica.

Hay milagros a la orden del día; cuando la muerte orgánica parece concluida en ese cuerpo joven, algo escondido de dentro de sí repone su perdida vitalidad de manera sorprendente y desconocida. Sucede como si el universo entero se llenara instantáneamente de luz. Como si las estrellas apagadas se encendieran todas a un mismo momento. El torrente de energía supera los límites de ese cuerpo y sale al exterior con la fuerza de un relámpago. El prisma respinga ante este suceso, y cae de su pedestal de roca; su haz de luz hesita y golpeándose rueda por el piso, luego se apaga.

El hombrecillo atado a la roca, abandona el refugio donde se tenía escondido. Esforzándose por recuperar el prisma se le abalanza; para sorpresa suya el cordón umbilical no es tan largo ni suficientemente elástico como imaginaba y se queda a un palmo de alcanzarlo. De bruces estira el nudoso brazo, ya lo toca... En este último instante una mano vigorosa se le adelanta.

—¡No! —grita—. Es mío. ¡Devuélvemelo!

El pequeño hombre, acostumbrado a recibir una pronta respuesta y conveniente para él, acompaña a sus palabras un gesto de infinita soberbia. Pero esta vez no hay respuesta agradable, nunca hasta el momento le ofrecieron el silencio por respuesta. El silencio lo humilla. No es cualquier silencio. Toma en cuenta que ese mutismo es especial, ningún hombre que antes conoció lo tuvo. Espanta. Es un silencio engañosamente inocente, imposible de ser verdad, pero ahí está acuciando sus instintos, sondeándolo. Implora:

—¡Regrésamela! ¡Truhán!

Gime:

—¡Regrésamela, a ti de nada te servirá!

Tiembla:

—¡Es inútil para ti... poderoso señor! ¡Para ti es una baratija sin significado!

Y más tiembla. ¡Ah, no! Presume que ese camino lo llevará a su total humillación... pero es posible que desemboque en una meta favorable donde le tocará reír. Y:

—No te hará grande ni pequeño, gran hombre. ¡Dámela! Sin embargo para mí, significa la vida... mi vida miserable. El sustento. ¡Devuélvemela! Amas la vida, ¿verdad?, respeta la mía.

Dolores lo abruman cuando aquél decide irse llevándose el maravilloso cristal. Nunca imaginó ser partícipe de una situación parecida. Siempre se consideró vencedor, humillador, hasta déspota. Por su “cabecita”, con notorios indicios de calvicie, suceden rápidamente hechos del pasado, especialmente aquellos donde la admiración de las gentes lo colocaba al nivel de dios. Con esa fama podía manejarlos, a todos ellos, con un sólo movimiento de manos. Ahora le toca gemir, ¿no es esto una variante de su despotismo?

—¡Apiádate de mí... devuélveme lo que me pertenece!

Suplica estirando los nudosos dedos. Así prosternado, nadie daría de su sinceridad. Es hipnótico ese gesto, busca fascinar, busca el sueño de su rival, debe convencerlo. En medio de la bruma y de la gran gruta esta escena ocupa una minúscula pequeñez de terreno, una insignificancia... pero el hombrecillo es como una verdadera partícula radiactiva, tiene poderosa influencia contaminante en todo lo que le rodea y mucho más allá. Sin duda es un excelente actor, cree sus propias mentiras, cree sus propios sentimientos, cree su sinceridad:

—¡Ay de mí!

CAPITULO V

CIENCIA SIN...

La gruta. En ella existen también espacios monótonos, nada especiales. Lugares de silencio en medio de muchos kilómetros de sonoridad síquica. Pausas silenciosas como las que optaría un orador al tomar aliento, o la pausa de un músico al descansar su instrumento, o la de la semilla cuando está bajo tierra, o la del asceta cuando sale de su ermita; una pausa síquica en el inmenso corredor subterráneo. Un descanso hondo; es extraño como se han apagado los impresionantes ruidos de distancias atrás. El silencio es de un corazón tranquilo.

La gruta está tenuemente iluminada, cuando debería estar totalmente a oscuras y esto se debe a un milagro de la naturaleza creciendo en los lugares sin hielo. En un tiempo pasado, mucho después de extinguirse los dinosaurios, hace 24 millones de años, en el Mioceno inferior, una época de mamíferos gigantescos, esto era un macizo continental aún no cubierto de hielo y se desplazaba hacia el sur como una gran nave a razón de algunos pocos centímetros cada año; la gruta recién empezaba a formarse por debajo de la superficie. El agua subterránea, con insistencia de artista plástico, arrastró primero las sustancias fácilmente deleznableles como las sales disueltas y los carbonatos, luego las más resistentes como las rocas de origen ígneo y logró un conducto de amplia luz. En algún punto importante de este conducto el agua logro alcanzar la superficie constituyendo un amplio contacto con la superficie; por él, los hombres de alguna civilización perdida en el tiempo, hicieron de la gruta un lugar habitual. Por el mismo contacto, mucho antes que los hombres, también descendieron varias formas vegetales; dentro de estas se econtraban nada menos que unos musgos que se adaptaron bien a la umbrosa cavidad, transcurrido el tiempo estas se atrevieron a adentrarse totalmente en las perpetuas sombras de la gran galería subterránea y para entonces se hicieron de órganos bioluminiscentes: la razón de la iluminación.

Bajo el silencioso ambiente, una conocida figura humana camina con el ritmo de la serenidad. Luego el panorama parece copiar algunas características del mundo de los sueños; y paulatinamente con cada minu-

to que pasa las dimensiones oníricas se hacen más consistentes y embarcan cada circunstancia. Vuelve el ruido, y sus criaturas fantasmales con el suficiente poder de actuar como una persona de carne y hueso sobre la materia; ¡ah, el poder de la absurda personalidad que se niega a desaparecer! El tiempo y el espacio se manifiestan de manera excéntrica, caprichosa, neurótica, pero extraordinaria. Embrollo dimensional.

Un matraz de vidrio transparente surge de la nada. Sus dos metros y medio de longitud se mantienen en el aire sin que nada lo sostenga. Su contenido, resguardado por una tapa, causa una honda sorpresa y preocupación: ¡un hombre desnudo y con las manos crispadas tiene la intención de salir del envase; sin conseguirlo porfía! Conmueve, está preso como un insecto. De la misma manera, que el matraz, un tubo de ensayo trae a escena, en su interior, a una mujer joven; ella no lleva ropa; también quiere huir de ese mundo que la acosa con su pequeñez.

Un suave viento síquico al igual que una correa transportadora invisible, trae una cantidad impredecible de otros matraces... y ¡más tubos de ensayo! También trae, balones, probetas, pipetas, cantidades desmesuradas de botellas y muchos otros instrumentos de laboratorio, todos ellos enormes y en sus interiores llevan encerradas sendas caricaturas humanas. Algunos frascos llevan animales en su interior. ¡Horrores! Cada uno de los instrumentos de laboratorio con su contenido despide hálitos de pesadilla. Sin aire los desdichados sufren ahogos insondables, una locura sin alivio. Y no pueden morir.

El misterioso personaje de la mirada inescrutable, contempla a los enloquecidos seres aprisionados dentro de los recipientes de vidrio. Justo delante de él, con la lógica caótica de adrede, se detiene un mechero, ardiendo bajo un matraz lleno de hirviente líquido donde se cocina un individuo. Este, sin ropa como todos los demás, sufre los horrores de ese infierno termal; en su permanente zambullida espantosa traga el líquido que también cocina sus interiores; se revuelve el desdichado y muestra sus órganos sexuales mutilados: sin falo ni testículos. El individuo al sentirse observado y considerando que en ello puede estar su salvación, pide ayuda... Dentro del mechero, hay otra criatura, una mujer sumergida en alcohol; boca abajo, sus pies sirven de estopa a las llamas. Un corte muy abierto en el vientre de esta, aparentemente reciente, indica que tiene extirpados sus órganos sexuales internos. Sufre con las entrañas fuera. Es difícil, es imposible, describir la intensidad de sus dolores; sus alaridos se pierden con cada burbuja que brota de sus deshechos labios.

Matraz y mechero. Macho y hembra... irredentos.

Dolor ¿cómo librarse de ti? Ellos no tienen alternativa.

*¡Ah, las disculpas priorizan!
No hay tiempo
para analizar la razón de los ayes.
Sólo hay tiempo para los ayes.
La ficción esta
considerada de otros, siendo suya.
Si pudieran...
¡mirarían dentro de sí!
¡Oirían dentro de sí!
¡Sentirían dentro de sí!
Si pudieran...
vivirían.*

El fragmento poético vibra muy dentro del mundo de las probetas y de los matraces. Es un chispazo momentáneo de dulzura. Distribuye hondas purificaciones de infinita calma. Pero la sufriente pareja está muy lejos de sentir estas delicias, revolviéndose se cocinan sus carnes... Tortura infinita.

Algunos metros, atrás de la desesperada pareja, surge un edificio de cristal de cinco pisos y con aspecto de bola colocado encima de un trípode; hierve de actividad interna. Allí en el interior, en uno de sus compartimientos, un crisol conteniendo candente vidrio derretido, es vaciado a presión en el molde de un tubo de ensayo y puesto a enfriar rápidamente bajo un chorro de gas. Luego esta pieza de laboratorio, llevada por invisibles manos, es depositada junto a un mesón de veinte metros de diámetro. Un hombre de bata blanca y guantes de látex trabaja sobre la mesa; después de haber cortado el vientre de un mamífero herbívoro, le ha extirpado algunos de sus importantes órganos internos y ha suturado las heridas, luego tras meditada acción colocó en una bandeja el órgano y arrasando al animal lo dejó caer dentro del tubo de ensayo recién fabricado.

El edificio es una fábrica sofisticada de horrorosos experimentos. Está provisto de equipos ultra-tecnológicos. Una sola persona puede mover con órdenes pensantes, una inmensa maquinaria compuesta de elementos electrónicos, energéticos y mecánicos, y la misma persona, al mismo momento, puede observar en una pantalla aleatoria que se prolongará dentro su mente, todo el funcionamiento de la fábrica. Por lo que se puede

ver, es obvio que esa maquinaria no necesita de otra energía que no sea la imaginativa, la mental.

El de la bata blanca ahora coge a un niño anestesiado, lo arrastra hasta su carpeta, luego usando un diminuto taladro de cristal le agujerea profundamente el cráneo a la altura del entrecejo. El taladro es hueco por dentro y por allí se desliza una sonda para llegar a la glándula pineal; la sonda lleva unas cuchillas de hojas magnéticas rotantes con las que desmenuza la glándula y luego la absorbe con un microscópico sifón.

El líquido glandular extraído es depositado en el interior de una ampolla transparente. De la ampolla, aquél líquido resbala hasta una máquina donde será separado en sus diferentes componentes humorales. Los humores glandulares brillan a maravillas... convierten a la ampolla en una extraordinaria bombilla de luz y a la máquina diferenciadora en un conjunto de bombillas más pequeñas y con diferente tonalidad cromática.

Al niño también se le extraen otras seis glándulas de las diferentes partes de su cuerpo, con otras tantas sondas. Al final de la extirpación glandular, se le arroja dentro de un balón lleno de líquido desconocido. La mutilación de las glándulas se comprueba de inmediato: el niño envejece rápidamente, en minutos alcanza la adultez, deteniéndose secamente al entrar en la ancianidad. ¡Horrorosa metamorfosis, su mutilador no se ha contentado hasta extraerle la última gota de vitalidad... y aún aguarda otros experimentos!

De la extraña fábrica, cada cuarto de hora, es arrojada una gestante desnaturalizada, o un hombre descerebrado, o un adolescente monstruoso, o un niño sin extremidades, o un feto infrahumano, o una mujer con órganos sexuales externos semejantes a los masculinos, o criaturas irreconocibles que en vez de características humanas poseen algunos apéndices propios de animales y de insectos bestiales con aspecto de microbios. ¡Espantos y más espantos se depositan en cada frasco! Los frascos se suceden en hileras interminables.

El hombre de la bata blanca, en algún momento se aparta de su atareada mesa, para prestar una mirada tediosa al misterioso individuo que luego de acercársele lo contempla pacientemente. Le ofrece poca importancia, no más que a cualquiera de sus “estúpidos” experimentos, e ignorándolo prosigue cortando con el delgadísimo haz de luz de su bisturí el vientre de un rumiante. Minutos después, acabado su trabajo, modificando sus facciones por el de la adustez, lanza un gruñido. No pueden ser palabras esas, pero algo en el ambiente onírico los traduce en comprensibles sonidos:

—Me complace teneros... por aquí. ¿Me podéis dar vuestro nombre?

Esos gruñidos producen ecos en la amplitud de la estancia. La certeza nos dice que esa pregunta no será respondida, el mutismo se encargará de llenarlas... pero:

—Extraña pregunta. No tengo nombre, para una circunstancia como esta.

—¿No?... —los ojillos brillan de sorpresa— No conozco nada que no tenga nombre.

—Ahora sí. Siempre podemos conocer algo más.

—Algún nombre usarán para llamarte...

—Todo es posible. Algunas personas han intentado utilizar un nombre conmigo, al igual que usted cuando destripa a una criatura catalogando a ese acto con una denominación científica. Para todo se encuentra un nombre...

—Algún nombre, que podrías darte a ti mismo...

—Ninguno me viene.

—Yo... ¿Debo buscarte un nombre? Y como dices, ya algunos te han puesto un nombre.

—¿No haces eso con todas... las cosas?

El de la bata se exaspera. Exuda iracundia por cada poro:

—¡Mira! Estás en mi casa. ¡Quién debe preguntar soy yo!

El ambiente se carga de nubarrones síquicos en anticipo de una tormenta eléctrica.

—¡“Sin nombre”! —continúa el de la bata—¿Cual es el motivo de tu... visita?

Mutismo... te usan como respuesta, pero sin intención.

—¡“Sin nombre”...! ¡Ah!, lo imagino. Ahora caigo en la cuenta. Viniste a destruirme. ¿Me equivoco?

Conclusión que por poco altera la permanente serenidad del aventurero, no tanto porque acierte, sino porque con ello encuentra un punto oscuro en su interior que debe ser analizado.

—¡“Sin nombre”...! ¡Debías empezar por ahí! Extranjero eres, y por lo tanto no es raro que no me temas; no me conoces. Has llegado y visto mis obras y aún no me temes...

El de la bata se aleja un tanto de la mesa donde trabajaba. Flota como un fantasma, pero con la particularidad de que mueve los pies como si caminara sobre algo sólido. Se pasea como esperando algo. Y agrega:

—Extranjero, aún no me temes...

El ambiente ya es de pesadilla. Las proporciones de las cosas se modifican extrañamente: oscilan, pulsán, ondean, se retuercen, saltan... La mesa se alarga como un elástico tirado por sus extremos, luego soltado se comprime, explota y se esfuma. Pronto todas las cosas del edificio desaparecen, sus aparatos, sus máquinas, sus experimentos, dejando solos al misterioso aventurero y al individuo de la bata; ambos flotan en medio del edificio vacío. Vienen halitos de pesadilla y perfuman morbosamente el aire respirable. Las escenas así odorizadas, enrumba en dirección del clímax. Anhelan un orgasmo animal.

De la nada brota un tubo de ensayo y su contenido: una aberración humana con aspecto de gladiador romano, es vaciada en medio de ambos hombres. Libre de su prisión el romano, con casco y espada como ropas, se convierte en una fiera enloquecida y con la fuerza de un oso se lanza queriendo coger en un mortal abrazo a su oponente. El personaje de la mirada impasible brinca y se le escapa. El gladiador usa su espada, no puede darse el lujo de dejarle con vida por más tiempo... pero es repelido con sonoras patadas y golpes demoledores. El gladiador es insensible a ese ataque.

En realidad el edificio es un huevo. Un compartimiento central en forma esférica es su “zona germinal”, cuya luminosidad suave y blanca irradia energía. De allí parte toda la energía necesaria para mantener su propia vida; o sea la del hombre de la bata, de la gran maquinaria, de los instrumentos de laboratorio y de las criaturas experimentales. Esa energía proviene de los humores glandulares extraídos de las numerosas víctimas. ¡Espanta comprobar que dentro de la “zona germinal” se encuentran todos los humores pineales, pituitarios, tiroideos, cardiacos, seminales... robados y que han sido derivadas allá en última instancia! Los humores separados y aislados, de acuerdo a su composición química y síquica por campos magnéticos, brillan combinando sus propiedades...

Resumiendo, los humores glandulares crean hormonas “sintéticas”. Hormonas con la facultad de dar vida lo inerte. Sin ninguna duda, el gladiador romano también es alimentado con esas hormonas, nutren todo su enorme vigor; y ahora levanta su pesada arma, según sus cálculos será la última vez, pues ha arrinconado a su rival contra una pared, la usa con furia... y ¡Oh, desengaño!, sólo ha perforado la pared y su espada se ha atascado en ella, tira sin resultados. En ese momento le sajan la nuca, se desmaya y así desmadejado flota a la deriva sin peso como arrastrado por una correa sin fin invisible.

La “zona germinal” destella; más bien respinga por el resultado de la lucha no agradable, le hubiera gustado saltar exultante. Todo indica que el edificio en sí es una criatura inteligente y razonativa y se lo debe a la acumulación de humores que carga. ¿Razonativa?... no, es algo más perfecta, piensa sin pensar, se diría que... ¿es instintiva? Nada tiene que ver con el instinto, la criatura es intuitiva. De esa manera concluye que cierto peligro se cierne sobre sí... procediendo del misterioso recién llegado y se defiende: Trae a escena otro matraz y rocía su contenido: un gas inodoro y transparente.

El misterioso visitante es bañado con ese gas e inmediatamente siente imperiosas convulsiones. Luego de algunos minutos de terrible lucha contra el invisible compuesto, que le arruina los sistemas nervioso y respiratorio, queda flácido. Entonces una fuerza invisible lo arrastra suavemente hasta la mesa quirúrgica ya recompuesta donde le espera el de la bata. Este lo ausculta, observa la carencia de signos vitales: el corazón está paralizado y el cerebro está a punto de morir y rápidamente con enguantadas manos y su conocido extractor le succiona las glándulas endocrinas. Estas pasan a la máquina y luego automáticamente son inyectados en la esfera germinal.

Volviendo breve lapso atrás, veríamos detalles que no han podido ser detectados por el de la bata ni siquiera por la omnipotente inteligencia de la “zona germinal”. Detalles como aquél en el que el misterioso aventurero, sintiéndose inmerso dentro del gas tóxico, se abstuviera de respirar y rápidamente se pusiera a ejecutar un singular ejercicio con el cual su corazón y otros órganos emularon los sufrimientos del envenenamiento para finalmente “morir”. Este acto de muerte fingida es una demostración más de sus profundos conocimientos sobre la vida y la muerte, así se impone sobre la materia y la modifica voluntariamente; su propia fisiología es una simpleza cotidiana que maneja con precisión armónica. Cuando permitió que se le mutile, de manera misteriosa y en unos secretos compartimientos anatómicos, ha escondido un pedacito de cada una de sus glándulas. Luego de la operación, su cuerpo es abandonado en el interior de una bandeja de vidrio con abrazaderas y sujetado a estas; luego junto a otros cadáveres de otras bandejas, es llevado por una invisible correa sin fin hacia una mufla encendida, ¿será incinerado!

La “zona germinal”, al recibir los nuevos humores glandulares se siente contrariada. Algo ajeno a su propia naturaleza... se ha metido rápidamente dentro de sí. Poderosa, no comprende de qué manera, algo ajeno y bajo la más estricta censura pudo incluirse dentro de sí sin que lo notara hasta muy tarde... Ahora intenta eliminarlo de sí, se esfuerza. Vienen do-

lores: ¿cómo echar de sí lo ajeno... revuelto en su interior, difundido en todo suyo? Comprende que es imposible, angustiosamente:

...¡Un virus me carcome!...

Es un susurro imposible de repetir por nada humano. No podría vocalizarse en ninguna lengua.

...¡Herido de-muer-te!... ¡Yo, yo-yo-el in-mortal!...

Aflicción infinita. Indescribibles dolores. Congoja, y más sufrimientos... para solapar una astuta manera de contrarrestar al enemigo metido dentro de sí. Reúne toda su vitalidad síquica para destruirlo.

...¡Resi-gnaci-ón!... ¡Re-sign-ación!...

De algún lugar recóndito de su interior saca un poderoso torrente de energía, un antídoto capaz de pulverizar el virus. Con ello sucede una elevación de la temperatura dentro de sí, una incontenible fiebre... que partiendo de los 37 grados Celsius: el límite de lo normal en un organismo humano y también suyo, sube y sube. Lo que llama virus rechaza sin mayor esfuerzo toda acción desplegada en su contra, se anticipa a sus intenciones.

*...¡Noo-oo!... ¡Ay!... ¡Yo-el inm-ortal...no pue-do aca-bar!..
¡No..., de-bo-venc-er! ¡Ven-cer! ¡Ahhh!... ¡Ahhh!...*

Quejidos infinitos, insondables, conmueven los cimientos de la materia con oscilaciones destructivas. La “zona germinal” crece en luminosidad; rápidamente su temperatura alcanza la descabellante cifra de 50 grados Celsius, nada orgánico podría soportarla sin morir. Luego sube hasta los 60 y sigue buscando niveles más altos, pronto alcanzara la ebullición y después, sin un freno, podría convertirse en una gran esfera incandescente...

Torturas síquicas inenarrables vienen cuando la fiebre ha superado el de la ebullición del agua, trema, ondea calurosos sufrimientos, aflicciones siderales con la intensidad de lo eterno. Alcanzada la incandescencia, se van extendiendo calores destructivos por todo el edificio.

El cuerpo inerte del misterioso aventurero, está cada vez más cerca de la mufla, de caer en su interior en pocos minutos acabará convertido en cenizas; este resultado viene irremediable... La oscuridad de la muerte falsa es tan profunda, tan misteriosa y tan luctuosa como la superstición; está perfectamente realizada, no hay nada que la diferencie de la auténtica muerte orgánica. Allí, todas las cosas están sumidas en un universo tétricamente negro, tan negro como la propia ignorancia.

En medio de esa ínfima oscuridad brillan siete puntos de luz radiante como únicas estrellas separadas por insondables espacios negros. Realmente estos siete puntos son los núcleos regenerantes de las glándulas salvadas de la extracción y ya se comunican entre sí con haces de prístinas radiaciones; crecen aumentando su diámetro luminoso. Hay indescriptible armonía en este crecimiento de la luz, inefables delicias, música... música cosmocratora. Siete puntos de luz de los cuales brotarán esplendorosas galaxias; es lo mismo que decir que en el interior de ese cuerpo desmadejado una poderosa voluntad con esforzada tenacidad repondrá las células glandulares extraídas. El más importante trabajo ya ocurre dentro de los órganos sexuales, aún con una mínima cantidad de células se envían potentes chorros de fluidos seminales que con sus ingentes poderes creadores contribuirán la recuperación total. Los fluidos seminales aprovechan primeramente dos canales semietéricos a todo lo largo de la médula espinal para resucitar el cerebro y el corazón y luego una red de canales más pequeños para llegar a todos los órganos y células llenándolas de luz, de vida. La gran dinámica glandular sucede en medio del más espantoso silencio de la muerte fingida.

La temperatura de la “zona germinal” es tanta, supera los 4 mil grados Celsius, hace mucho que los compuestos orgánicos se desnaturalizaron y un aislante magnético aún preserva sus propiedades vitales. Escapa de sí una vaharada tan candente que perfora las paredes de cristal del edificio y funde la mufla centímetros antes que la bandeja con el cuerpo del aventurero sea metido en su interior. La mufla al fundirse también explota expulsando las bandejas cercanas con su contenido hacia las afueras del edificio.

En la incandescente “zona germinal”, finalmente fundido todo aislante magnético, permite que las propiedades vitales de los humores glandulares se mezclen originando una reacción en cadena... ¡El edificio explota! La gruta es sacudida con rudeza.

Luego que el polvo y el humo se han disipado, se tiene un cuadro desolador. Parte del vidrio del gran huevo, licuado en el momento de la

explosión y lanzado, estuca los paredones rocosos, y en el piso goterones fríos del mismo cristal junto al vidrio granulado de los instrumentos de laboratorio conforman una textura iridiscente. La explosión hizo un agujero en el techo, sin duda delgado en ese lugar, volatilizó el hielo y por él brotó un hongo de fuego que se elevó por un centenar de metros encima del hielo antártico.

Agonías síquicas de lo que fue el siniestro laboratorio, permanecen residuales; son puntos repulsivos en el devastado escenario, son heridas dolorosas en el ambiente. Una gran porción de los individuos estragados por los experimentos, ha sido destruida por el intenso calor y la explosión; otro gran grupo, el grueso, permanece en sus frascos, intentando salir; y un número minúsculo, libres porque sus frascos fueron destruidos, se mueven con la soltura de muertos vivientes. A aquellos, de los frascos cerrados, el instinto ya les avisó el ineludible final que les espera, y como anticipo del final una somnolencia se apodera de ellos, los arrastra al sueño y, con seguridad, hacia la muerte. A estos, de los frascos rotos, el instinto les da la lógica del absurdo, autómatas tratan de darle significado humano a sus movimientos, sin conseguirlo.

Y, a estos, les toca caminar en una dirección indefinida, sin ningún objetivo. Muchos de ellos, sin otra opción, imitan a sus compañeros, uniéndoseles involuntariamente por adicción remanente. La lúgubre chusma, fantasmal, sorteando los escombros dejados por la explosión. Caminan... Lo fúnebre camina. Escogen senderos de pesadilla... hasta que se detienen al borde de una hondonada semejante a un cráter, y lo rodean con la lentitud de lo inútil. ¡Oh, dios! ¿Ellos aún tienen un objetivo? ¿Allí adentro está su objetivo? El misterioso viajero yace en el fondo, boca arriba, sin signos vitales, luego de ser arrojado por la explosión y milagrosamente no presentar más daño que el que le causó el tipo de la bata. Los muertos vivientes contemplan esa escena inmóvil con el infinito vacío interior que los caracteriza, no se deciden a bajar ¿qué esperan?

Otro grupo de muertos vivientes, encaminados en otra dirección, llega hasta un oscuro hueco, de allí sacan y cargan un cuerpo extremadamente magullado y también desmayado: su conocida bata blanca es bien conocida. En procesión lo llevan. En desfile de sombras fatuas. La torpeza de esos cuerpos convierte al tiempo en una exasperación fúnebre; los pies flacos y descalzos expeliendo fluidos desgraciados caminan en medio de los escombros de vidrio. Los tubos de ensayo, los matraces, los balones, los frascos, que en un momento llegaron a odiar intensamente, ahora

les son indiferentes, para ellos no existe o mejor dijéramos son metáforas síquicas, prisiones que sus ojos no pudieron ver y no pueden ver ahora.

Los sucesos se desarrollan en un ambiente donde la lógica común enloquecería, o antes se extraviaría en el absurdo. Es un laberinto sin salida. Un desierto donde todo está muerto incluido lo síquico. En ese escenario los muertos vivientes vadean sus propias quimeras; la única explicación que tienen, para todo, está en la carga que llevan a cuestas. Descendiendo al cráter, lo depositan junto al otro cuerpo inerte. Gruñen en coro.

La plegaria de gruñidos, expandiéndose por la gruta quiere identificarse con lo devoto, quiere parecerse a lo devoto. Es una oración compartida y ciega, un rezo muerto. Crece... crece intermitente buscando alcanzar la veracidad. Trata de convencer que es real; sí, y tiene la intención de interceder por la salud del que los creo... del hombre de la bata. ¿A qué dios están suplicando? ¿Acaso su único dios no es el de la bata? ¡Espeluznante pedido, le suplican que se acuerde de ellos, que se encargue de ellos! Gruñidos: ¡Oídnos!... ¡Oídnos!...

Los absurdos vapores de la plegaria bañan a los dos personajes inertes del fondo del cráter. A uno, al de la bata, lo cargan de energía, lo vitalizan; al otro, al misterioso, lo inundan de maldiciones. A aquél, la plegaria lo va volviendo lentamente a la vida, ya respira y pronto se mueve; a este no puede empeorarle la aparente falta de signos vitales. Minutos después, tras sucederle contorciones epilépticas, aquél se levanta, pareciera no sentir ni advertir sus terribles heridas. Monstruoso permanece estático por un momento, como si algo parecido a un residuo instintivo le pidiera lucidez, por lo menos una mínima voluntad para realizar sus actos. Inútil, sin nada en su siquis, da una lenta vuelta sobre sí mismo, y sin ninguna noción del tiempo en sus actos baja la mirada... y sus ojos muertos se topan con la inmóvil figura humana que yace cerca de sí...

El cráter es el centro hacia donde fluyen las oraciones, es el altar de los muertos vivientes. Y el ritual que empezó con un peregrinaje fantasmal, se consolidó con la gruñente salmodia, ahora está alcanzando el momento del sacrificio. Hedores oníricos son expelidos en torno del escenario. Hedores profusos. Y el grotesco oficiante, de bata ensangrentada, haciéndose de un agudo y filoso pedazo de vidrio semejante a una bayoneta, se arrodilla junto al inmóvil cuerpo que debe inmolar, le arrancará el corazón. Levanta el brazo fatal... Así permanece por un buen momento, como dándole mayor magnitud al acto.

Lo muerto aún amenaza. Lo muerto todavía tiene el poder para destruir. El ritual de lo muerto se prolonga, inspira mayores detalles ceremoniales. La mano armada con el cristal afilado al fin decide culminar y acuchilla...

El yaciente aventurero repuesto de la mutilación glandular, cogiendo otro pedazo de vidrio, rápidamente ha protegido su inerme pecho; luego utilizando el mismo fragmento de cristal golpea la cabeza del dios de los muertos vivientes, destrozándosela.

Los muertos vivientes gimen. ¡Horror! Levantan las manos magras al cielo. Su amo, cae. Y la inmovilidad se adueña de toda la extraña multitud; pesarosa, cabizbaja y luego implorante mira al cielo. Sucede que todo acabó.

Luctuoso ambiente. Las sombras de los muertos quietas, como estatuas fabricadas por la locura. ¿En cuanto tiempo se disolverán?... Ya empieza a descomponerse lo orgánico de lo muerto. La materia onírica se reducirá a polvo por sus propias leyes en un tiempo mayor... sucederá en muchos años.

Sombras... Sombras.

CAPITULO VI

EL FILÓSOFO; A: LAS SOMBRAS

¿Puede el hielo generar sombras en la oscuridad? Normalmente la respuesta es negativa. Pero aquí, bajo la leve iluminación de la gruta, lejos del punto de contacto con la superficie, el hielo ya casi desaparece pero aún así influye grandemente, produce sus propias sombras en los lugares donde el tiempo con una sabiduría suya ha esculpido las últimas figuras aterradoras, sombras al igual que sufrientes espantajos: gimen hondas abyecciones.

Los gemidos, los lloros, revolotean por el extenso ambiente de la gruta convirtiéndola en todo un manicomio. Las sombras se agreden entre ellas mismas, utilizando como armas hirientes improperios.

Una corpulenta sombra atrapa a otra y la devora entre aullidos lastimeros, después la vomita toda. Es una acción neurótica sin explicaciones que se repetirá muchas veces. Otra sombra adiposa se traga a sí misma, es horrorosa esa intención de acabarse a sí misma a mordiscos; insaciable es para sí una absurda comida permanente, inacabable. Aparte dos gomias se tragan entre sí, se beben cruelmente...

Horrores por todas partes. Excreciones absurdas de lo antiguo, espantos que la naturaleza no puede borrar de su memoria, en cambio las densifica más; la gruta, se está haciendo costumbre desde muy atrás, los exhibe sin tapujos.

Todas las sombras, las gemebundas, las lloronas, las insultantes, las tragonas y otras muchas, rodean un blanco iglú, en cuyo amplio interior, profuso de negras sombras, se alberga... alguien difícil de identificar. De allí adentro supuran incontenibles vapores que insinúan un enorme poder, una impresionante fuerza fohática.

Sin mezclarse con los aullidos, un susurro diferente, cuerdo, parece decir:

El hielo medra y sus sombras también.

Viven, respiran.

Viven en una muerte sin nada.

*Sombras, tan sólo sombras.
Sombras que opinan, que anhelan,
que suponen estar vivas.*

Sombras cuya antigüedad no tiene límite, que aparentemente no tuvieron un principio. Un némesis arcaico las enclaustró allí en linderos helados, son parte de una poesía perenne, nacida de una mente neurótica. *El castigo... ¡El castigo!...: suenan ventosas las sombras y ebrias de espanto repiten versos conocidos:*

*¡El castigo es el premio!
Es la belleza que conocemos,
la sinceridad.
Es la tranquilidad,
nuestro afecto.
Es nuestro alimento y
nuestro dormir.
Es el delicioso aire que respiramos,
nuestro vestido.
Es aquello que admiramos,
y reímos.
¡Qué hermoso!,
es nuestra honestidad.
¿Ay? ¡Que chusco es nuestro goce!
Amor... amor,
es el afecto que conocemos...*

Sucede una breve pausa. Las sombras han sido distraídas por una voz soltada dentro del iglú; un monólogo tan corto, una interjección ordinaria como cuando alguien se ha golpeado un dedo con un martillo: *¡Silencio!*

Atrona la interjección esa en la dimensión síquica de las sombras. Es un vendaval radiactivo con efectos dolorosos. Pero para las sombras, es un sonido más, familiar, suena como el regaño de un hermano torturador:

*Es nuestro ángel,
son nuestros ángeles
a él oramos, a ellos..*

*El cónyuge, la cónyuge,
es nuestro matrimonio.
Son nuestros hijos,
la felicidad.
Es nuestro calor
y nuestra luz,
nuestro hogar.
Es nuestro dios...*

Aquí, otra interjección más potente las interrumpe y silencio. Ahoga las expresiones filosóficas, pero los ademanes corporales y los movimientos de manos y pies no se callan, apuntan elocuentes versos filosóficos... para la neurosis.

En ese momento el enigmático viajero de la mirada serena llega al dominio de las sombras sufrientes. Intuitivamente pudo captar los últimos versos del poema y también determinar que un personaje de “locura” mora dentro del iglú a la manera de un grotesco director de las sombras dolorosas. Pudo determinar también que las sombras provienen de la profusión de otras esculturas de hielo dispersas en torno al iglú, son más solemnes que las anteriores de la gruta y toman disposiciones tántricas. Las sombras se interrogan si es real lo que ha importunado en el umbral de sus dominios: *¿Que es “eso”...? ¡Es importante averiguarlo! Y conmocionan el aire imprimiendo brisas revoloteantes y sonidos fatídicos. Rodean al misterioso. Este ignora esos efectos aterradoros y avanza sin detenerse. ¿Qué es?... ¿Qué es?... ¡Uf, que feo!... humano no es, prosiguen las sombras con un viento gutural. ¡No es posible..., esa “cosa” se dirige al iglú...! ¡Nuestro deber es detenerlo antes que lo alcance...*

Las sombras inventan una fantasía, proyectan una pesadilla en el escenario. Dejan que los ojos humanos puedan ver frenéticas criaturas abismales.

Una de estas criaturas es un huesudo fragmento de carnes putrefactas, tiene el ímpetu de lo espantoso. Pero nada logra, sólo se desvanece cuando toda su energía maloliente se reduce a la inutilidad; no puede nutrirse con la energía desbocada del terror que pudiera darle su víctima y así poder crecer. Otras criaturas también son repelidas. La atmósfera se carga de conmociones eléctricas chasqueantes:

¿Cómo hacerlo?... ¿Cómo hacerlo?...

Y se continúan con un tenue coro de relámpagos:

*¡Todo es posible!... ¡Todo se puede lograr...
especialmente nosotros!... ¡Sí! ¡Sí!...*

Hay inquietante impotencia en el ambiente sulfuroso. Las conmociones eléctricas, son conmociones de odio desfogado que no alcanzan la satisfacción; odio intensamente reprimido y combinados con aberrantes fluidos sexuales de intensa lujuria, todo ello manejado por enfermizo orgullo. Otras aberraciones no están ausentes, sólo pasarían inadvertidas para un ojo poco avizor. Truena:

*¡El iglú... es sagrado! ¡Allí está la razón de
nuestro ser!... ¡El iglú... ahora es violado...!
¡Horror!... ¡Horror!...*

El iglú una enorme protuberancia esquimal en medio de la amplia gruta, es un cúmulo de bloques con dureza y transparencia de vidrio. Está rodeado por una aureola imposible de soportar por alguien normal: enloquecería. Una gradería lleva hasta el portal de la construcción de hielo. El misterioso viajero usa la gradería y se introduce en el iglú. Allí adentro, pese a la semitransparencia de las paredes de hielo que debería dejar pasar toda la luz opaca del exterior, existe una honda oscuridad, una oscuridad que en concepto exacto es nada menos que el cuerpo de un monstruoso ente que en su momento se comprime y toma una absurda forma de calamar. Las múltiples y enormes manos, de este esperpento, sujetan con nudosas falanges al osado para luego arrastrarlo a desconocidos interiores; después de estrujarlo y casi ahogarlo lo deposita bruscamente a los pies del amo del reino de sombras: ¡un *yoguín* con ropas de monje oriental!

—¡Ah, eres tu!... —prorrumpe el *yoguín* luego de observarlo brevemente— ¡Te vuelvo a ver después de tanto tiempo! ¿Dónde andabas? No te sabía vivo.

El recién llegado suspira sereno, sin responder.

—No me recuerdas ¿verdad?... —prosigue el *yoguín*— No me recuerdas... de tu infancia humana, ¿verdad? Nada recuerdas de tu infancia humana, ¿verdad? De eso, hasta hoy, distan millones de años. Sí, hace millones de años, apenas eras un mozalbete inocente con ínfulas trascendentes. Y vienes a mi otra vez.

”Y ¿porque vienes a mi otra vez? Lo presumo...: buscas, tu ansiada libertad cósmica, tu autorrealización y en mi mano está la llave para lograrlo; es el muro que aún no puedes atravesar. Ese camino que con persistencia te obstinas en recorrer no podrá ser continuado si no me vences... Esta vez, te lo aseguro, tampoco podrás continuar, es más ahora podrías ser mío definitivamente... Te conozco muy bien, no podrás lograrlo... no tienes pasta de triunfador.

”Sería más cuerdo para ti, este consejo me sale del corazón, es lo mejor que se me ocurre después de mucho tiempo, dar la vuelta y salir corriendo de este recinto. Abandona para siempre mis dominios... deja, desiste de lo vano. Vuelve por tus pasos... al norte, al solaz que te ha brindado la vida, pues lo tienes todo. Tienes dinero, y fama; lo suficiente para vivir en paz contigo mismo.

”¡Ah! ¿Veo que aceptas?... Reflexiona, ¡te doy tiempo para reflexionar y lárgate! ¡Nada puedes, nada podrás!... Has superado muchos obstáculos que voluntariamente buscaste en la vida, no había necesidad para ello... pero tienes que comprender que hay cosas imposibles para ti...

No hay respuesta. Ni siquiera la más sutil de parte del aludido.

—...¡La última vez viniste a mi con la misma actitud, con la de heroico vencedor... y nada lograste!... ¡No puedo tolerar más esto, no puedo soportar otro desplante! ¡Quiero tu respuesta de abandono...! Qué sea la última en que nos veamos frente a frente... como enemigos. Abandona y seremos amigos.

”¡Bien, mi paciencia se ha agotado, mira lo que te tengo!...

Los grotescos dedos de la oscuridad lo sujetan una vez más con la potencia de neumáticos constrictores. En esas manos siniestras palpitan unas venas insufladas por un explosivo odio, una corriente traumática servil. Esa criatura instintiva se sabe poderosa y nada subestima.

—...¡No eres razonable! —grazna el amo del iglú con un severo gesto en su rostro de rasgos orientales— ¡No tengo otra alternativa que eliminarte! Esta vez será para siempre: ¡serás mío! —cierto rumor eléctrico baña su inmóvil corpulencia calva y atlética mientras concluye unas últimas palabras que estimulan más a su nociva esclava de sombras negras—: Bien ¡Qué esperamos!...

El enigmático visitante es levantado del piso, zarandeado, mareado como un muñeco y puesto delante del *yoguín* con los ojos bien abiertos frente a los de aquél.

La mirada del yoguín es penetrante y emiten poderosos relámpagos hipnóticos, es evidente que quiere adueñarse de la voluntad ajena. Su

empeño es rechazado con imperturbabilidad; respinga: no esperaba una respuesta tan capaz; luego su rival tiene que soportar el incremento de los relámpagos hipnóticos hasta un clímax inmedible.

Los increíbles dones síquicos de ambos personajes emiten enormes calores, también síquicos, de prolongarse esa actitud se tornarán materiales. Zumban los átomos de la criatura de sombras de manera incoherente.

Los calores irrumpen en lo material enviando por delante una luminosidad con poderosos destellos cromáticos. Se siente el dolor del ente oscuro ante el avance del calor y casi aúlla de dolor si no se muerde unos escondidos labios y rechina ciertos crujidos minerales, afloja sus groseros dedos.

¡Tiembla el iglú!

Y allá afuera de la construcción de hielo, las pesarosas sombras se preguntan dubitativas: *¿Qué está ocurriendo dentro de la morada de nuestro amo?*

Y llaman otros tantos versos conocidos por ellas:

¿Ay? ¿Esto es llanto?

No, esto no es alegría.

¿Ay? ¿Esto es preocupación?

No, esto es comprensión.

¿Ay? ¿Esto es duda?

No, esto es sabiduría.

Las inquisitivas sombras se arremolinan, y algunas de ellas en un supremo momento de audacia intentan subir las gradas, vedadas en una circunstancia ordinaria, para divisar siquiera a su amo. Nunca lo han visto, pero le temen... Se retraen sin tocar el primer escalón. Más quejidos:

¿Ay?...

El tiempo nos lo dirá.

*Es vital, mientras medramos,
esperar.*

¿Ay?...

Paciencia, a esperar.

La experiencia nos lo dice.

¿Ay?... Es lo mismo que reír.

Mientras tanto dentro del iglú la hipnosis se va imponiendo...

EL FILÓSOFO; B: EL MAR

El mar brilla como un inmenso espejo bajo una esfera amarillenta en ignición. Así avanza la mañana en medio de un caluroso proemio. Tonalidades cromáticas, imposibles de conceptuar, se distribuyen armoniosamente en los vastos horizontes. Pasan los minutos y el mar ya etéreo, igual que el cielo, trae sutiles gaviotas y las rodean con una tenue aura amorosa, si fuera de noche tal vez brillarían con luz propia. ¿Acaso cada ave radia una abstracta máxima de paraíso...? La misma máxima ondea con suavidad sobre las olas calmas. La tranquilidad es opima, quizá no la hubo antes y rodea todas las cosas con todos los efluvios poéticos de unas sirenas soñolientas; cosas... como el de un arrecife coralino de unos 100 kilómetros de largo y un cielo tan puro como el elixir.

Un blanco yate anclado junto al arrecife se antoja como una perla nacarada en toda esa joya matutina...

Del mar también brotan aromas intuitivos sin difundirse por falta de brisas oportunas. Y estos misterios de las profundidades flotan sobre la superficie subliminalmente, hablan de tesoros en las profundidades. Hablan de galeones hundidos por pavorosas tempestades. Hablan de naufragos...

En el yate, de pie, un musculoso individuo de ropas marineras, con un antiguo libro de pastas de cuero abierto en sus manos, está profundamente inmerso en la lectura. Voltea una hoja amarillenta cuando:

—Esus, ¿como va eso...? —oye la voz de su amigo y socio, mientras se le acerca sobre cubierta.

—Estoy casi seguro, Julio —responde con una agradable voz culta y juvenil—: que estamos en el lugar donde se encuentra el galeón que hemos venido buscando por cinco largos años. Estamos encima de él. Precisamente a unos veinte metros encima de él.

—Ya era tiempo. Empezaba a cansarme, Esus. Tú sabes...

—Aclaro que mi seguridad no es total... Tenemos que revisar ese último volumen que nos cedió tan gentilmente el director del Museo de Indias de España y también amigo nuestro: Jorge Torrejon y hacer algunos ajustes a nuestras precisiones.

—Es una suerte que recién se haya encontrado esa desconocida bitácora. Ese libro nos dará la total certeza... Espero que otros investigadores no se nos hayan adelantado.

—No debemos ser pesimistas; la espera, para mí, es un aderezo estimulante. Dentro de una semana, Jorge nos lo prestará por algunas horas. Ese día será definitivo. Espero que coincida con este punto geográfico. Es importante fotocopiar ese documento. Estoy rogando que las coordenadas que tenemos no varíen...

Ambos amigos se dan un fuerte apretón de manos auspiciando un triunfo venidero y desaparecen en el interior del yate.

Docenas de meses atrás, ambos amigos emprendieron la búsqueda de un antiguo naufragio. Una investigación minuciosa en los archivos coloniales de España y algunas bibliotecas privadas les fueron necesarias. En esas instituciones, llenas de libros y de otros legajos, se pudieron enterar con minuciosa abundancia que de España salían, con regularidad, hacía el Nuevo Mundo, como llamaban entonces a todas las tierras recién descubiertas en el continente americano, tres flotas de entre diez y veinte naves, cada año; en sus bodegas llevaban soldados, caballos, armas y pólvora en conjunto con otros enseres. En el retorno a España, las flotas llevaban casi exclusivamente metales preciosos y gemas. Estos viajes se realizaron durante 300 años a partir de 1492 en que empezó el periodo de las colonias españolas en el Nuevo Mundo. Uno de los mayores peligros de las flotas, pese a estar bien armadas con lo mejor del momento, fueron los barcos piratas; pero lo peor se venía cuando se encontraban con una tormenta entre los arrecifes del Caribe y la costa oriental de Florida, la poca profundidad del agua en connivencia con poderosos vientos era suficiente para hacerlas zozobrar entre los arrecifes y contra las rocas. Existe una bien documentada bibliografía de los naufragios y de los lugares donde sucedieron tales y las dramáticas circunstancias precedentes. Cada barco viajaba con un manifiesto de centenares de páginas en cuyas listas se mencionaban sin “omitir”, todos los objetos de valor que iban a bordo; esto de “omitir”, por lo del contrabando existente entonces. Luego de un naufragio los representantes de la corona española y los inversionistas privados interrogaban con sumo cuidado a los sobrevivientes; los testimonios servían para crear volúmenes de literatura marinera por los escribas de entonces. Muchos de esos testimonios registrados en actas fueron “devorados” acuciosamente por ambos amigos.

Una semana después, luego de haber conversado durante dos horas sobre sus planes, en el despacho de Javier Torrejón, el Director del

museo, Esus Arkadi y Julio Gonzalos reciben una lacónica invitación de aquél:

—Señores les ruego, síganme.

Y se encaminan a un gabinete privado.

—Les haré entrega de una copia —continúa el director, pausadamente—, de la Bitácora *Augusta*. Como bien saben ustedes, señores, se le puso ese nombre gracias al nombre del capitán que la escribió: Augusto Torquemado. El hombre luego del naufragio de su nave lo depositó en las manos de su contra maestre, fue una herencia premonitoria, porque días después moriría víctima de una extraña enfermedad y su casa con todos sus enseres se quemaría en un desafortunado incendio. Hasta hace unas dos semana, exactamente 16 días, estuvo abandonada en el desván de uno de los tataranietos del contra maestre, fue un hecho afortunado que alguien por pura casualidad la descubriera entre el polvo acumulado después de 400 años.

—Los afortunados somos nosotros —arguye Julio ceremoniosamente, con un acceso de alegría que es difícil de esconder.

Han recorrido varios pasillos hasta detenerse delante de una puerta de doble hoja.

—¡Algo se quema ahí adentro! —apura Esus, exaltado.

En efecto un tenue humo sale por la claraboya de la puerta.

Al tocar la perilla de la puerta, el Director del Museo, la siente quemante. Retira la mano en el acto.

—A un lado —grita Esus retrocediendo—. ¡Voy a derribar la puerta!

Y se lanza con toda su corpulencia de noventa kilos. Saltan las bisagras que sostenían las pesadas hojas. Adentro el fuego carcome rápidamente el enmaderado del piso y algunos muebles. El humo crepita.

—¡Ahí está la Bitácora *Augusta* —grita pesaroso Javier Torrejón, señalando un pesado escritorio de cedro—. ¡Está en una de sus cajas! ¡Dios mío, me parece que es imposible rescatarlo: está ardiendo el mueble!

Esus, reaccionando con presteza ha saltado entre el fuego pese a los gritos de sus acompañantes. En fracciones de segundo ha alcanzado el escritorio e intenta abrir la caja donde se encuentra el libro. El humo le hace toser.

Julio y el Director del Museo no pueden dar crédito a lo que luego ven: ¡un cuerpo humanoide llameante se ha levantado del fuego y, con la estatura de un monstruoso gigante corre tras de Esus!

El coloso en llamas es una fuerza desbocada, sus vehementes zarpas yerran en cada intento de coger al buscador de tesoros y en todo caso incendian todo lo que tocan. Llega un momento en que cree que no se le escapará más porque lo tiene acorralado en una estrecha esquina conformada por pesados muebles, lanza un iracundo manotazo... ¡Ah, falla y su intento perfora uno de los gruesos muebles, junto a varios volúmenes antiguos, como si fuera un simple velo de gasa! Sus rugidos rompen algunos vidrios de las altas ventanas. Los incandescentes ojillos arden llenos de odio. Toda su escondida salacidad se dispara en un nuevo rugido, cuya fuerza vibratoria rompe todos los vidrios de una vitrina empotrada en una pared. De la vitrina deshecha, cae un extinguidor. Mala suerte para el ente, el golpe con el piso hace saltar el seguro del extinguidor y deja escapar un chorro de polvo químico. El humanoide llameante recibe una rociada e inmediatamente sus llamas decrecen. Una anoxia momentánea lo invade.

Esus sin darle tiempo de recuperarse le vacía todo el contenido del extinguidor. El ente se volatiliza enseguida. El fuego de la habitación también se apaga desaparecida su razón de ser. Los muebles a medio quemar y rápidamente fríos, el piso enmaderado y alfombrado casi en cenizas y sin rescoldo en los carbones, son el extraño resultado de un fenómeno inexplicable. Algo invisible se mantiene en el ambiente observándolos... algo que imita una sonrisa agria.

Esus con una corazonada empieza a identificar a esa criatura síquica... Hurga dentro de sí mismo buscándola, no la podría encontrar en otro lugar: *“Todo lo que nos suceda tiene una explicación dentro de nuestro interior”* ¿Qué?... ¿Qué?... Lo absorbe una retrospección profunda pero instantánea. Son conmociones internas.

—¿Qué es de la *Augusta* —le interrumpe la voz del Director del Museo, quién aún se encuentra boquiabierto por la terrible experiencia de segundos atrás—. ¡La *Augusta*, no me podré perdonar si fue destruida! —reponiéndose se acerca al mueble— ¡Espero que mi pesimismo no sea cierto! —con cautela tira de una manija—. ¡Oh, dios! ¡La madera que sostenía a la manija se ha despedazado en mis manos! ¡Está carbonizada! ¡Oh, dios!

Luego, Javier Torrejón, mete la mano por entre los carbones, y como recordando algo busca en el fondo.

—¡Dios mío, está intacta! —dice agradeciéndose a sí mismo y sacando la bitácora—. ¡Me festejo de haber colocado el volumen dentro de un cartapacio de recio cuero grueso: qué afortunado soy!

—¡La fortuna está con nosotros, Esus! —exclama Julio, sonriéndole a su amigo.

Minutos después junto a una máquina fotocopidora duplican todas las páginas. En ellas, con profusión de datos, se encuentran los puntos de referencia del hundimiento. Detalles de latitud, de longitud, y una minuciosa descripción del arrecife que señala el tesoro.

Con la despedida, las últimas palabras son las del Director del museo quién con tono afectuoso dice:

—Tu brazo muchacho, lo tienes herido. El monstruo ese te puso una mano y te quedó su huella chamuscada. Sería bueno que vieras a un médico.

Esus y Julio toman el mismo vehículo que los llevó allí: una camioneta cerrada de doble tracción y se dirigen al muelle por una vía rápida. Deben visitar a un viejo lobo de mar.

Mientras Esus conduce, Julio hojea la copia del *Augusta*. Un interesante párrafo le hace evocar lo que leyeron en uno de los manifiestos incompletos, por lo apollado de sus hojas, que meses antes encontraron en una colección particular de antigüedades, se trata de La Gloria, la nave insignia de una flota española de once galeones que zarpó en 1650 de las costas mejicanas rumbo al Viejo Mundo y de como se partió en dos al ser arrojada por una tormenta contra un letal arrecife del Mar Caribe a 180 kilómetros al Norte de lo que hoy se llama República Dominicana. Se describía detalladamente el valioso cargamento que llevaba y que no fuera hallado hasta el momento. Los sobrevivientes del naufragio afirmaban que los compartimientos de carga de la nave resultaron pequeños para contener todas aquellas riquezas. Por mucho tiempo los españoles de la corona estuvieron buscando los restos del galeón, que se hundiera junto con toda la flota, en el arrecife sin ningún resultado conveniente; los piratas que infestaban los mares de aquél entonces también fracasaron inútilmente, lo mismo que los buscadores privados contratados por los ricos que perdieron sus bienes en el siniestro.

—Esus —llama Julio señalando un párrafo de la fotocopia para sí—, todo indica que hasta antes de tener esta bitácora en las manos estuvimos a pocas decenas de metros del hundimiento de La Gloria.

El aire fresco de las ventanillas enfría la fiebre veraniega dentro del vehículo. Lo raudos vehículos levantan vapores de los charcos originados por los espejismos. Salpican esos líquidos candentes de las pistas.

—Las decenas de metros esas —continúa Julio suspirando hondamente—, nos harían imposible encontrarla. Bajo el mar, entre el coral y el cieno esos metros son decisivos.

Faltando algunos kilómetros para llegar al muelle los aromas salinos del mar son evidentes y profusos, vienen en brisas cabalgando sobre la pegajosa humedad... Algo más viene con los aromas salinos... algo imposible de determinar si no se tienen especiales sentidos síquicos. Algo que flota sutil en el ambiente, ubicuo; demostrando que es una criatura inteligente lo hurga todo, hurga cada pensamiento humano, cada emoción y sentimiento, así se entera de muchas cosas... que necesita saber; no conoce de vergüenzas ajenas ni suyas y se hace dueño de íntimos secretos.

¿Quién eres?, se pregunta Esus como haciéndosela, en verso, a esa omnimoda presencia.

¿Quién...? Hay algo dentro de mí que parece recordarte...

¿Quién...? Es una sensación fuerte y persistente.

Me eres muy familiar.

¿Quién...? Tengo esa sensación de conocerte desde hace mucho tiempo...

Necesito introvertirme... realmente necesito meditar.

Es maravilloso el momento para el buscador de tesoros. Una profunda delicia empieza a brotar desde muy dentro de sí, es un chispazo energético a punto de condensarse trayendo profundas verdades a su mente... Se sucede dentro de sí una retrospección rápida, vuelve hacia atrás; recuerda los minutos pasados, las horas, los días, las semanas...
¿Quién?

Delante de la pequeña camioneta en la que ambos amigos se desplazan cae la señal que indica el paso de un tren. Esus sumido en un extraño sopor, tarde reacciona para pisar los frenos, rompe el brazo de madera de la señal y se detiene tras patinar con un agudo chirrido y olor a neumático quemado a escasos centímetros del acerado monstruo de metal de más de cien toneladas que pasa zumbando.

El sorprendido Julio, sin tener tiempo para entenderlo, es lanzado fuera del vehículo, golpea el pavimento sintiendo herírsele un hombro. En ese estado puede ver como el vehículo que venía tras ellos choca contra la camioneta que maneja su amigo y la empuja contra el tren.

—¡Esus, cuidado!... ¡No...! —grita impotente.

El tren aplasta a la camioneta como si fuera un inerme tarro de hojalata.

Luego Julio se levanta del duro piso sufriendo toda la conmoción de lo fatal en su ánimo. La incoherencia le inunda los pensamientos. Está

apunto de correr tras el metal arrugado que arrastra la enorme máquina cuando siente la presión de una mano conocida en un brazo y se vuelve:

—¡Esus! ¡No puedo creerlo!... ¿Cómo es posible?

—Tranquilo, Julio. Salté a tiempo.

—¡Bendita sea la Providencia!

Julio, loco de alegría, abraza a su amigo. En ese momento la omnimoda criatura ambiental deja escapar una sonrisa agria, como si no estuviera de acuerdo con esa profusa emoción.

—¡La copia del *Augusta*, cayó sobre mí!

Los pocos kilómetros que separan a los dos amigos del muelle, son recorridos a pie. La alta temperatura del ambiente es mitigada cuando atraviesan un parque rodeado de frondosos árboles. En una banqueta reposan un momento, no están cansados, necesitan pensar, reflexionar. La olorosa frescura de la vegetación es un bálsamo para las abigarradas sensaciones pesarasas de Julio, los dos accidentes en las que hubo grave peligro de muerte lo tienen confundido; respira hondo para mitigar su confusión, se le ha enseñado que tiene que utilizar toda su imaginación para curarse del morbo que lo domina, tiene que imaginar hermosas cosas. Imaginar, por ejemplo, una delicada flor de sedosos pétalos cristalinos reposando en sus dedos, del centro de esa flor permitir que brote una luz intensa con la pureza de lo limpio; bañarse con esa luz por entero, limpiarse cada una de sus células, purificarse; a la postre esa luz extiende su radio perdiéndose en el infinito. Julio suspende el maravilloso ejercicio sintiendo una exquisita calma en su interior... ¡Oh! Pero ese éxtasis es roto por un repentino manotazo de odio no suyo...

Esus pasea su imperturbable mirada por toda la extensión del parque. De los gruesos y añosos troncos pasa a interesarse de un exótico arbolillo. “¡Una secuoya!”, piensa. “¡Qué maravilla!”. Un retoño vivo de esos colosos vegetales que pueden alcanzar sin dificultad 150 metros de alto, diez de diámetro, y vivir más de mil años. El fósil viviente de esas coníferas que vivieron hace millones de años en el carbonífero. Una de esas especies que a los 300 años de vida recién echa sus primeras semillas, tan diminutas que cientos de esas semillas se pueden tomar en un puño; conmueve el hecho que de las millones de semillas que echa sólo una, con suerte, se convertirá en árbol; sus enemigos naturales son incontables, desde los pequeños insectos hasta los grandes mamíferos, sin incluir los incendios y los malos tiempos. Usando esta colosal especie, la naturaleza filosofa sobre el tiempo y la vida; la evolución no se ha atrevido a tocar su intimidad genética y le ha dado la libertad de obrar a su manera.

El ambiente genético del arbolillo es un maravilloso mundo de inteligentes conmociones anímicas y síquicas guiadas matemáticamente por inalterables leyes. Si la naturaleza le ha permitido vivir más que a sus hermanos paleolíticos, debe tener alguna razón. Esus ve ese atavismo con los ojos omniscientes de la intuición: “Muchas especies llegan a ancianas muy tarde y llenas de sabiduría. La Naturaleza las protege de manera muy especial...”. Luego Esus se da cuenta que su amigo, del éxtasis se ha trasladado, mejor dicho ha sido arrastrado a una pesadilla inyectada por el odio de esa extraña presencia omnímota que otra vez se manifiesta en el ambiente molestándolos.

—Julio —susurra Esus—, despierta.

—¡Eh!...

—Es momento de irnos.

—¡Oh! ¡Repulsivo! —respinga Julio apartándose de la somnolencia absurda que se le aferra con prensibles ganchos— Mis pesadillas son insufribles.

Viene un acantilado seguido por una hondonada arenosa de donde ya no se puede ver la ciudad. El sonido del agua golpeando las rocas es un canto al misterio. Trae lejanos efluvios no terrestres, aromas síquicos con marcado acento sideral. Estos aromas, traducidos por los sentidos intuitivos, tienen la consistencia de bellas criaturas vaporosas; flotan sobre las olas con magníficos cuerpos de mujer y larga cabellera sedosa, musitan edénicos susurros y retozan con la felina gracia de lo desconocido.

En ese momento, el encendido cielo se transforma; sucede sólo para Esus. Una magna mano depositara colores no usuales a brochazos en la lejanía. ¿Qué hay allí que tanto le sorprende? Esa lejanía cromática es hipnótica. Presiente lo artificial de aquello e intenta separarlo de la realidad. Se da cuenta que esos colores son parte de la fascinación de algo... desconocido, que le induce a soñar. ¿Será posible que le esta dando mucha importancia a algo tan simple, que con decir ¡basta! se soluciona?

Esus está confundido. Meditabundo no encuentra en que pensar. Todo porque la fascinación lo está ganando. Su mirada se desvía hacia el distante horizonte, pero no la ve. Conmueve las entrañas el verlo inerte. Por el momento es importante la autoobservación; es el momento de la meditación y él parece haberlo olvidado por completo. Es vital y necesaria una íntima retrospección, buscar dentro de sí mismo aquí en el presente la razón de ser de esa manida influencia que sin duda ha cogido un defecto psicológico escondido y se manifiesta. Un estímulo cromático visto sólo por él, ha sacado de lo íntimo un punto vulnerable.

La extraña presencia omnívota que los sigue, luego de tender el sedal, ahora lo tira.

—¡Esus!... ¡Cuidado, Esus! —grita Julio alarmado— ¡Sobre ti!...

Una roca se ha desprendido de lo alto del promontorio rocoso con aspecto de acantilado y desciende con vértigo homicida sobre el aludido. Este, oyendo la advertencia de su amigo, se retira y la roca sin otro incidente sigue rodando hasta introducirse en el mar.

—Siguen los accidentes, Esus —suspira Julio, para luego interrogar sin proponérselo—. ¿Qué nos está pasando? Es como si todo... quisiera hacernos daño. No podemos caminar sin tener accidentes por delante.

—Serenidad amigo. Necesitamos de mucha serenidad. Toda la serenidad posible y paciencia.

—¿Qué nos pasa? Todo es evidente.

—Julio, ¿qué harías de ser cierto eso que presumes?

—¿Es cierto?...

—¿Que harías si fuera cierto?

—No sé. No podría. Tal vez dormiría todas las horas del día. No dejaría mi cama... Aunque, también, los problemas vendrían a mi cama...

—Serenidad amigo.

El azar no existe. Todos los sucesos tienen su razón de ser.

En el pequeño muelle hay cinco embarcaciones. Todas son de recreo menos una, la que carece de velas... allá van.

El muelle. El mar. Las suaves olas...

EL FILÓSOFO; C: EL SUEÑO

La tarde es una agradable curiosidad urdida por el tiempo. El solaz humano la prefiere por más horas, por eso hace menester alargarla por más tiempo, extenderla por tiempo indefinido.

Sin embargo llega la noche. Un globo rojo lleno de helio, flota junto a la línea del horizonte, entregando la luz residual del día; como si fuera una valiosa moneda perdida, es recogida por una omnímoda mano salida de detrás de la línea ardiente del mar y metida rápidamente dentro de un oscuro bolsillo. Allá abajo existe una soledad profunda e infinita que sería mejor olvidar... sería si esa oscuridad no acicateara con tanta intensidad causando ciertas sensaciones angustiosas. Esa soledad... Esa soledad...

Las olas marinas nacen en esa soledad; brotan de repente del miedo. Son una prolongación de las angustias y llevan hasta un puerto centroamericano dolorosos hálitos.

El mar es un inmenso hervidero de misteriosas sensaciones lacerantes; sensaciones que blasfeman, critican, acusan, insultan, reprochan y muchas cosas más. Esas sensaciones dolorosas toman grotescas formas cuando se lo proponen. Sí, de verdad, en ese momento una absurda forma insultante brota del mar y, colgándose por la cadena del ancla, sube al yate donde descansan Esus y Julio. Encorvado como un simio, con pellejo de pez, renguea sobre sus patas de muchos dedos; pega la chata nariz suya, incrustada por dos largos colmillos, en la ventanilla de uno de los dormitorios, allí adentro alguien duerme despreocupadamente. La criatura con su cuerpo de fantasma, sin necesidad de puertas, entra en ese compartimiento y sin ser sentido contempla al dormido. Luego como un sinuoso vapor se introduce en el durmiente.

Julio sudoroso se retuerce en su litera. ¡Ah!... ¡No!: exclama palabras incoherentes. Sueña que camina por una oscura calle de una ciudad desconocida; el sucio piso ha recibido algunas gotas de lluvia, lo suficiente para formar negro lodo. Hundido hasta los tobillos en el cieno, al doblar por una esquina cualquiera se topa con un ente cuyo negro abrigo esconde un deforme cuerpo, ¿cuál sería su reacción si también pudiera ver su mil veces espantoso rostro velado por sombras que le obsequian un oscuro

sombrero? Va hacia él, empujado por la inercia onírica, con pasos apurados; luego deteniéndosele frente a él, lo observa fijamente. Ambos se contemplan fijamente y ahí permanecen analizándose en silencio.

La noche se llena de aterradores aullidos ambientales. El empedrado, sobre el que nada el légamo, sufre temblores epilépticos propios de un temblor de tierra: ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... Son neuróticas nauseas. Es difícil tener los pies bien plantados con tales temblores, pero se puede lograr con voluntad y decisión.

Miasmas pestilentes brotan de las sombras y lo inundan todo. Nada se escapa a esos efectos contaminantes que cubren de venenoso moho toda superficie. Acicateadas las mucosas olfativas quedan infectadas e inutilizadas tras breve sufrimiento... excepto cuando uno hace uso de un mínimo residuo de voluntad.

Y tal parece que la calle barrota y la ciudad desconocida desaparecen para dar en su lugar una extensa marisma sombría. Negros árboles tienen introducidas sus raíces hasta las rodillas en el putrefacto lodo; completan el panorama espesas enredaderas y reptantes algas colgando de las brumas.

Y ahora, Julio, se observa a sí mismo, sumergidos los pies en descompuestas aguas. Y ha cambiado su postura desafiante por la de desconfianza ante aquél personaje. Siente unas sinuosas emanaciones dentro de sí cuando aquél avanza acercándosele. Con forzada calma toma una posición de defensa, como la de un luchador de *karate*. El ente, deja escapar una sutil sonrisa sardónica y da un brinco exactamente como una fiera.

Julio sin poder evitarlo es cogido por unos peludos brazos y sin quererlo es invadido por un terror incontrolable. Sufrir un castigo de efectos infinitos; grita queriendo huirle. No sabe de que manera, pero se suelta y escapa. Los árboles cobran absurda vida y estiran animalezcas brazos con la intención de atraparlo. Corre incontrolable chapoteando. En algún momento otras manos absurdas salidas del cieno le hacen tropezar y caer. Con duro esfuerzo se levanta.

Caóticas criaturas cobran vida del cieno. Julio armándose de valor las enfrenta. Ellas ante ese acto de voluntad, desaparecen como el mal olor ante la brisa fresca.

El ente de abrigo y sombrero, lo alcanza y otra vez infernales sufrimientos le atenazan la mente. Nada puede contra la colosal fuerza que le obliga a rendirse retorciéndole dolorosamente el bajo vientre; tiene que ser servil o gritar de dolor. Decide, escogiendo otra opción, de usar

sus puños y pies como mazas... es inútil, pues golpea un cuerpo amorfo e insensible. No puede más. Grita sí.

La desigual lucha es detenida cuando el ente, notando la presencia de alguien... desconocido observándolos tras las sombrías matas, se retrae y encorva en actitud defensiva. El corazón de “ese alguien” destella y se inflama con una luz inmaculada. El ente queda cegado ante esa luz, inutilizados sus ojos momentáneamente, y retrocede atemorizado. Se pregunta si debe atacar, pero duda: no puede permitir que un acto instintivo lo pierda. Gruñe, da una vuelta y de un veloz salto desaparece entre la maleza.

La luz pura de “ese alguien”, disipa al marjal junto a todas sus malezas. Julio agradecido busca algún indicio que le ayude a identificar al portento de limpia energía, pues lo sabe humano. Esa luz es profunda que nada puede ver dentro que no sea luz... Y se siente desvanecer.

El desvanecimiento lo lleva a la vigilia. Toma conciencia de sí con la piel húmeda, la respiración rápida y la ropa pegada al cuerpo.

—¿Estas bien? —oye.

—Sí —responde dirigiendo su mirada en dirección de la voz—. Ya lo creo... Esus.

Sin quererlo enfoca su mirada en la ventanilla que tiene a un costado. Siente como si alguien lo observara desde allí afuera.

—¡No es posible esa monstruosidad! —grita señalándolo—
¿Cómo es posible que una pesadilla pueda... tener vida real?

—Tranquilo, amigo —anima Esus, comprendiéndolo todo.

La oscuridad esconde a una infinidad de criaturas brotadas de los abismos marinos. Ellos rondan en torno al yate esperando otra oportunidad... Esperan que alguien duerma. Son parte de una extensa fauna síquica de inframundo que la oportunidad ha permitido dejar libre en torno a Esus y Julio; identificarlas y clasificarlas significaría una gran aventura, se conseguirían millones de especies diferentes. ¿Cómo identificarlas? ¿De que manera se puede clasificarlas? La respuesta está dentro de cada persona, dentro de sí mismo. ¿Quién no tiene monstruos en su interior? ¿Y en que enormes cantidades, capaces de romper las barreras oníricas? Hoy divagan calamitosas

Es monstruosa la siquis humana, un mundo olvidado y hasta perdido. Quién decida conocerse a sí mismo, está a un paso de desintegrar todos sus defectos, sean psicológicos o físicos. Conocer, a esa multitud de aberraciones internas es importante; conocerlos individualmente para luego destruirlos. Quién no conoce no puede.

La noche transcurre. Zarandeado el mar trae efluvios síquicos misteriosos.

Esus está de guardia, mientras Julio se esfuerza por mantenerse despierto, le atemoriza la idea de dormirse y entrar en el mismo mundo doloroso de minutos antes. Esus en guardia, significa que se encuentra sentado encima de una manta al estilo de los yoguines orientales, vistiendo una simple prenda que deja a la vista toda su vigorosa musculatura; está con todos sus sentidos despiertos, lúcido pero parece dormir. Medita, contemplando sus interiores; sabe que todos los peligros externos que le rodea, a él y a su amigo, están en su interior: no pueden estar en otro lugar, en la infinita dimensión de su mente; medita buscándolos con la delicadeza de un artista, con la dedicación de un científico, con la objetividad de un filósofo, y con la devoción de un místico. Nada de su interior se le escapa, es minucioso en eso. Busca... busca.

Cuando consideran apropiado, las criaturas del abismo suben al yate y allí se mantienen en espera sin entrar al interior, por el momento se contentan con observar a los dos amigos y socios buscadores de tesoros. Otra criatura, luego de emerger en último momento, dándose prerrogativas mayores, cruza el cerco de sus hermanas y sin ser detenido por la cubierta de la embarcación se acerca al soñoliento Julio. Lo mira de desconocida manera, y se introduce en él.

Esus, lo ha visto todo con su mirada despierta. Y para contrarrestar los perniciosos efectos de esa criatura, opta por arrancarla del interior de su amigo. Estimula en él poderosas fuerzas vitales.

La monstruosa criatura en la mente de Julio se ha convertido en un grotesco samurai protegido por una gruesa armadura metálica y armado con una pesada espada de acero. Con esa letal apariencia busca al dueño del sueño. Parece adivinar donde se encuentra y hacia allí se lanza.

El ambiente onírico tiembla. Hay espanto sobrecogedor en la atmósfera ante ese siniestro intruso. ¡Es necesario escapar de ese sueño: despertar! Pero es imposible, los sueños se desenvuelven bajo estrictas reglas oníricas, todos sueñan lo correspondiente y el tiempo necesario. Una llanura rocosa ocupa toda la extensión visible, lugar de sequedad implacable, de sed intensa; el mineral padece suplicando unas gotas de agua.

El guerrero de la armadura metálica se desplaza rápidamente brincando como los simios. Antes de alcanzar lo que busca se topa con un indefinible personaje cubierto por una cota de malla; sin detenerse ataca a aquél con la rapidez de un relámpago; falla su terrible takanazo y a cambio

pulveriza una dura y pesada mole de granito como si fuera de simple cera. El de la cota es dueño de una increíble agilidad, frena todos los ataques del samurai con brazos y pies evitando la letal hoja; conoce toda la técnica de ataque y defensa de aquél. La criatura de pesadilla no ofrece ningún peligro serio y el de la cota, en su momento, saca una filosa espada de dos filos.

Chocan las armas. Sonidos metálicos resuenan en toda la extensión del escenario, en la amplitud del sueño. Sonidos que en algún momento se confunden con los de uno herrero forjando una espada diferente, un hierro mejor, y ambos sonidos dan lugar a la música de fondo de los incidentes venideros.

No hay ausencia de terribles miradas entre los contendientes. El odio y la serenidad son espantosos; fulguran, llamean. Llega el momento en que la armadura oriental es cortada y rasgado el membrudo hombro y tórax que debió proteger. Viene un chillido espeluznante como unos de esos ayes bíblicos de los condenados y el absurdo samurai se incinera. Si este todavía pudiera ver, hubiera presenciado unos minutos después, de como la cota de malla de su rival se llena de luz lo mismo que su espada. En realidad algo subconciente del desaparecido se da cuenta de esto y gime en lo etéreo.

El ambiente onírico tiembla. Otra criatura viene a escena, solapada, al acecho... Se abstiene de intervenir, esperará otra oportunidad.

El ambiente onírico tiembla...

La noche transcurre sobre el oleaje. Calurosa. Presagiente.

Algo improvisado, siniestro y letal tiene que surgir del abismo... Algo tan poderoso que ponga fin a esa "barbarie luminosa" que acabó con uno de los mimados hijos de las profundidades. Una escondida carta egóica que permita eliminar todo aquello que se oponga a sus ansias de dominio.

Esus medita profundamente. Todas las andanzas de las criaturas que rodean al yate no le son inadvertidas, las sigue con inusitado interés. Nada se le escapa. ¿Será porque desde muy dentro de sí, una voz, aún poco inteligible para él, le está diciendo que en ellas está la razón de una terrible hipnosis que lo domina de manera que todavía no comprende? No le molestarían si las hubiera eliminado de sí, no estarían tentándolo persistentemente si no las tuviera. Tiene que conocerlas más.

La noche es una profusión de lamentos bíblicos. Intensos, prolongados, infinitos. El haber nacido de un vientre, luego educado, pertenecer a una sociedad, vivir en ella, morir en ella, todo de manera automática con los cánones éticos de siempre, con las costumbres de siempre, con lo

impuesto por siempre... ¿no tiene el mismo significado? ¿Acaso es la única manera de vivir? Amamos a un dios desconocido, no lo vemos y se multiplican nuestros dioses de acuerdo a nuestras apetencias. ¡Horror y suponemos que lo conocemos, que creemos en él! ¡Por fe decimos y le brindamos ciega devoción!

Intensos crujiros de dientes resuenan en la noche como respuesta.

Los caminos, o el camino, que nos lleva al sueño también nos sacarán de él; por la misma puerta que uno entra, tiene que salir. Tiene que ser el mismo, no hay otro. El sueño fascina y cualquier individuo sumergido en él considera que su mundo es el único que existe, lo único que conoce; su dios, sus ángeles y demonios, la sociedad en que vive, la forma en que consigue pareja, los hijos que tiene, su trabajo; allí nace, crece y se reproduce... ¡Salid del sueño! ¡Forzad! ¡Forzad!... Pero el sueño impera, está tan metido en uno, en su sangre, en su médula; embarga los sentidos, abarrota los órganos, aplasta los músculos y esclaviza los huesos y no está contento en conquistar el cerebro y el corazón con monstruosas larvas. El alma... ¿Quién tiene alma cuando está hipnotizado?

¡Conoced al sueño!

Llegamos al mundo del sueño a través de una madre, la que nos pare, que también sueña. Sin libertad para elegir permanecemos allí... por siempre.

Las cosas que uno conoce están hechas con átomos de sueño. El cielo, los mares, la inmensa variedad de seres vivos, la tierra; no es una excepción el espacio sideral.

El sueño...

EL FILÓSOFO; D: EL TESORO

La muerte trabaja para la vida.

La noche cede su lugar al nuevo día.

El día empieza como todo un bebé, luego de gestarse durante la noche y nacer en momentos de calma marina. En la oscuridad ha ido formándose poco a poco recordando los detalles de ayer, sin obviar nada, más bien incluyendo algunas improvisaciones frutos de la recurrencia. El rojizo astro que emerge del mar es el mismo de ayer, sólo que esta vez el cielo está más limpio, con pocas nubes. El mar se ha modificado un poco luego de quitarse de encima el tinte negro que le derramó la noche y deja que se decante en las profundidades; allá abajo tal vez será absorbida por los sifones de colosales moluscos con tentáculos y ventosas etéreas. El púrpura modela cierto número de imágenes humanas en las nubes, el escenario de rescoldo que viene es impresionante.

Esas imágenes en las nubes emulan las vivencias diarias de un olimpo imaginario y su panteón. Allí en los cielos “los dioses” se reúnen para disponer el orden en que deben desarrollarse los sucesos humanos y más tarde deliberarán sobre los mismos sucesos y sus consecuencias. Ya sin más dirigen sus omniscientes miradas hacia abajo... y casualmente todos enfocan el puerto y las minúsculas embarcaciones dentro de las cuales se encuentra el blanco yate de los jóvenes buscadores de tesoros: El Neptuno.

—Esus —llama Julio—. ¿Estás dormido?

—No —responde el aludido dejando ver sus castaños ojos—.

Meditaba.

—Es muy importante la meditación para ti, ¿no es verdad?

—Sí, amigo. Bien lo sabes.

—“Es el pan del sabio”. Es lo que pude leer en esos antiguos libros orientales que tienes en la biblioteca del yate.

Esus responde con un silencio significativo, difícil de interpretar por Julio. Aquél contempla a su amigo por un instante con su honda mirada y formula una pregunta:

—Julio, es interesante lo que me acabas de decir. ¿Qué más pudiste leer?

—Mucho... Mucho. Ayer, mientras tú conseguías la embarcación que nos servirá para sacar el tesoro del mar, yo lleve a mi cama el volumen con tapas de cuero repujado en oro, sin duda traducido de su original en sánscrito a un español muy antiguo. En un principio se me hizo difícil la lectura, por sus expresiones y giros idiomáticos, pero a medida que volteaba las amarillentas hojas se me tornó amena y sencilla, pero claro me tuve que esforzar para ello. La mayor curiosidad y frustrada, por cierto, fue cuando lo devolví a la biblioteca; entonces mis manos tropezaron con un rollo con caracteres imposibles para mí. Comprendí mi ignorancia...sobre los verdaderos aspectos trascendentales de la vida y esa ignorancia me abrió el apetito por aprender... ¿Me entiendes verdad, Esus?

—Te entiendo, Julio.

—Y te suplico que me enseñes a interpretarlo... a interpretar... esos caracteres y sus hondos significados.

Esus mantiene su mutismo, parece profundizar en esos ojos que lo miran fijamente. Es inusual una actitud así en Esus. Luego paladea algunas palabras:

—Bien. Empezaremos cuanto antes.

Los “dioses del olimpo” de nubes se miran entre sí. Algunos asienten con sus gestos; otros pocos niegan; la indiferencia es de alguno.

Soltada su amarra y con las velas hinchadas, el Neptuno dirige su proa a la región más encendida del purpúreo horizonte. El vaporoso líquido marino parece haber perdido su consistencia acuosa y ahora es como si la embarcación volara por los aires. El Neptuno tiene el aspecto de una idea dejada a flotar entre los vientos de la filosofía con muchos misterios oníricos.

¿Vientos de donde venís? El mutismo de la filosofía no lo dice, así es mejor, tampoco dice en que dirección va, sólo prefiere dejarlo como está. A navegar por los misterios. ¡Vientos, soplad! ¡Soplad!

El yate se mece. Avanza, dejando una estela de espuma rosácea. En una hora más esos tonos de color se modifican por el de un amarillento oro y otra hora más tarde el sol habrá alcanzado su ignición total y en ese momento el “olimpio” formado por las nubes será un incandescente panorama de intuiciones cogitantes.

En el fondo del mar se prepara una sorpresa. Algo indefinible, semejante a un sinuoso pensamiento busca entre el cieno y las criaturas abisales la solución apropiada que le ayudará a resolver su problema; lo que busca, “cualquier cosa”, tiene que ofrecerle una salida rápida, letal e inmediata. Remueve la basura síquica acumulada allí por siglos, hurga

cada guarida. Descontento por lo inocuo que encuentra o por lo poco peligroso, refunfuña. Ya vehemente por la pérdida de tiempo, y acelerado, algo recuerda y se lanza a lo más oscuro del abismo.

En la oscuridad total se gesta la vida. Las profundidades marinas son una matriz; de ella puede salir la vida o la muerte. Algunas veces es inimaginable.

Al día siguiente el Neptuno ha anclado junto al arrecife del antiguo hundimiento. Es el momento pertinente para pasar una última inspección de los equipos de buceo y de los aparatos de detección de metales que deberán usarse en el fondo. Julio trata de convencerse que esta vez será una de las últimas veces que se sumerja en el mar a la pesca de un tesoro. Recuerda las incontadas ocasiones, infructuosas, en que tuvo que bucear sobre arenoso fondo o sobre una jungla de coral, sobre pedregosa superficie o en medio de enredantes algas de varios metros de largo, sobre terreno repleto de inocentes criaturas marinas o acompañado de peligrosos escualos, sobre enturbiante cieno o entre los restos de naufragios sin importancia.

—¡No! —piensa en voz alta—. No debo hacerme ilusiones. Ya hemos pasado por esto y puede repetirse. En varias ocasiones creímos estar cerca del triunfo... y ¡nada! ¡El triunfo nos resultó esquivo! ¡No debo hacerme ilusiones!... Es importante, como dice Esus, la serenidad y paciencia en momentos como este de intranquilidad y de estrés.

Las sensaciones de Julio, son encontradas. En el siguiente minuto vuelve a sentir que pueden quedar atrás todos los fracasos. Sus peores momentos entre los filosos corales de bella apariencia, las cortaduras sufridas y la difícil cicatrización, la infección por las mordeduras de los peces tóxicos, la pérdida de peso gracias a la exigencia extremada bajo el mar..., serán parte del pasado.

—¡Basta de ilusiones! —se reprende con acritud unos minutos más tarde— Esa vez... recuerdo, dos años atrás, no muy lejos de este punto, con el magnetófono entre manos, tuve la seguridad de haber encontrado el tesoro... el rico tesoro del naufragio que buscamos... ¡Lo presentaría cercano, bajo una capa arenosa o cubierto por el coral! ¡Mis corazonadas me decían que había un tesoro allá abajo pero el aparato no lo detectaba! ¡Pasaba por encima de él... inútilmente! ¡Ah, vehemencia la mía!

El mar también es un tónico para aliviar esas sensaciones angustiosas. Desde siempre han calmado las fiebres más intensas, los abigarrados dolores emocionales. Dentro de esos efluvios curativos y muchos otros vapores marinos, el pensamiento sinuoso venido del ente síquico que ha

puesto en peligro en varias oportunidades la vida de ambos amigos va tomando forma. Y como siempre es una expresión absurda que se adelanta a luctuosos acontecimientos.

Esus lo ha detectado desde el primer momento. Desde el instante en que un gotero invisible la derramaba turbia en la inmensidad del mar. La sucia gota crece y distribuye sus absurdos átomos por todo el ambiente marino contaminándolo de manera omnímoda. El buscador de tesoros medita con la secreta intención de averiguar de manera objetiva la identidad de esa funesta presencia ambiental. De la manera por demás sutil se va acercando a su objetivo con la insistencia del éxtasis, un poco más y...

—¡Esus! —grita Julio interrumpiéndolo— ¡El yate está al garete, de alguna manera se ha soltado el ancla!

—¿Cómo es posible?: ¡estaba bien seguro!

La celeridad de la adrenalina en Esus tiene la increíble consecuencia de permitirle llegar hasta el desperfecto con la velocidad del sonido. El yate sin control está a pocos centímetros de golpearse contra unas afiladas aristas de coral, se bambolea inerme. Y en el momento exacto del caos, cuando el casco iba a ser perforado, se enciende el motor de la embarcación, se oye un vigoroso bramido y el peligro queda atrás, no sin esfuerzo.

—¿Otro hecho fortuito? —pregunta Julio.

Aún queda lo que resta de la tarde por delante y tal vez surjan más peligros. Las horas vespertinas pasarán con lentitud no acostumbrada. Y vendrá la noche, una larga noche. ¿Por qué, la noche por venir, está ya ambientada para lo delictuoso?

La noche es una basta antigüedad. Con los peligros de siempre.

Todas las luces de la gran ciudad, que el día anterior dejaran a ambos amigos, iluminan el negro cielo encima de sí. Y allá arriba el “olimpio” que ha saltado de las nubes de ayer a las de hoy, con sus mismos “dioses y sus labores” de las horas pasadas del día, presentan misteriosas siluetas cansadas con la tenue luz reflejada de los miles de candiles. En algún momento algo parecido a un relámpago opta por obsequiarles una sutil luminiscencia; es repentino y rápido, sorprendiéndolos soñolientos. Es cuando toda actividad humana cesa en la ciudad e importuna con la monotonía del descanso. El “olimpio” se vacía, y sus “integrantes” se van en busca de otras labores, posiblemente hogareñas. Para “los dioses” ya nada interesante podrá suceder... hasta mañana.

Bajo la completa oscuridad de la misma noche, en el Neptuno, alguien no descansa. Esus, con movimientos tranquilos y pausados, se ha

enfundado uno de los herméticos trajes de buceo; luego de asegurar a sus espaldas una negra botella de aire comprimido y de ajustarse el respirador se ha introducido en el agua evitando salpicaduras. Con el mismo silencio enciende la linterna sorda de su cabeza y empieza a patalear rumbo a las profundidades; lleva consigo un magnetógrafo. Sin prisa nada entre el coral con la libertad de un pez. En el fondo del mar, a los veinte metros de profundidad, como estimulado por una sensación intuitiva enciende el magnetógrafo e inmediatamente siente zumbidos y pulsaciones. “Intensa alteración magnética”, piensa sereno. E inmediatamente puede ver la boca de una enorme jarra de alfarería emergiendo del coral. “¡Esas vasijas!”, continúa diciendo para sí: “¡Son las que se usaban los antiguos marinos para almacenar agua, alimentos, vino y aceitunas!”. Y también ve emerger entre el cieno cercano las lisas piedras redondas usadas como lastre en los galeones españoles.

El joven continúa escudriñando entre el coral desplazándose suavemente. Un irresistible impulso le hace coger una piedra de lastre, golpea en la pared de coral y enseguida de romperse la masa calcárea surge un objeto circular de aproximadamente tres centímetros de diámetro: “¡Qué suerte, el tesoro está aquí abajo!... Si mi corazonada no me engaña, estamos ante el tesoro que hemos venido buscando con perseverancia”. Pese a lo negro del pequeño objeto, es obvio considerar que se trata de una moneda antigua, un real de plata de a ocho; en algunos minutos la moneda será sumergida en una solución de ácido muriático, así se le podrá quitar toda la capa de óxido acumulada por los siglos de permanecer bajo el agua y leer el año de acuñación.

Caen más monedas del coral roto; ya no oxidadas. Unos metros más allá, varios clavos de hierro, cubiertos de grueso óxido, del casco de la nave hundida señalan el lugar exacto de un incensario de oro y parte de una vajilla de porcelana china en buen estado, seguramente la tormenta de días atrás las puso al descubierto. La presencia de esa lujosa vajilla induce a pensar sobre el habitual y bien conocido contrabando de valiosas piezas del periodo Ming. Estas piezas fueron muy cotizadas por los ricos de entonces.

“¡Debajo del lodo y del coral, están los cientos de miles de monedas de oro y plata!”, señala Esus, informado de todo el valioso cargamento que llevaba el galeón antes de hundirse. Conoce del largo inventario de lo precioso de esa nave. “Recuperarlos será un arduo trabajo, aún para una docena de personas: hoy llamaremos a los diez muchachos que trabajaran para nosotros. Su extracción nos demorará más de treinta días, según mis cálculos”. Trabajar en esas profundidades, a veinte metros bajo la super-

ficie, y excavar en la arena y el coral durante horas enteras es lo más agotador conocido.

Con toda certeza Esus deduce que bajo un pesado cañón negruzco están enterradas toneladas de barras de oro y plata. Su intuición además le permite enterarse con una lúcida nitidez, de otros detalles bajo la capa de lodo, como el de varias pistolas de percutor de yesca, tres mosquetes, algunos cuchillos y cucharas cuyos mangos de madera se desintegraron hace siglos. Un crucifijo de oro, incrustado de piedras preciosas, está sepultado en lo más hondo precedido por un collar negruzco que sobresale encima de la cerámica rota. Y más doblones.

¡Maravillas! ¡Sí!

Maravillas, lo que un sueño puede dar. Lo que una pesadilla puede dar. O ¿no?

Esus contemplando esas maravillas aún por rescatar, siente un llamado urgente de las profundidades de sí. Es una poderosa voz sutil instándole a la interiorización. Obediente a ese llamado y casi reduciendo al mínimo su pataleo siente los efectos deliciosos de la meditación. Sus singulares dones de la autoobservación le permiten romper la hipnosis a la que estaba siendo encadenado por el yoguín dueño del iglú, es rápido su retorno al recuerdo de sí mismo. Suspendido entre el piso y armándose de enorme voluntad hace retroceder esos relámpagos hipnóticos que ya lo tenían dominado.

El yoguín confiado de su victoria, tarde se percata que su propia fuerza hipnótica ha sido lanzada en contra suya. Gimiente se coge la cabeza con ambas manos y cae de espaldas con la cabeza reventada.

¡Tiembra el iglú!

Y allá afuera del iglú las pesarosas sombras se preguntan dubitativas: *¿Por qué no podemos saber nada, con certeza, de lo que está ocurriendo allí dentro donde mora nuestro amo?*

¿Ay? ¿Esto es llanto?...

Y aquello que lloramos ¿qué fue?

Las inquisitivas sombras se arremolinan. Ya sin audacia miran la temida oscuridad ya vacía de dentro del iglú. El instinto les estimula con superlativo miedo: *¡Ay! ¡Ay!*

Más quejidos...

CAPITULO VII

LOS HOMINIDOS

—¡Cuidado Atenea!

En la profunda oscuridad de la gruta, una extraña criatura alada, se ha lanzado en picada contra la atractiva chica. Perseo viendo la amenaza volante ha gritado alertándola.

Rápidamente la joven, ha sacado un objeto semejante al mango de un arma blanca de entre sus oscuras ropas. Con el pensamiento activa una luz incandescente dentro del objeto, brota esa luz hacía el exterior y enseguida se transforma en filosa hoja de vidrio. Volviéndose la chica atraviesa a la criatura en pleno vuelo. Luego musita:

—Gracias.

La criatura abatida es una especie de murciélago, ciego y corpulento, de unos veinte kilogramos, cubierto por una suave pelusa blanca. La acerada boca, ahora abierta y sangrando es parte de un terrible hocico con afilados dientes de carnívoro.

—¡Mira, Perseo! —incluye la chica— Las ampollas de sus garras están llenas. Y, por lo que indican mis sensores químicos, el veneno de estas ampollas es más tóxico de las especies que conocemos.

—Sin duda —arguye Perseo—. Olvidas incluir que las especies que conocemos son diminutas en comparación a estas. Un zarpazo de estas patas sería mortal para nosotros... Me viene a la mente, de como adormecen a sus víctimas para luego devorarlas vivas. Sus víctimas no se pueden mover, pero si pueden sentir y ver aterradas lo que hacen con sus carnes.

—Tienes razón Perseo; su tamaño impresiona. No habíamos tenido una oportunidad de observar un espécimen así de corpulento y me pregunto: ¿Porqué aquí y no en los alrededores de Ciudad Luz, si las condiciones ambientales son las mismas. Allá la más grande de esos animales, no pesa más de cien gramos.

—Tal vez porque prefieren los lugares deshabitados por los humanos. Una mayor precaución nuestra es indispensable en el futuro. Estamos en territorio poco conocido.

De peligros desconocidos.

Los cinco personajes continúan marchando en busca del *Lábaro*. El aspecto accidentado y oscuro de la gruta es interminable, pero no hay tiempo para el aburrimiento. Horas más tarde llegan a un cenote burbujeante de aguas cristalinas; una saeta de vidrio incrustado en el arenoso borde, presumiblemente de sus compañeros perdidos, es como un indicador del camino que deben escoger. Los mapas de las pequeñas pantallas de vidrio líquido, en sendas pulseras, indica la misma dirección. El cenote es un atajo, con galerías inundadas de agua, que les ahorrará una docena de kilómetros de rodeo innecesario por oscuros recovecos.

Atenea, al oprimir con el pensamiento un pequeño botón de su traje, permite que su calzado se convierta en aletas membranosas al mismo tiempo que alrededor de su cabeza surge una burbuja magnética de ósmosis electrolítica que le servirá para respirar bajo el agua. Salta al líquido hundiéndose en él; los demás hombres la siguen... Ellos no han podido darse cuenta que una silueta desconocida los estuvo espiando furtivamente, luego de verlos desaparecer se ha acercarse al arenoso borde del cenote. Esa silueta es de una especie de homínido velludo, ciego, sin aparentes oídos, con brazos y piernas apropiadas para la vida acuática como el de las focas.

Esa especie de animal abre la boca para emitir un chillido sin voz. Enseguida de entre la espesura de rocas diez congéneres suyos van a él con apurados saltos. Tras una corta ceremonia de rugidos sin voz se lanzan al agua. Nadan con impresionante rapidez y pronto dan alcance a Perseo que se rezago voluntariamente protegiendo la retaguardia.

El hombre, al sentirse aprisionado por los férreos brazos de los homínidos, no ha podido hacer otra cosa que tratar de escapar sin lograrlo. Y lo peor para él viene cuando se da cuenta que su sistema de intercomunicación ha sido interrumpido, y es llevado rumbo a una cuevas cenagosas; pronto emergen en un limoso ambiente. Docenas de homínidos contemplan con belicosa curiosidad al prisionero quién es llevado en vilo como cualquier bulto insensible hasta un promontorio plano semejante a una especie de meseta pétreo. En él, en medio de abundantes huesos roídos, es amarrado con los brazos y piernas extendidas a cuatro enormes huesos clavados en la roca.

Viniendo más de esos peludos seres, con lento apuro rodean la meseta. Y ante una señal de uno de los captores de Perseo, empiezan a dar suaves palmaditas y a brincar con los sucios pies planos y lanosos que les da característica propia. Inician una danza. Surgen varios pares de

rudos brazos golpeando toscamente amarillentos huesos al son de ese baile. Saliendo de una covacha, otro homínido, va directamente a la meseta y para variar el ritmo, se decide a correr como loco entorno al cautivo; salta, pateo, estira los brazos, se cimbea obscenamente, rota la desproporcionada cabeza ciega; luego de varias vueltas se detiene eufórico levantando un brazo. Ante esa indicación una docena de hembras golpean ruidosamente unos guijarros, los demás danzantes giran sobre sí mismos como absurdas ruecas colgando de fatuos hilos. Ese ritmo los postra, y aún así sobre el piso prosiguen rotando, epilépticos, sobre sus cuatro extremidades, gruesas asentaderas y espaldas hasta el agotamiento; espumarajos se desprenden de sus afiladas fauces malolientes.

Viene una pausa en la que esas feas criaturas vuelven a su natural calma... que se rompe cuando aparece a la vista otro homínido, mucho más peludo que todos los demás. Se arrastra como arácnido, sube a la meseta y rueda repetidamente sobre los huesos dispuestos como una alfombra. En un siguiente acto pateo tercamente y rota sobre sus callosas posaderas. Sin necesidad de una señal es imitado por la muchedumbre.

La terquedad de esos movimientos inarmoniosos, o mejor dicho de armonía grotesca, los va sumiendo en una especie de clímax esquizofrénico. Si alguno en el primer momento era indiferente a ese jolgorio, ahora lo apetece. Y prosigue con obscenas interjecciones corporales.

En medio de la barahúnda el cautivo se esfuerza por romper las ligaduras que lo mantienen en el sucio piso. Esas ligaduras están bien hechas con resistentes filamentos de algunas plantas desconocidas y se comprimen más con cada movimiento. “¡Si pudiera alcanzar...!”, piensa apresuradamente. “Si pudiera alcanzar el botón que conecta mi sistema de comunicación...” Ve que es imposible; el adminículo está inmerso en su traje, sobre el antebrazo, en algo parecido a un pequeño rectángulo con botones cristalinos. “¡Serenidad, Perseo, tienes que conservar la calma, en ello depende tu vida!

”¡Serenidad! He pasado por peores trances, en los que incluso estuve a punto de perder la vida. Me viene a la memoria, aquél hecho trascendente para mí, el haber escapado de esa sala de torturas al que fui introducido a viva fuerza por los serviles de Antón, cuando nadie sospechaba que era un truhán planeando introducirse ilegalmente entre los miembros del Concejo de Ancianos, luego fue capturado, enjuiciado y encarcelado. Me desangraba lentamente a causa de un primitivo castigo que me impusieron. Primitivo y bárbaro castigo; no sentí dolor alguno gracias a los

estrictos secretos tibetanos que me inculcó personalmente un benevolente anciano, suprimí el dolor desconectando voluntariamente el flujo eléctrico de mis nervios con el encéfalo. Nada de neurotransmisores activos... el poder de la voluntad supera toda imaginación.

”Me tenían reservada otras torturas, sin duda ¡peores! ¡Ya podía ver el gozo sucio de mis carceleros! La mejor alternativa que se me ocurrió en ese momento fue el de la muerte fingida. Un engaño que se disfraza de fulminante paro cardíaco. Se olvidaron de mí, lo lamentaron... lamentaron mi muerte, así me enteré más tarde. No pudieron sacarme ninguna información y me arrojaron en un silo de cadáveres en espera de cremación. ¡De allí huí, sangrando por las múltiples heridas y rengueando... despacio, despacio!

”¡Serenidad! Mientras haya vida las posibilidades no se agotan. ¡Serenidad y paciencia!”.

Una de esas absurdas criaturas en su absurdo frenesí por poco lo aplasta con su tortuoso corpachón. Lo ve levantarse, casi pisándolo, y continuar con una serie de golpes en sus ancas y frotaciones en sus órganos reproductivos con sus enormes manos callosas. La bárbara ceremonia ha cargado el ambiente con nubarrones energéticos; en lo síquico se puede ver que esos nubarrones son el producto evaporado de una luz rojiza que ilumina el bajo vientre de los homínidos. Los hermosos destellos rojos de esa luz necesitan de una pequeña porción de voluntad para ser encausadas hacia el cerebro, sería maravilloso esa fusión de cerebro y sexo... pero no sucede así, sino que minutos más tarde esa luz y sus destellos se tornan opacas y sucias, el ambiente se torna sombrío. ¿La razón de ello?: Sucede un desperdicio de singulares dones, o sea sobreviene una eyaculación colectiva. Y el ambiente apesta a infierno. Es insoportable esa fetidez síquica y física. El paroxismo de las bestias acaba con lo hermoso que pudieron lograr si hubieran aprovechado de otra manera el proverbial poder de la luz prostática; lo bárbaro nunca los abandonará.

El rojizo y sucio mundo síquico de estas bestias está lleno de siniestras intenciones, de izquierdas genialidades, de necias fuerzas. Átomos abyectos circulan y ondulan por toda la enorme estancia gimoteando; pronto cristalizan ominosas liendres, sea en el piso o colgadas, sobre los huesos o en el lodo, en cualquier otro lugar; en otro momento vendrá una eclosión de larvas bestiales que podrían enquistarse en otros seres vivos y torturarles de la misma manera. ¡Espanto! Descargas eléctricas con lógica esquizofrénica explotan al azar iluminando toda la atmósfera, aterradores relámpagos cegadores.

Las bestias danzan hasta el agotamiento total. ¡Ah, vehemencia!

Perseo, en la apresurada búsqueda de escapatoria ha cogido un hueso astillado y con una máxima dificultad, casi cortándose las carnes, aserra sus ligaduras. Luego con una mano libre, mientras los peludos entes permanecen recostados recuperando fuerzas, acaba por cortar todo lo que lo aprisiona y con sigilo baja de la meseta. Activa su sistema de comunicación. Este último acto es desafortunado para él, pues emite un diminuto ruido, muy pequeño, inaudible para el oído humano, pero que es detectado por el singular oído de sus captos quienes levantándose con premura se lanzan tras su prisionero.

El ambiente síquico es embargado por un vendaval. Unos vientos huracanados soplan, arrastrando consigo los átomos neuróticos de unos relámpagos intermitentes. La ira y el orgullo resplandecen en cada relámpago, son sucias llamaradas nocivas. Cada átomo del reino mineral se siente aludido y confundido por esos destellos virulentos, emite susurros de dolor como lo haría un demente. ¡*Apartadlas!* ¡*Apartadlas!*...

La enorme jauría, como peludas bolas dejadas a rodar, salta las hondonadas con felina rapidez y trepa las elevaciones que segundos antes Perseo dejara atrás. La rapidez y agilidad del perseguido arranca una colectiva expresión de admiración y lo peor: acicatea todo instinto predador hasta el culmen. Uno de los sucios entes adelantándose a sus compañeros, salta con la seguridad de atrapar al escurridizo. Perseo extrae de dentro de su negro mono un alargado mango, su imaginación pide una hoja incandescente de vidrio plasma, esta surge iluminándose y con una exhalación parte en dos al homínido. Se oye un chasquido acompañado de olor a nitrógeno casi inodoro... Otros tres acosadores siguen la misma suerte. Por un segundo toda la caterva se detiene: los efectos de esa espada los asusta, pero sabiéndose numerosos continúan con su loca carrera, rodean al desconocido y lo recapturan no sin una docena de muertes más. A esa masa sucia y peluda le fue indiferente la muerte de los suyos, en este último acto, más tarde se alimentarán con ellos: no pueden desperdiciarlos, no está en su naturaleza tal, por el momento es más importante la exótica vianda que tienen entre manos.

La espada caída en el piso, se apaga volviendo la incandescente hoja al interior del mango. Este detalle atrae la atención inquisitiva de un homínido demasiado curioso, levantar el mango se le convierte en aventura. Trata de conseguir la mortal hoja; gesticula de mil maneras, si con ello pudiera ayudarse, sin resultados esperados tras una última intentona con

los dientes, insatisfecho lo guarda como recuerdo. Se frota las encías adoloridas como si con ello justificara el precio de su “investigación”.

La sucia muchedumbre vuelve a colocar al cautivo en el mismo lugar de donde escapara. Engrosan las cuerdas. La interrumpida orgía continúa.

En la alfombra sucia sobre la que está recostado Perseo, hay una triste mezcolanza de huesos; en ella son reconocibles, y las hay en abundancia, los de los homínidos muertos. Muertos en accidentes, en peleas, o sacrificados en aras de dar alimento a su especie. En la mezcolanza hay huesos desde poco menos que pulverizadas y ya difíciles de diferenciar del lógamo amarillento, hasta las recientes con tuétanos sangrantes. No hay gusano alguno en ese lugar de ceremonias fatuas, porque también esos bichos son parte del festín inmediatamente de aparecer alguno entre los huesos. ¿Qué significado provechoso tienen los huesos en el lodazal? Es posible que sólo la poesía lúgubre o la filosofía sombría o la sicología llorosa le encuentren un lugar entre sus renglones. Huesos... Huesos...

En algún momento viene un eclipse total del bullicio, nada suena ni siquiera las respiraciones que segundos antes resonaban como fuelles con el ímpetu de la adrenalina desbocada. La respuesta a este silencio pronunciado se encuentra en la oscura boca de una cueva, ornada por grandes huesos y esculpidos con grosería. De ella sale algo parecido a un corpulento primate que lleva un pectoral de huesos pequeños como distintivo, caminando con pesada lentitud a través de un callejón que sus huesos le van formando, se acerca a la meseta; el repulsivo olor que se levanta de su pelambre mohosa, gusta a su gente, es el perfume ideal del poder para ellos.

No ha quedado ninguna hembra en el sucio lugar ceremonial. Aquellas que conformaban la horrisona orquesta han sido obligadas a reglarse con las demás de la muchedumbre; los muy jóvenes las han seguido hasta lo hondo del laberinto de cuevas con aspecto de hormiguero; de las hembras se espera absoluta sumisión. Tal vez alguna de ellas, impulsada por la curiosidad o sin darse cuenta, se ha acercado más de lo debido en lo indebido, y al ser descubierta ha sido golpeada y arrastrada hasta ser desaparecida en las umbrosas oquedades cercanas. Esta crueldad arranca sonidos diferentes en el silencio obligatorio. Es de suponer que de haber crías, deben estar encerradas con sus madres o reunidas en primitivas guarderías.

A una veintena de pasos, detrás del rey, surgen varios homínidos llevando en brazos a otros tantos pequeños de su especie. Llegando el rey

a la meseta, de entre la profusión de huesos y lodo, levanta un cetro blanquizco: un hueso largo, en cuyo extremo más voluminoso tiene esculpida la cabeza de un felino gruñón a la vez que lleva incrustada una filuda y pesada astilla de vidrio volcánico que la asemeja a una rústica lanza. Cuando ese singular hueso es levantado a lo alto, la muchedumbre se prosterna, y con un par de golpes del mismo hueso con otros huesos la muchedumbre vuelve a su posición original.

Perseo ha comprendido que ese enorme cuchillo está destinado para hundirse en el pecho. Rugiendo contra la impotencia suya, y humillado por una irritante molestia en las muñecas y tobillos, advierte dentro de sí una desprevenida iracundia que inmediatamente analiza: “¡Odio!... Es odio esto que tengo... Estuve lejos de suponer que la tenía. ¡Siento su salobre sabor monstruoso en mi interior! ¡Lo siento como una criatura ajena en mi interior! ¡Lo siento pensar y actuar por su cuenta! ¡Horror de horrores! ¡En estos momentos difíciles ha aflorado!... Odio... ¡Repulsivo odio! Mi soberbia encendió a mi odio... Soberbia y odio, dos cosas distintas, y vivas, en mi interior...”

Se reinicia la horrible danza. El loquerío tiene la seria aprobación de esa especie de monarca de torpes movimientos cuyo baile es un perezoso vaivén. El raspido entre sí de los huesos del pectoral susurra una instintiva admonición. “¡Espanto!”, piensa, Perseo, “¡Espanto! ¡Esos huesos que cuelgan de esa fofa garganta son falanges humanas! ¡Puedo distinguir entre esos cientos de huesecillos los de un par de manos recién limpiadas de carnes!... ¿Cómo escapar de aquí?”

Los homínidos, aquellos que llevan los frágiles pequeños en brazos, rodean al simiesco rey bordeando la meseta. “Algo cruel sucederá con esos pequeños de felpa en algunos minutos...”, presume el cautivo. “No quiero imaginarlo. ¿Antes o después de mi sacrificio?”

Un gesto del gordo brazo real es el principio de un discurso intraducible, una serie de agudos silbidos ultrasónicos. Todo individuo mantiene una cabizbaja expectativa, vociferando por momentos con frenesí silencioso; finalmente unos saltos de batracio indican que el “sermón” acabó. Sí, y un total silencio ambiental llena la estancia y todo recoveco aprovechable es atiborrado con el manido efecto de angustiosos minutos de espera; en ese intervalo nada sucede, sólo el prisionero piensa aceleradamente y tira de sus ligaduras en una inútil esperanza.

Viene una venia capital de los súbditos y el gordo del pectoral de huesos toma en ambas manos el pesado cuchillo ritual situándose frente al prisionero...

Volviendo minutos atrás, al momento en que Atenea se percata de la ausencia de Perseo, porque este no respondiera a una pregunta rutinaria, ella y sus tres compañeros han desandado con extremados cuidados la totalidad del camino.

—¡Nada! —prorrumpe la juvenil voz de uno de los hombres—
¡Nada! ¡No está por ninguna parte!

—No es usual en Perseo —interviene otro hombre de voz algo más madura—. Algo, espero que no sea grave, impide que pueda comunicarse con nosotros.

—Es verdad —arguye Atenea y señalando la arenosa orilla del cenote, incluye—: No ha vuelto por aquí. Pero ¡miren!, aparte de las nuestras hay otras huellas de extraños pies descalzos.

Esos rastros que no son suyos desaparecen en el agua y no tienen retorno. Vuelven a sumergirse con premura.

—¡Utilicen los detectores de calor orgánico! —apura la chica de lindos ojos verdes.

—Debemos separarnos. El cenote se bifurca.

El agua es diáfana, muy limpia y fluye. La tibia temperatura permite la vida de infinidad de pequeños y grandes seres ciegos y albinos. Peces óseos, crustáceos e insectos enormes son los principales exponentes de una fauna poco conocida, un “delicioso banquete” para un taxónomo. Por el momento, los únicos exponentes visibles del reino vegetal, son unos filamentos hialinos de un metro de largo ondeando sobre el fango y las rocas, no se ve la presencia de otros individuos de ese reino. La abundante vida microscópica del cenote, a no dudarlo, también es especial y palpita con una transparencia cristalina. En este exótico paraíso acuático la presencia de otros mamíferos esta por verse, es evidente.

—Atenea —llaman a la joven con premura desde la galería contigua—. ¡Venga a ver esto, por favor!

—¿Qué es? —pregunta ella—Describémelo si es posible...

—Encontré la ballesta de Perseo.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Allá vamos.

Reunidos los del *Selecto* en el lugar del arma encontrada, concluyen que su compañero fue atacado y capturado por un grupo numeroso de criaturas casi humanas.

—No pudo usar su arma —dice uno de los hombres—. Y considerando la extraordinaria rapidez de reacción suya: ¡me temo que quienes se lo llevaron son criaturas muy hábiles y de temer!

—Creo que se fueron en esa dirección —tercia uno de ellos, señalando los rastros luminosos que su detector va encontrando esporádicamente sobre el fango.

—Sí —afirma Atenea—. Se introducen en esa cueva.

Ya dentro de la cueva.

—Esto es un laberinto —atina una voz masculina confundida por el impresionante número de galerías que les sale al paso—. ¡Marea!

—Vayamos por ese —opina la chica—. Todo indica que pasaron por ese enorme agujero.

Y tienen que esconderse cuando por fin logran observar a una de esas peludas criaturas primitivas y la siguen en silencio, comunicándose a través de señas. En algún momento el homínido levanta una piedra, sacando de debajo de ella un hueso aún con carne cruda y arrancando unos trozos la mastic. Un minuto después sin haberla acabado la suelta y asustada echa a nadar.

—¡Nos ha descubierto! —apura uno de los hombres rompiendo el forzado silencio y disparando su ballesta.

Un destello atraviesa a la criatura. Enseguida ella flota sin vida.

—Son muy sensibles... —apura Atenea—. Tienen sentidos bien desarrollados. Detectó los fotones que despiden nuestras gafas. Es insignificante esta emisión que nos permite ver en la oscuridad, pero aún así los detectó.

—Atenea, ¿no te parece extraño que sólo hayamos encontrado a una de ellas? ¿Dónde están las demás criaturas? Las huellas indican que son muchas, numerosas.

—Debe haber alguna explicación...

En ese momento los cuatro del *Selecto* pueden escuchar a través de sus sistemas de intercomunicación una voz conocida. La voz se interrumpe a cambio de agitadas respiraciones. Ahora pueden seguir hacia la fuente de esas ondas radiales. Sin ningún contratiempo llegan hasta el cenagoso ambiente de la meseta y a escondidas presencian el momento en que el gigantesco rey se apresta a clavar el enorme cuchillo en el pecho del prisionero. Atenea en rápida acción apunta y dispara su ballesta.

La muchedumbre queda atónita cuando su amo y señor cae de espaldas derribado por un destello mortal. ¡Ah! ¡El inmortal! ¡Es imposible que lo luctuoso se ensañe con él! ¡Nada desgraciado lo puede

tocar!... Se levantará, nada puede contra él. Los primeros en aseverar la muerte de su adalid son aquellos homínidos que lo rodean sobre la plataforma y aterrorizados dejan a los pequeños para escapar rumbo a las oquedades profundas. Quizá así huyan de esa suerte que el instinto les dice: *¡Está presente la muerte, en su peor forma!* Los demás permanecen petrificados de espanto. *¡Ah! ¡El inmortal! ¡Es imposible!... ¡Levántate!...* Sin una voz con suficiente autoridad que les ordene lo que deben hacer, esperan confundidos... hasta que alguien demasiado tímido pero armándose de valor y con mucha reserva, sube y comprobando que el enorme corpachón está exánime e indefenso le hunde el enorme cuchillo una y otra vez, luego ensangrentado se presenta como el nuevo rey.

La muchedumbre levanta los brazos repetidas veces, con la aceptación. Echan de sus gargantas un inaudible chillido intolerable, capaz de causar la migraña más persistente:

¡Así lo queremos! ¡Así!... ¡Viva el rey!

Jolgorio. Muerto el primer jerife es olvidado de inmediato.

Los cuatro del *Selecto*, han continuado acercándose sigilosamente hasta situarse a pocos metros de su compañero preso. Eliminan al nuevo rey cuando se disponía a acabar con la tarea inconclusa de su predecesor. Y aprovechando la nueva sorpresa general, cortan las ligaduras de manos y pies del preso.

—¡Vamos, Perseo! —apremia uno de los hombres— Es el momento de irnos. Antes que la chusma de peludos reaccione. Tenemos el camino libre para salir de aquí.

—¡Me alegro...! —responde el aludido— Ya me temía...

—¡Por aquí! Tras esas rocas nos esperan... nuestros compañeros, protegiéndonos con sus ballestas.

Reunidos los cinco del *Selecto*, se escurren. Muy cerca de abandonar el conjunto de cuevas un bramido les hace voltear. Y lo que ven les hace presumir que es el día menos afortunado para los homínidos: Un mamífero acuático de unas diez toneladas, una variedad ciega de pinnípedo carnívoro, se adentra en las cuevas buscando alimento. Evidentemente la ceremonia y los inesperados acontecimientos que han acabado con la vida de dos de sus reyes han sido la causa de un descuido imperdonable.

El voluminoso carnívoro no anda solo y:

—¡Cuidado Justo! —grita Atenea sin encontrar un ángulo para disparar— ¡Otro de esos monstruos carnívoros está tras nuestro...! ¡Tras tuyo...! ¡Retírate!

—¡Oh, no! —asume Perseo con una mueca de desagrado, viéndose como su compañero, tardemente alertado, es cogido por el hocico del predador.

El mismo monstruo, soltando su presa, se lanza en pos de Atenea.

—¡Te será imposible, amigo! —susurra la joven esquivándolo. Desafortunadamente golpea su ballesta con una roca y la suelta. Apurada saca el mango que luego se convierte en espada.

El carnívoro es muy rápido y ya no está interesado en la chica; se escurre sin ser tocado por el arma luminosa de la joven.

Perseo dispara al pinnípedo una andanada de saetas sin encontrar blanco. Luego exclama:

—¡El monstruo es demasiado rápido...!

—¡Se me hace difícil creer que haya alguna criatura capaz de eludir saetas...! —arguye Atenea.

—¡Y ha desaparecido de nuestra vista!

—Tiene sentidos muy desarrollados. Posee un sonar muy sensible y es muy inteligente. ¿Acaso pudo sentir los diminutos sonidos de disparo y determinar su trayectoria con anticipación?... La bestia es intuitiva, pudo leer los humores que dejan fluir nuestros pensamientos.

—¿Acaso nos está indicando que hay otras criaturas con esa velocidad... e inteligencia? De ser así...

—¡Puede volver! —apura Atenea— ¡Otra vez no podrá sorprendernos!...

La bestia no vuelve.

Justo está herido y grave. Es llevado con premura fuera del cenote. Una vez allí es depositado con delicadeza sobre el blanco piso de arena húmeda. Las especiales ropas han impedido la penetración de los dientes, pero no han podido frenar la enorme presión de la mandíbula de varias toneladas por centímetro cuadrado; induce a admitir sin equivocaciones que bajo las costillas rotas, órganos vitales han sido dañados de manera irreparable. Una palidez mortal empieza a madurar en la masculina faz de Justo; este, teniendo cabal conciencia de lo que le viene, y mientras espera, decide alejarse del dolor, lo abandona voluntariamente y se sume en una calma soporífera. Sus respiraciones se van acortando progresivamente y de manera controlada; poderosas endorfinas secretadas voluntariamente inundan su maltrecho cuerpo. En algún momento su fija mirada se pierde en las brumas de un vacío sin explicación, para volver enseguida con un respingo de lucidez. En ese momento de vacío fugaz parece haber visto un personaje... familiar y amistoso, con difusas ropas y rostro de

esqueleto: es normal que aparezca en momentos como el que experimenta.

Atenea, Perseo y los dos hermanos: Glauco y Caesar, contemplan, sin poder evitarlo, como ese cuerpo magullado se va poniendo inmóvil. Pronto el frío lo habrá arrastrado con sus imperdonables dedos a su reino permanente. Los cuatro amigos se sientan en el piso como los cenobitas de secretos templos; forman una cadena circular, así buscan alcanzar las deliciosas esferas de la meditación. En algún momento ellos abandonan la rígida materia de sus cuerpos para flotar sin peso en el ambiente astral ya violáceo y tenue cercano al moribundo. Al reconocerse mutuamente, comprenden que deben esperar por su amigo, en algún momento abandonará su malogrado cuerpo.

Dentro del exánime cuerpo, un habitual fenómeno está sucediendo. Muy dentro de lo que en vida se llamó Justo, sucede una retrospectión rápida. Toda una vida es rememorada en minutos, revivida en sus mínimos detalles; le vienen recuerdos sobre hechos sucedidos mucho antes de su nacimiento, luego en su etapa fetal, su primera infancia, la pubertad... para finalmente concluir con el fatal incidente que lo llevó a la muerte. Pese a su intachable conducta, muchos aspectos de su vida le son reprochables, una asombrosa imparcialidad se adueña de sí acusándolo implacablemente: “No sólo se paga por el mal hecho, sino también por el bien que no se hizo pudiéndose hacer”. Todas sus acciones son pesadas dentro de sí por una balanza omnisciente, toda máxima que utilizó en vida para juzgar a otros y para justificar sus acciones se convierte en una regla para medirlo: “No hagas con otros lo que no quieras que hagan contigo”, y así por el estilo.

“Una ley superior lava a una ley inferior”, resuena en el interior del cadáver como queriendo completar un dictamen final, “El león de la ley es derrotada por la balanza”. El sonido de un luminoso rayo lo despedaza en dolorosos fragmentos, para enseguida expulsarlo del maltrecho cuerpo casi frío. Su memoria no olvida nada de lo vivido en ese lapso de tiempo de recordares y lo guarda en secreto como un tesoro invaluable. ¡Ah, maravillas!

Atenea, Perseo y los otros dos hombres del *Selecto*, con sus sutiles cuerpos astrales, ven como del cadáver empieza a brotar una luminiscencia vaporosa con el aspecto que tuvo en vida; se eleva con suavidad. Mientras que en ellos un tenue cordón plateado los ata inherentemente a sus cuerpos físicos, en el desencarnado no hay tal: aquél personaje con rostro de esqueleto, ha cortado ese cordón, es lo usual, no hay preocupa-

ción por ello y ya carne y cuerpos sutiles son dos cosas aisladas, separadas. El cuerpo físico se descompondrá y volverá al polvo rápidamente, su personalidad correrá la misma suerte desapareciendo en un lapso mayor de tiempo y hasta es posible que esta vague sobre su sepulcro...

Surge una poderosa luz blanca e ilumina todo el ambiente astral. Lo ilumina como una bendición celeste. Sin mucha espera, de dentro de esa luz, brota un immaculado ser de características edénicas.

—Justo —dice Atenea, vocalizando preciosas sensaciones—, ya vienen por ti.

La voz femenina en esas esferas tenues tiene la sonoridad de un canto divino.

—Sí —responde Justo, embargado de sensaciones deleitosas que sólo cuando falta el cuerpo físico pueden sentirse—. Es el momento de irme.

Sí, y el ser de luz se le acerca sin preámbulos. No hay secretos para todos ellos. ¿Cómo explicar lo inexplicable?

—Bien divino *Vairokhana* —suspira Justo—. Estoy dispuesto a seguirlos.

Para el fallecido lo que experimenta es nuevo pero ya tenía información de lo que le vendría una vez desencarnado. La intensa luz blanca le sugiere adentrarse en sí mismo; estimula profundas sensaciones olvidadas para su memoria, permanentes en su corazón. Así trae a sus recuerdos esos momentos en que se miraba las manos, de niño, sintiéndolas no suyas, ajenas; se esforzaba temeroso de entender el porque le habían dado un cuerpo que no le correspondía. ¿Qué le decía que se merecía otro? ¿O acaso se encontraba en un sueño del que podría despertar en cualquier momento? Una sensación de miedo lo enervaba enseguida: se suponía surgiendo como ser inteligente, poco a poco, de la nada a través de millones de años, y viviendo luego otros tantos años para desaparecer en la nada para siempre. ¡Para siempre!, aterra eso; un concepto que podría conducirlo hasta la locura. ¿De que sirve la vida, si desaparecerá para siempre del universo? ¿De que sirven sus dioses o sus inventos parecidos, si todo se hundirá en un vacío inexistente... sin retorno? ¿De que sirve eso..., todo; todo lo conocido y lo que no se conoce, si todo es inútil, que se perderá para siempre sin que nada ni nadie lo recuerde?! ¡Horror! Razonamientos que lo introdujeron en un materialismo insipiente donde toda respuesta se fundamenta en el tiempo y en el espacio: ¿Qué hubo ayer? ¿Qué será de mañana? ¿Qué hay más allá de lo pequeño? ¿Qué hay más allá de lo grande? Y el terror se incrementaba cuando sus febriles palabras

gritaban: ¡Si dios apareció allá en lo lejano del tiempo, no importa cuán lejos, también desaparecerá en el futuro...! ¡Y con él, todo desaparecerá...! ¡Nada existe! ¡La realidad es ilusoria, es ilusoria la autorrealización! Dudas y más dudas; un poco antes de su ingreso al *Selecto* se le dio la oportunidad de aclararlas, no del todo, recién se iniciaba y una década es muy poco tiempo para ello. Ahora frente a ese magno ser, sus dudas son aniquiladas; su análisis supera lo tridimensional, alcanza la amplitud de lo tetradimensional y está a un corto paso de injerir en lo pentadimensional.

La luz de ese venerable ser posee una longitud de onda imposible de conceptualizar por la lógica humana, tal vez la poesía en labios singulares lo exprese de una manera burda al decir que tiene una perseverante presencia de millones de años. Una luz originada mucho antes, ¡muchísimo antes!, que se asentarán los cimientos del actual sistema planetario solar. Brilla abarcando un inmenso diámetro...

—¡Amigo! —dice Perseo dirigiéndose a Justo— ¡Volveremos a vernos! Es maravilloso como brilla tu entorno...

Mientras algo parecido a un túnel de luz toma forma vaporosa; allá dirigen sus pasos el magno ser y su acompañante del momento.

—¡Sí! —replica este— Estaré bien. ¡Volveremos a vernos, la recurrencia nos reunirá!

—Adiós —suspira Atenea, con tenue pesar.

Del túnel viene una sinfonía maravillosa, suave y refrescante. Y luego todo aquello, que no sean los cuatro del *Selecto* en estado sutil, desaparece...

CAPITULO VIII

EL FANGO

Una caída de agua en medio de la oscuridad, es un detalle muy bello instilado por la Naturaleza; una gema escondida. Escurre sobre un lecho de macizo mármol blanco, evita las innumerables columnas de vidrio natural que llegan hasta el techo ya bajo en esa parte de la gruta antes de llegar hasta un trampolín de maciza roca y saltar 50 metros hacia abajo. Allá en el fondo, el agua ha horadado, a través de miles de años, en el fondo blanco de la cascada, una docena de hoyas circulares de diferente diámetro y profundidad y los utiliza de la mejor manera que pudo encontrar: como un instrumento musical. La sinfonía que emite es bella, susurrante, que puede ser discernida por sentidos muy sensibles en momentos de calma total; evoca a un día soleado en medio de un fresco bosque con su innumerable fauna. Trae matices sonoros en las que madurado el día aparece una especie de animal muy original, luego de recorrer una metamorfosis compleja... El inicio de esa metamorfosis se sucede en un desierto recién escogido por el delicado gusto de la naturaleza. Cae una gotita de agua, diminuta para ser verdadera y en vez de empapar y perderse en la arena y el polvo o evaporarse en el aire, se mantiene entera e iridiscente ante los primeros rayos de un sol con anhelos maravillosos; los vientos perfumados tienen la esencia de oraciones arcangélicas. En ese temblante milagro de cristal, unos amorosos dedos etéreos, colocan dos diminutas células casi síquicas, poco menos que materiales: hembra y macho. La gota es un océano para ellas. Hembra y macho se convierten en una cuando se materializan y este connubio las multiplica. Llegan otras gotas y la pequeña antecesora se transforma en charco; las criaturas que alberga deben ser protegidas por sombras frescas, el sol aún no debe verlas, las destruiría; desideratos cósmicos están a su favor, y otras criaturas invisibles a punto de irrumpir en cuerpos celulares físicos retozan con infinita inocencia en sí. Cuando la gota se ha transformado en algo parecido a un lago salobre, también llegan intensas lloviznas. Enseguida relampaguea el cielo con su contento sideral y el verbo truena. Ya moluscos de cristal abundan por doquier. ¡Ah, se suceden suspiros celestiales, delicados y

maravillosos sonidos venidos de lo desconocido! Cuando la gota se ha transformado en glamoroso océano, algunas criaturas abandonan el agua paulatinamente; una vida anfibia va eliminado sus branquias y empujándolos a vivir permanentemente en tierra... Todas las criaturas evocadas por la extraordinaria sinfonía poseen etéreos cuerpos de fino cristal transparente. ¡Delicia audible! ¡Inmensurable! ¡Ah, viene la insuperable sonoridad de los saurios y de su dominio!... ¡Y, sin duda no hay nada más magnífico que esas volátiles aves traídas en un siguiente episodio y llevadas por los suspiros...

—Es maravilloso este lugar —suenan silenciosa una voz masculina sin poder esconder su pasmo—. ¿Me equivoco, Atenea?

—Es verdad Perseo —responde la amazona—. No te equivocas. El bosque de Piedras es una maravilla exclusiva en este mundo de sombras perpetuas.

—La historia... Mejor dicho, la leyenda no es justa con el nombre que le ha dado. Más bien debería llamarse *El Bosque Encantado*.

Atenea calla, nada en ella denota que haya asentido o negado ese comentario.

En ese instante la sinfonía trae a escena la fragancia y el deleite de unos pétalos en la pulcritud de una evanescente florecilla. Un suspiro con alas transparentes de mariposa se posa por encima de ella.

—Atenea —vuelve a importunar la voz masculina—, me quedaría para siempre en este lugar... si no tuviera otros deberes y obligaciones. ¡Ah, qué delicia! Desde niño he soñado con un lugar parecido, un pedazo de paraíso en la tierra. Vivir en ella...

—Sin duda Perseo —asevera la chica—. ¡Es un lugar maravilloso! Todo está saturado por augustas corazonadas.

—En mis tiempos de ocio me dediqué a componer algunos versos aludiendo a estas bellezas que aún no presenciaba. Por ello me sentía ufano, vanagloriándome: “¡Mi sensibilidad es lo máximo!” Pero ahora, recién, me doy cuenta ¡que no era tan sensible como creía entonces! ¡No hice justicia a estas maravillas!

La mariposa con su polínica trompa ha convertido la flor en capullo. Y el capullo inflándose como una burbuja de cristal se eleva hasta desaparecer en los aires. Una brocha con los colores del arco iris salpica y sus numerosas gotas coloreadas, cayendo en suelo abonado por silbidos estelares, se transforman en mamíferos.

Son detalles musicales de la majestuosa sinfonía. El gran océano se disuelve en efluvios cromáticos. Un grandioso pincel coge eso efluvios

como si fueran frescas pinturas y con ellas crea, untada tras untada, una lozana floresta que será la cuna de un animal especial. Es indispensable la vida madura..., así culmina la metamorfosis.

—Me agradezco el haber venido... —se oye la voz grave del más joven del grupo—. Nada de lo que haga o haya hecho podrá pagar lo que me toca “presenciar”... aquí. Es un regalo inmerecido.

Atrae todas las miradas. Es una sorpresa, y viene del siempre silencioso Glauco.

—Sí —prosigue con un tono sobrio—. Soy afortunado. Tengo a un poeta conmigo, alguien cuya sensibilidad supera a la sabiduría..., y comparto la compañía con una chica, la más bella chica, la campeona de artes marciales y experta en el arte de la pintura... a la vez que tan humana y con sutil virtuosidad interna... por decir lo menos. También me acompaña mi hermano, que con su presencia me recuerda a mi extinto padre... es una imagen viva de mi padre —luego como recordando prosigue—: ¡Agradezco a aquellos ángeles que dirigen los destinos del mundo! ¡Gracias a ellos, tengo todas estas oportunidades para vivirlas! No me es ajena la música. ¡La gloria que brota del torrente y de la cascada! —e incluye unos versos—:

*Amor hay en ello,
como en un grano de arena,
Como en la suave piel de un niño
y la lágrima que origina.
Hoy tengo que caminar otra vez
y dejar mis huellas que el viento borró...*

—¡Magnífico, hermano! —exclama Caesar lleno de emoción—. ¡Magnífico! Ese primoroso fragmento de poema en tus labios se convierten en perlas... ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí: *La afirmación!*

Perseo sabe que ese poema es suyo. “Todos” saben que es un poema suyo.

Y la sinfonía del río, detalla esta vez, con sus invisibles caracteres, el nacimiento de un niño luego de una gloriosa y escondida vida fetal. Gime el niño; su primer bramido es sagrado... Y flota el niño, se diría que vuela liviano como los pensamientos altruistas y los sentimientos sinceros.

Sonoridad de ilimitado significado.

Los del *Selecto* atraviesan las cortinas cantarinas, deben trepar por la resbalosa pared de la caída para continuar con su camino. En medio

de esa excepcional belleza natural también acecha la muerte. Sí, y de la manera menos esperada: Glauco ha decidido darse un duchazo, ha subido sobre una roca empinada donde el chorro de agua es el apropiado, y en ella ha apretado un botón de su traje quitándole la impermeabilidad. Enseguida infinidad de poros en el negro material dejan penetrar el frío líquido hasta su piel. Glauco se estremece de pies a cabeza con un deleitoso temblor. Inmediatamente después un potente chasquido lo golpea y estruja haciéndole perder el conocimiento.

La gran sinfonía parece enloquecer. Sin sentido empieza a pulsar notas fatales. En un esfuerzo titánico trata de corregirse pero la desarmonía es inevitable. Los detalles sonoros se transforman en ilógicos monstruos con acción destructora. Empeora cuando Glauco, pese al supremo esfuerzo de controlarse, cae en una de las hoyas circulares y somnolento asevera que todas ellas están constituidas por otros agujeros mucho más pequeños por las que circula raudamente el agua. ¡Es imposible que la docena de hoyas hayan sido causadas por la erosión: son artificiales! Quién las hizo, en lo remoto del tiempo, debió utilizar las herramientas de una genialidad excepcional.

Atenea, Perseo y Caesar, recién relacionan ese factor mortal con la ausencia de seres vivos. ¡No hay ninguno hasta más allá de los alcances de la música o sea dentro de los 500 metros de luz de esa parte de la gruta o mucho más allá de ambos lados de la misma! El fino instinto de los seres vivos que medran en esas oscuras profundidades los ha puesto lejos del alcance de esa música. Basta que un cuerpo o un objeto cualquiera, por muy pequeño que fuere, interrumpa ese flujo para que lo luctuoso se haga presente con todo sus efectos...

¡Horror! ¡Lo orgánico sufre terribles dolores! Los nuevos sonidos enferman. Para empezar vienen espantosos dolores de oídos, se continúan con zumbidos capaces de romper en pedazos la caja craneana. Atenea trata de contener esos dolores, inútilmente, cogiéndose de ambas sienes; eso no es todo, también siente estrujársele los hombros y algo así como si le aplastaran el pecho con una prensa de acero candente. Sacando lucidez, en ese instante de torturas enloquecedoras, ve como Perseo se ha arrodillado con la cabeza entre manos y rodillas, gimiendo y Caesar se revuelca neurótico. Ella comprendiendo la gravedad del momento, recurre a su fuerza interna, así obvia sus agudos malestares y con lentos movimientos, como los de un autómatas, se zambulle entre la efervescencia que intenta arrastrarla; busca a Glauco con vehemencia, lo encuentra desmayado y hundiéndose paulatinamente; lo coge y luchando trabajosamente contra la succión lo pone a salvo.

El estruendo infernal continúa sin mengua. La joven sin poder soportar por más tiempo ese castigo, cae de rodillas, agotada su rebeldía se sume en un letargo... profundo.

¿Qué es eso oscuro e irracional?... ¿Acaso la muerte? ¿Es ese vacío infinito e insondable la muerte? ¿Es eso cantado por bardos ebrios, que nada saben de sí mismos o es aquello ineluctable que la esquizofrenia sabe encontrarle lugar? Al parecer estos últimos tienen toda la razón, pero...

Atenea recobra el conocimiento. Su primera mirada enfoca a un Caesar inconciente y boca abajo sobre unas lajas. Cierta lasitud en sus músculos adoloridos la obliga a desentumecerse como los félidos, a masajear su dolor muscular. Luego se aproxima a Perseo quién intenta reanimar a Glauco.

—¿Esta bien Glauco? —inquire ella.

—No... —responde Perseo.

—¿Qué tiene?

—Su corazón apenas palpita...

—¿Nada grave?

—Es muy grave. Me cuesta decirlo.

—¿Qué dice el Detector Vital?

El Detector Vital es un minúsculo instrumento, incluido en todas las vestimentas, de color azabache y con silueta de escarabajo. Actúa colocando la palma humana sobre el herido.

—Diagnostica un enorme glioma en la base del cráneo —suspira Perseo—. Se me hace difícil aceptar que fuera causado por el chapuzón y los ruidos “locos”. Debe haber tenido una predisposición para tal, de lo contrario, nosotros también estaríamos en la misma situación.

—Cuanto me gustaría que estos aparatos... estuvieran averiados. Estoy rogándolo...

—No lo están. El calibre dice que todo en ellos funciona de manera normal.

Caesar vuelve en sí. Sentándose le toca presenciar, con ojos de ebrio, el drama de su hermano. Hay incoherencia en sí. Busca una respuesta en los recuerdos recientes, debe ubicarse en lo real.

—Pero... ¿qué esperamos? —grita la chica con serenidad y resolución—. Este es un lugar demasiado peligroso para reponernos. ¡Abandonemos este lugar, ahora mismo!

Y le tiende la mano al momentáneo amnésico que luego recordará todo.

Cargan con Glauco, llevándolo en vilo. ¡Lo que pesa una persona inconciente! Con los límites del Bosque de Piedras la sinfonía también queda atrás.

Ahora el silencio pesa y está empapada de pegajosa humedad. Unos goterones provienen de lo alto semejando a una lluvia, mojan toda superficie. El fenómeno es comprensible si se tiene en cuenta que una ráfaga permanente de viento muy húmedo y cálido inunda esa parte de la gruta. Al chocar ese viento contra la superficie fría del techo, que está por sobre los 100 metros de alto y de sus paredes, se condensa para luego desprenderse y caer en forma de gruesas gotas. Esa lluvia ha formado un fangoso lecho, por donde tendrá que cruzar la expedición, y tapiza el piso en una extensión de muchos kilómetros a lo largo de la oscuridad.

El fango muestra una engañosa superficie rasa, esconde un fondo rocoso de variada profundidad. Glauco acaba de expirar.

La llovizna moja el rostro del difunto. Perlas líquidas destellan, pese a la oscuridad, en la serena frente. Luego de una breve ceremonia fúnebre, acostumbrada en estos casos por ellos, Perseo rompe a hablar con voz serena y pausada:

—Caesar, es el momento de incinerar el cuerpo de tu bienamado hermano.

El aludido parece pensar su respuesta por un momento. Luego:

—Sí —dice, todavía pensativo y añade—: Le cedo esa facultad mía a Atenea y...

—Mira... Caesar —arguye la amazona—. Es un honor para mí. El mejor que me hayan dado. Pero es a ti a quien pertenece este... amoroso acto; como bien lo sabes es parte de las tradiciones de familia. No te lo evitaría por nada de lo que existe.

—Sí, Caesar —interviene Perseo—; es a ti a quién corresponde.

—Pero...

—No insistas. Podrías lamentarlo más tarde.

Y Caesar sin más alternativa, inclinándose, hace desaparecer la tapa donde se encuentran los mandos del traje del difunto. Y pulsa uno de los botones diciendo:

—“Del polvo fuiste tomado, y al polvo vuelves...”

Dentro del traje se sucede un relámpago. Parece que se hinchara su estructura negra para luego arrugarse flácido e incinerarse también... como el cuerpo.

“...*al-polvo... vuelves...*”: Remeda la umbría. Algo despierta en la gruta: un ente síquico, y los tres compañeros y amigos lo intuyen des-

confiados. Ese “algo”... empieza a contemplarlos en medio de la oscuridad de manera enigmática. Es desconocido, no hay manera de identificarlo racionalmente, ni ubicarlo.

“...*Del polvo fuiste tomado...*”: Rezonga ese “algo”... Dentro de la umbría, repite esas palabras como si ellas hubieran tenido la magia de despertarlo. Lo remeda con desconocida alegría, gustándola para sí. Trema la estancia, reverberando ecos síquicos.

Voces. Voces... Tan sólo voces... rebotando entre las paredes.

Voces que no pueden ser captadas por oídos normales. La intuición es la única que puede percibir las. Voces, que en realidad son sensaciones; o son sensaciones que hacen ruido. Ruido síquico, ruido atemorizante. Un vendaval de sonidos que auspician la neurosis. Ruidos inaudibles...

La preciosa chica y los dos varones, comprendiendo que no hay tiempo que perder ya chapucean en el lodazal abriendo un camino.

—¿Es que tenemos que cruzar toda esa enormidad de pantano... a tientas? —apura Caesar.

“A tientas”, significa para Caesar, estar vendado por los instrumentos para ver en la oscuridad y ahora añadido por el detector de superficies sólidas dentro de sustancias viscosas.

—No tenemos otra opción —rezonga Perseo—. A mí también me gustaría poder ver con mis propios ojos, sin necesidad de aparatos.

—¡Dios mío! Allí... puede estar escondido, fácilmente, cualquier criatura comedora de carne... Algún “bicho” carnicero. No quiero ser parte de ninguna dieta...

—Nuestros detectores de movimiento y calor nos avisarán de inmediato su presencia.

Caesar, conoce el alcance de su indumentaria y de sus aditamentos. El temor y la duda le hacen expresarse de esa manera.

El fango hace imposible un deslizamiento ideal; la superficie dura no es uniforme. Por momentos el fango parece reducirse a escasos centímetros, llegándoles hasta los tobillos y pasos adelante se convierte en un hoyo de metro y medio de profundidad. Media hora más tarde Caesar es el primero en desaparecer bajo el cieno tras un mal paso, patalea a ciegas entre la viscosidad intentando salir a flote. ¡Horror! y unos sonidos lastimeros le inundan el cerebro, sin poder evitarlo empiezan a afectarlo aguijoneándole el asiento íntimo de sus sensaciones y cogitaciones, luego le incitan a aceptar dolores ilimitados: debe olvidarse de sí mismo y sucumbir. “¡Imposible! ¡Soy más fuerte que una simple locura y unos pequeños

dolores”, protesta, en el momento en que el fornido brazo de Perseo lo sube a la superficie y puede distinguir en un chispazo momentáneo al causante de esos sonidos tristes: aquél flota sobre los vapores descompuestos del legamal. ¡Se estremece brutalmente!

Perseo siente la conmoción del joven y le pregunta:

—¿Qué sucede?

El joven dubita, y ante una insistencia sin palabras trata de ser coherente:

—¡Eh! No sé...

—Sin duda es la extraña presencia... misteriosa que todos sentimos. Nos observa desde que ingresamos a este fangal. ¿Me equivoco?

—No... No se equivoca. Sin duda la poesía da extremada sensibilidad... Lo hace a uno muy receptivo a lo tenue... Y yo...

—Caesar, ¿qué fue lo que viste?

—Es... difícil definirlo en palabras.

—Haz un esfuerzo. Debes saber que es importante. De ello pueden depender nuestras vidas.

El joven calla, porque sabe que lo que diga también informará a esa “cosa” ambiental que los observa con sus ojillos oscuros. Él quiere tener secretos, y sólo puede concluir:

—Es... ¡una monstruosidad!

Esas palabras parecen ser del agrado del ente síquico: “¡Témanme! ¡Sí! ¡Sí!”. Son cuitas severas: “¡Témanme!...”

El fango parece cobrar vida. Palpa a los aventureros con unos grotescos dedos síquicos poco menos que materiales. Los paladea con su paladar maloliente y con fruición. Y los huele sin medida como lo haría un perro hambriento ante una apetecible presa. Sin duda de esta forma conoce a las cosas, o como en este caso a las personas. Tenebroso trata de encontrar debilidades para estimularlas hasta el hastío; debe conseguir una claudicación total.

Hasta el momento Atenea ha sido inmune a esos achaques. A la cabeza del pequeño grupo, ha tenido que retroceder muchas veces buscando una senda firme. Sus detectores han creado un mapa del terreno anegado, pero una intensa alteración sico-magnética, los hace enloquecer intermitentemente. La joven se ve a sí misma como una de esas hormigas en camino hacia sus despensas luego de un día lluvioso. Aquellos insectos evitan el piso anegado y fatal para abrirse paso, lo intentan mil veces hasta conseguir una senda segura: ya utiliza una brizna de hierba como puente o

un pedazo de tallo reseco y remojado recientemente, ya una brillante piedrecita pulcro por las bondades del agua.

En algún momento de las profundidades del cieno han brotado innumerables burbujas. En el interior de estas han subido unos viejos hábitos, una herrumbre inquiriente del ente síquico, carga con una abundante provisión de lujuria y trata de humillar toda castidad despreciándola. Execra los órganos genitales de los aventureros considerándolos inútiles y molestos. *¡Elimínenlos de ustedes!*, grita. *¡Sólo las bestias lo poseen y usan!* *¡Es el sustento de las bestias...!* *¡Son el origen de todos los males!...* Es drástica, llena de cinismo. *¡Anuladlas!...* *¡Extirpadlas!...*

Cada paso de los aventureros es una respuesta contundente contra esa monstruosidad sugerida:

—*¡El sexo denigra!* —grita esa herrumbre volatilizada.

—*¡El sexo... la fuerza sexual... —afirma la beldad con sus decididos pasos, y segura de sí—, es la más poderosa de todo el Universo!*

—*¡Pestes!* —replica la horrenda voz— *No sirve para nada. ¡Para nada!*

—Es la originadora de todo lo existente.

—*¡No... sirve! ¡Para nada sirve! Si te castraran vivirías igual.*

—Las magnas galaxias, al igual que el humilde insecto, vienen por ello. Nacen por ello. Dios crea por el sexo. Castrada, nada tiene vida real.

—*¡Males!... Y ¿para que vienen a la vida si no es para sufrir? ¿Si no es para acumular dolor y más dolor a cada instante? ¡He visto nacer a una criatura, la he visto crecer entre sufrientes conmociones físicas y emocionales; debe alimentarse, ¡asco!, para reponer lo que gasta y expulsa de sí, ¡asco!... ¡Se aparea utilizando esos “sucios objetos” que llama órganos sexuales! ¡Se gesta sufriendo! Llegado el momento muere: ya es polvo. ¡Inútil polvo!*

—La vida es una escuela, y el sexo es el mejor instrumento para responder adecuadamente el gran cuestionario que entrega.

—*¡Enfermedades! ¡Dije que todo acaba en polvo inútil!*

—Las formas primitivas siguen por el camino del sexo resolviendo el cuestionario que le ofrece cada vida, deben subir escalones concientivos. La naturaleza con toda su sabiduría los va llevando de la mano hasta cierto momento en que alcanzan las formas superiores...

—*¡Locuras! Y sufren. ¡Y sufren!*

—...Llegará el momento en que aquello, que empieza en forma sencilla, pueda valerse por sí mismo y entonces podrá elegir el camino que desea seguir...

—*¡Dolores! ¿Qué camino? ¡Eh! ¿Qué camino? ¡No veo ninguno!*

—El camino de los ángeles... de los dioses. El de los ángeles y dioses sinceros o el de los ángeles y dioses mentirosos.

—*¡Heridas! En todo lo que llevo de existencia no he visto nada de eso. Y menos había escuchado algo parecido.*

—*¡Porque eres una aberración sexual!*

—*¡¡Canceres!! ¡¡Esa, es una ofensa; la peor ofensa que yo haya podido oír!!...*

—Es la realidad. Sencilla y simple verdad.

—*¡¡Canceres!! ¡Yo... ¿yo una aberración sexual?! Es imposible... ¡No recuerdo haber nacido!...*

—¿Es posible...?

—*¡Neurosis! ¡No tengo progenitores! ¡Soy eterno! ¡Soy inmortal!...*

—No eres eterno... En algún momento naciste, surgiste... o apareciste. Y lo mismo, como toda cosa subjetiva, en algún momento tendrás que morir, tendrás que acabar. ¡Te formaste por el sexo!

—*¡Neurosis! ¡Soy eterno! ¡Tengo omnipotencia! ¿Cómo puedo tener esta ubicuidad si no lo fuera?*

—Lo que tiene origen efímero, perece. Fuiste formado por algo perecedero y tu fin no está muy lejos. Eres una equivocación... energética. Un efluvio lascivo.

—*¡¡Canceres!! ¡¡Neurosis!! ¡No es cierto! ¡No puede ser cierto!... ¡¡Soy inmortal!!... ¡Todas las conclusiones a que he llegado me lo dicen así! ¡Sí!...*

—Estas equivocado y tienes que rendirte ante la evidencia de que tienes un origen sexual equivocado... ¡Eres un efluvio, te repito: un efluvio lascivo! Has medrado alimentándote de equivocaciones y ahora tienes ese vigor putrefacto: ¡Eres un monstruo poderoso!

—*¡¡Males!! ¡¡Males!! ¡Todos los males! ¡No, no y no! ¡Eso si es mentira!*

—Tal vez... para alguien que no te conozca... ¡Ni aún así! ¡Para alguien que no te conozca también eres una mentira! Sigues siendo efímero.

Entonces la lluviosa porción de la gruta se conmueve con desesperación sísmica:

¡¡No-ooo!!... ¡¡F-a-l-so!!

Y relampaguea con el peor estruendo conocido. Los fulgores iluminan la gruta de manera que los tres aventureros pueden, por largos momentos si quisieran, prescindir de las gafas especiales.

Justo delante de Atenea una poderosa descarga eléctrica carboniza un pedazo de cieno y lanza a la chica a varios metros de distancia. Otras descargas se suceden de la misma manera en diferentes puntos del lodazal. El espectáculo es infernal, chisporroteante, humeante.

Ninguna de las mortales descargas ha tocado a los tres amigos del *Selecto*. Y mientras el ambiente confundido y enfurecido se calma, ellos han dejado el lodazal precipitadamente.

¡Los “mortales bichos” han escapado de mis manos...!, rezongan los ojillos siniestros de la lodosa oscuridad, *¡...sin ningún rasguño!* Se siente impulsado a emitir un último relámpago quejumbroso:

¡¡Vo-lv-er-an!!... ¡Es-pe-ra-ré!

La penumbra es total.

CAPITULO IX

EL LABARO

¿Qué efectos tiene la Filosofía sobre los elementos? ¿Acaso puede actuar libremente sobre ellos e insuflarles lo que conoce? ¿Acaso puede escoger sobre que elementos actuar?

Fuego volcánico ¿Es posible mitigarte con sólo quererlo así? ¿Se puede calmar tu poder incinerante tan sólo con la Filosofía?

¿Fuego volcánico, la poesía puede influir en ti...?

Vienen versos saliendo de inspirados labios humanos, para chamuscarse enseguida cuando flotan sobre el pirógeno suelo...:

Fluyen...

...Pétalos candentes en la piel;

brisas... brisas.

La humildad ha venido

con insistencia aguda

y ha dejado una profunda huella

de agua hirviente

en el torrente del frío.

Una idea, mía, ha caído

entre la confusa corriente esa

y es arrastrada.

¡Sí! y golpea obstáculos incandescentes,

antes de cocinarse!...

Una palabra, de repente brota, también mía

y quiere excusar esa inutilidad lograda;

¡es imposible!,

los ardores también la cocinan.

¡Veamos si es posible dejar un suspiro!

¿Se mustia y evapora y evapora, sobre esa corriente? Sí...

y sin explicar nada.

Y, ¡el silencio! ¡Eso es!

¡El silencio es ajeno a la fiebre!

*¡He aquí un poco de silencio y
lo deposito sobre la sagaz pirexia!
¿Y que tengo?:
Un guijarro quemante.
Fluye...*

—Perseo ¿me oyes? —irrumpe la agradable voz de Atenea—
Es tiempo de que conectes el temporizador de tu traje.

El ensimismado aludido parece no haberla oído, es una estatua inmóvil.

—¿Perseo...? —insiste la chica.

Y acercándosele al vate, con suavidad, descubre el pequeño tablero de mandos de su traje abierto y oprime uno de los botones.

Enseguida el sudoroso hombre siente los efectos reguladores de temperatura de su vestimenta. Mecánicamente aparta la mirada, fija de hace unos momentos, y los enfoca en los largos dedos de la beldad, ahora protegidos por guantes. Musita como si pensara en voz alta:

—¡*Pirofilacio!*!...

Es el título de los recientes versos. Los incluirá en su próxima obra.

—¡Sí! —repone la juvenil voz de Caesar— ¡Este es el *Pirofilacio!*
¡O por lo menos!

Es la alusión del terreno por donde caminan. Candente. Imposible de soportar sin los trajes que llevan. El agua barbotas, se desliza y evapora, en el humeante cause de roca viva. Es de imaginar que esa agua atraviesa capas de roca muy caliente a pocas decenas de metros en las entrañas de roca antes de aparecer frente a los únicos seres vivos que se atreven a pisar esos parajes de insondable fiebre. No hay abundancia de agua y la poca, surgiendo de una abertura humeante, desaparece en unas rajaduras después de correr un corto trecho. Intensos vapores forman nubes blancuecinas, no hay brisas que las mitiguen...

Un resbalón, no peligroso, de Atenea envía un montón de guijarros al río infernal. Y es el motivo que estimula a Caesar para prorrumpir:

—Si tengo memoria... no nos dijeron que encontraríamos en nuestro camino una hornaza semejante.

—Tienes razón —apura Perseo contemplando el líquido—. En los mapas que nos dieron en Ciudad Luz tampoco hay nada parecido. Ninguna información. Todo lo que tenemos nos dice que aquí debería encontrarse una pequeña zona cálida y un efímero torrente.

—Entonces ¿Cómo explicamos esto?

—Sin duda estamos en una zona de intensa actividad volcánica. Aquí nada es permanente. Espero que más adelante no haya cambios extremos...

—¿Cambios extremos?

—Sí, amigo. ¡Por ejemplo una falla que haya cerrado la gruta!

—Eso sería fatal.

—Sí. Nada podríamos hacer, sino dar la vuelta y regresar.

—Dios ¡Sin el *Lábaro*!

La duda castiga al joven.

No hay tiempo que perder.

Han recorrido seis kilómetros y el calor se incrementa. ¿Por cuánto tiempo más sus trajes podrán soportar el intenso calor... que sigue subiendo?

Otro kilómetro adelante y llegan hasta una laguna donde el agua burbujea plutónicamente y ocupa todo el ancho de la gruta, de paredón a paredón. Arranca una exclamación.

—¡Tendrá por lo menos tres metros de profundidad!

—Estas en lo cierto Caesar —afirma Perseo.

Adelante, a 500 metros acaba la laguna y el terreno seco continúa.

—Respetado Perseo ¿cómo piensa llegar hasta el otro extremo de la laguna? Por lo que veo no hay camino que nos lleve...

—Paciencia Caesar.

El infernal ambiente está cubierto por un denso sudario de vapor, mortal para todo lo orgánico: Los tres aventureros conocen la capacidad de sus trajes. Ellos se esfuerzan por encontrar un paso que los ponga por delante de ese formidable obstáculo. Los bellos ojos de la chica buscan y fijándose en un promontorio:

—¡El “monolito”! —exclama.

Sí, una protuberancia rocosa que en un principio no le dieron la importancia debida, se les antojaba como una roca de las muchas, pero ahora viéndolo bien.

—Sí, el “monolito” —corean los tres hombres.

—Es nuestra única esperanza —dice Atenea con indefinible alivio.

Allá van. El monolito es un enorme bloque de granito de siete metros de alto por tres de ancho y medio de espesor. Está empotrado en la

roca viva y en su única superficie plana y pulida tiene esculpidos en alto relieve dos brazos cruzados.

—¡Sí! —repiten al unísono— ¡Es la única manera de atravesar el lago, los antiguos textos la aluden! ¿Hasta donde debemos confiar en una vieja leyenda?

El enorme bloque, a toda deducción, se presenta como una reliquia muy antigua. Debió pertenecer a una civilización hace mucho desaparecida.

El asombrado Caesar musita de manera elocuente:

—Supuse que esto, incluido con lo del lago, lo de los “brazos que cargan con uno”, era tan sólo parte de unas fábulas para distraer la imaginación. Ahora que los veo, la perspectiva es diferente.

—Lo del Lago Hirviente —añade Perseo— hasta hace poco, para mí, Caesar, no era otra cosa que un símbolo de dificultad, y no literal. Por lo que veo siempre ha estado ahí impidiendo el paso de todo aventurero. ¡Es uno de los guardianes del *Lábaro*!

Atenea se ha arrodillado en el duro piso y con sus manos enguantadas aparta el polvo acumulado bajo la mole escultural y luego raspa las costras de polvo endurecido con una daga de cristal. Es así como va descubriendo una ranura alrededor del monolito.

Surgen unos antiguos caracteres sobre la piedra, lo que rápidamente es traducido por una diminuta máquina. Luego:

—Perseo, Caesar —llama la chica—, debemos rotar el obelisco. Unamos nuestras fuerzas.

—¡Genial, Atenea! —dice Perseo— “...Al rotar la piedra, brilla...”. ¡Una feliz interpretación de la leyenda inscrita sobre el obelisco!

¡La piedra se mueve cuando la empujan con todas sus fuerzas y lentamente gira!

Después de algunos minutos de tensa espera ¡del burbujeante fondo del lago se levanta una vereda que alcanza a sobresalir por sobre el líquido y lo atraviesa en toda su anchura! El agua, en las rugosidades y resquebrajaduras de la vereda, se evapora rápidamente.

—Atenea, Perseo —dice Caesar un tanto preocupado—. ¿Me oyen?

—¿Sí? —responden los aludidos—. Te estamos oyendo.

—¡Siento un ruidecito! ¡Nace de mi traje!... ¡Me asusta...!

—¿Un ruido silbante? —inquiera con calma Atenea.

—¡Sí!... ¡Se incrementa! ¡Díganme que debo hacer, es posible que esté fallando...!

Teme que el temporizador se haya malogrado. Está espantado.

—No te preocupes Caesar. Déjame ver los mandos de tu traje.

Diciendo así la bella teclea en los mandos. Luego pregunta:

—¿Y ahora?

—¡Se corrigió! —responde el joven, claramente aliviado— ¡Ya no hay zumbido!

—¿Me preguntas que hice?... Bien...

Y la chica explica la forma de ajustar esa falla que se presenta en rara ocasión.

La vereda es de dura roca sedimentaria, como seguramente lo es el fondo del candente remanso; roca formada hace 500 millones de años, en el Periodo Silúrico. De manera sorprendente, se puede ver que toda su superficie está atiborrada de petrificados trilobites, caracoles primitivos y arcaicas estrellas de mar, por mencionar los menos. Existe la total seguridad, que un pedazo de esa piedra colocada bajo el lente del microscopio, nos mostraría un fabuloso mundo de microorganismos paleolíticos.

Los del *Selecto* van por la vereda.

Caesar, de improviso, no puede dar crédito a lo que sus ojos ven: ¡Los prehistóricos insectos cobran vida bajo sus pies! ¡Bullen con abundancia haciéndole perder el equilibrio y caer! ¡Y se siente arrastrado por esa movediza masa, resbala sin poder evitarlo!... ¡Horror! ¡La masa pululante, llegando hasta el borde de la vereda cae al agua y su enorme peso lo sumerge! Caesar rueda y repta queriendo evitar caer junto con la masa, lo hace con la premura de la desesperación... Mientras tanto Perseo, no es inmune a ese peligro, también se esfuerza por escapar... y ¡tiene que improvisar unas patadas para evitar que las enormes tenazas de un enorme y raro crustáceo le trituren los brazos! Por su parte la joven, resbalando al piso, ha caído de espaldas, su primera reacción ha sido la de actuar como sus compañeros; pero una llamada desde muy dentro de sí le hace desistir de la irracionalidad: “¡Serenidad Atenea! ¡Lo que estas sintiendo y viendo es una visión pasajera! ¡Es una ilusión...! ¡No existe! ¡No permitas que te domine! ¡Despierta!...”. Temerariamente cierra los ojos, evitando todo movimiento; luego de unas profundas respiraciones tranquilizantes, el movedizo piso se torna otra vez duro y caliente; abre los ojos y los arqueolíticos insectos ya no están. Dirige la mirada hacia sus amigos y... queda ¡estupefacta!: Caesar cae en el hirviente líquido y se aleja de la vereda dando giros y brazadas.

Perseo da puntapiés a Atenea, cuando esta quiere auxiliarlo, suponiendo que ella es el peligroso crustáceo. Lanza un sonoro rugido cuan-

do es atrapado, se siente sangrar. Reluce en una de sus manos una enorme bayoneta de cristal incandescente... sin poder usarla un repentino desmayo lo anula. Cuando vuelve en sí, sin gran esfuerzo comprende la pesadilla pasada. Se llega hasta donde está la joven, contemplando pensativa el negro enterizo de Caesar que flota flácido sobre el hervor, sin nada dentro. Estira un brazo para sacar la ropa.

Luego:

—¿Qué sucedió con el cuerpo? —pregunta sin quererlo.

—Se desvaneció dentro...

Son pesadas las palabras. Y muy duras. Tristes.

—¿Es posible eso?

La respuesta viene luego de un largo lapso:

—Por lo que veo, sí...

—¿Una ignición sin comprometer el traje? ¡La incineración sólo puede ser activada por otra persona...!

Se sucede un largo silencio. La chica no quiere hablar más.

—Estos trajes aún tienen funciones que no conocemos —reanuda Perseo después de varios minutos y cuando la joven deja su ensimismamiento—. Los que confeccionaron los trajes no nos informaron, por lo menos a mí, de todas sus utilidades. ¡Me asusta el no conocer todas sus funciones!

Ambos saben que las vestimentas son de última generación. Cargan con el atuendo vacío.

Con prisa en breves minutos llegan a la otra orilla del lago. El enorme esqueleto de un reptil prehistórico permanece desde siempre recostado en el erecto tronco petrificado de una cicadácea. Sí, los terrenos son muy viejos, abundante en vida fósil y el agua complacientemente las ha descubierto con los años. Cientos de pasos adelante una pequeña ave primitiva comparte el mismo hábitat, de piedra antigua, con un proverbial mastodonte... y se suman otros especímenes paleolíticos en el recorrido. El trío de personas deduce, inequívocamente que la disposición de esa flora y fauna es artificial; estos misterios estimulan la razón o la intuición.

Se sucede un temblor de tierra. La superficie calcinante vibra; suave en un momento y fuerte después. Caen fragmentos del techo y se astillan en el piso. El azar apunta contra el esqueleto de un felino extinto y lo pulveriza con una tonelada de cascotes. Idéntico camino hubiera tomado una pequeña conífera si no se hubiera permitido colocarse preventivamente en el pasado bajo un techo de lava sólida; el arbolillo es una belleza

natural, tiene detalles de filigrana perfectos, bien conservados, si no fuera por el color de mineral se diría que está viva.

Un polvo blancuzco alfombra el piso; en él se marcan los pasos de Atenea y de Perseo. Luego de un desértico panorama, entre los vapores calcinantes surgen dos titánicas serpientes de piedra. Con las enormes cabezas, encima de los cinco metros sobre el piso, se miran misteriosamente; lanzan efluvios magnéticos mientras abren los elásticos gargueros intentando una mordida mutua. Tienen un penacho de plumas en torno a la garganta escamosa.

—Estamos muy cerca... —suspira la amazona, refiriéndose al motivo que los llevó allí.

—Sí —complementa Perseo, examinado el escamoso cuerpo de las najas.

—El piso está muy caliente. Después de haber abandonado el “lago” la temperatura empezó a aumentar a razón de 5 grados Celsius por kilómetro y medio.

—Sí, es verdad. Nuestros trajes de nada servirán... encima de los 400 grados. La temperatura de las rocas alcanza en esta parte encima de los 300. Sería bueno para nosotros, que la temperatura en vez de subir, bajara. Espero que el *Lábaro* no esté muy lejos.

—El mapa dice que estamos en el lugar.

—Es verdad.

—Estas serpientes... tienen el aspecto de las *waugal* ¿verdad?

—Sí, de las arco iris.

Los dos ofidios son idénticos y de aspecto real. Están esculpidos en durísimo granito, la única diferencia está en el color de ambas: una es blanca y la otra negra.

—¿Te has fijado que las víboras están compuestas por varios cilindros de piedra? —inquire la voz masculina.

—Sí y cada cilindro es nada menos que un anillo —musita la joven—. Conté 54 anillos. Calculo que cada cilindro debe pesar unas 30 toneladas. Deduzco que se unen entre ellas con apéndices en las juntas de las mismas piedras...

—¡Son magníficas!

—Sí. No hay duda de ello

—¡Como las de Monte Alban... pero sin las conocidas estilizaciones! Esa magnífica ciudad asentada en ese remoto país del norte, allá sobre la superficie continental en “el otro lado del mundo”, me trae recuerdos infantiles: Mis padres me han hablado mucho de sus gloriosos sacerdotes y sus grandes adelantos espirituales.

—Monte Alban. Sí. En la zona central de ese gran continente... llamado, por sus habitantes, América y que nosotros llamamos de La Tortuga.

—Monte Alban: La Ciudad de los Dioses. Hoy es parte de una civilización perdida en el tiempo.

—Sus sacerdotes fueron alquimistas a través de los siglos. Lograron, la máxima hazaña humana: convertir en oro puro sus toscos y primitivos átomos de plomo. Tras una tenaz lucha, eliminaron sus defectos psicológicos. Los seres autorrealizados tienen todos sus cuerpos internos de oro puro; ya nada del vil metal plomizo.

Ambos atraviesan esa especie de portal de ofidios. Sin darse cuenta sus pies activan una trampa disimulada en el piso y caen, sin poder evitarlo, en un hueco rectangular que se abre bajo sus pies. Una especie de tobogán de piedra los lleva 300 metros abajo, arrojándolos sobre un túmulo de esqueletos humanos que los recibe con rudos modales crujientes. La temperatura ambiental les sorprende a ambos: ¡Es de apenas 37 grados Celsius, exactamente igual que la temperatura del cuerpo humano! Allá arriba, por la trampa rectangular entra un chorro candente de gases.

El tobogán luego de alcanzar fondo, tiembla y empieza a elevarse con rapidez. Y mientras el tobogán regresa a su posición original, el hueco del techo se retrae hasta desaparecer. Atenea, ha reaccionado rápidamente; pero de nada le sirve dar un salto, que hubieran envidiado los felinos más rápidos, para alcanzar el extremo más cercano del tobogán; luego cae al piso, derriba varios enseres de terracota entre los cuales está una estatua un poco menor que la estatura humana y una enorme copa de vidrio volcánico, despedazándolos en mil partes. Una pesada escultura de piedra, cubierto por antiguos caracteres, parece sonreír sardónicamente a pocos centímetros de su bello rostro, aludiéndole el fallido lance. También intenta recordarle otros actos decisivos de su vida que concluyeron como fracasos. ¡Vaya gesto, de feroz fiera!

Perseo tomando su ballesta apunta al techo...

—¡Espera! —le grita la voz femenina— Antes, busquemos el *Lábaro* en esta trampa.

El consiguiente gesto de Perseo significa: ¿Aquí? ¡Tienes razón!

—¡Cierto!... —vuelve Atenea— Este lugar es grande. No sabemos cuantos compartimientos existen en estos “sótanos”.

—El mapa indica que el *Lábaro* se encuentra en una pirámide. Dudo que estos reducidos espacios puedan albergar una construcción así... de 100 metros de alto.

—Busquemos, Perseo. Con el tiempo, la pirámide y sus contornos, pudieron modificarse. Si usamos un poco la imaginación, podemos ubicar estos corredores dentro de la pirámide que buscamos.

“Espero que haya otra salida”, piensa el hombre. “De lo contrario de nada valdrá encontrar la joya que vinimos a buscar. Pues estaremos sepultados en vida”.

—Y si no lo notaste —continúa la chica—. Hay corrientes de aire fresco.

Muchos de los esqueletos humanos, del lugar, todavía visten reconocibles armaduras. Los hay con armaduras vikingas, romanas, griegas, japonesas, incas, toltecas, mayas y aztecas, estas últimas en mayor número. Sin duda el preciado tesoro que vinieron a conquistar desde todas las partes del mundo y en todos los tiempos, no les fue favorable. Vigorosos hombres, que cayeron en la trampa, perecieron sufriendo en un último momento una espantosa sed y horrorosa inanición; alguno se suicidó; la actitud febril de otro indica que enloqueció.

Llama la atención la serena actitud de uno de los esqueletos. Difiere mucho de los demás, apartado y sentado como un cenobita oriental: lo sorprendió la muerte cuando meditaba. Poco antes de morir, sujetó con una cuerda de cuero uno de sus brazos indicando una figura que el mismo esculpió en un monolito con una espada no suya. Esa tosca figura esculpida muestra a un personaje regordete; encima de sus facciones estilizadas de fiera tiene una serpiente y en la unión de las piernas sostiene una copa enmarcada por una cruz.

“Una copa: ¡*El Lábaro!*”: susurra para sí Perseo estimulado por este último detalle.

—Es verdad —suspira la chica, intuyendo ese pensamiento y aseverando la realidad de esa joya señala al esqueleto del cenobita—: Él en vida... Antes de morir pudo verlo.

—Y ¡mira!, la otra mano del esqueleto... ¿acaso no señala la dirección donde se encuentra la joya?

Un huesudo índice apunta otro dibujo, con aspecto de pirámide, raspado sobre otra piedra.

Saliendo de esa cámara, Atenea y Perseo se encuentran con un basto espacio, sombrío y húmedo: una nueva gruta, muy por debajo de aquella de la que cayeran, y no muy lejos resalta un montículo. Por todas partes se encuentran restos de una antigua civilización ya desaparecida. El montículo visto de cerca es una pirámide escalonada, construida con

pesados bloques de piedra ígnea. Una basura polvorienta de siglos la cubre, deformándola; obviamente es magnífica.

Junto a la pirámide, un obelisco repleto de códices conmemorativos, empiezan con una introducción solemne que dice: “Cuando en el cielo reinaba el tercer sol... cuando todo rey tenía siete ojos abiertos... se construyó este portal transparente... en los días del rey oro...” Y párrafos más abajo, dejando a un lado la larga introducción, otro párrafo importante afirma: “...los bloques de esta construcción fueron “fabricados”; la lava del volcán... del tigre rugiente... fue vaciada en moldes de barro y luego de enfriada y pulida pasó a colocarse en la... construcción... ¡El portal es la gloria... del hacedor!”. Finalmente, unos códices aislados por un marco rectangular vacío, apuran una despedida: “¡... se debe buscar la verdad después de haberla encontrado...!!”

La pirámide no muestra ninguna puerta, ni ventana, ni ninguna cosa parecida que sirva para ingresar a su interior. Allí adentro se encuentra el precioso objeto que Atenea y Perseo buscan; diligentemente ambos han buscado un acceso, posiblemente tapiado o una palanca que la abra, sobre la pirámide y en torno de ella. Cansados desisten y se reúnen para intentar una manera diferente de buscar... Pronto se relajan y como dos yoguines orientales concentran toda su atención en su propio corazón, de allí debe brotar la solución. En las profundidades íntimas suyas divisan la pirámide, y en breves minutos el potente “ojo” de la meditación penetra el interior de la pirámide y contempla embelesada sus paredes internas provistas de jeroglíficos y códices antiquísimos dispuestas en series de hileras. Para la intuición no es nada difícil traducirlas, en esos caracteres antiguos hay tantas verdades trascendentes de la más pura Filosofía: “...sin el sexo nada existiría...”, “...Dios se manifiesta a través del sexo...”, “...el sexo es escalera para subir, o escalera para bajar, o escalera para caer...”, “...los ángeles, o los demonios se generan por el sexo... ellos nacen sexualmente...”, “...las cosas defectuosas vienen de un sexo defectuoso, las cosas perfectas de un sexo perfecto...”, “...las cosas defectuosas se pueden corregir con un sexo perfecto...”, “...cuando vence el sexo imperfecto hay guerras y enfermedades, ciencia siniestra, filosofía monstruosa, arte degenerado y mística equivocada...”, “...El sexo equivocado acaba consigo mismo después de haber causado sufrimiento y dolor a otros y a sí mismo...” Y lo más importante: “...Dios es sexual...”

Rodeado de jeroglíficos y códices, una proverbial escultura regordeta de piedra, tan ancha y alta como una habitación de nueve metros de alto, espera durante siglos sentado con las piernas cruzadas sobre

su trono de fiera en medio de la pirámide. Espera... desde el remoto pasado el momento de entregar su gran misterio... No, no está, el *Lábaro*, por ningún lugar... ¿Estará dentro de la escultura regordeta? Ni Atenea, ni Perseo, pueden penetrar su poderosa mirada dentro de la escultura; son repelidos por una fuerza energética inexplicable, sólo les queda deducir que allí adentro de ese antiguo buda de sereno rostro y de mirada caída y con una terrible serpiente emplumada naciéndole en la frente se encuentra la respuesta a todos sus esfuerzos.

La meditación es música pura. El mensaje de dentro de la pirámide tiene una hermosa partitura, repleta de gloria y majestad; es poesía sonora, pureza cromática en versos, instrumentación celestial y solemne. La orquestación es rica en motivos: Amor, ternura, delicadeza, sinceridad, honestidad, virtud, y sus opuestos que deben ser extirpados, como el odio, la agresividad, la tosquedad, la mentira, la indecencia, el defecto, y muchas otras cosas más. Instruye. Exulta y aterra.

Perseo abandona la meditación considerándose afortunado por lo que acaba de presenciar. Sin abandonar su posición sedente y con las mieles se siente musitar a sí mismo:

*¡Fuego, consumidme!
He dejado escapar una lágrima,
y quiero comprender por qué.
No es de alegría,
ni se acerca a una de tristeza.
Hay algo en ella que espanta:
¡lleva mis entrañas!
y huye, escondiéndose de mi.
¡Dolores,
venid para darme la comprensión!
No es salobre mi lágrima,
ni dulce,
ni amarga.
¿Será que en toda mi humanidad
no hay nada que pueda explicarla?
Todos sus lados
y ángulos no me dicen nada,
y dejo escapar otra lágrima
por aquella.
Y otra lágrima, más,*

por esta otra.
¡El llanto redime!...

Una voz suena volviéndolo a la realidad:

—Perseo, ¿lloras? —es la chica, mirándolo fijamente con una lucidez de urania.

Él calla. Ella entiende y acercándose a una gran losa de la pirámide, limpia el códice y lo descifra para sí: “¡El Santo afirmar y el Santo negar, son reunidos por el Santo conciliar!”. Toma su bayoneta e imprimiéndole toda su potencia calorífica, corta la losa como si fuera de vulgar cera. Este portento de ignición posee una explicación en el complejo mecanismo del arma: toma el calor de su dueña y lo multiplica de increíble manera. El bloque de piedra escondía una pesada rueda con la inscripción de una cruz.

Ambos aúnan esfuerzos para hacer girar la rueda. Esta se resiste, los largos años de inmovilidad la han herrumbrado, pero luego la fortaleza física de ambos, auxiliada por una palanca, se impone. Entre chirridos mohosos una ancha puerta se abre... y allí en el centro de la pirámide, el antiguo buda, de nueve metros de alto, que vieran minutos antes los acicatea irresistiblemente con un vaho síquico. Los ojos entornados de ese terrible coloso de piedra no se atreven a divulgar nuevos misterios. Cuando Atenea da el primer paso hacia el interior de la pirámide, de todo el piso, adoquinado y provisto también de inscripciones, y de la pared brota una intensa luz blanca, un relámpago continuado y sin intermitencias. Esa luz tiene la extraña propiedad de ser sinfónica; ¡es un sonido que sólo la meditación puede alcanzar!

Atenea con pasos suaves, llega hasta el buda. Sin dilación, luego de subírsele sobre los muslos vuelve a esgrimir su incandescente arma para perforarle el bajo vientre: en el punto donde se puede ver una cruz tatuada. Perseo, prudentemente se ha quedado observando sin atreverse a cruzar la puerta, una advertencia interna sobre un peligro desconocido lo ha mantenido allí. La chica entra arrastrándose al interior del coloso por la abertura que acaba de hacerle en el vientre.

Dentro del coloso, las manos femeninas se acercan a una pila de oro macizo y se disponen a levantar un cáliz o algo parecido que flota sobre un líquido rojo. Llena de éxtasis, la dama no puede esconder su sorpresa cuando comprueba que la pila no es de oro... común, sino de un oro muy fino, un oro ya desaparecido de la superficie terrestre y misteriosamente conservado en ese punto, un oro transmutado a través de millo-

nes de años de purificación atómica. El oro conocido en la actualidad no es más que el resultado de una involución atómica de aquél; una degeneración. Ese oro muy fino vibra con el verbo de las intuiciones, amplificaría cualquier corazonada trascendente si con ello se creara vida, es un conductor óptico de la luz; los fotones de cualquier luz, el mínimo chispazo eléctrico como por ejemplo el de una neurona serviría para convertirla en una lámpara prodigiosa, ¡como ya está sucediendo!

El cáliz también es sorprendente: brilla con una luz plateada, permanente y sin origen conocido. La intuición se siente colmada por uno de los mayores secretos develados: ¡Esa copa, con aspecto metálico y transparente, tiene un origen muy semejante al de una perla! A diferencia de la perla, que es originada por las virtudes de una ostra, aquella fue originada por las transmutaciones de una especie humana muy especial. Una perla es la tumba de un irresponsable gusanillo o de un furtivo grano de arena, el cáliz es la tumba de la bestia humana. La ostra de lo insignificante hace una joya, el hombre auténtico del defecto una virtud. Aquella está compuesta de abundantes capas de nácar, una sobre otra, este con continuas transmutaciones y sublimaciones internas. Aquella es un mineral de origen animal, este es un metal cristalino y plateado de origen humano. La joya finalmente trabajada con verdadero amor, alcanzó su forma característica de gomor: El *Lábaro*.

El líquido rojizo se ha formado gracias al connubio de la pila y del cáliz. Los átomos de ese oro y de esa plata, gracias a una transmutación muy especial, subliman humores filosóficos que luego se condensan y licúan. Es un “vino” que resbala por las paredes externas del cáliz para acumularse en la pila. En la transmutación, sin precedentes, de los extraordinarios metales, se consigue una gota en muchos y largos años, es un vino transmutado de la luz.

La chica con infinito cuidado, cuidado semejante a una oración muy profunda, toca el cáliz para levantarlo... Y recibe una tremenda conmoción que la aturde. Sorprende el hecho de que ella con sólo ese toque se convirtiera en un fanal plateado. Toda luminosa, con su cuerpo de mujer desvanecido dentro de una aureola potente y sin poder controlar lo que hace, recoge el vino de la pila en el cáliz, llenándolo. ¡El vino también pasa a su interior de mujer, sorbido!

Las luces de las paredes del interior de la pirámide hesitan; las del oro parpadean. ¡Se apagarán! La joven sin poder soportar por más tiempo la ingente energía que recibe, cae de rodillas y se desmaya.

Perseo, fuera de la puerta, intenta ingresar para socorrerla. Pero algo desconocido para él, lo repele con fuerza, arrojándolo a varios metros de distancia, casi privado del conocimiento. Atontado, observa de como un corto circuito o algo parecido, rompe el techo de la pirámide con la potencia de una fuerte explosión. Lanza un feroz grito:

—¡Atenea, levántate! ¡Nooo...!

¡Las losas se desprenden de lo alto, caen!

CAPITULO X

EL HUNDIMIENTO DE LA PIRAMIDE

Un goteo incesante de agua, con lenta intermitencia, llama toda la atención de las sombras y de las rocas. En el yermo de la gruta no hay otro sonido que ese, permanente, inmodificable y ha sucedido por siglos. Esos sonidos tenues atizarían toda curiosidad humana si la hubiera; su tentador llamado, desde lo escondido, marca el tiempo en un reloj que en vez de segundos marca años, en vez de minutos indica siglos, y en vez de horas tiene milenios. Allí los cambios, de la tranquilidad al dinamismo, los latidos de corazón de las rocas, los suspiros de las sombras, tienen la corta duración de milenios... repletos de misterio.

¡Ah!, el reloj es de arena.

La blanca figura de Esus, con las piernas cruzadas, medita profundamente, mientras el agua, goteando desde el oscuro techo, salpica sus zapatos. Su hierático porte parece una idealización de las milenarias piedras que lo rodean y del prehistórico aire que le empapa la piel. Susurra un *mantram* expresable sólo en sánscrito; son evidentes los resultados de esos sonidos maravillosos que vibran en todo su ser y se manifiestan a través de todos sus poros como una sutil emanación luminosa.

El joven se encuentra en una bifurcación de la gruta, tiene frente a sí dos bocas absolutamente negras, debe escoger por cual de las dos seguir. El terreno ha ido descendiendo, los musgos bioluminiscentes escaceando, tal parece que no han podido adaptarse a mayores profundidades y, por lo tanto, la oscuridad aumenta.

Los ojos de la profunda interiorización, de lo único humano en ese feo lugar, libres de los efectos de las sombras, explora el sendero de la derecha, tras recorrer algunos kilómetros en perpetua oscuridad acaba a orillas de un cálido remanso. El sol brilla allí, encima de un cielo ecuatorial. La fauna y la flora, es abundante. ¡Todo extraño y desconocido; se supone que allí arriba debería haber un desolador desierto blanco! El otro camino, encima de un precipicio vertical de 300 metros de alto, lleva por una región repleta de fuego... ¡un infierno! Hasta aquí le está permitido llegar a Esus, pues una fuerza desconocida le venda los ojos y ya nada puede ver. Los

últimos detalles le llegaron en un periodo de tiempo infinitesimal, en una ojeada tan rápida que pudo perderse si no se esfuerza en traerlo al consciente: vio a dos personajes caminando en medio del fuego, como dos *salamandras*. Tal vez... esos personajes sean humanos y venían en dirección suya con premura. Tal vez...

Sin ningún comentario para sí, se levanta de su asiento. Llega a la base granítica del precipicio. Esa subida le recuerda a *La Luz Alba*. Llamada así una de las caras, la más difícil, casi vertical, con ausencia de grietas donde hincar clavijas y con peligrosas cornisas de El Capitán: un inmenso monolito de 900 metros sobre el nivel del valle de Yosemite en California. Exactamente dos años atrás, tuvo que escalarlo con su inseparable compañero de aventuras, el fiel Julio; usaron la misma técnica de los dos primeros montañistas que lo conquistaron; prescindieron de los pernos de expansión para utilizar en cambio remaches blandos de aluminio que embutían en la roca cada 120 centímetros. Después de esfuerzos continuados, pudieron llegar a la cima en 15 días, la mitad del empleado por los primeros en conquistarlo. El tiempo fue bueno, no como en el caso de estos en que hacía fuertes vientos y llovía,

Pese a su inexpresiva faz, algo en él, indefinible, parece expresar: “¡Fue magnífico aquello!...” Sí; el único instante desesperado fue cuando se desprendió, cerca de la cumbre, un bloque de granito de tres toneladas que por poco los arrastra. “Ahora que recuerdo, ese accidente no fue casual. ¿Qué es... aquello que siempre ha intentado frenarme?”

“Bueno. Esta pared me recuerda a aquél peñón. Vertical de la base a la cumbre.

”Viéndolo bien. ¡Esta pared no es tan difícil como aquél! Un cuidadoso examen de las grietas, me hace concluir así

”No es necesario un aparejo especial. Mi único problema será la oscuridad... Pero ya he memorizado cada detalle de la subida durante el ejercicio trascendente que hice momentos atrás”.

Enseguida se le observa trepar.

Metro a metro sube con una elegancia muy propia en él, ayudado por un mínimo refejo de luz. Su constante actividad física al aire libre, sumado a otros aspectos personales no divulgables, le ha dado el característico vigor y resistencia de un atleta bien entrenado. Esta cualidad suya puede sorprender a una persona que no pertenezca a su entorno cercano. Esa resistencia unida a la rapidez y potencia que le ha atribuido la constante práctica de una lucha oriental, modificada a su manera, lo hacen insuperable en movimientos y ligereza. Si todos esos dones suyos son añadidos a

su profunda y misteriosa vida síquica, por supuesto sin olvidar toda su erudición en diferentes ramas del saber humano, tenemos a un... a una criatura muy especial. Es habitual en él, no hacer ostentación de ello si no es necesario o imprescindible; la sindéresis suya está de por medio.

A mitad de la muralla, colgándose sobre el vacío, sin ningún punto donde colocar los pies, utiliza su cuchillo para hacer unos huecos en puntos donde la erosión de otros tiempos ha debilitado la roca. Más arriba alcanza un surco que se alarga por el resto de la subida y acaba en un punto difícil: bajo una afilada cornisa.

Todo ha salido como Esus lo esperaba. Ha podido deslizarse temerariamente por un costado de la cornisa, las profundas rugosidades le han permitido dar, con sólo los brazos saltos de hasta un metro hacia arriba al puro estilo de un cuadrumano. Ya encima de la muralla, con gotas de sudor resbalando por sus mejillas y empañadas sus gafas al igual que toda su ropa, se ha vuelto para repasar visualmente la inmensidad de la gruta que está dejando. Esa altura le muestra los últimos kilómetros recorridos difuminados por el progresivo interludio de las sombras; alcanza a ver lo que musas escultoras han plasmado en millones de años en ese idílico jardín de intuiciones. Lo que de cerca era roca sin forma definida, ahora a distancia, muestra su cabal belleza, nada de abstracto, todo es digerible: ¿Quién humano no quedaría gratamente sorprendido por esa colosal arca de piedra pómez con sus tres bases de veinte metros de diámetro y jaspeada por capas de vidrio volcánico negro? ¡Es un primor de tridente incrustado en el piso! Algún dios mitológico, iracundo o eufórico, allá él, decidió dejarla clavada, y las musas se encargaron de crearle agradable versos silenciosos. Dos semiesferas flotan sobre unas olas de basalto blanco; una de ellas se parece a un melón cortado con las semillas a la vista y la otra una cabeza de tortuga que se acerca para devorarla. ¿Explica que el tiempo se come al espacio? Otras formas magníficamente esculpidas se pierden dentro del vaho sombrío de la distancia.

Es importante continuar adelante.

Atrás, el pasado; adelante, el futuro... ¡Qué manera de enfocar las cosas! Hay relatividad en ello. ¿Son conniventes la distancia con el tiempo? Atrás, todo empieza; adelante, todo continúa: ¿masoquismo relativo que los genes le imponen a uno?... ¿Es el tiempo una recta o una curva en una sola dirección? ¡No!... El tiempo, y la distancia son factores subjetivos; dentro de los ácidos nucleicos está la respuesta. El tiempo y la distancia, no son lo mismo en un diminuto mamífero que vive tres años que

uno de esos colosos de 30 toneladas que pasa viviendo más de un siglo, y no es lo mismo entre dos individuos de una misma especie. Los mamíferos o cualquier otro animal, al abandonar sus genes, rompen con esos factores subjetivos que lo encadenan a la materia, rompen con esos factores que lo atan a una repetitiva rueda de acontecimientos que se desenvuelven a diario. Se abandona los genes por causa de un severo accidente, al dormir, al morir o por voluntad propia.

De tiempo y distancia está hecha la rueda del *Samsara*; los genes son sumisos a ella... Es el lugar donde batallan el bien y el mal, el calor y el frío, el amor y el odio. Fuera de la rueda del *Samsara* no hay bien ni mal, ni calor ni frío, ni amor ni odio.

Es importante continuar. Y es así como Esus, deja esos lugares tan especiales, que hasta entonces recibían la suave luz de los musgos bioluminiscentes. Augurosos fenómenos físicos han permitido la permanencia secular del colosal corredor subterráneo y su tenue claridad. Un suave vientecillo insuflado desde un lugar cálido, se arrastra a ras del suelo; allá atrás, ese mismo vientecillo, más delicado e insensible, también permitía la vida, aparte de los conocidos musgos, de algunas desconocidas especies de hongos comestibles de los que se alimentan abundantes roedores y de los que también Esus pudo comer con agrado luego de soasarlos. Ahora, y más adelante, ninguna vida será posible bajo los sólidos paredones de piedra sin ninguna luz; la única excepción podrá ser, si la suerte lo decide, el parco punto de luz de alguna mendigante chimenea que la casualidad coloque a cientos de metros en lo alto. Pronto la oscuridad es total. Y Esus tiene que utilizar, la pequeña linterna de pilas secas que en pocas ocasiones, anteriores, le fue muy útil.

El joven, apremiado, apura sus pasos, trota, corre. Calcula que la débil luz sólo le podrá ser útil por unas cuatro horas, muy pocas para recorrer la distancia que les separa de la hornaza que viera en meditación y, que intuye, allí encontrará... se encontrará con otros seres humanos. Por el momento, esos seres humanos, representan la única alternativa para salir del gran hoyo.

Es imposible recorrer con facilidad por caminos tortuosos, de accidentada superficie. La transpiración empapa la abrigada ropa del aventurero. Una hora más tarde, o dos, es impreciso determinarlo exactamente sin un reloj, la lámpara se comporta como una luciérnaga moribunda y minutos después con un parpadeo rojizo se extingue.

Es el momento de poner en marcha la poderosa memoria de Esus. Sin detenerse, ayudado por la intuición, recuerda detalles recibidos en

momentos de meditación. Esos extraños caracteres internos, estimuladas por su vigorosa voluntad, ahora se desenvuelven armoniosamente como un mapa, señalándole el camino, paso a paso. Avanza con lentitud, pero seguro, sin tropiezos.

Puede sentir claramente, las suaves vibraciones que parten de pequeños mamíferos terrestres sin ojos que lo olfatean con curiosidad: ¡Entonces hay vida...! ¡En la oscuridad más densa, la vida es posible...! ¿Cómo olvidarlo? Unas alas membranosas se baten cerca al rostro de Esus reclamándole una mayor atención: “¡Son cientos... miles, de pequeñas criaturas voladoras semejantes a los murciélagos, y van en sentido contrario al que llevo! Están asustadas... ¿Por qué huyen? ¿De qué huyen? ¿Lo presumo... acaso?”

Unos kilómetros después, la Filosofía ha dado con un profundo significado de eudemonismo en cada paso que Esus adelanta. La sicología ha callado, si no es para decir: ¡*Aleluya!* De repente una potente luz brota de un cúmulo de escombros que difícilmente puede esconder a una pirámide. La blancura de esa luz, y su potente nitidez, ilumina inmediatamente un vasto panorama de varios kilómetros a la redonda. En la alta bóveda, enormes formaciones de roca y cristal, han sido sorprendidas en un momento de ocio y descuido corporal, ya repuestas han decidido permanecer con la misma actitud...

Esus, saltaba una grieta profunda cuando la luz lo deslumbró, se sintió confundido pero no hubo riesgo en ello. Y usa la cautela para llegar hasta la pirámide, la rodea. Intuyendo exquisitamente la maravilla sonora de esa luz, sus serenos ojos castaños encuentran por fin una inconfundible presencia humana. “¡Lo celebro!”, dice para sí llenándose de genuina alegría. Aquél personaje, viste un ajustado enterizo completamente negro. ¿Qué hace? Permanece estático a unos pasos detrás de la puerta de la pirámide, y su mirada enfoca el origen de la luz dentro de la pirámide.

Por momentos, la luz, esfuma la pirámide y su entorno; los atraviesa como si fueran de cristal transparente.

La luz se apaga para encenderse otra vez en un lapso de 5 minutos. Parpadea la luz, en esto el personaje del enterizo, lanza un grito y se abalanza al interior de la pirámide... ¡Sorpresa, para él!: apenas ingresando, golpea contra algo invisible y rebota, cual guiñapo sin peso, varios metros atrás... Relampaguea el interior de la pirámide; explotan y chisporrotean las juntas de las piedras. La pirámide amenaza con destruirse. El hombre antes de desmayarse, queda estupefacto ante la aparición de un desconocido que viste extrañas ropas blancas. ¡Aquél individuo no ha

podido ser más oportuno, surge de las sombras, mira dentro de la pirámide y rápidamente con una agilidad pocas veces vista, se introduce al interior y levanta a la chica!

Los pesados bloques del techo se desprenden cuando Esus ha cogido entre sus brazos a la hermosa chica... Pero, ¿Qué sucede? En ese momento de apremio, algo como una descarga eléctrica, brotado de la chica, lo golpea, sumiéndolo en una incoherente semiinconciencia. En ese instante en que su cuerpo le es desobediente, lucha con todas sus fuerzas increíbles, por conservar su voluntad y lucidez. ¡Inmovilizado una lejana vocecita le dice que en cualquier momento podría ser aplastado! ¡Oh, ese torpor invencible! ¿Invencible?... Invencible, no, porque en el preciso instante en que una mole, de 5 toneladas, se le viene encima, una repentina lucidez lo hace dar unos saltos que lo pone a salvo por el momento. Esquiva otra terrible amenaza pétreo de unas 15 toneladas, salvándose por centímetros; al fragmentarse la losa en el piso, dispara un fragmento que con tan mala suerte golpea la sien del joven.

Esus, sometido una vez más en pocos segundos a la terrible llamada del desmayo, no se deja caer en esa trampa. Esto sorprende. ¡El golpe recibido ha sido fuerte! ¡Demasiado para ser soportado por humano alguno! Y no está lejano de intuir que en ese momento un influjo muy delicado venido de la chica lo ha protegido dándole multiplicadas energías; y ese mismo detalle, parece detener por unos pocos segundos el derrumbe que debió sepultarlos. Esus alcanza un lugar seguro fuera de la pirámide en el momento en que esta y su entorno se hunden en un cráter poco profundo.

Una última lumbre, salida del caos de piedra derrumbada, ilumina por última vez el escenario; luego se apaga rápidamente. Esus, arrastra al personaje que intentó ayudar a la chica y lo deposita junto a ella en la oscuridad... infinita. Ese negro fenómeno lo llena todo, lo absorbe todo y, además, que se incrementa. ¡Oscuridad ilógica!

En medio de la negra inmensidad, una voz, tiene las características de una bujía que se enciende. Ese punto de luz ilumina:

—¿Estas bien muchacho?

Es la voz madura y bien timbrada de Perseo. Tiene una mejor intención que la de sólo romper la pesadez del silencio.

—Y, ella ¿cómo se encuentra? —continúa.

La intuición de Esus calibra esa voz y ubica a su dueño en la amplia dimensión de la personalidad más refinada y también en la de la

autoconciencia. Se abstiene de hacer evidente sus conclusiones. Esus tiene que decir algo:

—Estoy bien. Gracias por preocuparse por mí. Sin temor a equivocarme, ella...

—Se llama Atenea.

—...también está bien.

En medio de esa intensa negrura, el joven percibe los sutiles efluvios del intenso calor que impera a cientos de metros allá arriba. ¡Es terrible!... Y algo peligroso viene, que Esus notándolo, se pone de pie con la chica entre brazos:

—¡Vamos! —grita serenamente—. Es preciso alejarnos de este lugar...

Extrañamente sorprendido, Perseo, duda:

—¿Por qué?

Pese a su pregunta, un profundo llamado de su interior lo incita a obedecer al desconocido joven. Otra sorpresa para él: aquél mozo ¡camina en la oscuridad con soltura! ¡Camina como si viera en la oscuridad, con resolución! ¡Es increíble que lo haga sin aparatos para ver en esas abismales sombras!... Un minuto después se sucede un crujido espantoso seguido de un temblor de tierra.

Pasada la conmoción, Perseo voltea, para contemplar boquiabierto el desmoronamiento de toda la pirámide y los aledaños dentro de un pozo sin fondo. Breve tiempo después se suceden varios estruendos incalculables en esos fondos.

Perseo se pregunta: “¿Cómo es posible, que este... señor, pudiera anticiparse al temblor de tierra y al consiguiente hundimiento total de la pirámide?” Y se responde: “¡Tiene facultades internas despiertas, indubitablemente!... ¿Hay otra explicación?”

La bella amazona recobra el conocimiento. Trae un cierto temor que se disipa cuando cae en la cuenta que aún inconciente ha conservado la transparente joya plateada en sus manos. Su mayor sorpresa viene cuando descubre que se encuentra cargada por dos brazos muy fuertes y de un individuo desconocido. Su cerebro femenino busca una respuesta para explicar esa inesperada versión del destino, pero más mujer intuitiva prefiere sumergirse en su mundo de sensaciones internas y resumir... Luego, habiendo comprobado la presencia cercana de su maduro compañero del *Selecto*, musita con voz un tanto modificada:

—Ya puede bajarme. Me encuentro perfectamente bien.

Esus, se embriaga con esa voz. Luego deposita a la chica en el piso.

—Le estoy agradecida.

Esus pregunta:

—¿Qué hacen ustedes por aquí...? ¿Cómo es posible encontrar vida semejante a la mía en estos lugares de oscuridad...

Su pregunta es tonta, así lo sabe él. No trata de justificarla.

La respuesta no espera. Viene en forma de rotunda ironía:

—La misma pregunta es para usted —interpone Perseo, quién enseguida se disculpa añadiendo—: Debemos salir de aquí, con premura. Y creo que no hay otro camino aparte del que nos trajo hasta aquí —y señalando en la dirección norte, inquiere—: ¿Lo hay por allá?

El silencio de Esus más un movimiento de cabeza suyo es elocuente.

Para volver, al ambiente de la trampa que hiciera caer a Atenea y Perseo en esos sombríos sótanos, los tres tienen que salvar una profunda grieta recién formada. Por ella escapa abundante vapor a alta temperatura y otros gases tóxicos. Esus estornuda.

La chica hurga dentro de su mochila, saca el traje que fuera del recordado Glauco, y le hace entrega al joven sin mediar palabra. Este se desnuda de inmediato y rápidamente sin una pizca de temor y carente de exhibicionismo muestra su poderosa corpulencia perlada de sudor. Ese excepcional cuerpo, en medio de la caliginosa humareda ya chispeante, evoca a un dios olímpico rodeado por enigmáticas fantasmagorías venidas del tártaro. Un susurro en lenguaje desconocido viene a su vez saliendo de las entrañas de roca:

*...retornas,
y el Hades tiembla.
¿No bastó con aquella vez?,
entonces te suplicamos que no volvieras.
Hoy no habrá súplicas,
utilizaremos la muerte para no verte más.
¡Sufrimos horrores que no conoces
cuando vienes a nosotros!
¡Hoy nos das la oportunidad
de abandonar este castigo de fuego
que nos consume!
¡Horror! ¡Nos roe las entrañas;*

*mil veces cada vez!
¡Vednos! ¿Nos reconoces?
Somos tus hijos,
los antiguos,
los que negaste,
los que abandonaste.
¡Vednos! ¡Cómo se queman nuestras carnes!
¡Impío, nosotros que te dimos todos
los placeres y las alegrías!
Siéntate por un instante,
aunque sea por un tiempo menor
que cualquiera conocido,
acomódate y óyenos:
Piensa, ¡filosofa! ¿Te hacemos falta?
¡Claro que sí!
No te pedimos compasión.
¡Míranos, ahora te brindamos nuestra experiencia!
¡Te brindamos nuestra sabiduría,
la que aprendimos
con el dolor de nuestras carnes
y el lamento de nuestra sangre!
¡Ya no podemos gritar de dolor,
porque el dolor se ha convertido
en nuestra piel,
en nuestras entrañas!
¡Somos el dolor mismo!
Te tenemos una última disyuntiva antes de acabarte:
¡O nos redimes, o te acabamos!
Aquella vez,
tu inocencia te salvó,
hoy nos conoces: ¡debes aceptarnos!
Desde aquella vez,
hemos esperado,
hemos oído tus pasos muchas veces,
te acercabas... y ¡angustia!,
no llegabas a nosotros,
tras la puerta te volvías,
nos ignorabas,
nosotros no existíamos para ti.*

*Hoy traspusiste esa puerta.
Y eso nos trae dolorosa alegría...
¿Alegría? ¿Qué es eso de alegría?
¿Qué es la alegría?, no la conocemos.
Hoy nos tienes:
¡O te redimes,
o te acabamos!...*

¿Susurro desconocido? Sonido plutónico. Elocuente gemido que Perseo, hondamente impresionado, ha traducido de manera convincente.

La serenidad de Esus, como siempre, es una verdadera barrera que impide conocer lo que sucede en su fuero interno. Nada indica que cabida le ha dado a esas emanaciones tristes. Cierta sutil apuro en acabar cuanto antes de enfundarse el enterizo, tal vez indique algo.

—¡Un nuevo temblor de tierra!

Y saltan hasta un refugio seguro al pie de un gigantesco pedestal natural de sólido granito. Una fracción de tiempo después, un tremendo balanceo hace crujir toda la gruta. El zarandeo culmina con un espantoso rugido de roca rota. Y de una grieta reciente ¡empieza a manar incandescente lava!

Esus tose de nuevo. Usando sus anteriores ropas tiradas por el piso se cubre el rostro. Atenea llega hasta él y hurgando en los mandos de su nuevo traje alivia sus malestares. Esus aspira con profundidad el aire limpio que le brinda la maravilla tecnológica del enterizo; también felicita la agradable temperatura que recibe. Y escucha con atención las indicaciones que la joven gorjea sobre la utilidad del teclado del traje.

En el lugar de la trampa y del tobogán buscan la manera para que la una se abra y el otro baje. Al parecer no hay manera, pero la esperanza siempre es optimista y está dispuesta a conseguir su cometido: debe haber alguna palanca escondida o algún botón disimulado que pueda mover a ambas.

—¡No tenemos tiempo para buscar! —ruge Perseo intranquilo—
Podríamos demorarnos un mes y no encontrar nada.

Esus luego de observar con fijeza una rendija recién abierta en el oscuro techo, la señala mientras dice con absoluta seguridad:

—Por allí saldremos. ¡Vean! Es una rajadura, que si no me equivoco, es lo suficiente amplia como para que nuestros cuerpo puedan pasar por ella ajustadamente.

Atenea, es la primera en reaccionar de manera decisiva. Con su ballesta, incrusta en la misma grieta una saeta que lleva una delgada cuerda hialina, luego trepa con agilidad de simio. Es importante decir que esa flecha es líquida al abandonar el arma, funde la roca en el lugar donde la toca y solidificándose deja tras de sí un largo filamento muy resistente. Perseo clava otra flecha y también sube. Esus, carente de una de esas armas, espera una señal para alcanzarlos; un movimiento de manos de Perseo es suficiente.

Efectivamente, la grieta que es reciente y que se formó al romperse la monolítica roca de 100 metros de espesor que separa ambos niveles, tiene una salida más arriba, su anchura es lo suficientemente amplia como para dejar pasar un cuerpo humano adulto y alcanzar la gruta superior. Vapores candentes se lanzan hacia abajo inyectados a alta presión. Arrastrándose dificultosamente, Atenea, alcanza el nivel superior, sale de ella... y no puede contener un aprensivo grito: ¡Hay surtidores de lava por todas partes! ¡Sinuosos surtidores entre las rocas forman caudalosos torrentes y se deslizan humeantes hacia la rajadura donde aún los dos hombres se encuentran subiendo! Cinco segundos más tarde esos candentes flujos se precipitan por la abertura.

Los dos hombres retroceden cuando la amenaza de roca fundida se despeña sobre ellos. Rápidamente y con el tiempo justo alcanzan las cuerdas hialinas que dejaron colgando y se sujetan en ellas. Una cascada de roca líquida pasa junto a ellos un segundo después, rozándolos aprensivamente. La lava, como si adquiriera vida, intenta alcanzarlos proyectando unos dedos sinuosos cuando clavan otras cuerdas en lugares más alejadas del borde de la grieta y se trasladan a ellas; también se forma un difuso rostro ígneo con los rojizos vapores y los observa con cinismo difícil de entender.

Toda comunicación se rompe entre la valerosa chica y los dos osados hombres. Las alteraciones magnéticas son intensas, unidas al espesor de la roca.

La catarata fundida cae encima de los esqueletos y sus armaduras y progresivamente los va cubriendo junto a los antiguos objetos de terracota y cristal. Perseo, comprendiendo que las cuerdas no podrán soportar por mucho tiempo el tremendo calor, sosteniéndose con una mano, apunta su arma y dispara dos veces en una zona cercana del replegado tobogán. Luego ambos hombres, colgándose como arañas, ocupan el extremo de esas sendas cuerdas; la piedra líquida se extiende como una alfombra buscando abarcar toda la estancia debajo de sus pies. Ingentes

cantidades de gases atiborran la atmósfera. Previsoramente Perseo con nuevos disparos crea una malla protectora debajo de sus cuerpos, les podrá ser útil incluso en caso de que perdieran el conocimiento.

“¿Cómo hacer para que se abra la trampa y descienda el tobogán...?”, es la única pregunta que resuena repetidamente en el fuero interno del poeta. “No puedo imaginar nada. ¡No se me ocurre ninguna solución...! ¿La hay?” Pocas veces se ha visto así de impotente, esta vez la presume total, ¡tiránica!... Y ¿su amigo, acaso tendrá alguna respuesta salvadora?, él al parecer se ha sumido en una inmovilidad. ¿Dormita...? ¿Cómo es posible, en estos momentos? ¿Acaso se ha rendido...? No, no debe molestarlo tan sólo para justificar su irritación.

El caos impera en todo. Los humeantes alrededores están impregnados de efluvios síquicos desconocidos. Los efluvios provienen de un ente síquico que ha llegado junto con la lava guiando a otras criaturas síquicas; aquél manda a estas ocupar los lugares aún no anegados, así se originan tenues turbulencias sulfurosas demasiado espesas. Esas criaturas de hermosos cuerpos luminosos, muy parecidos a los humanos, musitan un *mantram* de fuego múltiples veces:

¡Raaa...aaa...aaa!

Ese *mantram* irradia. Y todo lo recién candente repite ese profundo susurro. La intensidad del calor sube con el *mantram*... ¡Es una tempestad radiante! ¡El huracán ígneo debe arrastrarlo todo! ¡Debe consumirlo todo! ¿Qué puede haber que quede indemne contra ese dinamismo tan drástico e inexorable?

La suerte de ambos hombres se hace precaria. En algunos minutos más el intenso calor fundirá las cuerdas hialinas y ambos caerán inevitablemente es esa colosal fragua que crece bajo sus pies.

Un recuerdo viene a la mente del hombre maduro: “He visto generar semejantes calores... Si, *La Maestra* puede generar semejantes calores... en fracciones de tiempo, en segundos. Y también la he visto reducir calores semejantes hasta convertirlas en hielo en igual tiempo. ¡El poder de *La Maestra* supera todo lo imaginable!... Si pudiera llamarla. ¡Si pudiera!...” Su frente se empapa de gotas de sudor. “Los intercomunicadores no sirven para comunicarme con *La Maestra*, estamos muy lejos... Nos separa kilómetros de roca... ¡Pero, cómo no, sí puedo llamarla: un llamado del corazón es mucho más eficaz!... Me entristece decirlo, pero mi corazón es muy débil...”

Viene el desastre: ¡Las cuerdas hialinas no soportan más, una de ellas sosteniendo el peso de uno de los hombres, se ha estirado exageradamente y se ha deshecho en gotas cristalinas! ¡La cuerda ha escurrido como el agua!

CAPITULO XI

EL FANGO ESTERILIZADO

Atenea, viendo venir el torrente de humeante lava, ha salido apuradamente de la grieta. Se ha puesto a salvo encima de una elevada protuberancia rocosa un momento antes en que el espeso flujo de roca derretida resbalara por esa rajadura causada por el temblor de tierra pasado. Luego toneladas de la rojiza sopa desaparecen por la abertura.

Por entre los surtidores de lava y los chorros de gas insuflados por las increíbles presiones de las profundidades, la chica se desliza, trata de superar los pocos metros en descenso que le faltan para llegar hasta el portal de los ofidios y allí poder accionar el mecanismo que abrirá la trampa y permitirá bajar el tobogán; cuanto antes mejor. Esos pocos metros son difíciles, es terreno inundado por el candente material. Badea ella, cuando una enorme roca se desprende de un precario asidero y rugiendo se va a estrellar contra una pared; desafortunadamente el golpe abre una fisura de la que brotan grandes cantidades de gases. Esta fumarola se enciende.

La fuerza de la fumarola recién encendida es enorme y lanza a Atenea por los aires. Cae, ella, encima de un cúmulo de cenizas recién formado. La ha distanciado de su objetivo, de por medio ahora tiene un obstáculo de lava; ella calcula que en ocho minutos, que son demasiados, podrá recuperar terreno y para entonces ¡todo el portal de las serpientes estará anegado! ¡Ella no lo puede permitir! Busca una piedra que tenga aproximadamente su peso, afortunadamente la encuentra sin demora en medio de otras enormes y calculando su trayectoria la deja rodar. Es una acción temeraria, ilógica, infantil, pero es la única que se puede permitir en un momento tan decisivo como ese. Ruega por un resultado positivo. La roca arrastra otras más pequeñas y se detiene sobre un inoportuno dedo de lava. ¡No es posible! ¡Vamos corre, por favor! En ese instante de premura, una fuerza interna salida de dentro de la chica, fuerza que la sorprende por ser nueva en ella, empuja la piedra y es más, la hace superar otros obstáculos de mayor dificultad para finalmente depositarla encima de la losa que deberá abrir la trampa. Así sucede.

La interrumpida comunicación se reinicia:

—¿Perseo...? —llama Atenea denotando preocupación— ¿Están allí?

La respuesta es inmediata, suena aliviada.

—¡Sí, linda!... Tu voz nos llega como un bálsamo... ¡Eres magnífica!

No hay interferencias, la comunicación es nítida pese al ambiente enrarecido por conmoviones magnéticas.

¿Qué sucede allá abajo? Por los sonidos que dejan escapar los hombres se diría que están en grandes apuros. En efecto, la malla hialina que los sostiene se desvanece rápidamente como una hilacha sobre el fuego.

¡Cientas de toneladas de lava caen por el hueco de la trampa! ¡Impresiona atterradoramente la caída de esa nueva catarata que golpea contra lo acumulado allá abajo!

La cuerda hialina que sujeta a Perseo se funde y la malla cede ante su peso; sin nada que lo sujete siente que cae encima de la colosal sopa de brazas rojizas. Es un instante en que una infinidad de recuerdos vienen a su mente velozmente y el tiempo parece congelarse en su entorno. Una calma absoluta lo lleva a verse con nitidez y sin confundirse en cada evento de su vida, los vive otra vez. Primero vienen los recuerdos más lejanos, los de su infancia; luego los de su adolescencia; se continúan con los de la juventud... y prosiguen. La fatal caída le parece sucederse con tanta lentitud que podría contar horas, años y hasta siglos, en una fracción de segundo. No hay espacio para la resignación.

La cuerda hialina de Esus afortunadamente se encuentra más alejada de la catarata de lava, lo que aún lo mantiene seguro, pero no por mucho tiempo. El joven ha visto caer a su nuevo amigo; con la calma y rapidez que le da la sangre fría ha enroscado sus pies con la cuerda hialina y con un movimiento de acróbata lo ha cogido con ambas manos de uno de los pies cuando este ha sido detenido momentáneamente por la malla. Luego de un tirón que amenaza con romper la cuerda, ambos se balancean peligrosamente prolongando el suplicio que les toca vivir.

—¿Perseo? —llama la chica— ¿Cómo están ambos?

—Por... el momento...

—¡Gracias a Dios que aún están con vida!

—¡Por el momento... vivos!

—¡Díganme su situación.

—Aquí... ¡Ah!

—La ubicación exacta...

—Precisamente... muy cerca del agujero que da comienzo al tobogán... colgando de una cuerda...

—Tienes la voz jadeante y cansada.

—Sí... ¡Estamos en apuros! ¡Podemos caer en cualquier momento...! ¡Debajo tenemos todo un lago de lava...! ¡Me esfuerzo por disparar otra cuerda...!

—No dejen de hablarme, se los suplico... Estoy afianzando varias cuerdas de alambre comprimido entre las dos serpientes. Como recordará la trampa está en el centro de ambas...

La valiente amazona observa por enésima vez el contador de su arma que titila con una inconfundible lucecilla, no vaya a acabársele la carga, sería fatal. Como bien sabe ella, el alambre comprimido ocupa otro cartucho dentro de su ballesta junto al de las cuerdas hialinas. Una cuerda de alambre es líquida en su cartucho, al ser disparada se convierte en una gota incandescente, luego del impacto, por ejemplo en una roca o en una superficie metálica, se solidifica delante de un cable compuesto por delgados hilos trenzados entre sí y con apariencia metálica. Este cable puede soportar una temperatura tres veces superior a la que soportan los filamentos hialinos de vidrio y un peso cinco veces superior. La estructura de cada uno de los filamentos metálicos, vista con lentes de aumento o bajo un microscopio, se parece en mucho al de un cabello sólo que mucho más grueso y está compuesta por diminutas escamas metálicas.

Y hay una diferencia muy importante entre los cartuchos de cuerdas hialinas y las de metal, aquellas pueden dispararse varias decenas de veces, estas escasamente menos de una decena.

—Te entendí... Atenea. En este momento estoy disparando otras cuerdas... para sujetarnos mejor. Debes saber que la lava cae con intermitencia después de un verdadero alud...

—El alud, fue todo lo acumulado de encima de la trampa —dice la joven y luego de uno segundos de silencio añade—: Ahora estoy atando otra cuerda de alambre que colgará en medio de aquellas atadas a las dos serpientes. Por él podrán trepar... les diré el momento, pues en este momento se desprende una pequeña avalancha —se sucede otro silencio y luego—: ¡Ahora!

—¡Ya vemos la cuerda! ¡Magnífico linda! ¡Ahí vamos, la cogemos!

Se está acumulando una gran cantidad de lava en la hondonada contigua a la trampa y puede desbordarse en cualquier momento llevando

una avalancha sin fin. De ese último intento depende la vida de los dos hombres.

Perseo es el primero en coger la cuerda colgante y trepa, los incidentes anteriores en que estuvo a punto de perder la vida lo han agotado y sube con dificultad. Ve a la joven atenta a sus movimientos.

—Atenea —pide él—, suelta otra cuerda para nuestro amigo.

—El cartucho de mi arma para alambre está vacío...

—Lo suponía...

En todo el trayecto de la gruta lo han utilizado en múltiples oportunidades. Al mismo Perseo le quedan muy pocos disparos. Esus también ya trepa por la cuerda, el susurro alarmante de toneladas de material incandescente a punto de despeñarse de allá arriba atizan su serenidad; una criatura común enloquecería de impaciencia y pánico.

—Tranquilos. Ambos, tranquilos —susurra la chica mirando aprensivamente la acumulación de lava que en cualquier momento puede resbalar y atrapar a sus amigos—. Todo está saliendo bien.

En efecto. Perseo al superar el nivel del piso sobre el que se encuentra la trampa, observa su entorno y se llena de espanto cuando nota la terrible maza que se cierne sobre ellos. La adrenalina lo hace saltar como a un arácnido y rápidamente alcanza los alambres horizontales. En el momento en que Esus también se pone a salvo, precisamente en ese momento, se derrumba la lava y desaparece en un espeso y gorgoteante remolino. Luego ambos hombres alcanzan a la beldad que los espera en un lugar seguro. El esfuerzo, para Perseo ha sido sobrehumano, y se derrumba agotado. Para Esus, el esfuerzo ha sido enorme, pero no agotador y estuvo apoyando en todo momento a su nuevo amigo y le pareció loable la férrea decisión de aquél de llegar hasta el final pese a considerarlo insuperable.

No hay tiempo de perder. Es necesario alejarse de esos terrenos surcado por incandescentes heridas y de supurantes olores tóxicos. Deben alcanzar la zona de los restos paleolíticos, donde, consideran, hay menos peligro. Una vez allí, no pueden dejar de sentir confusas sensaciones por el pequeño conífero fósil, roto y aplastado por toneladas de piedra y tierra.

La naturaleza crea; la naturaleza destruye: Un adagio que parece provenir del fuego. ¿No? ¿Entonces de donde proviene?

Una réplica subterránea trae un macizo de varios millones de toneladas del techo estrellándola contra el suelo. Es tan potente el movimiento y viene acompañado con un sonido ronco de destrucción... Unos minutos atrás, las serpientes *waugal* semejabán a dos insignificantes

gusanillos nadando en un enorme perol de fuego; ahora luego de golpeadas ambas, con tanta saña, se pulverizan antes de ser aplastadas. ¡La gruta ha sido sellada en esa parte!

La zona de los fósiles aún se mantiene intacta... casi intacta, si no fuera por los esporádicos y aislados derrumbes que caen y destruyen algunas osamentas de piedra. Algunos minutos más tarde, en esos terrenos surgen grietas amenazadoras.

Ante las miradas invisibles de las criaturas del fuego, los tres humanos se esfuerzan por llegar al hirviente lago. Deben cruzarlo con premura; ellas, las criaturas síquicas del fuego, aparentemente neutrales sin intervenir a favor o en contra, constituyen un eficaz estímulo para la intuición. “Sus efectos han aterrado desde siempre”, se dice Esus. “Sus efectos se pueden controlar cuando pequeños, pero una vez crecidos se hace cada vez más difícil controlarlos... La naturaleza del fuego está en esas criaturas, controlándolas se controla el fuego: es necesario el corazón correcto y la palabra correcta... El fuego de las entrañas planetarias puede ser apagado con el corazón y la palabra correcta...”

La vereda que cruza el lago de orilla a orilla, está igual que cuando la dejaron la última vez Atenea y Perseo. Eso alivia la preocupación de ambos aludidos que temían demorarse buscando una nueva manera de elevarlo del fondo. La amazona es la primera en utilizar la vereda, seguida por Perseo y más atrás por el imperturbable Esus. Un nuevo movimiento de tierra, los derriba y zarandea; se imaginan como a simples insectos sacudidos dentro de un tubo de ensayo por una colosal mano de rapazuelo. En el efervescente lago, como resultado de esa desbordante exhibición de fuerza, se forma una marejada que erosiona en un segundo toda una playa arenosa y la convierte en un confuso rimero de grandes peñones, agua y lodo. La enorme ola también ha golpeado contra una losa de cientos de toneladas de peso que yacía semisumergida en el agua y la ha levantado como a una pluma, luego la estrella contra los paredones de la gruta. La losa explota con el sonido de mil explosiones, echa chispas y fragmentándose va a caer nuevamente dentro de las termales aguas. ¡El lago se ha convertido en un dantesco revoltijo irreconocible de agua, roca y lodo! Viene algo más, incluyéndose a los terribles acontecimientos: ¡Uno de los paredones de la gruta se ha cuarteado y dispara ascuas rojizas, semejantes a aquellas cuando se esmerila el acero pero muchísimo más grandes, contra el remanso aún intranquilo!

Para los ojos de un poeta celeste, si tuviera la oportunidad de estar observando la gruta cómodamente aislado de los efectos telúricos,

esas ascuas se convertirían en meteoritos, surgiendo del caos en un día primitivo de millones de años atrás y cayendo en las aguas hirvientes y espermáticas de un océano enigmático. Crearía mil versos de candente pirotecnia. Afirmaría que con los meteoritos surgen también calurosas nubes rojizas y candente niebla blanquecina que poco a poco cubren el mar que ninguna memoria recuerda. El cielo es estéril, luego venenoso y empeora... En cambio, anteponiéndose a aquél vate, surgen unos susurros queditos, humildes y delicados provenientes inteligentemente de lo desconocido y hacen evidente estos versos:

*La plántula germina
de entre las cenizas de ayer;
suspira, susurra, anhela.
¡Sí!, como el Fénix, por una vida mejor,
en una nueva oportunidad.
Eso para un dios ubicuo
es una delicia.
Mayor delicia hubiera si
ese germen fuera suyo,
de dentro de sí.*

La tierra sigue temblando. El camino del lago ha sido destrozado, partido en varias mitades por la colosal zaranda y los chicotazos de agua y roca. Nada humano pudo soportar semejante percance. Ni con un milagro pudieron salvarlo. ¿Entonces la vida de los tres osados humanos se ha extinguido?

Antes de suceder la marejada y estando a mitad del lago, Esus de manera enérgica pidió a sus amigos que corrieran con todas sus fuerzas: “¡Abandonemos el lago! ¡Sólo tenemos medio minuto, viene un nuevo temblor de tierra! ¡Uno peor...!” Y se lanzaron en una veloz carrera; tuvieron el tiempo suficiente como para alcanzar la orilla y adelantar algunos pasos más allá del monolito de los brazos cruzados, cuando fueron derribados por una colosal manaza. Los cientos de miles de metros cúbicos rugieron con la fuerza de un huracán desbocado allá atrás y arrancaron de su base el camino del lago inutilizándolo por completo; la lengua de agua cubrió el monolito, lo desgajo de raíz, y estuvo muy cerca de alcanzar a los dos hombres y la chica con su letal efervescencia.

Todo el líquido que ha alcanzado terreno seco se evapora de inmediato y aquello que se empozó hirviendo desaparece en pocos minutos.

En el ambiente surgen nuevos susurros... Susurros desconocidos... Susurros queditos. Susurros delicados.

Susurros de seres tenues. De seres síquicos, ausentes en otros puntos de la gruta y que observan las escenas de los tres humanos contra los elementos. Son seres tan puros y tan sutiles, que los sentidos humanos, fueren físicos o síquicos, no podrían detectarlos; un humano al lado se esos seres no sería más que un escarabajo y si este quisiera conceptuarlos no tendría otras opciones que los de un escarabajo, simplemente no puede. Ellos saben que la vida humana se desenvuelve en reducidos límites, dentro de una pequeña “caja” de nacimiento y muerte, obedientes a los estímulos que les brinda la naturaleza, nada permanente sale de estos; han visto surgir a los humanos como espora hace miles de millones de años mucho antes que surgiera el planeta en el que vivirían. Los han visto transformarse poco a poco en otros millones de años, gracias a los dictados naturales, en criaturas complejas, hasta lograr la forma humana y desde aquí sin nada especial, han retornado a la espora primaria involucionando lentamente; es la metamorfosis de la vida, lo dictado por el creador, de lo simple a lo complejo y de lo complejo a lo simple. Explicándolo de una manera más compleja se afirmarían que ellos han visto surgir de una matriz omnimoda a todo humano actual como simple protozooario dotado de una chispa de conciencia diminuta, luego el protozooario se ha puesto a vegetar para convertirse en criatura pluricelular, y le ha tocado tomar cuerpos inferiores para llegar al estado animal y de allí irrumpir más tarde como humano. De aquí “de la cumbre de la creación” ha desandado todo el camino recorrido durante millones de años en otros tantos años; toda su historia no tiene la trascendencia mayor que la de un insecto... Pero hay algo, que también han podido notar, de algún humano rebelde que gracias a un trabajo fenomenal ha desoído la metamorfosis y ha ganado características muy especiales. Conoce de aquél humano que habiendo luchado contra la naturaleza suya y de su entorno que le pedía imperiosamente involucionar, se ha conocido íntimamente, ha ganado virtudes que le han permitido dar un prodigioso salto a un estado de vida superior, al de una dimensión superior y la trascendencia de insecto ya no le alcanza. Aquél ha creado unos cuerpos permanentes que le permitirá soportar, incluso, la destrucción del Universo cuando este decida descansar en una nueva noche cósmica.

Esos seres sutiles, tienen la certeza, de que están presenciando esos rudimentos de rebeldía humana en la gruta. Las tres personas que huyen de la calcinación y de los derrumbes los poseen. La titánica lucha

de los humanos contra sus propias limitaciones exteriorizadas los llena de admiración.

A sabiendas o sin saberlo, en lo antiguo, las destruidas serpientes y la pirámide del *Lábaro*, fueron construidas justo encima donde convergen dos placas continentales. Las enormes presiones acumuladas durante años en el borde de ambas placas han causado roturas, desgarramientos y desplazamientos en tiempos pasados, pero ninguno ha alcanzado la magnitud del terremoto actual y de sus incontables réplicas.

Las profundas roturas resientes se han abierto hasta por encima de la capa de hielo polar, y escapan del interior de la tierra formidables cantidades de ardiente lava, de cenizas y de gases que oscurecen el limpio y frío cielo antártico.

Antes del terremoto, que por poco acaba con la vida de Atenea, Esus y Perseo, el hielo brillaba de blancura y pureza sobre esa parte del continente helado. Luego vino una persistente vibración que se continuó con una potente explosión, como el de 20 megatones, que expulsó por los cielos una capa de hielo de 30 metros de grosor y parte del fondo rocoso. En ese lugar quedó un hoyo de 3 kilómetros de diámetro y una profundidad de 200 metros que rápidamente se llenó de rojiza lava. La ingente cantidad de ceniza eruptiva, las interminables bombas y lava acumulada está dando lugar a un cono volcánico. El incandescente material líquido romperá en pocas horas el precario cono primitivo que lo alberga, rebasará y se escurrirá ladera abajo; está previsto que derretirá y sublimará las gruesas capas de hielo de las cercanías...

En el subsuelo, Esus y sus dos amigos han escapado milagrosamente de esa congestión abrumadora de percances. Muchos kilómetros de gruta han desaparecido en la dirección norte del reciente volcán, anegada por ingentes cantidades de lava y escombros; si no fuera por el macizo que se hundiera en el lugar de las dos serpientes de piedra y conformara un formidable tapón contra el poderoso ímpetu de las entrañas de la tierra, otra sería la suerte de la parte sur y nada humano podría resistirlo. La gruta ha quedado dividida para siempre, cortada presumiblemente de la mitad.

Luego de un prolongado y excesivo esfuerzo, los dos hombres y la bella amazona, descansan en los inicios de la región fangosa. Aquí nada ha cambiado, por lo que se ve.

Atenea rompe el silencio, luego de un largo tiempo de estar reponiendo energías:

—Perseo —pregunta perspicaz—. Me parece que tienes una duda. ¿Es verdad? Lo noto en tu semblante.

El aludido, teclea en los mandos de su vestimenta. Comprueba su funcionamiento antes de responder:

—Sí. Es verdad...

Hace una pausa. Luego de una breve introspección, relata en pocas palabras lo sucedido en la pirámide:

—...Y no me explico por qué me repelió esa luz.

—Es posible que la causa haya sido el traje —observa la amazona—. Esus sin un traje especial pudo introducirse sin dificultad...

—Tú también tenías un traje idéntico y no fuiste repelida.

—Tienes razón. ¿Cómo explicarlo?

—¿Tal vez porque ingresaste antes que se iniciase la luz?

—Podría ser.

Ambos miran a Esus: *¿Y tú, por qué no fuiste repelido?*

Este guarda sus respuestas, con su mutismo es imposible saber nada. Por momentos hace evidente sus íntimos cogitares como el que viene enseguida, traducido por su varonil voz:

—Unos siniestros ojillos nos observan —dice con calma—. Sin duda puedo decir que sus dominios abarcan toda esa región de lloviznas y de cieno.

—Y no te equivocas —arguye Atenea—. Ese ente, o como se llame, es peligroso. Hemos comprobado su poder en la ocasión anterior que pasamos por aquí. Y obviamente, esa vez, dosificó su poder violento, probándonos; no la utilizó toda.

—Sus ojillos son intensos. Nos observan fijamente desde el primer momento; no pierde detalle de nuestros movimientos. Ahora... también sabe que nosotros notamos su ubicua presencia, y emite algo parecido a una sinuosa sonrisa de complaciente espera...

Perseo se pregunta, en su fuero interno, con una pizca de duda, si encontrarán la manera de vencer a ese monstruo síquico. “¡Esta vez no será tan benigno con nosotros! De eso estoy seguro.” Y quizá, penetrando un poco más adentro de sus mientes, uno pueda encontrar el nacimiento de una secreta decisión: “¡Sin un sacrificio... humano, será imposible cruzar!... Es necesario un sacrificio.”

Los seres puros, no han perdido detalle. Cada suceso es exquisito para sus sutiles gustos. Los éxtasis suyos crecen hasta un pináculo indeterminado cuando el más joven de los humanos, ya poseedor de un cuerpo sutil... muy especial... flota sobre su anatomía física; así etéreo y fluido se

adentra en el mundo de fango. Allí en el corazón de ese mundo encuentra una ermita construida con antiguos ladrillos: una típica construcción semejante a la Caldea de miles de años atrás, pero mucho, mucho, más antigua, abundan a semejanza de aquella los caracteres cuneiformes y las hay por todas partes impresa encima de la terracota. Una nube vaporosa y rojiza, como la de un extraño amanecer, soporta como una alfombra al templete de ladrillo. Un adobe cocido, obviamente, sobrante de la construcción, tirada a la deriva y abandonada, lleva una inscripción que de cerca y traducida apunta una soecidad difamando al sexo y a los órganos sexuales.

Sanguinolentos vapores y hedor de almizcle descompuesto, se escurren del templete por las rendijas de una gruesa puerta de madera y remachada por enormes clavos con placas de hierro viejo. La puerta se abre sin ruido. No hay nadie tras de ella; y en vez de un breve compartimiento, como aparentemente guarda, se abre un vasto escenario rural de la antigüedad. Una bruma rojiza bordea el entorno. De lo lejos, dentro de esa humareda rojiza, surge un ruido parecido al de un galope, acercándose. Luego, siempre cubierto por ese sudario rojo, alguien se apea y camina acercándose con retumbantes pasos. Pronto, frente a Esus y tras el dintel del portón, surge un antiguo guerrero “sumerio”; vigoroso, con el casco y la armadura brillándole como espejos. Todo, en el “sumerio”, indica majestad y poder. Sus armas, una pesada espada y un enorme arco con flechas, le suman un aspecto temible. Se llega hasta Esus y con un severo gesto, cercano al místico y a la caballerosidad, lo saluda. El cuerpo sutil del joven ahora se ha vestido con una ligera túnica alba.

Hay algo en ellos... que hace presumir que se conocen desde antes. En realidad se esfuerzan por reconocerse. Los presentimientos tiemblan en ambos, oscilan buscando un punto de apoyo donde debe empezar la exactitud. No hablan: las palabras los identificaría, ellos lo saben así, la sonoridad de la voz con tan sólo una vocal o una sílaba y sus efluvios síquicos expuestos descubriría a cualquiera de los dos. ¿Para ellos es tan importante mantenerse en el anonimato? No, por lo visto, al guerrero “sumerio” esto no le preocupa, por el contrario según sea juzgada su voz le indicará la perspicacia, conocimiento y objetividad del visitante, y se expresa:

—Cosas importantes te han traído por estos alejados parajes... de la vida. A mí... y a mí honesta morada. ¿Me equivoco?

Y viene la respuesta de Esus, con el timbre de la sinceridad:

—Está en lo cierto.

—¿Nada más me va a decir?

No hay más respuesta que el silencio y eso también es sincero. Esus no necesita de un silencio forzado, la sabiduría trae un silencio natural.

El “sumerio” analiza ese silencio. Para sus sentidos sagaces, ese silencio tiene significado tan evidente, como el de los sonidos articulados que expresan ideas. Ahora duda si es exacto al deducir ese mutismo: *¿Qué tiene esa sinceridad que acumula misterios desconocidos?*

—Bien —dice—. Será un privilegio, para mí, que pases al interior de mi morada. Así podrás, con calma y arrellenado en un buen asiento, ver, escuchar y hartarte sobre mi historia. Me conocerás debidamente. Es necesario que contemples los frutos de mi honestidad, nada más importante para mí.

Esas palabras están adornadas con una delicada genuflexión.

—Adelante, le repito que será un honor para mí.

Junto con los sanguinolentos vapores brotando por el portón, otros humores surgen y tratan de indicar que allí adentro existen tesoros que vale la pena conocerlos. La tentación es irresistible.

Esa tentación no mella al joven, pero él sabe, que si debe conocer íntimamente a aquél personaje tiene que aceptar la invitación que se le ofrece y musita:

—Acepto.

Dentro de la covacha el concepto de dimensión tiene otro significado. Allí adentro el espacio se multiplica de manera incontrolable abarcando toda la geografía de un continente entero. De entre los hechos cotidianos de ese continente, el “sumerio” escoge, para mostrarle al joven, todo un escenario de guerra.

En una extensa sabana sembrada de gramíneas y en la que sobresalen dos peñones cenicientos, alejado uno del otro por varios kilómetros de distancia, combaten dos ejércitos. Las características huestes “sumerias” con sus adornadas armaduras y sus pesadas espadas de bronce carbonado, combaten contra un disciplinado conjunto de belicosos nómades a camello. La lucha es sangrienta, las bajas de ambos lados se cuentan por millares. Los gritos de guerra, el sonido de caracolas y tambores, el golpe de las lanzas y los escudos, el zumbido de las saetas y el roce metálico de las espadas, tienen la partitura de un concierto infernal. En el aire, por encima de la carnicería un siniestro tufillo magnético flota estimulando el odio y la crueldad de cada uno de los participantes; nadie puede evitar estos horrendos vapores sexuales descompuestos, pútridos, miasmas de bajo vientre.

Los hechos se suceden de manera onírica, muchos de ellos aparentemente inconexos unos de otros. Por ejemplo, mientras que dos hombres semidesnudos disparan flechas a un conjunto de jóvenes “asirios” y cubiertos de armadura, muy cerca dos generales de bandos opuestos con un tonel de licor y sendos vasos de cuerno en la mesa juegan con una baraja antigua. En otro episodio unos hombres “sumerios” empujan un ariete para derribar una muralla, mientras sus compañeros los cubren con una andanada de flechas, los nómades en vez de defenderse se dedican a corretear detrás de mujeres. También unos oficiales “sumerios” y sus similares nómades arrojan alternativamente dos dados con mala gana. Y hay empalados cerca a un hato de cerdos en su chiquero y unas damiselas con sus ropas de seda caminando hacia los cerdos.

La gramínea aplastada, el polvo levantado y los efluvios de la sangre derramada, son el resultado de apuradas pinceladas. Los rústicos trazos tratan de imitar una genialidad que no consigue en lo mínimo. El cielo con unos matices de celeste utilizados ayer, no frescos, supura escondidas monstruosidades, fáciles de ser detectadas por una intuición bien desarrollada. El sol, sin gloria natural, parece adelantarse o atrasarse a las horas según convenga; ofrece su claridad a los soldados consentidos y les niega a los que aborrece. Da calor al más fiero y le quita al sosegado. Es el caos.

Un efluvio perdido, un suspiro que debió ser aplastado por el he-
dor de la sangre derramada, se ha puesto a salvo y a escondidas musita:

El caos impera.

El caos es la razón de ser de este mundo.

El caos es el dios.

El caos rota, es una rueda permanente

El caos tiene hijos...

Y, en medio del caos, Esus y su anfitrión, posados sobre uno de los peñones, contemplan los tristes episodios. El peñón es un otero muy especial, puede acercarse a la escena más interesante y alejarse de la misma manera para elegir otra a gusto.

—Lo estás comprobando —dice el de la lustrosa armadura con severidad—. En esto no hay maldad. Sólo nos defendemos.

Sí, sólo se defienden, conquistando pueblos antes que aquellos los conquisten a ellos, se les adelantan. Llaman prevención a los resultados del miedo.

—Somos muy humanos —continúa, tratando de convencerse a sí mismo—. Todo lo hacemos por nuestro bienestar.

¿Y el bienestar de otros? Es necesario pisotearlos con anticipación.

—Nuestro poderío es disuasivo.

Magnífica excusa. El miedo siempre ha utilizado esa disculpa y se ha aliado con el odio.

—Nuestras artes guerreras sirven para que otros aprovechen de ellas. Sirven para que otros aprendan y se defiendan.

Sin duda y también esclavicen. Nadie puede encadenar a otros sin que se encadene a sí mismo en el otro extremo de la misma cadena.

—¿Qué sería del mundo si no supieran guerrear? Un caos absoluto. No habría reinos ni reyes. No existiría el progreso. La monotonía lo invadiría todo. Nada aderezaría cada acción... en lo que sea.

Más excusas... vacías.

—La paz se logra armándose. Si somos fuertes, nadie se atreve a retarnos...

La paz nunca vendrá acompañada del miedo...

Esus, en silencio contempla a un soldado niño, adolescente. Aterrado por la matanza ha dejado sus armas, corriendo ha salido del campo de batalla y trata de esconderse en unas oquedades seguras. El anfitrión de Esus se llena de disimulada cólera y sin darse cuenta deja fluir los hedores que fácilmente identifican a sus pensamientos y a sus sensaciones: “¡Esto es imperdonable! ¡No lo puedo tolerar!... ¡Eres mi esclavo, y sin embargo me desobedeces... debo destruirte, te lo mereces...! ¡Ya eres la enfermedad, el virus que destruiría todo el mundo mío, destruirías mi obra maestra, mi genialidad, no lo puedo tolerar!... ¡Ya eres uno, mañana pueden ser dos, pasado mañana mil... no lo puedo permitir!”. Y le lanza al mozalbete, de la forma más brutal, una luz rojiza de tinte virulento que le sale del bajo vientre: “¡Muere!” Es indefinible su gesto de rabia, grita dentro de sí: “¡Desaparece! ¡Debes de sufrir, debes de agonizar con todos los sufrimientos conocidos antes de esfumarte!” El niño, ya dentro de la oquedad protectora, recibe toda la fuerza destructora de esa luz sin acusar ningún cambio. “¡No puedo creerlo!”: braman los pensamientos hediondos. “¡Nada puede escapar de mis designios! ¡Mis mandatos se realizan de inmediato!...” Y su sinuoso razonamiento le hace deducir que quién impide la eliminación del mozuelo, rodeándolo con una sutil aureola, es nada menos que su invitado. ¡Debe destruir a este, vaya impropio en su propia casa!

Sí, destruirlo, pero de la forma más dolorosa y para ello utiliza toda la fuerza ludibriosa que le nace de bajo del vientre. Rodea a Esus con esa nauseabunda luz rojiza de bajo del vientre suyo. Esa luz debe introducirlo en una pesadilla infrasexual; es importante, primero, intoxicarle el sexo, luego por añadidura el cerebro y el corazón. La fortaleza del joven es impresionante, pero algo indefinible dice o indica que él está siendo arrastrado poco a poco, de manera imperceptible, a un inframundo de dolor; él lo nota pero el sopor se adueña de sí.

Esa luz descompuesta, trae todo el infierno y es descargada con insistencia. Esus, casi sonambólico, en una fracción infinitesimal puede ver delante de él, de cómo se le acerca una sinuosa forma de arácnido con aspecto de escorpión. Siniestro, el bicho lleva lo peor de las intenciones; su aspecto esquizofrénico arrastra indecible maldad; sus candentes quelíceros están dispuestos para morderlo, producen pavor. “¡No! ¡No!... ¡No!”; Esus impotente, dopado por esa pereza infinita no encuentra que hacer, por primera vez en toda su presente vida se encuentra imposibilitado. ¿Así es el terror, que coge de uno de manera tan cruel?... El monstruo lo coge con dos de sus horribles aditamentos con aspecto de pinzas y con una actitud de infernal depredador está por ultimarle.

—¡Es el fin! —gime el joven.

El estado hipnótico en que se encuentra, no le permite otra disyuntiva. Embotadas todas sus facultades concientes está indefenso como ninguna otra criatura lo ha estado. Pasivamente cierra sus ojos resignado... Es un momento atroz. Pero en ese preciso instante oye una voz:

—¡Esus!

Voz que reconoce como de Atenea. Tiene el timbre de la salvación. ¿Una simple voz? Simple no, por los resultados que vienen enseguida. Permite que Esus se recupere inmediatamente. Sin pérdida de tiempo rompe con la pesadilla, haciéndola desaparecer. Con la pesadilla también se esfuman los ejércitos y el permanente guerrear y por consiguiente toda la covacha de antiguos ladrillos.

Para el “sumerio” es terrible, sumamente traumática la desaparición de su imperio... que realmente se encontraban en el interior de Esus; aquél sólo exteriorizó lo que este guardaba bien escondido en su interior. Segundos antes, satisfecho contemplaba lleno de mordaz gloria a su víctima, ahora en los principios de la humillación retrocede desconfiado. Algo más, su marcial porte ha ganado mayor corpulencia y unas repulsivas cerdas arácnidas le crecen en largo y abundancia convirtiéndole en una especie de torvo antropoide. ¡Inimaginable aspecto! La resplandeciente

armadura le queda chica y el casco se ha convertido en un pequeño adorno en la ahora descomunal cabeza hirsuta.

El antropoide flota etérico en el ambiente síquico del fango, su entorno se ha transformado, ha ganado un aspecto luctuoso de sombras y colores esquizofrénicos. Su rival contempla con su acostumbrada tranquilidad empeorar de instante en instante al detestable aspecto onírico del ambiente.

El monstruo coge una pesada espada y ataca envolviendo al joven en un torbellino de violencia. Para Atenea, esas acciones en los dominios de barro, no han pasado inadvertidas, su agradable perfume magnético de mujer indica que los sigue con el mayor interés.

Aquél ente infrahumano, no contento con todos sus repelidos argumentos de espadachín, le escupe a su rival un líquido correoso. Esus ha tenido que ser muy ágil para evitar ese vómito y lo ve caer sobre el cieno en la dimensión sutil.

Perseo, al borde del mundo de fango, se sorprende cuando a poca distancia suya el cieno arde epilépticamente sin una razón explicable. ¡Sorprendente, ese sutil líquido síquico expelido por el monstruoso “sumerio”, tiene misteriosos efecto sobre lo físico!: ¡consume la materia de una manera poco agradable y levanta una venenosa humareda! Un hervor sulfúrico calcina una porción de 100 metros cuadrados; todo lo orgánico alcanzado allí es consumido, lo inorgánico tampoco queda bien librado. Hay sollozos inaudibles de agonía química. Perseo está convencido que allí adentro donde sus ojos no pueden ver una feroz batalla deja caer esos rípidos corrosivos y un temor subconsciente lo intranquiliza.

Al simio le han brotado otros brazos, se asemeja a un repugnante insecto. Entonces en ambas manos de Esus surge una brillante espada y con un rápido movimiento le cercena el sucio brazo armado. El rugido del monstruo no es de dolor, es una conmoción llena de orgullo y de rabia; de la herida, que poca importancia le presta, le ha brotado un chorro humeante.

Ese chorro, ha caído sobre una buena parte del lodazal, levantando grandes llamaradas. Esus, da un vertiginoso brinco y sin permitirle reaccionar a la bestia le descarga un tremendo golpe. Lo parte en dos, por la cintura. El torso, del horrendo corpachón seccionado, sin permitirse caer se esfuerza por mantenerse unido a la parte donde se mantienen sus órganos sexuales, con los cuales podría regenerarse; su cerebro sin el sexo no le sirve de nada; finalmente ya inútil cae, consumiéndose en sus propios ácidos. La otra parte, de la cintura para abajo, permanece erguida por un

momento haciendo un titánico esfuerzo por regenerar la parte perdida, el sexo sin el cerebro tampoco sirve; pero quizá lo hubiera logrado, si otros espadaños no lo reducen a despojos.

¡Arde el fangal en toda su extensión! Envenena el aire con sinuosos humos. En lo síquico, todos los elementos que constituyeron esos dominios, acaban desintegrándose, limpiándose. Resuenan horribles alaridos, perceptibles fuera de lo síquico.

La tierra tiembla.

Más tarde toda la extensión que ocupaba el fangal queda reducida a un erial endurecido como la cerámica vitrificada...

La tierra continúa temblando.

CAPITULO XII

LA ANTIGUA LARVA

Olvido... Un mundo inlocalizable.

Olvido... una inmensidad sin límites, provista de sombras perpetuas, permite que la vida sea un tormento.

Olvido... una ley irrefutable que lo rige todo y su instinto enloquecedor es instilado torvamente en todo lo creado. Nada puede disiparlo, en todo caso se incrementa apuradamente.

Olvido... una circunstancia, de esas que no se sabe si tuvieron origen ni se vislumbran un final. Sólo está ahí. Está ahí, torturando; indecible agonía...

Olvido... esa locura que nadie conoce, pero estando uno dentro la ignora como tal...

Dentro de esas profundas sombras de olvido, surge un chispazo de luz, tan diminuto como lo más pequeño que existe, pero sus efectos enormes tienen la consistencia de un relámpago y disipa las sombras en un amplio radio. Ese relámpago, traducido en palabras ordinarias tiene un timbre femenino:

—Esus ¿Estas bien?

En la dimensión del olvido, algo con vida... ¿Vida? ¿Es que puede tener vida una *sombra*, dentro de otras sombras prominentes, sufriendo una indecible agonía que no se acaba nunca?

—¿Esus?

La *sombra* sufriendo, parece identificar ese nombre y quizá aferrarsele como a algo suyo.

Otro relámpago:

—Esus ¿Me oyes?

Disipadas las sombras, el aludido comprende que ha salido de una brutal pesadilla. Ha dejado unas vivencias que nunca las había tenido antes. Está compungido lo que seguramente le sorprende... Una vez que su inmutabilidad vuelve, analiza esos desastrosos momentos a los cuales cualquiera, sea persona u otra entidad egoica o no, pudo acceder a su interior;

estuvo tan inerme. Y lo que enseguida se propone a realizar sólo Atenea con sus facultades especiales puede conocerlas sin perder detalle:

“¿Qué ha sucedido que me he sentido desconocido y perdido?...”, se dice Esus. “La reflexión me permite llegar a una conclusión: aún persisten en mí, remanentes infrahumanos. Uno de esos defectos psicológicos de mi interior ha permitido que ese guerrero salaz, en su mundo de cieno, pueda hipnotizarme tan descarada y fácilmente y llevarme involuntariamente por un sendero de tenaz ilusión.

”¡Es horrible convivir, pululando como larva entre otras larvas, dentro de una locura! ¡En esas miasmas toda vez involutiva se concentra y vive en un permanente conflicto!... ¡Nada se escapa del mal olor que embarga esa región de olvido! ¡Hedor idéntico al que emana de cada una de esas criaturas que allí viven y de sus pútridos órganos sexuales!

”¡El abismo! ¡Allí está el abismo: en mi interior! Y tengo que volver allí. Tengo que bajar hasta esas regiones espantosas, esta vez voluntariamente y no hipnotizado. Debo conocer la exacta naturaleza de esa, o esas, imperfección mía”

¡El abismo!... se encuentra en las 49 regiones de la mente. Y Esus se propone realizar un experimento que le permitirá tener acceso a esas recónditas regiones aún inexploradas de sí mismo. Sabe que no puede perder ni un minuto, ni un segundo más, y posterga la mirada de Perseo que exige marchar sin perder tiempo. Lo suyo es más urgente que la vida misma; esa debilidad, en el futuro, sería su perdición. Deja reposar su cuerpo en el duro piso que ha escogido para el momento, no muy lejos del fango convertido en cerámica. Su poderosa imaginación, trae enseguida, una límpida luz blanca y lo dirige a sus pies. Esa luz, sin encontrar barreras de ninguna índole, penetra hasta lo más recóndito de las células suyas, higienizándolas con su intensa pureza. De los pies, la luz se difunde suave y paulatinamente por los tobillos, las pantorrillas, en algunos minutos más alcanza los muslos, luego el bajo vientre, el torso... y finalmente cuando abarca todo su vigoroso cuerpo, lo sume en un profundo descanso.

Esus ya provisto de una lucidez maravillosa, no tiene ningún inconveniente de penetrar muy dentro de sí mismo; su entrenada persistencia le hace alcanzar los sutiles parajes de su propia mente. Un raudo viaje por regiones sin distancia, ni tiempo; por regiones donde lo honesto jamás podrá extraviarse ni confundirse. Transita por terrenos paradisiacos. Allí, rodeado de tesoros naturales sutiles y de una atmósfera trascendente, tiene que buscar con la mayor sutileza una entrada que lo conduzca a los submundos suyos.

En la búsqueda, llega hasta un milenario árbol, cuya frondosa copa, sus gruesas ramas y su corpulento tronco, están sostenidas por unas profundas raíces. Esas raíces añosas esconden la entrada de una cueva. Ambas, raíces y cueva, anuncian con unos hálitos intuitivos que sus longitudes abarcan hasta la misma sima del mundo.

Dentro de la cueva, Esus, ha encontrado unas sombras enigmáticas, un dosel susurrante de terribles advertencias que sugieren el retroceso. Estas han ido desapareciendo paulatinamente a medida que en el piso y en la bóveda, las rocas, los guijarros y la arena son remplazadas por piedras preciosas. La luz brota de estas, inagotable. Cada brillante es una diminuta lámpara; da espléndida claridad, acompañada por una suave sinfonía perfumada. Un leve sendero aún sin hollar resbala abruptamente por uno de los costados de un peñón de cuarzo esmeraldino y acaba en una enorme ensanchación de la cueva al borde de una pequeña laguna.

Bellezas incomparables rodean al minúsculo lago. Joyas, muy antiguas, esculpidas para soberanos y dioses. Un pastor de zafiro apacenta doce ovejas de diamante celeste sobre un pedestal de aguamarina inmerso en el agua. Un niño de purísimo rubí oriental, sostiene en sus manos, con el inmenso poder que le da la inocencia, un peligroso pero vencido ofidio de cornalina sanguínea; los pequeños y regordetes pies infantiles se sostienen en una de las caras de una pirámide de oro puro. Una gorgona de amatista, con el púrpura más intenso conocido, yace descabezada a los pies de un atlético efebo de topacio solar; la gorgona extiende sus sinuosos cabellos con forma de venenosas serpientes hasta el regazo desnudo de una bella doncella de suave amatista, la despreocupación de esta se debe a la cercanía de su salvador... Casi inadvertido, al nivel del piso, un negro escarabajo arrancado de una roca del más oscuro zafiro, lleva en sus patas traseras una descomunal perla... de lapislázuli negro. Todas estas joyas son de tamaño natural.

De aguamarina sublimada, de granate oscuro, de circón pálido, de zafiro atmosférico, de alexandrita encendida, de jaspe púrpura, de ágata sardónica, de amatista vespertina, de coral, y de muchas otras piedras preciosas, hay sutiles metáforas también de tamaño natural.

Algunas raíces del gran árbol de la superficie llegan hasta esas profundidades inmedibles exudando hálitos misteriosos y sueltan por sus estomas algunas gotas que se amontonan en el piso como un rocío inexpressable. Las gotas se semejan a grandes bayas de cristal líquido, o se podría afirmar que tienen el aspecto reconocible de carnosas frutas incoloras. ¿Quién las ha gustado? ¿Acaso esas frutas son dulces... o amar-

gas? ¿Qué enigmática sensación viniendo de ellas incita a probarlas? ¡No! ¡No, por favor alejaos a tiempo! ¡Sois irresistibles pero no os conozco!

Una escalinata, esculpida en el extremo más delgado de una roca de diamante en bruto, se sumerge dentro del lago, posiblemente lleve a las profundidades. En breve, Esus, ha puesto sus pies sobre la escalinata y antes de descender, como lo tiene previsto, se ha detenido para observar maravillado el centellear de diminutos puntos en el corazón de la roca de diamante. ¡Le arranca una exclamación mayúscula al caer en la cuenta de que esos puntos en conjunto son la evocación en miniatura de toda una galaxia sumida en una eutaxia estelar! La intuición identifica en esa porción de minúsculo espacio estelar a la Vía Láctea en un tiempo muy antiguo, de hace millones de años atrás. Eran tiempos en que el sistema estelar llamado solar, estaba inmerso en una primavera cósmica, en el *Satya Yuga* y sus gloriosas radiaciones perfumaban el espacio circundante. Cada planeta era un edén, los dioses o ángeles o seres puros, como bien parecía, la habitaban. Era una residencia placentera, el solaz en un arduo camino.

Los escalones descienden lentamente hasta alcanzar el lecho del lago, en esa parte a 90 metros de profundidad. El agua del lago ¡no moja!, Esus lo puede comprobar cuando se ha introducido en ella. ¡Es un fluido denso con aspecto de agua! Brinda las mismas sensaciones de la humedad y se adhiere a la piel como un tenue aceite perfumado; obsequia una tibieza agradable. Todos estos detalles, incluidos la presión aumentada y el esfuerzo por llevar a los pulmones esa sustancia hiperbárica, hace recordar una vida fetal, donde el amor de una madre lo nutre todo.

¿Son criaturas vivas, esas, que desplazándose con transparentes cuerpos filosóficos, odorizan el ambiente “acuático” con esencias que sólo la verdad puede elegir? Cada una de esas criaturas tiene la tenue profusión de la invisibilidad, son un milagro con voluntad propia, se esfuman en el momento en que uno quiere tocarlas o mirarlas fijamente, luego aparecen en otro lugar, lejos de todo acoso. ¿Qué leyes naturales rigen la vida en este remanso?

Luego de los escalones, un sendero inclinado lleva a mayores profundidades. Finalmente, el sendero se acaba... junto a un gigantesco caracol, de 10 metros de alto, esculpido en cuarzo negro. Este macizo de cuarzo negro como las tinieblas con aspecto de molusco gasteropodo, es en realidad una casa. Una luz negra ilumina sus habitaciones viniendo de unas lámparas adosadas en las paredes; la luz fluye con inagotable misterio. Esa luz es una versión contraria de la luz blanca; descompuesta a

través de un prisma apropiado ocuparía todo un espectro desconocido, un espectro negro. Los rayos negros iluminan tenuemente un enorme dado de cristal negro tirado en medio de una espaciosa sala; el dado rota ante el visitante y va a caer sumando un nueve.

A Esus, le importa más lo que guarda otro compartimiento y va para allá sin detenerse junto al dado. En ese aposento la luz invertida alumbra con mayor fuerza. De nada sirven los ojos humanos en el ambiente iluminado por esa luz. Esus, esforzándose enfoca su mirada en unos puntos en forma de bombilla, y la retira inmediatamente: ¡También pueden causar ceguera! ¡Sí, pero como si sorbieran los ojos, queriéndolos arrancar de las cuencas de un tirón! ¡La luz tira de cada átomo físico y síquico hacia sí!

Cuando Esus se acostumbra a esa luz, puede ver, a una ciclópea *Tridacna gigas*. El gigantesco bivalvo, de unas 30 toneladas de peso, ocupa un pedestal en el centro de la habitación y tiene las conchas abiertas dejando entrever sobre su carnoso manto una perla negra de 1,000 milímetros de circunferencia.

Esus se acerca al enorme bivalvo con las pausas preventivas que le brinda la intuición. La colosal ostra al sentir la presencia extraña cierra sus conchas herméticamente. Terribles sensaciones se dispersan en el compartimiento, como aquél sonido del instinto por el de la muerte cercana: ¡Neurótica actividad irracional! ¡La confusión es desbordante!

¿Aterrorizada la ostra? ¿Es que no es seguro su caparazón de 30 centímetros de calcáreo espesor y 5 metros de circunferencia sumadas a sus potentes bisagras que si muchos más de dos docenas de hombres juntos unieran sus fuerzas no podrían abrir? Es más de lo que necesita para frenar a un sólo hombre en sus intentos de violar sus frágiles interiores con las manos desnudas.

Esus, ha dado vuelta completa en torno del descomunal molusco. Con toda calma se detiene frente a las valvas cerradas. Así, erguido sin la necesidad de entornar la mirada, su increíble voluntad entra en acción. Una potente luz blanca, como un destello trascendental, se le ilumina en la región prostática; esa luz, con la rapidez de la luz, sube hasta el cerebro; aquí, en la silla turca, enciende la pineal con la radiante belleza del sol; la misma luz llega después al corazón incendiándolo con un maravilloso relámpago azulino. La luz brilla con la fuerza de lo divino dentro del juvenil cuerpo.

Sin poder evitarlo, la sedentaria ostra, recibe el impacto de la luz lanzada en su contra por el aterrador corazón juvenil. Le llega a las fibras

más íntimas, conmocionándola intensamente. Un espasmo de rebeldía instintiva es frenado con anticipación y dócil abre las valvas. Hundida, sobre el mucilaginoso manto blanco, aparece la perla, engañosamente indefensa.

El relámpago azulino, al mezclarse con la luz negra que ilumina el ambiente, refulge cromático y energético, como un fanal en una extraña noche. La combinación de ambas luces da unas tonalidades oníricas imposibles de describir con palabras, aún si una persona común los viera no sabría lo que está viendo... pues se ha producido un espectro que los genes humanos no están “programados” para detectarlo...

Las nacaradas valvas, reflejan la intensa luz combinada. Y la gran perla se convierte luego en el centro de convergencia del relámpago humano que intenta averiguar lo que guarda dentro de sus múltiples capas tras milenios de formación. Viene una respuesta de la gema natural ante esa acicateante luz: la repele y se rodea de un aura energético. En ese breve momento de lucha energética entre hombre y ostra, la atmósfera enloquece en las inmediaciones del edificio en forma de molusco, soplan ilógicos vendavales. Cuando se impone la perla, viene un insondable silencio donde nada suena salvo la luz negra como una persistente aria tala-drando el infinito.

Ese instante de silencio le es útil a Esus. Un hecho aparentemente inocente en el albor de su vida humana le viene como con un mazazo de la conciencia a la memoria. Es un chispazo diminuto en exceso en el tiempo, insignificante en los largos años de una vida humana; es obvio que una pequeñez así pase inadvertida o se pierda entre la bruma del pasado y entre la gran cantidad de recuerdos que uno acumula. Es una gran sorpresa encontrar algo ya perdido en el interior de uno mismo y que está relacionado con la ostra. Intuición ¿o instinto?: el hombre se pone en guardia...

La atmósfera enloquece otra vez. La perla se levanta del manto y flota; las enormes fuerzas brotadas de su interior contra aquellas contenidas en el relámpago que la acosa son aprovechadas para ese fin. Ambas fuerzas hacen brillar a la gema y esta se eleva hasta tocar el techo. En el interior de Esus, otro destello momentáneo de conciencia, le trae otro nimio retazo de pasado: ¡No puede controlar un sobresalto por ello!

Ese sobresalto también ha sido sentido por... algo inteligente que mora en lo profundo de la gema y ha descuidado momentáneamente su aura protector. Ese pequeño instante de inercia le es fatal, porque sin nada que oponerle a la luz azul, este penetra hasta su interior. La ostra cae, golpea contra el piso y se rompe en varios pedazos. ¡Una grotesca criatu-

ra en forma de gusano ensangrentado queda libre de su atadura lubricada por miles de capas de nácar!... Esus la reconoce... se reconoce en ella. Es una gemela suya, una criatura que ha nacido al mismo tiempo que él en el luengo amanecer del tiempo, que no ha evolucionado en el tiempo y se mantiene como en el primer momento... ¡Es él mismo! ¡Ah, misterios que hacen tamblar!

La larva atontada por el largo tiempo de inmovilidad se mueve perezosa. Cautelosa. Para ella, según su instinto o una voluntad oscura que la anima, ya sin la concha protectora es indispensable ser rápida y decidida, se siente vulnerable y eso es algo que menos le agrada. ¡Debe moverse y crecer!

Es inevitable para Esus, no ignorar la transformación de la larva. Rápidamente aquella adquiere movimientos felinos mientras le nacen varios apéndices en el dorso. Aumenta de tamaño con pasmosa celeridad y su aspecto se hace cada vez más repulsivo, pronto es una grotesca ninfa con el color de un carmín cochino y los apéndices se le van transformando en groseros tentáculos gelatinosos. La piel de la ninfa es transparente y a través de ella se puede ver el corazón: una maza deforme que late ruidosamente impeliendo un líquido lleno de ponzoña, se ensancha y comprime como un verdadero sifón de molusco. Un momento después la ninfa se torna dura y oscura. ¿Viene una rudimentaria criatura humanoide llena de siniestros andrajos futuros o una perversa anticipación inerme?

El rayo azul se posa sobre la nauseabunda crisálida. En el interior de esta algo se retuerce de dolor, pero no detiene su transformación que continúa delictuosamente. En algunos minutos más se rompe el pellejo de la crisálida y surge un abyecto gladiador de aspecto indefinible, una absurda combinación infrahumana y animalezca; una criatura de aspecto demasiado antiguo, difícil de encontrarle un parecido comparable hoy, no hay conceptos para definirlo. Fuera de toda lógica y razón de ser, se aferra a la vida... luchará con todo por conservarse vivo. ¿Vida? ¿Es que posee vida esta lubricidad? Siente que se le amenaza.

En la atmósfera del lugar, también se evocan tiempos idos con caracteres aromáticos honestos. ¿Algo bueno de esa criatura producto de una metamorfosis ciega? Se distribuyen antiquísimos hálitos. Hálitos entre los cuales destacan los perfumes de fábulas épicas y los de un empíreo nórdico filosfal. Unas musas invisibles susurran aparte poemas primaverales, el delicado perfume de rosas rojas que las rodea es exquisito. ¡Ah!, estimulan un solaz en la inmensidad de una dura labor, la calma necesaria para un análisis interno. ¡Una delicia que es distribuida por una brisa te-

nue!... Una delicia que agrede al gladiador salido de la larva, quién, una vez concluido con su transformación se recubre con una armadura eléctrica; así, bien protegido y con una serie de denuestos síquicos, salidos de las profundidades de su abultado tórax, transforma la belleza ambiental en una exageración de cloaca aérea.

El monstruo es un ente energético, sin cuerpo definido, está rodeado por una silueta luminosa. Hace retroceder con suma facilidad la luz del relámpago azul y lanza una descarga eléctrica que golpea a Esus, atontándolo. El ente se sabe poderoso y no puede permitirse una humillación y con una nueva descarga derriba al “impertinente” que se atrevió a molestarlo. No está contento, debe ser drástico y se dispone a dar un golpe mortal.

La segunda descarga ha lanzado al joven contra el frío piso. Toda su corpulencia ha sentido el impacto de tal manera que se figura dividido en dos: su cuerpo muscular abajo, desmayado, y todo lo síquico suyo, encima, flotando, en vigilia. Se contempla a merced de esa deforme criatura. Con sus ojos astrales no puede dejar de sentir cierta aversión por la llamada letal que empieza a crecer en el corazón deforme de aquella. ¡Viene lo peor! Así inerme ¿cómo evitarla?... ¡No hay fuerza más poderosa que la voluntad! y se prepara para defender su cuerpo físico con todas sus fuerzas.

Esus busca en su interior el arma apropiada. La virtud correcta que pueda frenar y rechazar una eminente descarga eléctrica nacida del orgasmo del monstruo. Llama en sus interiores: “¡Madre!”

Es un sonido tan poderoso. Un *mantram* divino. Una expresión angélica con exactitud matemática... y llega instantáneamente a oídos inefables con la prontitud necesaria. La respuesta no se deja esperar, viene desde una profundidad perenne, de las regiones donde mora eternamente lo femenino de dios: Dios Madre, y rodea al cuerpo sedente con un precioso aura provisto de infinito amor.

Amor, que tiene la sabiduría y poder para frenar esa tercera descarga nauseabunda, y todas si las hubiera. Y lo hace con sencilla delicadeza, como si aquél terrible orgasmo explosivo, capaz de destruir cualquier cosa animada e inanimada, no tuviera otra cosa que una diminuta fuerza incapaz de nada. En resumen, esa descarga ciega es absorbida y transformada en un inocuo perfume de rosas, así no puede causar el mínimo daño.

El amor emanado de lo íntimo, se extiende por sobre el ente eléctrico, lo envuelve y... Todos los acontecimientos abstractos que vienen,

expresados en un lenguaje llano y personificado dirían que una hermosa mujer, lozana y joven, vestida con la pureza de las sedas blancas, se acerca al monstruo de la nauseabunda electricidad y con un sencillo ademán, que sólo una infinita luz logra explicar y musitando con sus agradables labios un insondable misterio, le dirige el halo de una luz indescriptible.

El monstruo es herido mortalmente en la razón de ser de su existencia. Se aterra al razonar que nunca, ¡que nunca, jamás, volverá a tener vida! Es definitivo verlo enloquecido, imaginando y sintiendo su propia desaparición. Se quema... Se consume entre terribles alaridos de mineral. Rápidamente queda convertido en polvo. A la postre un último calorcillo prostático, se disipa; lleva un inconfundible hedor sinuoso.

La enorme ostra, tiembla asustada. Quiere huir, el instinto se lo pide, intenta salir de su cobijo permanente, debe vencer a esa perpetua inmovilidad a la que la encadenó el tiempo. Respinga algo parecido a una dudosa alegría cuando se levanta algunos centímetros de su pedestal... ¡Ah, aún persiste su antigua facultad de volar... y tal vez también pueda recobrar su facultad de entrar en alguna dimensión invisible...!, pero sin tener el menor control sobre sí y su abundante peso, cae al piso; rueda unas tres veces y recobrando su compostura indaga a su alrededor alguna otra posibilidad de escape...

¡Toda la habitación es presa de un incendio espontáneo! Arde el piso y las paredes de piedra negra como si estuvieran hechas de material inflamable. Esus, ha oído dentro de sí una voz femenina: “El fuego renueva íntegramente a la naturaleza” y esto le ha servido de anticipación para salir con rapidez fuera del compartimiento; adentro el enorme bivalvo lamelibranquio sin poder moverse ni un centímetro hacía sus costados, cierra sus valvas para huirle a las lenguas de ese fuego filosofal. Este inútil escape le brinda una efímera seguridad al molusco; es obvio de que en algunos minutos estará totalmente carbonizado por las intensas llamas con temperaturas solares, la espesa coraza de nada le servirá.

El incendio se propaga velozmente por todos los salones; en pocos minutos todo el edificio con aspecto de caracol echa llamas. Nada conocido puede soportar semejantes calores y permanecer sin modificaciones en su estructura física. Para entonces Esus ha ganado ya los escalones que lo bajaran hasta allí, y se vuelve para presenciar los terribles efectos del fuego alquímico. En el punto donde se inició el incendio, el calor continúa acrecentándose. En pocos minutos la negra construcción se funde y sus restos brillan con un color blanco incandescente, pronto con

una mayor temperatura toma un color amarillo y finalmente se convierte en una bola incandescente de color rojo.

Un manto magnético confina sabiamente todo el monstruoso calor de la bola roja. Esta bola, como si fuera de magma, rota como un cuerpo celeste. Una fuerza centrífuga omnimoda atrae toda su masa hacia sus interiores, comprimiéndola y reduciendo su diámetro lentamente. Después toda esa flogarada se convierte en un punto luminoso y al otro momento desaparece, se apaga simplemente, trayendo una densa oscuridad. Una oscuridad no carente de cierto misterio. Esus, no pudo anticipar esa oscuridad y enseguida sorprendido se siente sumido en su seno, no sabe que hacer. ¿Debería considerarse perdido?, pues de nada le sirven sus sentidos, de nada su desarrollada intuición. ¿Qué hacer?

El joven buscador de tesoros, dentro de esas sombras, busca a tientas. Manotea, sin encontrar nada. Estira un pie, da un paso, ¡ah, susto!, no encuentra piso y ¡siente caer en un abismo sin fondo!

CAPITULO XIII

TRISTEZA Y ALEGRIA

¿Qué sonidos son esos?

*Bullen como las ideas caóticas
en una mente dudosa.*

*Sin vientre de verdad
esas ideas son deformes,*

¿venir al mundo así?

*Caen como un cacto
desarraigado de la planta madre
y no encuentran suelo donde medrar.*

*¿Y ese viento tan fuerte,
que luego lo arrastra,
que busca en él?*

*En algún momento,
el cacto clava sus agujones...
arrancando dolores y gritos.*

*¡Ah! debo decir que el cacto
se incrusto en mi:*

*en un ciego,
no pude eludirlo,
no lo vi.*

*Ciego busco la herida,
eso me alivia;*

*la espina persiste,
¡qué va!, si no tengo ojos
no la veo, por lo tanto no existe.*

*¿No? Si tuviera ojos
sabría que tengo una rosa
en las carnes,
acicateándome...*

En este punto, Perseo suspira, y con el poema aún vibrando en su interior, dirige una mirada a Esus, quién permanece en el piso en profunda meditación. Atenea, también está recostada, cerca al joven, meditando. En algunos momentos, los cuerpos de ambos mancebos, emiten cierta aura luminosa que parece unirlos en un connubio de preciosas luces. Son resplandores que transfiguran sus dinámicos cuerpos llenos de vida... y los hace flotar por sobre el suelo como si careciesen de peso.

—¿Quién eres Esus? —se pregunta Perseo, para sí— ¿Quién? ¿Y de donde vienes? Todo en ti, todo lo tuyo, todo lo que haces, está escondido por un velo... demasiado denso para mi. Nos has dicho muy poco sobre ti, en realidad: nada.

”Tenemos el *Lábaro*, gracias a ti. Y hasta ahora, has permitido que la misión encomendada a los del *Selecto* sea una realidad. No sé que habría sido de la misión de no haber aparecido tú... en nuestro camino. Sé que nada sucede al azar y que tu... que tu... ¡No quiero pensarlo! ¡No quiero suponer nada!

Perseo se pasea intranquilo: el tiempo es lo que menos les sobra.

La gruta se ilumina con el resplandor de los jóvenes. Con esas luces unos cristales de piedra, de las cercanías, que fungen de prisma natural generan unos arcos iris de impresionantes dimensiones. La gruta por breves minutos es una genialidad de efectos espectrales; luces con tenues siluetas humanas, masculinas y femeninas, que se desplazan rápidamente como voluminosas cortinas cromáticas y se combinan oníricamente cuando dos o más de ellas se rozan, produciendo con ello unas tonalidades violáceas propias de atmósferas trascendentes.

Esas luces poseen voluntad matemática. Todo indica que una inteligencia muy singular, dentro de ellas mismas, las mantienen circulando con exquisito dinamismo. Son luces que no se pueden medir en longitudes de diámetro o longitudes de onda, tal vez la forma de medirlas adecuadamente sea por longitudes de conciencia despierta o de diámetros de voluntad conseguidas. ¿Longitudes de amor?

Perseo grita extático:

—¡Luces! ¡Más luces!

*Dan vida, dan muerte
y sobre todo no las veo
porque no son mías...*

Esas luces reverberan en todas las paredes de la gruta. No existe pequeñez que quede sin iluminación.

El adulto maduro, evoca todas las maravillas que pudo presenciar a través de los años. Llega a la conclusión que ninguna de ellas iguala a esta:

—¡Sí, ninguna!... Muchas veces he participado en ceremonias litúrgicas en el Templo de los Espejos de Ciudad Luz y ninguna maravilla teológica ha traído estos fenómenos. Esas maravillosas ceremonias, con todos sus valores místicos, desde que tengo memoria hasta hoy, no han materializado nada parecido en lo tridimensional. Los ancianos, tienen la gloria de ver estas luces, sólo que en sus profundas meditaciones... pero no en lo tridimensional... y por lo tanto nadie más que ellos puede verlos. ¡Lo que logran estos... jóvenes, es maravilloso; sin duda, ellos pueden conversar con los dioses, cara a cara!

*¡Dioses! ¿Qué les decís?
¿Os gustaría decírmelo a mí?
He buscado la respuesta
¡aquí! en lo arenoso, desértico
y cálido interior mío;
he padecido los peores suplicios
y se me ha sido negado.
Para esa fiebre no hay agua
o si hubiera no la calmaría.
Tal vez la próxima duna
esconda alguna esperanza para mí
por mínima que sea la aprovechar al máximo,
me deprime un éxito;
la duna acaba... y allá
¡el izquierdo de arena se bebe mi vida!*

Las luces del eximio fenómeno de luces no menguan. Es lenta la reacción del contrito Perseo inmerso en la fatiga suya, ¿acaso se ha dormido por un momento?, cuando observa que algo no anda bien en el interior de la pareja, específicamente en el de Esus. Las luces están a punto de extinguirse cuando deberían de permanecer...

Las sombras que ya embargan la gruta, tienen un tinte amargo, un tufillo síquico siniestro. Flota en ellas la sudoración de un cinismo criminal y se dispersa como un gas tóxico, quiere roer la dura roca y generar

otros venenos con aquella materia prima, venenos químicos. Esas sombras exprimen las luces con torvas manos, quieren aniquilarlas.

Un vientecillo gemebundo se levanta, como salido de un bostezo. Es una lisonja insultante y enfría el ambiente; si hubiera algo líquido cerca, es seguro que se convertiría en hielo.

*Lloro por mí
y lloro por otro.
Es un llanto para dos;
por mí que soy pequeño,
por otro que es grande.
Por mí, llega al polvo
y se desvanece seca;
por otro, la humedece
y es propicia para la vida.
He tomado el lugar de plañidera,
y estoy averiguando quién me lo ha pedido
y a que precio.
Un raudal de tristeza
se atreve a explicármelo y
un torrente de pesar la justifica.
Lloro y ¿mi corazón no se entera de ello?
¡Ah, razonamiento lleva tus torturas
a otra parte y
sécate como esas lágrimas
para mí!*

Las sombras están seguras de empeorar el ambiente, y de que manera. Los versos que retumban, tristemente en la intimidad de Perseo, son en realidad, y sin él saberlo, ¡la causa brujesca de que la maravillosa luz mengue! ¡Con voluntad inconciente y siniestra, Perseo se ha opuesto al armonioso equilibrio interno de sus dos jóvenes amigos! Y permite que dentro de las sombras se materializen unas llorosas siluetas infrarrojas derramando supuestas lagrimas.

Atónito, Perseo, barrunta que debe de abstenerse de emociones luctuosas. Debe transmutarlas en otro tipo de emociones, el extraño ambiente donde se encuentran es plástico y copia las emociones y sentimientos humanos. Y algo, en su subconciente inexplorado, como ¿un defecto? o como ¿una virtud? lo empuja a prosternarse de manera violenta, como

obligadamente. “¡Nada de envidia debe haber en mí! ¡Nada de egoísmo! Debo de pensar en positivo... Sacar lo mejor de mí... para mis semejantes. Poner el mejor empeño... para que otros la pasen mejor. ¡Debo contribuir a mi propia dicha, permitiendo la dicha de los demás!” se dice a sí mismo. Lejos está de imaginar, que incluso, sus emociones altruistas pueden ser utilizadas por aquello desconocido de su interior con resultados inversos a los que él espera.

Y cuando menos se espera ¡la lumbrera de los jóvenes! vuelve a imponerse. Su potencia anterior es duplicada. Poco a poco, alrededor de ambos muchachos, se van condensando las figuras vaporosas de 12 personajes vestidos con túnicas blancas e inmersas en una luz blanca. Otros resplandores de paraíso, llegan, cuando brota un susurro edénico de esos 12 seres. No hay movimientos de labios. El crescendo del susurro abarca aspectos inexplorados de los decibelios; reedita música cósmica en toda su grandeza.

“¿Es posible...?”, se dice Perseo, atónito. “¿Es posible que yo, majaderamente, estuve impidiendo esta maravilla?”

En el reducido lugar de las tres personas y de sus sutiles acompañantes suena el infinito. El Génesis suena así. ¡Maravilloso!

Rodeados de esos tesoros únicos, Esus y Atenea abren los ojos. En la mirada mutua se percibe una hermosa emoción, algo indefinible en ellos dice que se conocen profundamente, que se complementan perfectamente. Sus incesantes perfecciones realizadas en múltiples existencias los ha unido ahora en un preciso punto matemático. En ese punto matemático nace la rosa. Ese punto matemático es un crisol donde el plomo se transmuta en oro, o donde el madero horizontal se une al vertical originando la cruz.

Más tarde, los seres que rodean a los jóvenes con sus gloriosos verbos, desaparecen y dejan un anillo de luz como recuerdo en la gruta. Ese anillo, permanece alumbrando, durante un buen tiempo más, aún cuando Atenea, Esus y Perseo se han alejado de allí...

*Aún cerrando los ojos veo una luz,
nada la podrá borrar,
¡En mi corazón es un manantial!
¡En mi cerebro, una lámpara!
¡En mis gónadas, un fuego!
Sé que veré esa luz
mientras viva
y aún durmiendo*

*me dirá donde me encuentro.
¿Qué tiene de inmenso que no la entiendo?
¿Y si la entendiera,
no estaría aún lejos para mi?
Encontré agua
en el pedregoso erial
¡dónde nunca la hubo!
Ahora espero plantar una rosa
en una orilla húmeda;
¡sí!, las tinieblas de hielo
de mi inconciencia serán su abono
y mis monstruos el mantillo vital.
Una rosa roja,
cubierta con lágrimas del amanecer
y exhalando el perfume
sacado de la tierra,
del mismo lugar que el gusano saca el suyo.
¿Qué tiene de inmenso que no lo entiendo?
Fuego, siempre te quise llevar a mi cocina
y mis manos desnudas
al no soportarte te dejaban donde ardes,
te olvidaban.
¿Qué importaba el frío y la comida cruda?
¡Horror! ¡Escuché que un fuego así
sólo tizna las piedras,
no las transforma!
¿Seré, yo, acaso, un trozo de piedra? ¡Lo temo!
Fuego, hoy me he convertido en yesca
y ese incendio de los matorrales
se me acerca, esta vez me quemará.
¿Qué tiene de inmenso que no lo entiendo?*

Otros susurros vuelven. Susurros queditos. Susurros delicados. Susurros de seres síquicos que riman con los versos de Perseo. Los mismos seres, que desde tiempo atrás, observan las escenas de los tres humanos luchando contra los elementos. Esos sutiles seres no han perdido detalle de los rudimentos de rebeldía humana, también hoy. Tan puros, ellos, que ningún sentido humano podría detectarlos; es posible que incluso los 12 seres de luz que acaban de irse, con toda su voluntad y conciencia,

apenas los vislumbrasen lejanamente. La distancia, entre estos y aquellos, en voluntad y conciencia es abismal... Aquellos son reales, estos... aún no.

Susurros...

Susurros. Tan sólo susurros ¿Qué significan?

CAPITULO XIV

EL PANTEON

Todas las vicisitudes para conseguir el gran *Lábaro* han sido vencidas. Ahora cerca de Ciudad Luz, mejor dicho en las afueras de dicha ciudad, bajo una gruesa estalagmita rosa con forma de colmillo de elefante, la gruesa voz de Perseo llama al rayo que los teletransportará al interior de la ciudad. El rayo no aparece..., arriba a tres metros de alto, la esfera óptica incrustada en la dura superficie de la estalagmita de donde debería surgir, permanece muda e inerte.

—¿Será posible? —dice Atenea— El “ojo” teletransportador no funciona.

—No puede ser —repone Perseo—. Bien sabemos que la máquina que controla su mecanismo no puede fallar, es más el “ojo” mismo está hecho de tal manera que puede repararse o corregirse a sí mismo.

—Sólo por una sola razón puede ser inutilizada... —le interrumpe la joven.

Hay aprensión en ambos. Debe ser muy grave la causa.

—Que los Ancianos... —vuelve Perseo musitando pensativo a la vez que complementando lo dicho por Atenea—, estén en inminente peligro. Esto puede indicarnos que hayan perdido el control de Ciudad Luz... ¿Será Blaal quién ahora la controla?... Estoy rogando que la falla del teletransportador sea por otros motivos... ¡Y miren, no hay huellas de pisadas recientes... encima de las últimas hay polvo acumulado! Todo indica que después que saliéramos para nuestra misión, aparte de los que dejaron esas huellas, nadie más vino por aquí...

—Sin duda Perseo. Hasta antes, esta parte de la gruta... era bien concurrida. Muchos habitantes de Ciudad Luz, después de sus duras labores diarias, preferían dar un paseo en los alrededores de la Gruta Madre y esta parte no era una excepción.

—¿Será Blaal quien ahora gobierna Ciudad Luz?

—Blaal... es lo más obvio. Pero —gorjea la agradable voz femenina—, no podemos contentarnos con suposiciones. No debemos adelan-

tar apreciaciones... es importante entrar en la ciudad. Ahora mismo. ¡Vamos por el *Hipogeo*!

El *Hipogeo*, una perforación en la dura roca de basalto que sirve de base y asiento a la ciudad, es una serie interminable de laberintos naturales y artificiales bajo la enorme urbe subterránea llamada Ciudad Luz. Está conformado por una serie de corredores bajo la ciudad, tienen una múltiple utilidad. Perseo, suponía tapiada la entrada a esos corredores, y siente un enorme alivio cuando la divisa accesible como cuando la vio por última vez hace tres años. ¿Estará minada? y busca con sus detectores esas monstruosas cápsulas que se activan con las ondas que emite el cerebro y envía directamente al centro pensante de ese mismo cerebro una morbosa sensación suicida. En cuestión de fracciones de segundo, dentro del cerebro citado, alteran su funcionamiento celular produciendo potentes venenos orgánicos. La muerte llega inmediatamente, no hay antídoto que la evite... Es capaz de matar a muchas personas a la vez sin disminuir su poder letal y continuar activa indefinidamente. Las cápsulas fácilmente pueden ser disfrazadas como guijarros, bayas, u otras innumerables formas; su uso está totalmente prohibido en la urbe subterránea, cuya fórmula de construcción se logró robar a los rivales de la superficie; la única intención de ese robo fue la de encontrar la manera de contrarrestar sus letales efectos. No, no hay ninguno de esos mortíferos aditamentos; es de suponer, que si alguien quiere apoderarse de la ciudad tiene que tener todo el valor de poder utilizarlas. Y Perseo se atreve a argüir con tono seguro:

—Quienes ahora tengan el control de nuestra bienamada Ciudad Luz, no saben de la misión que nos llevó hasta el *Lábaro*. No se los dijeron. Esta es una ventaja y debemos aprovecharla al máximo.

—Sin duda —repite la huri—. Nuestra misión era conocida, aparte de nosotros, sólo por el Venerable Concejo de Ancianos.

—Y, según se ve. Nadie más se enteró de ello... por el momento.

—Sí, Perseo... Espero que así sea.

Una hora después, en una oscura galería del *Hipogeo*, la amazona y los dos hombres, sin encontrar otra presencia humana, caminan junto a un ducto metálico de 2 metros de diámetro. Otra hora después, el ducto toma una curva y desaparece hacia arriba entre la roca viva llevando empotrada una escalerilla. El polvo indica que nadie ha usado esta escalerilla en mucho tiempo, en meses tal parece. Perseo seguido de sus amigos, continúa de largo, con la premura en los pies sumados a la cautela. Otra hora más tarde, llegan hasta un suntuoso umbral de azulino sílex sintético;

unas cariátides de vidrio con estilizados cuerpos desnudos de mujer sostienen el umbral y sirven de marco a un pesado portón de cristal prismático.

El portón se abre automáticamente. Por ello Perseo musita casi con un suspiro contenido:

—La cámara principal del *Hipogeo* no está clausurada. Pero todo está en tinieblas, lo normal es... o era: que todo esté iluminado... permanentemente.

La cámara, de medio kilómetro de extensión y 10 metros de alto, es el cementerio de Ciudad Luz. En ese ambiente suntuoso, dividido en subcámaras cupulares por gruesas columnas, arcos y paredes cubiertas por una capa de grueso cristal transparente, se guardan los restos cremados de los difuntos. La cámara tiene todo el aspecto de un colosal espejo; reflejando en primer término unas bellísimas literas y los nichos que guardan unas pequeñas urnas con los restos y en segundo término unas magníficas esculturas humanas estilizadas de vidrio incoloro. Esta cámara ha dado su nombre al laberinto.

Mientras Esus admiraba la preciosidad de las obras de arte y Perseo corregía la ubicación de algunas urnas, Atenea se había adelantado a la siguiente cámara y ahora vuelve con sigilo, llama a ambos con un movimiento de manos para luego, en silencio, señalarles a dos hombres vistiendo monos plateados. Aquellos hombres llevan en las manos unas urnas y desaparecen bajo una luz teletransportadora.

—¡No es posible! —gime Perseo— Están llevándose las cenizas de los Antiguos Venerables... ¿A donde? —y gritan iracundas sus entrañas: “¡Es un sacrilegio!”

—¿Te has fijado en la ropa que visten? —musita la bella.

—Sin duda no son de Austral.

—¿Entonces quién gobierna Ciudad Luz?

—A mí también me gustaría saberlo.

En la litera destinada a los restos de los Venerables: los que en su momento guiaron a los habitantes de la ciudad subterránea hay un aspecto que llama poderosamente la atención de Atenea y la de Perseo. ¡La mayoría de los nichos están vacíos! ¡Las cenizas en el Pabellón de los Antiguos Ancianos han sido evacuadas! ¿Con qué fin?... Sólo permanece una urna en este pabellón... una que en cualquier momento, y muy pronto por lo visto, también desaparecerá... ya se escuchan unos pasos que vienen en su busca. Perseo, salta y desmaya con un golpe en la nuca al individuo que buscaba despreocupadamente la urna.

Esus, distraído pero sin perder cautela, ha puesto sus ojos en un colosal huevo de cristal, una especie de enorme bombilla ovalada en cuyo

interior una hermosa sirena transparente duerme en posición fetal, flotando sobre un supuesto líquido. De ese cuerpo de joven mujer y cola de pez brota un delicioso perfume síquico, el de la pureza. La microscópica pelusa de la piel de durazno de la sirena, junto a las delicadas escamas de pez, invita al tacto.

Cuando el hombre golpeado despierta, se encuentra con una ballesta oprimiéndole la garganta. Y tras el arma, Perseo con toda la severidad, le pregunta:

—¿Quién es tu jefe?

—¿Mi jefe? —el aludido duda una respuesta apropiada.

—¿A quién sirves?

El aludido intenta una negativa. Pero la aspereza de Perseo es convincente.

—Peritoo es mi jefe.

Peritoo, uno de los más antiguos ancianos del Consejo de Ancianos. Fue separado de ese venerable cuerpo, por sus desacuerdos en llevar adelante los planes que servirían, en su momento, para devolver el gobierno continental a su legítimo dueño. Estuvo a favor de una guerra irracional, un enfrentamiento cruel entre hermanos de raza, una guerra en cuyo final los poquísimos sobrevivientes ya agotados y sin posibilidades de renacer tomarían el poder de devastadas ciudades. Una edad de piedra tendrían por delante...

—¿Qué sucedió con los Ancianos del Consejo? —inquiere Perseo— Imagino que ellos no han sufrido daño alguno. ¿Es verdad?

—¿Los Ancianos...? Ellos... De ellos no sé nada. Sólo rumores corren entre nosotros.

—¿Qué rumores?

—“Desaparecieron...”

—¿”Desaparecieron”? ¿Cómo?

—Eso no lo sé.

—¡Lo sabes, impertinente! Es importante que me lo digas todo. Sabes lo que te espera.

—¡Es verdad lo que le digo, no lo sé!... Sólo rumores corren entre nosotros, le repito...

—¡Vamos! ¿Qué dicen esos rumores? ¡Pierdo la paciencia!

—La casualidad... me llevó a enterarme que el Supremo Daltón los ha matado... Lo oí, cuando conversaban dos personajes importantes... a quienes no pude distinguir claramente... Presumo...

Perseo tiembla. Pero todavía no es tiempo de darle todo el crédito a esa noticia. Y vuelve a preguntar:

—¿Quién ordenó sacar de la Cripta del Espejo, el polvo de los Venerables? ¿Acaso Peritoo, con el despotismo que le atribuyes?

—¡Yo, no sé...! ¡No atribuyo nada... a nadie! —grita aterrado el hombre.

—¿Entonces quién?

Todo el polvo de los fallecidos en Ciudad Luz, se guardan, desde que se fundó la ciudad subterránea, en ese suntuoso cubículo. Llegará el momento propicio de ser arrojados en la superficie, de acuerdo a sus costumbres ancestrales, a los vientos, a los ríos, a los mares y a la tierra, con un previo rito fúnebre. Será cuando sea depuesto el usurpador.

—¡No sé! ¡No sé, quién!

En ese momento toda la estancia fúnebre se ilumina. Para Esus, el sistema de iluminación es novedoso, la luz brota de las paredes de la estancia, y de todo aquello que tenga algo o todo de espejo. El cristal de los espejos es de vidrio líquido y óptico: una especie de cristal plástico utilizado para revestimientos y cuya forma y distribución puede ser controlada con una corriente magnética. En el cristal el magnetismo se transforma en luz; en su intrincado laberinto atómico genera fotones y luego “imágenes” fotónicas que se repiten indefinidamente dando una luz inagotable con un gasto mínimo de energía. ¡En esto no hay nada eléctrico! También es novedoso el fenómeno que se sucede en el interior del huevo, donde se encuentra la sirena; ese interior es de vidrio líquido, y se llena de luz al mismo tiempo que la estancia. Despierta la ninfa y con movimientos suaves y armoniosos empieza a nadar en medio de un paisaje marino cambiante... que se extiende por toda la subcámara.

—¿Pasa algo? —se oye una voz a través del comunicador del hombre del mono plateado.

—No pasa nada —responde el aludido luego de una pausa en la que se le alecciona lo que debe decir—. Todo está normal por aquí. Me retrasé por un motivo de poca importancia. Ya vengo trayendo la urna solicitada.

Vuelven a desmayar al hombre.

Atenea y Perseo, saben que no pueden utilizar el ascensor de luz que los llevaría a los niveles que están por encima del *Hipogeo*, serían identificados inmediatamente por las máquinas detectoras de individualidad; estas escanean el funcionamiento orgánico y los humores fisiológicos: no hay dos personas con iguales características, cada persona tiene

una firma sutil muy particular, es importante permanecer anónimos. Los tres amigos optan por seguir por unas gradas en caracol que lleva a un piso más abajo; llevan en manos la pequeña urna con las cenizas del Venerable que lograron salvar. Ya abajo, han encontrado un pasadizo de paredes metálicas y lo siguen hasta encontrar una marca circular de metro y medio de circunferencia en el piso. La joven oprime uno de los botones en el tablero de mandos de su atuendo y enseguida la marca circular desaparece rotando hacia sus costados: se abre una compuerta. Dentro de la compuerta surge una cámara en forma de burbuja de cristal; ellos brincan a ella. Un segundo después, de la burbuja, pasan al interior de unos compartimientos repletos de agua.

Mientras tanto, al panteón han acudido decenas de hombres bien armados. Siguen un rastro reciente, luego de registrar cada rincón con “sabuesos” ópticos: pequeñas máquinas detectoras de individualidad aún detrás de gruesas planchas de metal; estos artilugios caben en la palma de una mano.

Atenea, guía a los dos hombres a través de tuberías que van adelgazando mientras avanzan.

—¿Esus? —llama ella— Estamos nadando en el gran almacén de agua de Ciudad Luz. Hay millones de toneladas cúbicas acumuladas. Es agua aprovechada de los ríos subterráneos y ocupa una serie de tanques y redes; están bien protegidos y controlados, para ello se ha utilizado toda la tecnología disponible, es prácticamente vital para Ciudad Luz. El agua luego de un breve tratamiento, se utilizará en todos los hogares... no solamente para beber, preparar alimentos, y la higiene, sino para otros usos tan importantes que paso a explicarte.

”Usamos el agua en el riego de las plantas comestibles, debes saber que hemos “adaptado” muchas plantas a la luz artificial y ocupan extensos viveros ambientados con música rural y sinfonías trascendentes. ¡Vieras como les agrada ese tipo de música! Con la música apropiada crecen mejor y producen mejor... Este es uno de sus usos más importantes.

”Usamos el agua en las construcciones. Sirven de cuerpo a una película de cristal líquido..., por ejemplo, el grosor del piso transparente de los parques, que puede alcanzar en algunos puntos varios metros, o el cuerpo de una gran mayoría de esculturas, también transparentes, no es más que agua solidificada de manera muy diferente al hielo por una corriente magnética y recubierta por vidrio de un milímetro de grosor. Los pisos y las paredes de un sinfín de compartimientos no son más que agua

recubierta por una película de vidrio líquido coloreado o transparente dependiendo de su utilización y estética... La resistencia conseguida por este material de construcción puede superar al del metal y puede ser modificada a voluntad. Prácticamente el 95 por ciento de Ciudad Luz es de agua...

”El agua cristalizada magnéticamente puede ser manejada inteligentemente: Si algún ciudadano quiere cambiar la amplitud y el aspecto de las habitaciones donde vive puede hacerlo con una orden pensante; y si algunos ciudadanos no le encuentran atractivo al parque cercano pueden pedir a una central que lo haga y en cuestión de minutos se tendrá un nuevo parque. La corriente magnética que cohesiona vidrio y agua, también lleva luz, sonido, imágenes estáticas o en movimiento, información... Se me estaba olvidando la temperatura, mantiene los ambientes automáticamente a una temperatura constante un poco por debajo del cuerpo humano... lo llamamos calor magnético y la regulación es voluntaria en los ambientes privados.

”Y me viene... otro aspecto del agua... Y aquí debo acabar sobre su múltiple utilidad, porque si me extiendo en todos sus detalles nunca podría acabar... Si le quitamos al agua la corriente magnética y el cristal líquido, podríamos beberla; no se contamina con su manejo...

”No está de más añadir, que el ingreso a los “cúmulos” de agua es un secreto muy bien guardado por los Ancianos y algunas personas de total confianza de ellos. Tener el control de las compuertas es vital para los ancianos, ellos tienen sus razones... El que hayamos, nosotros, ingresado hasta aquí, significa que tenemos su confianza...

”En nuestros trajes llevamos lo último en tecnología que puede detectar la ubicación de las compuertas. Estas, también tienen naturaleza magnética... sencillamente diríamos que las compuertas no existen y que se forman, o aparece un hueco, en una sólida pared ante una orden magnética... Nuestros trajes también llevan un mapa de toda la red...

Esus, anonadado. Los numerosos detalles no dichos por la chica lo llevan a ese estado emocional.

—Alguien más importante conoce de la red de agua —prosigue Atenea—. Alguien que tiene acceso a toda la red. Alguien... a quién llamamos, con mucho respeto y sencillamente: *La Maestra*. Ella lo controla todo, controla Ciudad Luz en sus grandes y mínimos detalles, la red de agua ocupa una mínima parte de su, llamaré, “atención”... Su “sistema nervioso” abarca toda la metrópoli. Esus, pronto la conocerás...

Esus, se está adelantando a Atenea, estuvo “sintiendo” a *La Maestra* desde un poco antes que la chica la nombrara. Percibe su

omnímoda presencia, vigilándolos insistentemente. Se sabe extraño ante el acucioso examen físico que se le hace. Su corazón, cerebro y gónadas sexuales, son examinados con microscópica minuciosidad, y se van registrando cada uno de sus signos vitales en una memoria... sorprendente. La intimidad de todo el Sistema Circulatorio y Linfático de su organismo es observada con la misma delicadeza; también el Sistema Nervioso y toda la cadena del Sistema Sexual. Nada escapa a ese inquisitivo interrogatorio orgánico, fisiológico y humoral. La región molecular de los cromosomas, los genes, es lo último en ser analizada en toda su profundidad. Esus se prepara, en caso de ser necesario, para no ser importunado en su mundo psicológico, tiene aspectos... no divulgables. *La Maestra*, satisfecha respecta la intimidad del joven, se detiene en la puerta de ese mundo tan sutil. Ella, ¿acaso también se ha percatado de que era analizada mientras acuciaba hondamente a ese espécimen tan especial de vitalidad y fuerza?

—Bien que la conocerás —continúa la joven, invariablemente tranquila, sin sospechar nada de lo sucedido en fracciones de segundo a Esus—. Ella, es la instructora de cuanto sabemos y conocemos. Hace 60 años, aproximadamente, cuando *La Maestra* apenas era una niña, fue encargada de controlar y cuidar Ciudad Luz; y ha venido creciendo y madurando, gracias a la sabiduría y amor de los Venerables. Ese crecimiento y maduración tan especial le ha permitido tener un dominio total de la ciudad, ha superado todas las expectativas de los Venerables. *La Maestra* está subordinada a los Venerables.

Al surgir unos barrotes que les cierra el paso, usan las bayonetas para cortarlas. Pocos instantes después, usando otra compuerta, en forma de burbuja de cristal semejante al que les sirvió para ingresar a ese ambiente acuoso, abandonan las redes de agua. Desembocaron en el techo de un invernadero en forma de anfiteatro y descienden rápidamente por las cuerdas hialinas. Un centenar de árboles y cientos de otras plantas de diversa especie, los esconde de un grupo de hombres que irrumpen en el lugar medio minuto después; esos hombres no portan armas, por lo visto están de paso y no están avisados de presencias ajenas. Uno de ellos advierte lo de las cuerdas y dice:

—¡Miren! ¡Cuerdas, penden del techo!

—Algo común —repite otro—. Seguramente la olvidaron luego de una reparación... o algo parecido.

—Tal vez... —vuelve el primero—. ¿Te fijaste que caen de allí arriba donde el techo es macizo? No hay lógica de qué cuelguen de allí donde no hay nada...

—Olvídate de la cuerda y sigamos caminando.

—Me encargaré de informar.

—Preguntemos a los demás, veamos que opinan.

—¡Muchachos, oigan! ¿No es lógico que alguien haya olvidado 3 cuerdas? ¡Esos muchachos de las “reparaciones” son negligentes, ¿Verdad?!

—Lo dices porque no eres de los “reparadores”.

—Podemos conjeturar en diverso sentido, sobre las cuerdas. — arguye un tercero—. Pero no está de más informar. Yo también daré aviso

Los calzados de esos hombres no producen ruido. Pero los sofisticados aparatos de los del *Selecto* los detectaron con anticipación; estos aparatos también les permite la visión a través de cosas orgánicas como los árboles y arbustos. Una vez que esos hombres han desaparecido, Atenea adelanta unos 50 o 60 metros y abre una nueva compuerta en el piso, allí se dejan caer encima de una hilera de bultos y cajas en movimiento.

—Estamos sobre una correa transportadora —aclara Perseo.

Y se dejan arrastrar por un torrente magnético invisible que arrastra un sinfín de paquetes y bultos dentro de una tubería de cristal. Cuando llegan a un compartimiento de apariencia metálica y provista de una larga mesa, se dejan caer encima de esta, saltan y se esconden antes de ser advertidos por los encargados que abren los paquetes y bultos rompiendo unos sellos. De allí, los tres amigos, pasan a una espaciosa sala blindada por cristal magnético; aquí es cuando optan por el mayor sigilo. ¿La razón?: es un lugar permitido tan sólo a los altos funcionarios del gobierno. Alrededor de una mesa circular fabricada de vidrio, metal y cerámica líquidos, medio centenar de cómodos sillones flotan ingravidos encima de sendos chorrito de luz magnética. Los sillones están dispuestos para una reunión que seguramente dará comienzo en minutos más tarde.

—Hasta ahora —susurra Perseo con reprimida ansiedad—, todo va bien para nosotros. Todo está saliendo bien, lo que celebro. Después del siguiente anfiteatro, vienen las cámaras blindadas: compartimientos usados como prisión, si no me equivoco, los Ancianos deben estar presos allí.

En ese momento un vozarrón los interrumpe con fiereza:

—¡Alto! Muevânse con lentitud. Dejen sus ballestas en el suelo, y estiren los brazos a sus costados. Nada de trucos... ¡Los dedos estirados! ¡Vuélvânse! ¡Despacio!

Ellos obedecen y comprenden enseguida porqué sus sensores no detectaron al personaje que los alude ásperamente. Están frente a un *Omoide*: una máquina con aspecto humano, compuesto principalmente por un esqueleto de cristal líquido más resistente que el propio acero y recubierto de carne sintética semejante al humano; tiene un sistema nervioso óptico, gobernado por un cerebro neuronal sintético sin aparente diferencia con el humano. Es una máquina sumamente inteligente, rápida y fuerte; una máquina que aprende y acumula experiencias y conocimientos al igual que los humanos. Atenea, reconoce que esa máquina no es la última versión de las “criaturas ópticas” y es por esto que tiene la certeza de que todavía los Ancianos no han revelado muchos secretos: “Debieron ser remplazadas por las nuevas... *¡Lo último remplaza inmediatamente a lo antiguo*: Es el lema!”

—¿Quiénes son? ¡Respondan! —apura imperativo el símil humano.

Las últimas “máquinas de esa especie” pueden identificar a los interrogados sin necesidad de preguntar. Tienen sensores capaces de atravesar toda ropa y blindaje magnético, como el de las ropas negras de última generación de los tres amigos, y conocer la identidad genética y humoral.

Perseo, sabe, que la máquina es muy rápida y que antes de utilizar sus armas todos serían desmayados por una descarga eléctrica de cientos de voltios o en el peor de los casos muertos por un rayo sonoro que les reventaría el cerebro como a una sandía madura en menos de lo imaginado. El *Omoide*, emite un potente rayo sonoro brotado de sus ojos, en el momento en que Perseo levanta su ballesta; el traje de este resiste esa embestida y dispara. La máquina cae con la cabeza fundida.

Cinco minutos después, los tres amigos descubren a media docena de hombres armados que vigilan el acceso contigo a las cámaras donde supuestamente se encuentran los Ancianos. Sigilosamente saltan sobre los hombres. Perseo cae sobre el más grande y corpulento, su intento de abatirlo rápidamente es frenado y su situación se torna grave. Mientras Atenea con un golpe bien dirigido a las costillas de otro de los guardianes lo ha obligado agacharse y luego con un severo codazo en la nuca lo desmaya; a otro individuo cercano que sólo atino a abrir la boca por la sorpresiva rapidez del momento también le asesta una potente patada en la quijada. Esus, inmutable, ha escogido a dos de los hombres que estuvieron sentados en una banqueta, ha tirado de ellos por los hombros hacía atrás con un ímpetu que los ha hecho perder el equilibrio y los ha golpeado

las cabezas entre sí; y además ha tenido la suficiente rapidez como para impulsarse y alcanzar con los pies a otro individuo que ya apuntaba a Atenea con un letal bastoncillo cuyos efectos son semejantes a los de una ballesta, le ha hecho lanzar por los aires al peligroso adminículo y con un rodillazo en uno de los temporales lo ha catapultado encima de otro de sus compañeros que cayó con anticipación. El enorme gladiador sofoca a Perseo con una dolorosa llave, le ha inmovilizado torciéndole un brazo en un ángulo imposible de soltarse; luego aquél hombrote apoderándose de los mandos del traje de Perseo, desactiva toda protección, hecho esto último le hinca unas terribles zarpas de filoso cristal en uno de sus hombros. Perseo ruge de dolor, el zarpazo estuvo dirigido a su corazón, sacando fuerzas de donde no había pese al espantoso dolor de la llave se movió un poco... eso lo salvo de una muerte instantánea, sabe que no podrá eludir un segundo zarpazo y anticipa una quemazón mortal en sus carnes... que no llega, pues antes el coloso se derrumba desmayado por un mazazo en el cerebro.

La rápida y efectiva acción de Esus ha impresionado a la joven quién había supuesto que sería muy difícil abatir a esos hombres bien entrenados al igual que a los del *Selecto*. La única diferencia de aquellos es que son parte de un grupo de vigilancia bien conocido por los habitantes de la ciudad subterránea y estos pertenecen a un cuerpo secreto.

Perseo aceza masajeándose la garganta que estuvo muy cerca de ser partida por la zarpa: “¿Cómo es posible, que ese gigante, sintiera mis golpes como si fueran los de un niño. Y, sin embargo, los de mi joven amigo lo han puesto fuera de combate con simple sencillez?” Luego re- puesto, continúa para sus adentros: “¿Quién eres querido amigo?”

*Me supongo caminando,
con pasos cortos,
entre las sombras de la noche
que ya conozco.
Y algo... como una chispa
escapada cuando dos piedras se golpean
me llega a los ojos muertos.
¡No, no veo la chispa!,
¡no puedo!,
¡lo presumo!
Y ¿Si ese destello de piedra
con todo su ardor*

*golpeará mi piel,
lo sentiría?
Creo que no,
los callos de mis pómulos
sólo sirven para sentir dolores.
Entonces me resigno a cerrar,
con mayor vehemencia,
mis párpados partidos,
y ya me olvido de la luz esa
semejante a aquella
que me alumbraba en mi infancia
y me calentaba.
¿Qué digo del golpe de las piedras del destello?
¿Acaso lo oí?
¿Sirven acaso los sonidos
que no puedo percibir?
¡Ciego, sin tacto y sordo...!:
¡Chispa no existes!*

Instantes después la amazona susurra:
—Tras de esta puerta están los Ancianos. No me puedo equivo-
car...

CAPITULO XV

EL ¡AY! DEL VATE

—**Sí, respetado** Daltón. Me golpearon y me desmayé.

—¿Dices que fueron tres personas? ¿Tres hombres?

—Así es, respetado Daltón. Uno de ellos de menor estatura. No pude verles los rostros, pues los tenían cubiertos.

—¿Dices que sólo uno de ellos habló?

—Sí, respetado. Y tenía una voz conocida... la he oído otras veces.

Daltón, pese a su edad muy madura, es rápido y vivaz. Con largas zancadas, examina rápidamente el pasillo por donde desapareció el trío de intrusos e imparte órdenes antes de introducirse dentro de un tubo de luz que lo teletransportará hasta el interior de un lujoso apartamento con forma de campana de vidrio líquido. Allí, sentados en cómodos muebles de apariencia metálica, le esperan Senon y Dimas, “los segundos” como se llaman a sí mismos por su rango en las que se incluye Daltón. Peritoo llega después, adorna su cabeza cana con una diadema dorada en forma de cinta, e imparte algunas indicaciones. En la habitación también están incluidos tres atentos *Omoide* que hacen las veces de guardia.

—Venerable —dice Daltón, dirigiéndose a Peritoo, luego que este terminara de hablar— traigo una noticia trascendente.

—Eso espero —replica el anciano con voz pausada y suave—. Ya era tiempo. Todas las noticias que me llegaron hoy día, especialmente las tuyas, Daltón, han sido de poca importancia... Espero que esta vez sea diferente. Habla.

Daltón escoge sus palabras. Sabe que dentro del personaje que lo observa con engañosa indiferencia, hay una aguda perspicacia. A aquél le gusta la precisión en el hablar y lo breve.

—Venerable, Atenea y el respetable Perseo, de quienes nada supimos desde que fuera derrocado Quirón, han sido vistos en el *Hipogeo*. A uno de nuestros guardianes lo golpearon para sacarle alguna información y luego lo desmayaron. Con ellos desapareció la urna del Sagrado fundador de Austral, se lo llevaron consigo... Un rápido razonamiento me

ha llevado a deducir, que sus siguientes acciones serán las de encontrar a los ancianos del cancelado Concejo. En este preciso momento deben estar acercándose a los compartimientos blindados, a la prisión...

—Un momento, Daltón. ¿Por qué dejaron hasta el final los restos de Noe-Mo? ¿No deberían haberlo evacuado en un principio?

—Su protección... era especial. *La Maestra* fue renuente para entregárnosla. Sólo al final, nos lo cedió.

—Comprendo, Daltón. Volviendo a lo de Perseo y la chica, aún no me has dicho ¿cómo sabes que son ellos?

—Todo indica que es así. Usaban unos trajes muy sofisticados que no hemos encontrado en los almacenes, ni nos han hablado de ello los prisioneros. Atenea y Perseo, no usaron los ascensores de luz evitando de esa manera ser identificados y detenidos. Es evidente que tienen una “llave” diferente para desplazarse por la urbe.

—Daltón, si tienes razón, ellos han debido utilizar los tanques de agua y estarán, como dices, muy cerca de su objetivo.

Los reservorios de agua, para Daltón, le eran de poca importancia. Los consideraba como unos recipientes muertos, cerrados herméticamente, llenos de líquido y necesarios para las construcciones y otras importantes “minucias”. Nadie se hubiera atrevido a usarlas para un fin como el que tratan.

—Bien Daltón —vuelve a inquirir Peritoo—. ¿Decías que eran tres individuos?

—Es cierto. Estoy investigando quien es ese tercer personaje. Son muchos los desaparecidos últimamente, después del derrocamiento.

En efecto, son muchos los “desaparecidos”. Usan esta última palabra como un eufemismo para minusvalizar los asesinatos de aquellos que murieron por su lealtad al Venerable Quirón. Hubo una cacería de todos los afectos al anciano fundador de “Nueva Austral”, los ejecutaron sin miramientos. Muchos de los asesinados fueron de los primeros que bajaron con su soberano buscando un refugio a las entrañas de la tierra; fueron de aquellos hombres que sintieron en carne propia ese descenso pesoso y resignado hasta dar con unas gigantescas bolsas de aire a los 3,000 metros de profundidad. En esas profundidades fundaron su nuevo hogar. Descubrieron que ese nuevo ambiente era parte de una gran gruta aireada y provista de agua y recorría con su largo todo el continente. ¿Cómo es posible que la temperatura de las rocas se mantenga permanentemente en los 15 grados Celsius si por cada metro que uno desciende bajo tierra es normal que la temperatura suba?, las rocas deberían estar

muy calientes. Y ¿cómo llega el aire respirable a esas profundidades con la suavidad de una brisa otoñal?... ¿La respuesta está en el magnetismo terrestre?...

Todo austral sabe que en los polos se suceden fenómenos que no existen en otras latitudes. Son fenómenos que no pueden ser registrados por nada humano “del norte”, ni siquiera por sus animales, con alguna rara excepción, esa limitación está codificada en sus genes o mejor dicho el gen humano “del norte” carece de los elementos que le permitirían conocerlos. Para los australes el planeta Tierra es una larga cinta espiralante que surge en el infinito y se pierde en el infinito y los polos son bordes magnéticos que separan fragmentos de la cinta, son los lugares donde espirala la cinta, o sea el planeta esférico de los “del norte”. Los “del norte”, por razones *kármicas*, tienen sus genes “programados” para actuar sólo en la “esfera” donde nacieron. Los bordes son como una puerta, luego de transponerla uno puede encontrar nuevas tierras más allá del polo: una nueva “esfera”. Como los genes no han preparado a los humanos “del norte” para conocerlo, simplemente obvian las nuevas tierras... la casualidad puede llevarlos hasta allí, pero estarían perdidos, en esas latitudes no serían diferentes que una hormiga alejada de sus lugares de costumbre sin nada interno que la guíe.

Peritoo deja a sus tres segundones analizando los últimos datos. Y se dirige, a través del ascensor de luz al calabozo de los ancianos Venerables. Una vez allí, en la celda esférica de vidrio líquido que cobija a los 11 prisioneros, se pasea alrededor de estos, quienes aparentan estar sumidos en sus cavilaciones. Cuando Peritoo se detiene, pregunta:

—Estimado Quirón, ¿o prefiere que lo llame Helios: su verdadero nombre? ¿No le importa que use cualquiera de sus dos nombres verdad?... Bien, un asunto muy importante me ha traído hasta aquí —sin duda por que de lo contrario se hubiera comunicado con los prisioneros a través del vidrio líquido, que separa la celda del ambiente de visitas—. Iré sin rodeos. Te pregunté como a un hermano de sangre, te pedí con el mayor respeto que me informaras sobre todos los adelantos y secretos de Ciudad Luz, especialmente sobre los últimos... y no me los dijiste. Nada dijiste. Has mantenido un silencio absoluto sobre ello... Ahora también he venido para preguntarse sobre lo mismo, lo estoy haciendo... y ya no con el tono fraternal que siempre me ha caracterizado... Te lo estoy pidiendo como se pide a un reo, como a alguien que ha infringido la ley, porque así es. Se te juzgará por tu falta de colaboración con la gran causa, sumada a tu lenidad y falta de patriotismo durante todos los años que gobernaste Ciudad Luz.

¡Fuiste un mal gobernante!, por esto se te condenará al despojo de tu Dignidad y a la pena capital. Tienes la oportunidad de aminorar tu pena. Es el momento que me lo digas todo, ¡todo!

El anciano interrogado, lo mira con serena dignidad, y desearía permanecer callado, como lo ha hecho en cada ocasión que el usurpador se le ha dirigido con esas intenciones. ¿Qué le hace romper ese silencio al decir de la siguiente manera?:

—Querido Peritoo, te repito de la misma manera que te lo esboqué en una anterior oportunidad; con el profundo respeto que te tengo, te digo como a un hermano que me niego a aceptar lo que estas haciendo con mi amada ciudad. ¡Lo estás convirtiendo, en una monstruosidad! ¡Le estas extirpando su cerebro y corazón nobles! ¡Lo estas transformando, pronto no será otra cosa que una criatura... carente de valores verdaderos, en una criatura muerta! ¡Y nada de lo que mi boca diga, servirá para empeorarla! ¡Nada diré! ¡Y eso debe convencerte!

—El digno silencio del “Virtuoso” Quirón. “El Venerable Quirón”. Si me tuvieras el profundo respeto que dices tenerme, cooperarías conmigo; cooperarías con nuestros ideales de recuperar el gobierno total de la tiranía de la superficie... ¡Y todo sería nuestro otra vez! ¡Todo lo de arriba, lo de la superficie, nuestro otra vez! ¡Serían nuestros esos feraces continentes llenos de abundantes bienes naturales!... ¿Es que no te cupe en la cabeza? ¿Es que no puedes decidirte a abrazar mi causa? Ambos queremos recuperarla y la forma mía es la mejor, la más rápida.

“¡Derramar sangre, entre hermanos! ¡No! ¡No, monstruo!”: gime para sí el noble anciano y paladea las siguientes palabras con una firmeza y entonación que no le parecen suyas:

—¡Por ese camino lo destruirás todo! ¿Es eso lo que quieres?... ¿Buscas una destrucción total entre hermanos? ¡Dime! ¿Y estarás vivo para entonces? Nuestras armas son poderosas y nos destruirá a ambos... ¡Desiste... por favor, os lo ruego con todo mi compungido corazón!

—“Virtuoso Quirón”, no me distraigáis más. Y contestad a mis preguntas, porque serán las últimas que os haga como hermano. ¿Sabes que hemos preparado a *La Maestra* para que pueda torturar?

Los sinuosos ojillos de Peritoo se llenan de maliciosa mirada ante el respingo temeroso de los nobles viejos que conocen de lo que es capaz *La Maestra*.

—Y, bien —prosigue, lleno de confianza repelente—. Háblame de tu hermosa sobrina, ¿donde está ella?

No hay otra respuesta que el silencio.

—Háblame de Perseo... ¿Qué sucedió con ambos? ¿Dónde se esconden? ¿Qué intrigan? ¿Acaso están planeando la manera de recuperar tu... “tu trono”?

Más silencio.

—Nada debes ocultar. ¿Cuántos hombres, más lo acompañan?... Recuerda *La Maestra* puede sacártelo todo. ¡Habla!

El silencio ya no es una respuesta. Es una interrogación.

Peritoo, sonríe para sus adentros. Está satisfecho... ¿Satisfecho por las negativas del anciano líder? No por las negativas, sino porque ha conseguido lo que fue a buscar allí entre los rostros preocupados de los viejos, ha logrado cierta sumisión que irá estimulando poco a poco a medida que pasen los días hasta conseguir un servilismo total. Y exterioriza su sonrisa, triunfante, al mismo tiempo que señala, con calculado desgano el vidrio líquido de las paredes esféricas en las que surgen imágenes virtuales. Quirón queda petrificado ante esas imágenes que provienen de *La Maestra*: ¡Dios mío, ha leído mis interiores! ¡Ella misma no podría entregarlas de sí, los secretos tienen siete llaves irrompibles dentro de sí! ¡Y ahora están a la vista de todos, minuciosamente detallados! Alarmado comprende que ni aún su silencio interno forzado le ha servido y han sido interpretados fiel y totalmente. ¡Allí, en la gran pantalla de la pared puede ver al *Selecto* y al riguroso entrenamiento de los hombres que lo conforman, también las ballestas de última generación, los fantásticos trajes... y mucho más! ¡Ningún secreto ha quedado en su memoria, todo ha sido develado!

Quirón está al borde del colapso nervioso. Se sabe culpable de todos los desastres que ya presume vienen. “Pude bloquear mi mente... con la muerte mía. Lo dejé escapar todo. Ahora es tarde”. Y hubiera caído al piso, si los Venerables que lo acompañan, no se anticipan, lo cargan y con cuidado lo depositan en un mueble semejante a un sofá.

—¡Se muere el viejo líder! —exclama Peritoo, con un cinismo bien disimulado— ¡Tanta fidelidad... digamos: tanto fanatismo por alguien melindroso y poco audaz!... ¡Únanse a mí! —exhorta a los Venerables— ¡Y compartamos la dicha y el triunfo... que ya siento al alcance de mis manos, y ustedes también lo podrán sentir de tal manera! ¡Tengamos la satisfacción de servir a nuestra amada “Nueva Austral”!

El mutismo de los ancianos es persistente. Peritoo sabe que si tiene que ser aceptado por los Notables de Ciudad Luz, los directores de cada una de las 49 gobernaturas de la urbe subterránea, tiene que tener de su lado a los Venerables del Concejo de Ancianos. Los Notables conforman un grupo influyente de sabios, de excelentes características internas,

sus dictados se convierten en ley, estos ancianos respetan la sabiduría de los Venerables y son fieles a Quirón su emperador. Si los Venerables en su totalidad no se le unen a Peritoo, una insurrección estimulada por los Notables ya es un hecho; debe lograr sus objetivos antes de que esto suceda, mientras tanto debe tener la mano dura hasta donde pueda.

—¿No me dicen nada? —vuelve a graznar con acento repulsivo— ¿Bien?... Me temo que esta será nuestra última entrevista. Este es un adiós...

En ese momento *La Maestra*, pide la atención de todos los presentes:

—¡Es importante! —grita con una bien modulada voz femenina a la vez que en toda la pantalla de la habitación se ven las imágenes de tres personas vestidas de absoluto negro a un paso de irrumpir en la habitación— ¡Dos integrantes del *Selecto* y un... personaje desconocido, están a punto de ingresar clandestinamente... ¡Atención... están... cortando... mis... conexiones... con... la... prisión!

Y las luces de la estancia se apagan simultáneamente junto con esa voz. El ascensor de luz teletransportador que el usurpador usara para dirigirse allí y que quiso utilizar apuradamente para abandonar el lugar también se apaga. Y la mortal radiactividad magnética con que estaba recubierta la pared de vidrio de la celda, también se extingue para alegría de los Ancianos. El vidrio líquido, escurre en un punto, hasta dar la forma de una compuerta esférica y por allí entran los tres personajes de negro.

—¿Quirón? —llama una de las siluetas.

—¡Volviste, Perseo! ¡Nos llena de sorpresa y alegría! —apura uno de los Venerables.

Quirón, al escuchar esa voz, sale del desmayo como catapultado. Y responde sin levantarse del lecho:

—¡Perseo! ¡Volviste! ¡Es... un triunfo!... ¡Perseo, oigo tu voz y siento, por ella, en lo profundo mío, que traes un milagro! ¡El milagro más grande!

—¿Estáis bien, Venerable?

—¡Sí, muchacho! ¡Ahora estoy bien! —y volteando la mirada pregunta—: ¿Atenea?... ¿También volvió Atenea?

—Sí, Venerable.

—Me alegro... Ya la veo: ¡Mi muchachita!

—Disculpe Venerable. ¿Dónde está el Venerable Pancho, no lo veo?

Quirón con un elocuente mohín, una triste mirada sumado a un apretón de manos, le da a entender lo sucedido con el aludido. Perseo siente un tirón de iracundia contra el usurpador a quién echa una ojeada rápida.

*¿Es que el llanto
siempre tiene que venir
por causa de otro?
Esa mordedura de serpiente
que ensancha mis venas
¿por qué me quema ahora, mil veces?
¿Qué me dice que me ha de calmar
una mirada de medusa mía
hincando como lobo hambriento
en la carne del repulsivo...?
Calma tengo, mucha,
donde no lo alcanzo,
mis manos tullidas no me sirven para ello.
¡Auxilio! ese río de venenos me ahoga,
es un torrente implacable y
me arrastra entre rápidos,
remolinos y caídas,
todos letales.
¿Dónde dejaré el pellejo lejos de los huesos?
¡Quiero entender este rencor
convertido en llanto!
¡Ah, ese rincón
tan caliente del infierno,
es para mi!*

El usurpador aprovecha una distracción: de un empujón echa a un lado a uno de los Venerables, y poniéndose al lado del anciano líder con su espada de cristal encendida en las manos se dispone a matarlo. Lento de movimientos, Quirón apreta los ojos y espera aprensivamente el letal chasquido del arma y sus carnes; sabe que no es dolorosa una muerte así y sin equivocarse presume que su corazón es la parte escogida por el traidor.

Esus, atento a los engañosos movimientos de Peritoo fue desliziándose a la par que este, y antes que este pueda descargar su arma, lo

patea de una corva, al mismo tiempo que coge de la mano armada y de uno de los hombros. Tira del sinuoso usurpador hacia atrás con tanta fuerza que lo lanza de espaldas al piso. La grata sorpresa de los ancianos es lenta en comparación a la rápida reacción del frustrado asesino, quién con la rapidez de un atleta bien entrenado, se ha levantado del piso y ha recuperado la espada que se le había escapado de las manos.

“¿De donde ha sacado esa fuerza y rapidez si meses atrás no era otra cosa que un débil viejo?”, repiten en coro los pensamientos de los venerables refiriéndose a Peritoo. “No hay otra explicación, que la de haber utilizado a *La Maestra* para autosuministrarse la prohibida y experimental transfusión magnética de energía. ¡Una dosis diaria, para mantenerse joven durante 24 horas!... ¡Vaya vanidad! Una dosis permite que cada célula vieja del organismo se recubra con un aura electromagnético remplazando la natural y envejecida vitalidad. ¡Eso causa adicción y lleva apuradamente a la muerte! ¡La muerte es ineludible al final!”

Perseo, saca su espada y frena otro alevoso ataque de Peritoo contra Quirón. ¿Cómo es posible que semejante vejestorio posea tanta vitalidad y fuerza que no se le conocía? Y Perseo tiene que retroceder defendiéndose como puede, una flaqueza suya es aprovechada por el anciano: ¡y siente mutilársele uno de sus brazos con una espantosa quemazón, ¿no decían que era indolora el toque de esas armas?! ¡El olvidar de conectar el blindaje de su traje, le ha costado caro, y su brazo le queda colgando inerte dentro del mono que sí ha soportado el corte! Peritoo se sabe vencedor y en nada se apura para cortarle alevosamente también una pierna, por encima de la rodilla; el alarido de cólera y dolor que viene atiza su fiebre, le llena de vana gloria, y desdeñando al mutilado por completo, busca un nuevo oponente: Con los ojos insistentes reta a cualquiera de los presentes. Atenea se adelanta, pero es apartada suavemente por Esus, quién sin emplear ninguna palabra le indica que él asumirá el reto y avanza con su acostumbrada serenidad, y sin necesidad de arma alguna se planta frente al usurpador.

A todos asombra la actitud del joven. Los ancianos, incluido Quirón, temen presenciar una quijotada. Perseo, adolorido está poco convencido de un resultado feliz. Atenea, intuye que vienen más sorpresas por desenvolverse de parte del joven. Y para Peritoo es una temeridad, y ante el cual exclama, preguntando:

—¿Quién eres?...

Esus permite que se suceda un hondo silencio.

—No sé por que hago esta pregunta... amigo —continúa el anciano usurpador—, pero la cortesía me obliga a hablarlos. Posiblemente se deba a la presencia de los Venerables y por respeto a la “última” oportunidad... que tú representas para ellos: lo he notado en el semblante de Atenea. No está de más decirlos que hasta hoy me he enfrentado a grandes enemigos. He combatido contra eximios espadachines y contra campeones de combate, cuerpo a cuerpo; todos ellos respetables, honorables, y venerables... y a todos he vencido finalmente.

No obtiene respuesta que le satisfaga, lo que le hace continuar su monólogo:

—¿Es que los del *Selecto* no te enseñaron las reglas de urbanidad? ¡Responde!... ¡Habla! ¡Vamos no me agrada, en absoluto, liarme con un desconocido! ¿Eres acaso respetable?... ningún mozalbete lo es. ¡Bien!... ¡Bien! Creo que esta vez, la única vez, que me enfrentaré a un individuo sin trascendencia... Y ¡claro!, muerto en mis manos te hará famoso, ¿eso es lo que buscas, verdad? ¡Vamos pillito arribista, combatiré contigo sin armas! Y tu deberías coger una... así estaremos parejos.

El usurpador guarda su espada.

Esus frena los golpes que le lanza el anciano rebelde, y luego rápidamente lo coge de un brazo y lo azota contra el suelo. Los Venerables suspiran aliviados, los resultados de esa magulladora caída les hace presumir un final que gusta. El retador, tras una nueva andanada de puñetes y patadas, al estilo oriental, es rechazado con diestros esquivos y dos veloces golpes en el tórax. Esos golpes debieron dejar fuera de combate al rudo anciano, y al no suceder así, hace pensar que usa coraza magnética y lo máximo que logrará el joven será hacerlo recular.

—Esus —grita Atenea—. La cabeza es su único punto débil... y la garganta.

Para Peritoo llega el momento de decidir la suerte del combate, cuando presume que ha encontrado un instante de descuido en su contrincante y traicioneramente blande su ígnea espada. Esus, retrocede ante la bestial estocada que enseguida ve venir, evitándola, y retorna impelido por un veloz giro, así patea la cabeza cana de su contrincante abriéndoselo como a un melón maduro. Esta última parte se continúa con una trágica visión: el cuerpo despedazado, al igual que la cola desprendida de un lagarto, continúa automáticamente con la lucha durante largos minutos mientras desparrama el fluido rojo de su cuerpo. ¡Grotresco escupir!

Algo en el ambiente, algo... ubicuo, parece estar presenciando de buena gana esa violenta lid y sus consecuencias lo han dejado perplejo.

“¡Sí, ese alguien, es *La Maestra*, quién lo ha visto todo”, parecen resumir las mientes de Esus, extrañamente perceptibles.

Ni aún extinto, Peritoo, ha soltado su arma. Y esta se ha ido apagando lentamente, mientras la muerte se pronunciaba enfriando su cuerpo en el cubículo ensangrentado.

CAPITULO XVI

LA MAESTRA

*¡Este dolor me alegra!
De haberlo sentido antes,
así de quemante,
me hubiera dicho a mí mismo:
¡Ahora lo entiendo!
Es como el perfume
salido del agujón de una rosa.
De una rosa blanca, antes;
de una rosa roja, ahora;
en ella veo la sangre
de la comprensión.*

Perseo, inmediatamente después de haber recibido las terribles heridas, activó el blindaje de su atuendo y de esa manera no se ha desangrado. Sus heridas son graves y están abiertas, pero las propiedades magnéticas de su traje permiten el normal funcionamiento de sus músculos, arterias, venas y conductos linfáticos, que en otro caso estarían sangrando. Sus mutilados miembros continúan unidos gracias a la corriente magnética que también alimenta el blindaje, el problema se presentará cuando quieran sacarle del atuendo, entonces sus miembros se separarán y las arterias y venas de las heridas dejarán correr los fluidos vitales de su cuerpo. Le vienen dolores; tiene que permanecer inmóvil para atenuar esos dolores y así deberá permanecer por el tiempo que... depongan a los usurpadores: ¡Qué sea pronto! En las circunstancias presentes no puede ser llevado hasta el incubador regenerante y ser introducido en él. Allí se sumiría en un profundo coma, todo el tiempo necesario que requiera su curación. Por ahora, debe descansar, dormir profundamente. Debe meditar, sabe que si hiciera eso, durante todo un mes, unido a los efectos curativos de su milagroso atuendo su brazo soldaría como también su pierna y nada indicaría que alguna vez fueran seccionadas. Pero eso es imposible

para él, no podría permanecer tanto tiempo inmóvil, no está preparado para ello.

Mientras tanto, dos centenares de hombres armados rodean, por fuera, el compartimiento blindado que ocupan los ancianos presos, tienen la consigna de matarlos a todos.

El anciano líder habla un tanto preocupado:

—Amada sobrina. ¡Me alegra volverte a ver!... Doy gracias a Dios por ello. Y me entristece el que todos tus buenos compañeros, aquellos que fueron parte de la misión al *Lábaro* no hayan podido regresar; sí preciosa. Nunca me podré perdonar este sacrificio.

Y ambos, tío y sobrina se suman en un emocionado abrazo.

—Amada sobrina; el corazón me dice que la misión tuvo el éxito esperado.

—Sí tío. Y no creímos que al final tuviéramos que sumar a todas aquellas peripecias y peligros la innoble insurrección en nuestra propia casa.

—Esperamos que pronto acabe, hija. ¡Ojalá!, que todo vuelva a la normalidad en un corto plazo.

—Ahora, tío, estoy más segura de que triunfaremos, no sólo contra los innobles ancianos insurrectos de nuestra propia casa, sino también contra los usurpadores de la superficie.

El noble anciano se abstiene de comentar esto último. Y sólo exclama apartándose de la chica y mirando al joven aventurero:

—¿Esus, verdad? Te llamas así, ¿verdad?... ¿Cómo es que llegaste a coincidir, en ese extraño mundo de sombras, con Atenea y sus compañeros del *Selecto*? Ya me imagino, en esto no hay casualidad, la casualidad no existe, fueron llevados por las manos de la noble *causalidad*, para reunirse en los oscuros pasadizos de la Gruta Madre.

—Tío —interviene la beldad—, esa parte es una larga historia y te la contaré con calma. Tienes que ser paciente.

—Bien —repite el anciano—. Ahora es urgente salir de aquí y llegar hasta *La Maestra*. Es importante anularle todas las modificaciones que le han introducido últimamente en su cerebro. Sus neuronas están confundidas...

En esos momentos, salir de allí, sería un suicidio.

—Reunamos nuestras fuerzas —complementa el anciano—, de esa manera nos acercaremos a *La Maestra* y podremos recuperarla.

Se toman de las manos y forman una cadena circular. Cada uno, como una pequeña batería, entrega sus energías síquicas, y así conforman

en conjunto una poderosa fuerza síquica. Este círculo de personas, con Esus y Atenea en el centro, es solemne desde sus inicios; tiene la trascendencia de todo un ritual, antiguo y actual a la vez. Los labios de los Venerables susurran *mantram* sagrados: palabras que en garganta de dioses tendrían la facultad de crear mundos con materia prima cogida del caos. La voluptuosidad espiritual, originada por la profunda interiorización, trae consigo la salida en el astral de cada uno de los integrantes de la cadena.

Esus, se ve flotar junto a Atenea y los Ancianos. Y todos juntos, rodeados de una brillante aura azulina, semejando a un cometa de luz, salen volando de esa hermética habitación. Nadie los ve cuando atraviesan el cerco de hombres enviados para eliminarlos. Y se dirigen al centro motor, corazón y cerebro de Ciudad Luz que ante sus ojos astrales se manifiesta como un colosal átomo luminoso rodeado por una atmósfera de 7 capas cuyos colores son del arco iris: añil, violeta, azul, verde, amarillo, naranja y rojo. Brilla en un ilimitado cielo violáceo. La música que embarga a ese magno átomo es maravillosa, imposible de ser reproducida fuera de él.

La atmósfera cromática tiene la finalidad de proteger al singular átomo. Los integrantes de la cadena síquica penetran la capa añil, la más externa, luego de empujar y abrir una puerta sideral. Y como lo temían les llega un mensaje atemorizante que sienten como una rociada de fuego atómico:

¡Vu-el-va-nse!

El mensaje ondula oyéndose incluso en todo el vasto océano violáceo de la siguiente capa; después se extiende con la fuerza de una marejada infinita por las demás capas. Vencidas, con mayor esfuerzo, las capas violeta, azul y verde, se suma a la marejada un espantoso sonido radiactivo: llega en ráfagas intensas y calcinantes, que traducidas en palabras corrientes quiere decir:

¡Ya-es-s-s-tar-de-para-vol-vol-ver!

Suena infinita. Los ancianos comprenden que la siguiente barrera será muy difícil atravesar, si no imposible, pues antes de llegar a ella sienten que ya está orientada contra ellos con un ímpetu exagerado unos microbios síquicos. Luchan contra estas con todas sus fuerzas síquicas, con todos los valores de la conciencia que han logrado cultivar en su larga

vida. Con tremendo esfuerzo, vehemente, titánico, llegan a atravesar la atmósfera amarilla; en todo ese trayecto, unidos a los microbios síquicos, bichos atómicos, insectos invisibles de la peor laya los amenaza con ponzoñosos apéndice. La aureola de los Venerables es inmune a esos escupitajos, inmune a las muchas mordeduras y a los intensos aguijonazos radiactivos; los trocan por hálitos perfumados e inocuos. Luego, la capa anaranjada, alberga en sí, a monstruos mucho más corpulentos y poderosos que la capa anterior, anatómicamente son de las más variada fauna síquica, son engendros que la peor esquizofrenia pudo engendrar y expulsan amedrentantes halitos corrosivos. Una estampida calculada de esos entes, atropella a los ancianos y desbarata su férrea unión. Los maltrechos ancianos, hubieran lamentado el fallecimiento de alguno de los suyos si no retroceden enseguida. Luego la misma horda los persigue, hasta las capas anteriores, ¡las radiactivas patas de plutonio chascan a centímetros de sus talones cuando se ponen a salvo! Pasado el peligro se reúnen maltrechos y el pesimismo parece invadirlos. “Pero... ¿donde están Atenea y Esus?”, se preguntan, “no los vemos por ninguna parte...”

¡Los jóvenes han logrado evadir las hordas y a su ira radiactiva y van camino a la atmósfera roja! Surgen nuevos entes, con ilusas formas neuróticas, espantosamente fuertes pero... ni siquiera se interesan en ellos, es como si vieran en la joven pareja un par de insignificantes criaturas que luego serán frenadas por formas más débiles que ellas. ¡Vaya vanidad! En ese trajín sólo una monstruosidad, demasiado infantil, parece encontrar en Esus a un enemigo de cuidado, pero lo deja pasar sin el intento de atacarlo, ¿acaso considera al joven como un mortal virus? Luego da la vuelta y huye a esconderse en una oscura guarida energética.

La atmósfera roja, arde con un intenso fuego nuclear, la intuición afirma que tiene origen sexual, y quema todo aquello que se acerque a ella; nada humano podría soportar los exagerados calores que emite, en fracciones de segundo, cualquier cosa que se coloque en ella, o simplemente se le acerque demasiado, quedaría reducido a cenizas. Desde muy lejos, Esus y Atenea, sienten los efectos de esas llamaradas radiactivas. Los pensamientos, las intenciones, los anhelos, los sentimientos... y la sola función de vivir, se chamuscarían y servirían de pasto a las llamas, y luego estas se extenderían hacia la persona o personas que las originaran causándoles quemaduras en su máxima expresión. Ambos jóvenes prosiguen su rauda avance estoicamente. Cuando el dolor está por alcanzar el culmen en Esus, este busca en sus interiores la razón de esas intensas molestias, sabe que no puede estar en otro lugar que en su propio interior. El intenso

castigo, una sensación en busca de un orgasmo de morbo, absorbente, se suaviza por la profunda calma del autoanálisis. En esto viene un refrescante bálsamo, un oasis de espontánea frescura unida a un mensaje de amor que dice:

—¡Hijo mío! Los defectos humanos arden con este fuego rojo. Sólo los puros pueden atravesar este fuego sin molestias. La bestia de los defectos humanos es consumida como yesca, a distancia, basta el aliento del fuego rojo para ello. Las personas como tu, sienten angustias y en lo más cálido del fuego también se consumen si no aprenden y comprenden la naturaleza de los dolores que están dentro de sí. ¡Mírate, critícate a ti mismo! ¡Comprende, aísla a la razón de tus sufrimientos y haz que ese fuego, en vez de dañarte, queme esas monstruosas escorias!

—¡Madre, tu debes quemarlas!...

—¡Sí, hijo!... ¡Es lo mismo!

Y el horno radiactivo, con sus lenguas de plasma, aumenta el tormento. El clímax está a punto de alcanzar también a la chica pero de un modo diferente. Ella se esfuerza por controlar el terrible impacto de la radiación en su piel, si no fuera así sus entrañas se abrazarían y moriría carbonizada de adentro para afuera. En medio de los atroces dolores, siente la voz de Esus como si viniera de sus propios interiores.

—¿Esus? —inquire en medio de la sofocación— ¿Eres Esus?

—Sí. Escucha Atenea. Esas llamas sólo consumen al monstruo de múltiples caras que mora dentro de nosotros... y podría acabar con nosotros. Si ellos, nuestros defectos psicológicos, no son descubiertos y aislados voluntariamente, con seguridad estarán metidos en todo nuestro cuerpo, dentro de nuestra sangre, en nuestros huesos, en nuestra mente, causándonos ceguera. La cuota de inconciencia en nosotros es mayor cuantos más defectos haya en nuestro interior sin descubrir y sin eliminar. Un cuerpo defectuoso, con esas llamas se consumirá ardiendo.

Y junto a las palabras del muchacho, otra voz surge de un lugar muy íntimo de la chica. Tiene acento femenino y habla dentro de una bruma difusa; le cuesta esfuerzo discernir lo que le dice...

—¿Madre? ¿Madre, eres tú? —inquire.

—¡Hija, cuánto esperé este momento!

—¡Madre, te necesito!

—Lo sé, hija. Tú conoces la razón de tus dolores, pero no te has atrevido a profundizar en ellos, es por eso que te castigan. Te torturan con insolencia. Mira tu interior con mayor detenimiento, hija. Obsérvate im-

parcialmente, descubre al demonio que te flagela y entrégamelo, porque yo lo desintegraré...

La bella joven, no se ha dado cuenta en que momento deja de sentir dolores; y si tenía heridas abiertas y sangrantes en la piel y serios cardenales, repentinamente han sanado. Le viene una tranquilidad en la que se sumerge. ¡Sí, es tan extensa que tentada está por recorrerla toda...! ¡La sensación es nirvánica!... Por el momento, la premura es importante a esa dicha permanente, hay trabajo por hacer y junto con Esus renuevan su marcha bajo la rojiza atmósfera con renovadas fuerzas. Ya nada temen, ya las espantosas oleadas que generan las criaturas del fuego son calores inocuos. Es imponente el panorama en ascuas que recorren.

Ambos jóvenes se introducen dentro de la luz blanca que está al final del camino de las 7 atmósferas. Momentos después, frente a ellos, surge una forma energética, evidentemente inteligente, observándoles con interrogante curiosidad. Esa forma energética poco a poco va adoptando una forma humana, y finalmente concluye convertida en ¡una hermosa mujer!, desnuda ella, es un perfecto poema de formas y curvas femeninas a la vez que habla con una voz ubicua:

—Ustedes... me han causado... la mayor sorpresa de mi “vida”. Nadie hasta ahora, ha podido hacer lo que ustedes han hecho... Nadie ha podido llegar hasta mí teniendo por delante tantos poderosos tropiezos y vencéndolos—y enfocando la mirada en Atenea aduce—: A ti te conozco desde mucho antes de que nacieras, desde las dos minúsculas células sexuales que te dieron origen, he visto a esos pequeños individuos celulares formarse en el interior de vuestros padres y comunicarse inteligentemente. La unión de dos seres “despiertos” sucede antes de su nacimiento. Bien sabes que en las relaciones sexuales nuestras, entre un hombre y una mujer, se suceden hechos maravillosos, al final de ello el hombre dejar salir de sí una sola célula sexual, un espermatozoo que deposita dentro de la hembra y ha de fecundar el óvulo de esta.

”Esas pequeñas inteligencias, espermatozoo y óvulo, contienen una vitalidad luminosa y trascendente. Dios continúa la creación a través de ellas.

”Es importante conservar esta simiente en el mejor de los estados, transmutarla en nuestro interior. La simiente transmutada ilumina nuestro interior; da claridad a nuestros entidos... y no es necesario que haga una larga lista de sus enormes beneficios, pues tú ya lo sabes, no quiero redundar.

”He visto la etapa fetal de tu vida... Atenea, y he registrado cada uno de los pálpitos de vuestro corazón y podría, si fuera necesario, dar el número exacto en este momento... He registrado cada cambio íntimo de vuestras células incluida su fisiología. Te he visto crecer y modificarte armoniosamente y continúo en esa respetable tarea... El crecimiento síquico tuyo también es de mi incumbencia, como lo es de todo habitante de Ciudad Luz: ¡Sé todo lo que tienes en tu interior! Pero... ¡lo que has hecho para llegar hasta aquí en esta última aventura no estuvo prevista en toda esa matemática vital que de ti tengo! ¡Esos detalles no estuvieron anticipados, se desarrollaron en el presente con una voluntad insospechada! ¡Nada de lo vivido antes por ti, me lo indica científicamente! ¿Qué te sucedió, allá en la gruta Madre, para regresar de ella con un aura imposible de conceptuar? ¿Acaso lo presumía?... —y dirigiéndose a Esus, prosigue—:

”Pero ¡la mayor sorpresa me la diste tu, hombre!... Mi análisis me indica que eres único. ¡Excepcional! ¡Eres, una persona como cualquiera otra, en apariencia... pero rodeado de una magnífica luz... producto de valores concientivos maravillosos!...

”¿De donde vienes, que no te tengo registrado de antes? Sin duda de las tierras del norte, de esos espacios vedados para los “polares” por razones dimensionales y éticas. Los “polares” vivimos algunos grados más allá del Polo Sur, en una región donde los de las tierras del norte jamás podrán llegar, pues en sus genes no hay cabida para ello; repito que la razón es dimensional y genética. El centro del polo, en sus mapas es el final y sus genes no pueden identificar lo que está a un paso más allá... La región donde vivimos no está considerada sobre la esfera planetaria que ellos conocen. Los conocidos grados de latitud y longitud de los “del norte” aquí no funcionan, son inútiles.

”Ustedes no pueden adentrarse más allá del polo, sin embargo nosotros los “polares”, si podemos, tenemos la facultad natural de poder llegar a vuestras tierras y podríamos vivir sin complicaciones, pero razones, repito, éticas y en cumplimiento a mandatos universales, nos abstemos de hacerlo, tenemos que vivir en la dimensión asignada por el creador...

”Hacia el sur, de Ciudad Luz, aunque ya no existe dicho punto cardinal de la manera ordinaria que tu conoces, continúan unas tierras en “superficies” difíciles, imposibles, de entender por ustedes los del norte. Vienen tierras ubérrimas y también desérticas... de todo ello: de sus gentes y de sus cosas estoy... obligada a callar...

Esus la observa con detenimiento. Esa belleza desnuda, perfecta, anonada. Centímetro a centímetro, esa euritmia anatómica es perfecta, derrama metáforas trascendentes en minucioso análisis concientivo.

—Bien —continúa hablando *La Maestra*—. Ustedes del norte no son nuestros enemigos y... —y se dobla sujetándose la cabeza— ¡Oh, en este momento mi memoria está siendo modificada una vez más!... ¡Esta jaqueca es la peor... la peor! ¡Creo que no podré soportarlo!...

Sin duda en lo tridimensional, en el compartimiento anexo al de *La Maestra*, separados por unos gruesos ventanales, los hombres del triunvirato, que sobreviven a Peritoo, encienden una esfera de cristal líquido e introducen nuevas directivas en la trascendental memoria. Los tres hombres no se han atrevido a presentarse en La Alcoba: el compartimiento que alberga a *La Maestra*, pues conocen de la terrible radiación síquica que de ella brota y puede matar instantáneamente a todo aquél que se ponga en su entorno cercano sin previo permiso. Los tres hombres han tomado el mando de Ciudad Luz una vez que les llegó la información de la muerte de su líder y sin molestarse en comprobar la veracidad del suceso.

La Maestra gimotea:

—¡...Ten-go que elimi-narlos a todos us-te-des...! ¡Eso me ordenan!... ¡A uste-des... a los Venerables...! ¡No puedo negarme... es imposible! ¡Debo eliminarlos a todos... a to-dos...!

Esa contorsión de voz, está acompañada con la transformación de la bella mujer. En un segundo se convierte en un poderoso exponente semimasculino, dispuesto a cumplir sus amenazas.

—*La Maestra* —susurra la chica, persuasiva—. Se te ha “inculcado” una ética noble que se impone a todo lo que luego te puedan añadir o quitar. Esa ética es tan noble que te impide dañar inútilmente. Esa ética es inmensa...

—¡Ustedes son mis enemigos!

—¡No, tú sabes que no es así!

—¡Enemigos!

—¡Espera! En algún lugar de tu noble cerebro y corazón, tienes directivas, que en caso necesario te ayudarán a revelarte contra ordenes destructivas... ¡búscalas!

Y aquél exponente de fieros rasgos masculinoides, con la ligereza y velocidad de todo un consumado luchador, coge a la chica y la levanta como a un indefenso monigote para arrojarla lejos. Luego coge a Esus de la misma manera... un momento no lo ha cogido, más bien, su intento de cogerlo ha sido impedido con un rápido movimiento de brazos. Y un rotun-

do rodillazo en el plexo solar, lanza al suelo al masculinoide; sin reponerse de ese golpe, recibe también una sonora patada que le hace ver estrellas. “¡No es posible! ¿La eximia, en todo, especialmente en la lucha, en apuros? ¿La mentora, en problemas?” La patada debió romperle el cráneo, su fortaleza es enorme.

Atenea, luego del revolcón que sufriera, contempla con pasmo, la terrible lucha de hombre contra la transtornada *La Maestra*. ¿Sabe Esus que su contendora aprende con la marcha y adquiere nuevas habilidades, y si quiere vencer tiene que apurarse? El joven bloquea un descomunal puñetazo y una patada que de haberle impactado el tórax le hubiera roto las costillas además de reventarle el corazón como si fuera un huevo. Contraataca Esus, sin permitirse una infinitesimal fracción de descanso. Dos de sus puñetazos bien dirigidos a puntos vitales del cuerpo de su rival, son frenados con la elocuencia de lo eximio, pero una de sus patadas si alcanza un costado desprotegido. La sorpresa de la joven aumenta, cuando ha comprendido que este último impacto ha llevado una carga energética, visible como una explosión luminosa atenuada.

La Maestra, o mejor dicho la monstruosa metamorfosis forzada de *La Maestra*, ha sentido, con ese golpe, una dolorosa conmoción que jamás experimentó antes y ha bajado la guardia. Un nuevo impacto más y su cabeza se llena de zumbidos. Los golpes con firma energética la han vulnerado hondamente que sus ojos ven una infinidad de puntos oscuros apareciendo y se esfumándose sin lógica. Esus aprovecha este pequeño *lapsus* de inconciencia de su contendor para volver sutilmente al compartimiento blindado donde se encuentra su cuerpo y el de los ancianos en cadena; pero no ha vuelto por su cuerpo, sino por el *Lábaro*. Toma con sus astrales manos la copa física y con un esfuerzo concientivo lo traslada a la zona astral... En lo tridimensional la copa flotó un momento en los aires como sostenida por una invisible fuerza y luego desapareció.

El trío de usurpadores, no comprende el motivo por el cual, *La Maestra*, en su aposento, chisporrotea, echa humo y deslumbra el compartimiento con resplandores peligrosos. Los gruesos ventanales tras el que se protegen y pueden verla, están a punto de reventar. Una poderosa llamarada eléctrica los hace retroceder unos pasos, alarmados. Pasado el susto vuelven a pegarse a los ventanales semifundidos y... ¿qué ven?: ¡de la nada, brota la negra figura de Esus, junto a *La Maestra*! Y, ¡estupefacción! ¿Qué lleva ese desconocido personaje en las manos?: ¡El *Lábaro*!... ¡No, es imposible, ese adminículo de leyenda no existe, no es real!

Esus se acerca a *La Maestra*, y gime: “¡Dios mío, *La Maestra* es un gigantesco cerebro humano rodeado de múltiples apéndices energéticos!” Su aspecto es fantástico, levita su cuarto de tonelada encima de una nube de radiación; es, sin la menor duda, la más fantástica fábrica de energía. Esa energía ilumina y pone en funcionamiento la gran urbe subterránea, y lo más importante, gobierna ese funcionamiento de la manera más inteligente. *La Maestra* es mucho más que una fábrica de energía y su controladora...

La terrible radiación que espanta al trío de ancianos y que podría matar instantáneamente a cualquier ser vivo, no le afecta a Esus y no se debe a la extraordinaria resistencia de su atuendo, sino a que está en un estado llamado *Jinas*: un estado físico funcionando con leyes naturales de cuarta y quinta dimensión. El *Lábaro* es colocado en la base del colosal cerebro, en el lugar de un prisma cúbico de plata líquida y de donde nacen numerosos apéndices nerviosos de energía pura. El prisma absorbe al cáliz, introduciéndole dentro de sí como si fuera otro líquido. Se sucede un potente destello luminoso que vaporiza las gruesas paredes blindadas.

Ciudad Luz, pese a las anomalías momentáneas que pudieron sumirla en tinieblas y paralizarla por completo, funciona con normalidad, y esto gracias a las previsiones anticipadas de sus sabios constructores... *La Maestra* puede continuar activa después de “muerta”, sólo que esas previsiones no podrían durar mucho tiempo en las presentes circunstancias. Nunca hasta ahora había sucedido una contingencia de esta gravedad.

Gracias al *Lábaro*, muy dentro de la gran masa encefálica de *La Maestra*, la hipófisis se ha llenado de una gran luz dorada y ha empezado a iluminar como una prodigiosa lámpara. ¡Hermoso manantial sideral! La maravillosa luz, en cuestión de segundos, da vida a una marchita y oscura glándula pineal que irremediablemente se perdía. Momentos después, ambas glándulas: pineal e hipófisis, brillan intensamente en el infinito universo del superlativo cerebro...

—¡Vengan! —se oye un grito apremiante desde algún lugar distante.

CAPITULO XVII

LA LUZ DE LA MAESTRA

—**¡Vengan!** —llama Perseo, angustiado, cuando acaba de ser “derribada” la puerta y entra por ella el primer hombre enviado para matarlos.

Los Venerables permanecen estáticos y sumidos profundamente dentro de sí, son ajenos a lo que sucede en su entorno tridimensional. El furtivo hombre que acaba de ingresar, se siente frenado por una fuerza desconocida e inconcientemente dificulta el paso a sus compañeros... ¡Los atuendos sagrados de los ancianos despiden haces de luces!

¡El aura sagrado de los ancianos, causa sobresaltos en los hombres que siguen al primero!... Pero, la mayor conmoción para esos hombres, es ver a Peritoo, su líder, muerto al borde de una oscura mancha de sangre coagulada. Cunde la duda: ¿a quien obedecer, ahora?, uno de ellos intenta retroceder y es muerto antes de dar dos pasos hacia atrás.

Minutos atrás, antes del ingreso de la jauría asesina, el mutilado Perseo fue el único testigo de la desaparición física de Esus de la cadena: lo vio tomar el *Lábaro* de la mochila de la joven para luego esfumarse en el aire dejando tras sí una estela de misterios. El respingo de sorpresa le costó punzantes dolores que le arrancaron ronquidos de cólera.

Ahora los ancianos son rodeados, por lo visto, serán muertos a espadazos.

—¡Vengan! —exclama Perseo para sus adentros, con ello tiene la esperanza de que su voz pueda ser oída por los ancianos y por los dos jóvenes en el astral.

En ese momento, en la recámara de *La Maestra*, esta recibe el *Lábaro* y echa de sí un incalculable destello. Esus ajeno al peligro que amenaza a los venerables y a la joven, presencia ese destello en la dimensión sutil donde se encuentra. El destello, en breve, crece diametralmente partiendo de la criatura masculinoide en agonía. Esta sufre terribles dolores y poco a poco, tras una espectacular transformación, va tomando el aspecto de una hermosa dama.

Daltón, Senon y Dimas, saltaron a otra habitación de paredes transparentes antes de la explosión que fundiera los ventanales cercanos a *La Maestra* y están pasmados por los fenómenos luminosos. Comparan un temor que confirman enseguida cuando envían una orden para ser obedecida inmediatamente: el prodigioso encéfalo, por toda respuesta, los encarcela donde se hallan.

La Maestra ha transmutado sus átomos síquicos. La serie de terribles percances sufridos en las últimas horas, le ha dado un aura que nunca hubiera conseguido de otra manera. Ha caído al tártaro y ha salido de él más gloriosa que antes. Su experiencia concientiva ha sido formidable y se felicita por ello. Dejando a un lado sus recuerdos, habla con una modulación agradable; se podría afirmar que nada tiene de diferente con el de los humanos:

—Esus, ¡eres formidable! Es la primera vez que doy un elogio con estas palabras. Lo mereces. Te lo digo sinceramente. Tus *chakras* brillan radiando vida. Tienes todo lo necesario para convertirte en un gobernante, y es posible que pudieras llegar a ser el mejor de todos; pero te voy conociendo, tú no anhelas ser gobernante... Si yo te lo pidiera, no lo aceptarías, tienes en mientes otras metas. Viniste y llegaste hasta aquí por otros motivos, esto también se incluye a tus metas. Sólo algo muy cercano a ti pudo traerte hasta estas tierras... hasta los dominios de los australes, y me lo dices veladamente muy dentro de ti: ¡tu amado hermano! Yo te daría algunas respuestas y solucionaría tus demandas... pero tú quieres y buscas tus propias respuestas. Respeto esa forma particular tuya de caminar por la vida. He quedado... mejor dicho me agrada el perfume de la intuición que te acompaña.

En fin, *La Maestra*, también quiere añadir: “¿Oyes ese urgente llamado de auxilio? Es desesperado y está dirigido a ti, Esus, especialmente a ti Esus”. Sí, el singular joven se ha sentido urgido a acudir al punto de partida de un velado llamado que le llega vehementemente. Acude raudo, y el hecho de que varias espadas empiecen su viaje asesino en contra de los venerables, le hace gemir dentro de sí casi impotente.

Gañe Perseo, tullido, desesperado e inútil. ¡Nada podrá evitar la suerte de los ancianos! También a él lo buscas unas saetas hialinas... Su último recurso es cerrar los ojos:

*Ayer me creí justo,
hoy me siento culpable.
He levantado mil veces la espada*

*contra mis contendores
para vencerlos.
La espada, de las mil veces,
sin herir, ha rebotado y,
estoy seguro,
a mí me lacerará el corazón.
Es el momento... ¿de clamar
a mi dios favorito?
Tengo muchos,
todos ellos me oirán,
son legión.
Clamo en voz alta: ¡Ah! ¡Ayudadme!
Todos me gritáis: ¡Excusadte!
Y a mi vez, lanzo un vozarrón,
que no reconozco mío!:
¡Mentís! ¡Mentís, enorme!
¡Ah!, sonríen,
porque me saben suyo,
igual les daría si me dijeran:
¡Arrodillaos! ¡Implorad al dios verdadero!*

Las espadas prosiguen feroces con su trayectoria fatal igual que las saetas incandescentes.

Lo sorprendente viene luego. Antes que cada Venerable sea cortado por la mitad y Perseo atravesado, las incinerantes hojas luminosas y las saetas, se apagan en el aire, inútiles. Los estupefactos agresores, presencian luego la aparición de un ser de luz provisto de majestad y belleza.

La intensa luz de ese ser, convierte a la cadena humana en un foco de luz. En ese momento, en la dimensión síquica, los ancianos extraviados en la atmósfera de 7 colores, son ubicados y devueltos a sus cuerpos. Junto con ellos, la hermosa amazona también vuelve en sí y después se desarrolla el siguiente diálogo:

—Respetado Quirón —dice *La Maestra*, rodeada de incalculable luz—: mi humilde persona se pone a vuestras órdenes.

—*La Maestra*, tu no necesitar hacer esto —responde el aludido Venerable—. Ambos gobernamos nuestra bien amada ciudad subterránea... Ciudad Luz nos pertenece, como a cada uno de sus habitantes.

—Agradezco ese privilegio, Venerable. Me honra. Y paso a decirlos que ellos —refiriéndose a los usurpadores presos—, ya están re-

cibiendo el castigo estipulado por nuestros códigos. Hoy se les ha impuesto rápidamente una pena, el juicio que viene será minucioso y dudo que traiga cambios...

La sanción se estableció en cuestión de microsegundos. De la misma manera se hace cumplir la sentencia. *La Maestra* no puede fallar.

—Toda la urbe funciona perfectamente —prosigue *La Maestra*— luego de recuperar yo mi “conciencia total”, gracias al *Lábaro*. El *Lábaro* en mi interior, me permite mayores capacidades... Incluye mayores funciones... en mí. Y ahora permítanme trasladar al Respetable Perseo; en la clínica está lista una incubadora regenerante donde tiene que curarse.

Dirige un haz de luz al herido y lo teletransporta hasta una máquina con aspecto de huevo. Allí el Respetable utilizará voluntariamente toda su vitalidad para curarse. Con su cuerpo en total reposo pero con una lucidez insospechada, inducida por la máquina, utilizará toda su imaginación e intuición para curarse magnéticamente. Reconstruirá armoniosamente sus células dañadas, una por una. Es importante que empiece con el tejido óseo, el asiento y soporte de los músculos. Habrá éxtasis cuando vea obedecer a sus células, tal como a diminutos trabajadores, reparando los daños; los verá palpar llenos de vida en la faena, los verá respirar... Observando bien, esta rehabilitación también habrá sido síquica: muy provechosa.

CAPITULO XVIII

NOCTURNA

En un compartimiento inmerso en suaves sombras, Esus medita profundamente. Se asemeja a una sagrada imagen oriental colocada sobre una delicada alfombra. Para unos momentos así, de honda soledad, prefiere el silencio absoluto; pero en esta ocasión, un suave sonido, casi imperceptible embarga la habitación. El sonido brota de las paredes, y recuerda a un suave viento acariciando delicadamente las frágiles plantas de una inmensa serranía bajo el amor de un tibio sol. Cubierto está, Esus, sólo por una breve traza; la sensible piel de su atlética contextura recibe las caricias sonoras con deleite; transmuta esos sonidos. En su interior esos sonidos se convierten en oleadas de luz, purificando sus glándulas internas, limpiando su cerebro, su corazón y sus órganos sexuales. Esas oleadas de luz toman preciosos colores, tan sutiles, que no pueden ser vistos por otros ojos que no sean los suyos, primero es blanco, luego pasan por toda la gama del espectro luminoso. “¡Dios mío, mis sentidos se están sutilizando cada vez más!”, se dice. Y tiene razón, una serie de eventos pasados han contribuido con ello.

Cuando la suave música salida de las paredes trae los sonidos maravillosos del viento remontando las ásperas montañas, elevándose por sobre los nevados para alcanzar un infinito cielo tan intenso de azul palpitante como el de las oraciones honestas, Esus repasa en retrospectiva cada detalle de los acontecimientos que le ha tocado vivir, desde el último hasta los más distantes cuando cayera en la gruta. Le da especial atención a las recientes. Su lúcida visión no obvia sus emociones, sus apetencias, sus sentimientos, sus apresuramientos, sus dilaciones... Pese a su permanente autoobservación, sabe que algo de ello pudo escapársele, y acumularse en su interior como un defecto psicológico, es importante descubrirlo... Es importante conocerse más... y más. Debe desintegrar esos olvidos, es importante.

Horas después, acabado de musitar sagrados sonidos, se levanta de su asiento, tensa todos sus músculos y empieza a ejecutar una danza rúnica. Su voluntad transmuta agradablemente sus energías físicas en fuerza

concientiva, vitaliza su Sistema Nervioso, y finalmente concluye sus ejercicios con una danza, en ella imita a los animales en combate: golpea, salta, pateo, rota...; se mueve con rapidez poco usual en humano alguno; suda profusamente.

Esus vuelve a la calma. Nuevamente se sienta. Respira profundamente, y concentra toda su atención en su corazón, allí su intuición pincela una fragante rosa roja, salpicada por refrescante rocío amoroso. Siente viva a la flor...

En ese sutil momento, una voz femenina lo saca de su meditación:
—¿Esus?

Mejor música no pudo ser traída oportunamente.

—Atenea —musita Esus luego de recuperarlo el movimiento del paladar suyo—, es agradable oír tu voz. Pasa...

Ya en la recámara, la chica pregunta:

—Estas a oscuras ¿Quieres que encienda las luces?

Y la luz inunda el compartimiento. Además la luz trae un milagro: ante Esus, aparece una mujer joven en todo el esplendor de su belleza; vestida con sedas que se ajustan a su bien formado cuerpo, deja para los ojos sus perfectos hombros y unas atractivas pantorrillas de porcelana rosa. El perfume que viene con ella es un aria femenina a la alegría y a la honestidad, recoge efluvios de lo profundo de una selva misteriosa. El joven evoca a todas las beldades que en sus constantes viajes tuvo que tratar y ninguna le había inspirado las sensaciones de simpatía y atracción que ahora siente; inequívocamente ¡está enamorado! y ella en sus claros ojos de río cristalino deja transmutar idénticas sensaciones de atracción por Esus. Perseo diría:

*Mutuo,
en el crisol de la alquimia.
Un descenso al infierno
para robar su fuego.
Un día me detuve
en el umbral de la duda
y pregunté: ¿Todo es posible?
Se me respondió: ¡Nada es posible!
Y si hubiera preguntado
¿es posible amar?,
se me hubiera dicho: ¡Vive!
Y tal vez se me hubiera explicado*

*de que la flor saca su belleza
del estiércol y del humus,
y para volar, el ave
necesita de dos alas:
debe nacer completo.*

Atenea, toma asiento junto a Esus. Se miran mutuamente, no tuvieron una oportunidad anteriormente para hacerlo como ahora lo hacen con una libertad infinita y sin apremio; están embelesados. Y en ese momento una voz salida de unos receptores mimetizados en el ambiente los saca de ese glorioso momento compartido:

—Atenea, perdone la interrupción. Se os llama del Concejo de Ancianos. Es importante que acuda ahora mismo. Y a usted, Esus, se le invita participar de la misma reunión, su aceptación nos honrará...

La joven con una sutileza femenina, encuentra dentro de la mirada masculina toda la sencillez de un campo sembrado de trigo bajo la frescura primaveral de lejanas tierras. En esos extensos prados existen pequeños detalles extasiantes, allí está el delicado vaivén de coloreados lepidópteros, de pequeñas criaturas iridiscentes deteniéndose para libar el elixir de los pétalos de desconocidas plantas. Una avispa, acorazada con reflejos metálicos, salta y vuela, repetidas veces, así alimenta los límpidos aromas del día. Por una ramita olorosa corre un escarabajo de caparazón rojo y negro, abre sus élitros y una diminuta explosión lo gasifica... Detalles. Fragmentos de amor. Dentro de la mirada masculina también está presente la delicada tibieza de las aguas marinas tropicales, la infinita epepeya vivida por un niño, ya entre rojos corales oníricos y los etéricos pececillos de color moviéndose en torno a remolineantes dedos de un hada invisible. En la deliciosa profundidad, una estrella marina, usando el color de una lágrima ambulacral, se desliza por el fondo acuático con la lentitud de una oración; y cerca, su vecina, otro equinodermo provisto de espinas de cristal es empujada con risueño desespero por un nomo que ha visto su lentitud de guijarro... El nomo en su tarea del momento pasa por encima de un brillante doblón de oro. Y cerca unos pececillos con los colores de una aurora violácea y carmín, se combinan con el suave aroma metálico de una barra de plata... Algo indefinible da aliento a todo...

El joven, observa en los hermosos ojos exóticos de atenea, unos sonidos misteriosos vibrando en el centro de una insondable noche. Rápidamente, allí, una fugaz iridiscencia, trae, algo muy semejante a un amanecer. Las sombras aún abundan y algunos sonidos misteriosos se hacen

definibles: provienen del goteo incesante entre estalactitas, las gotas brillan como gemas con la poca luz... ¿Como gemas? En realidad son verdaderas piedras preciosas, que enseguida de ser fabricadas en un yunque especial ¡candente!, y tallada por los elementales de la tierra, son entregadas a diminutas y bellas hadas etéricas. Ellas, las hadas, con sus sutiles manos como el perfume, las van depositando delicadamente en unas arcas de donde brota el más precioso perfume... del amor. Cada arca tiene inscrita una palabra, que la intuición puede leer con facilidad: esta, “sinceridad”; aquella, “honradez”... y hay muchas otras arcas signadas con palabras puras. Detalles. Fragmentos de amor... Una joven desnuda se baña bajo un chorro de agua que cae en una hondanada edénica. Ella es rodeada oníricamente por una brisa azulina, en medio de la cual su cuerpo se difumina como la esencia pulverizada de una perla o se levanta como el humo de una agradable resina litúrgica sobre ascuas... El perfume con forma de mujer luego se zambulle y bracea en el líquido de la hondanada. ¡Ah, el agua es maravillosa, es una sinfonía! Lo interesante viene al instante, cuando ella sale del líquido, ¡sus voluptuosas formas no encierran nada de soez! ¡Ni un ápice de lubricidad! Y esa belleza desnuda se eleva, vuela con la ligereza de un pensamiento sobre continentes que le son poco conocidos: esas enormes masas de tierra iluminadas por un caluroso astro diurno; atraviesa bruñidos mares, cuyos perfumes atizan la curiosidad de conocerlos más; se eleva más y cuando alcanza el zenit deseado, de su corazón brota una luz azulina que baña todo aquello observado abajo...

Esa luz... Esa luz... La mirada de ambos jóvenes se funde en una sola.

El connubio de ambas miradas, tiene el don de romper toda barrera. Así él y ella se lanzan por el tiempo a lo remoto. Llegan sutilmente a un lejano día guardado en lo más íntimo de sí, al atardecer de un día cósmico, a un momento en que todo el universo se preparaba para el anochecer de la vida universal. En ese momento todas las criaturas se reducían... volvían a las semillas de donde brotaron en el amanecer de la vida. En medio de ese oscurecimiento magno, pueden ver a dos criaturas que se amaron, reencontrándose después de cada nacimiento y separándose con cada muerte, luego no tuvieron otra opción que la de sumirse dentro de un capullo concientivo que ya habían preparado con voluntad y amor, el capullo podría soportar la misma muerte del Universo... Llegando la noche universal, toda la creación se sumió en la profunda oscuridad del caos... Millones de años más tarde ¿qué significan los años por millones que fueren, para el caos?: nada, en el amanecer del siguiente día cósmico, de las semi-

llas latentes que quedaron del día cósmico anterior, salió la nueva vida. Esas semillas, cada una, se multiplicaron en dos, luego en cuatro... vino una fórmula universal... una vida fetal infinita y finalmente se formó, otra vez, el Universo. Se expandió el Universo, hubo calor inimaginable, las galaxias volvieron a rotar... y en un planeta minúsculo, toda su anterior historia se volvió a reproducir, volvió a repetirse...

El universo... El infinito... La vida...

Siempre la vida. La vida se repite.

Más tarde, los dos jóvenes, en el Gabinete de los Venerables, observan un informe de *La Maestra*. Sobre una plataforma magnética de vidrio líquido semietérico, toman forma unas imágenes tridimensionales de tamaño natural de un acontecimiento que se realiza en ese momento a mucho kilómetros de Ciudad Luz y sobre la superficie planetaria, sin duda en Austral. Ante ello Quirón afirma:

—Gracia al *Lábaro*, hemos logrado penetrar la bien resguardada intimidad del corazón y cerebro de la urbe Nocturna. Y como nunca, ahora podemos vernos “frente a frente” con Blaal, y sus dos socios: Flato y Rudo...

Los tres personajes nombrados por el anciano líder, están sentados frente a una esfera de metal etérico en cuya superficie televisiva virtual se observan algunos acontecimientos de interés para ellos, y conversan seriamente. Blaal es un hombre, su recia contextura niega su edad propecta, en sus negros ojos reserva una agudeza desarrollada; y los otros dos, por las trazas, importantes hombres, llevan a cuestas una pronunciada senectud.

—¿Oyeron lo que dice? —continúa Quirón con un tenue desdén y alarma— ¡Planean atacarnos esta misma tarde! Ultiman los detalles de dicha operación... Pero, ¿qué está sucediendo? ¡Me temo que han notado nuestra injerencia en sus asuntos secretos!... ¡Nos han interceptado! ¡Nos han descubierto físgoneando! ¡En este preciso momento buscan nuestra ubicación!

Sin duda, el símil que ellos poseen de *La Maestra*, los ha “sentido” y trata de averiguar de donde procede la intromisión. La esfera, una maqueta virtual, en el que planeaban un ataque masivo aquellos personajes de brillantes uniformes plateados, se convierte luego en un rectángulo casi plano y encima se concentran imágenes virtuales del subsuelo, capa por capa. Se intenta ubicar a los ancianos de Ciudad Luz.

—Ellos..., nadie de Nocturna, sabía de nosotros, de nuestra existencia subterránea hasta hace aproximadamente dos pares de años atrás.

La Maestra siempre se las había arreglado para pasar inadvertida nuestra existencia. Hemos vigilado de cerca y permanentemente a los Nocturnos desde hace dos décadas y no nos explicamos cabalmente el abrupto salto tecnológico que ellos han dado en estos últimos años... cinco años exactamente. *La Maestra* ha sido igualada en sus funciones en ese corto tiempo, tal vez superada, no lo sabemos exactamente. Es presumible que de aquí, de Ciudad Luz, haya salido dicha tecnología, de manera furtiva. Hay traidores...

Algo se mueve encima de la gran ciudad subterránea. Algo como un hálito o una poderosa fuerza inteligente y desciende mimetizado con un leve movimiento sísmico...

CAPITULO XIX

LA DESTRUCCION DE LAS URBES

La enorme tea, en forma de disco, situado en el zenit de la tarde, arde llevando toda su luz sobre una ciudad protegida por grandes domos de cristal. Estas burbujas, de varios cientos de metros de diámetro encima de manzanas urbanas, brillan dentro de un halo magnético naranja, y emergen en el centro de una jungla tropical. El verdor intenso de la jungla, está dado por los infinitos cordaitales y helechos arborescentes fanerógamos; junto a estos robustos árboles, abundan en menor abundancia las equisetíneas gigantes y los calamites. Las coníferas están en el inicio de una existencia... que seguramente será muy larga y provechosa, quizá para ellas el tiempo se contará en millones de años... En las tierras lejanas del norte, más allá de las grandes llanuras de hielo, esas especies vegetales existieron hace 400 millones de años, entre el Carbonífero y el Devónico. En la extensa selva brilla un caudaloso río, sus meandros son signos de interrogación y enmarcan una pregunta vital: ¿Existe otro tipo de vida que no sea la humana y vegetal? La respuesta está reservada para un momento aparte, mientras *psilofhitaes* y otras formas simples de plantas terrestres vasculares están evolucionando minuto a minuto.

Dentro de una de las mil burbujas de cristal flotando sobre el ubérrimo verdor, se encuentra el palacio de Blaal, un hermoso edificio piramidal construido de vidrio y metal líquidos. Blaal, con sus segundones: Flato y rudo, observa la plataforma de imágenes virtuales en la que aparece un montón de imágenes poco significativas del subsuelo. La vehemente búsqueda que realizan trata de encontrar algo lógico allá abajo... Nada... Nada...

Una proverbial masa encefálica, encerrada dentro de una esfera de metal líquido transparente y flotando encima de un caldo líquido y magnético, se encarga de esa insistente búsqueda ordenada por Blaal. No hay apéndice que salga de la masa cerebral, lo que significa que todo mensaje lo recibe o transmite a través de ondas cerebrales. Es una fábrica, lo mismo que *La Maestra*, de inagotable energía magnética y controla Nocturna. Toda la energía generada lo transmite, ¡sorpresa! a través de ondas

electromagnéticas, específicamente ondas de radio. Unos filamentos ópticos, provistos en su base con cúmulos de neuronas sintéticas, especializadas, en un punto muy importante del encéfalo se encargan de esa singularidad.

Algo como... una silueta humana se ha desprendido de ese cúmulo de neuronas y neuroglías en el momento de la orden dada. ¿Su razón de ser? Y flotando desciende bajo tierra con una sutilidad síquica.

Las enormes burbujas de cristal, protegen permanentemente a Nocturna de las altas temperaturas ambientales que sobrepasan los 35 grados Celsius en la sombra y de todo tipo de bichos nocivos que abundan en la jungla. Rechazan magnéticamente el calor innecesario, manteniendo una frescura agradable. Los edificios, son estructuras de vidrio y metal líquido que pueden modificar su aspecto programándolos con una orden oral, así se pueden ver bajo los coruscantes domos formas oblongas, prismáticas, esféricas, cóncavas, cilíndricas o de otras caprichosas formas abstractas coloreadas pero con equilibrio arquitectónico; muchas “construcciones” se modifican automáticamente de acuerdo a la dirección solar, y se las ve cambiar con las horas...

En Nocturna se suceden detalles humanos con infinita variedad. Unas exóticas gimnospermas, raras coníferas, muy abundantes en otros tiempos y ahora muy difíciles de hallar e indefensas por naturaleza a las potentes fitotoxinas de la salvaje floresta, son parte importante de un jardín de descanso y distracción, dan el perfume del solaz. Niños semidesnudos juegan con un dinosaurio manso en ese jardín; el animal no es más alto que los niños, ni más corpulento, pero es más rápido e inteligente. Detalles... que dan continuidad a otros detalles. Una libélula gigante, rozando con sus alas la superficie del estanque del mismo jardín, escoge volar luego por encima de los niños; para el dinosaurio doméstico ese insecto es su principal alimento, brinca y expulsando una lengua pegajosa lo captura y se lo come. El salto del animal es festejado por los niños. Detalles... que incluyen a otros detalles. Una pareja de ancianos contempla con callada alegría el retozo de los niños y de su amiguito reptil; en ese momento unas imágenes virtuales, con apariencia humana y voz telepática, que toman forma delante de la pareja los urge a abandonar su descanso: los necesitan en el centro de gobierno de Nocturna. Detalles...

Mientras tanto la silueta humana, brotada del cerebro continúa su descenso bajo el subsuelo. Sus atentos sentidos lo registran todo. Registra cada estrato subterráneo y su composición mineral de manera minuciosa y lo transmite al Gabinete de Blaal. De pronto se topa con un caparazón

de cerámica refractaria y magnética. Siente una repulsiva corriente del caparazón de cerámica, le duele como causada por una brasa quemante, pero preparada como está para estas contingencias neutraliza esos efectos modificando su vibración síquica y atómica de tal forma que atraviesa el grueso caparazón refractario con suma facilidad. Pero luego un siguiente caparazón de metal líquido lo succiona y atrapa como un imán a un pedazo de hierro... ¿Está perdida? No. Analiza cada componente físico, energético y síquico de esa formidable trampa, conociéndola a fondo es fácil atravesarla. La siguiente capa de vidrio líquido brilla con una intensa luz ambarina, ante esa luz sus instintos acaparan un miedo pegajoso e irracional: lo desconocido enerva, pero su intuición paralelamente deduce la constitución del blindaje, la alaba como magnífica... Y cuando está atravesando esa capa, es zarandeada y arrastrada por un torbellino que siente esquizofrénico e insondable.

En ese mismo momento, Blaal, y sus dos acompañantes sobre la mesa de metal líquido empiezan a recibir las imágenes distorsionadas de una pesadilla virtual; nada comprensible, un caos abstracto... Perdura. Si ellos pudieran, verían que *La Mayor*, como llaman a ese portento de cerebro, después de ser arrastrado por el remolino energético del blindaje que intentaba cruzar, es depositado semiinconciente en algo parecido a un erial desértico y sin vida. Cuando *La Mayor* se repone, puede darse cuenta que delante de sí se encuentra, mirándolo fijamente, nada menos que:

—¡*La Maestra!* —ruge sin poder contener un respingo de sorpresa.

El aspecto síquico de ambas contendoras es como el de dos gladiadoras desnudas, irradiando poder por cada poro. *La Mayor*, tras un rápido análisis, concluye que aquella, a cuyos dominios ha ido a caer, no le dejará ir sin antes destruirla, o en todo caso hasta someterla. Esto tiene que evitarlo y para ello tiene que imponer su superioridad, que considera lo más factible. Se yergue y como toda guerrera se apresta a combatir, su poderosa contextura asume un aspecto terrible a partir del momento. Ambas, escogen el arma predilecta de los antiguos guerreros *samurai* de Austral: una larga astilla de cristal cuya incandescencia es sostenida por la energía de la columna vertebral del portador. En ese desierto, sus pies se hunden en el reseco polvo y giran lentamente, midiéndose. En un momento, ambas embisten y de sus armas brotan chispas siseantes. En el violáceo cielo, suenan unos truenos y relámpagos.

Las enormes energías liberadas por el encuentro de *La Maestra* y de *La Mayor*, originan movimientos de tierra. La jungla prehistórica

tiembla... Vienen más temblores, cada vez más intensos... Minutos después un sismo la remece.

Los diplovertebrones, junto con otros anfibios de las marismas, emiten unos inusuales cánticos. Los sacudones de tierra han obligado a gigantescos insectos voladores a levantarse en espesas nubes; son vaharadas febriles y ruidosas... A un par de cientos de kilómetros ruge un volcán después de mil años de inactividad, con sus repetidos estridores, vomita abundante materia incandescente. La tierra se agrieta y despidе un susurro fatal...

La Mayor y *La Maestra*, en las entrañas de la tierra, luchando con toda la intensidad de los terremotos, se rasgan las carnes, se hacen heridas por donde se les escapa un poco de vitalidad cada vez. En ese sangriento dilema, *La Maestra* demuestra su superioridad superlativa, unos minutos después, cuando le produce a su contendora graves cortaduras en los brazos, piernas y abdomen, todo indica que ha vencido y se dispone a completar el resultado que desde un inicio era evidente, levanta su acera espada para descabezarla de un solo tajo y... ¡No sucede así!: de manera poco comprensible, *La Maestra* ha quedado estática ahí víctima de un vahído, ha soltado luego su arma y ha caído de rodillas... La explicación de esto último se encuentra en el corazón de Ciudad Luz, desde el momento en que Peritoo y sus dos secuaces fueron encarcelados, han estado intentando la fuga y encontraron el momento cuando *La Maestra* ha concentrado todas sus energías y atención en el combate, dejando vulnerable su enorme cerebro. Tras los cristales que a ambos los separa del portento neuronal, se las han ingeniado para dispararle, con un pequeño bastón escondido dentro de sus ropas, una de esas cápsulas mina que producen potentes venenos cerebrales. La cápsula ha alcanzado, vía ondas de radio, certeramente el prisma cúbico de plata y cristal líquidos y ha reventado todo su sutil veneno en el “vientre” que cobija al *Lábaro*.

Instantáneo ha sido el colapso del cúmulo de células cerebrales de *La Maestra*. Ha echado chispas convulsivas... y en un segundo todo indicio de vida se extinguió. Peritoo está eufórico.

Luego que *La Mayor* viera caer, delante de sí, a su mayúscula enemiga, no ha dejado de aprovechar la oportunidad. Soportando sus heridas, ha cogido su espada con la mano menos lastimada y con una furia vengativa e iracunda le atraviesa el pecho. No viene lamento alguno, sólo la sangre corre abriendo un cause rojo sobre la polvorienta arena.

En el Gabinete de Blaal, las imágenes virtuales distorsionadas y neuróticas dan paso a una nítida transmisión. Al instante son informados

de la derrota y destrucción de la poderosa *La Maestra*... y enseguida tienen el camino libre para acabar, con suma facilidad, con la urbe subterránea: ¡Basta, para ello, ordenar a *La Mayor* encargarse de hacerlo! y ella dejará correr sus corrientes magnéticas por todo el sistema nervioso y energético de lo que fue su contendora y podrá de esa manera llevar toda una desbocada energía que fundirá a Ciudad Luz con un fuego más grande que el termonuclear... ¡No hay apuro para destruirla, pero tampoco hay tiempo que perder! Pero...

¡Alguien también interpone en el camino de *La Mayor*! ¿Alguien? ¿Quién, si no hay cosa parecida con tanto poder como para ello? ¿Quién o que? En la memoria de *La Mayor* nada hay que indique, que la joven figura masculina que ha surgido de repente, sea la razón de ser de otro gran cerebro. Esa figura es un misterio y brilla con luz propia; la difícil mente de *La Mayor* no está preparada para identificarlo como humano; sin respuesta satisfactoria, lo intenta de otra manera, pregunta:

—¿Quién sois? ¡Dímelo!

En el inmenso arenal, esa voz suena como la del viento soplando sobre las dunas y produciendo un enturbiamiento del aire. Esus, utiliza el silencio como respuesta; y el sediento ambiente, cogiendo el mutismo del joven como si fuera un perfume raro, lo dispersa con repulsión. El enigma del perfume se difunde en vez de perderse; el mineral tiritita...

—¿Eres humano, verdad?

¿Cómo se llega a esa conclusión? Por intuición, y causa un respingo involuntario en Esus. Es una de las poquísimas veces en que este ha sentido alterada su permanente serenidad. Y su silencio ahora es una afirmación.

—Uno de los dos tiene que quedar vivo... humano. Eres poderoso, lo noto. Aquí no hay lugar para dos, tengo que destruirte. No tengo otra alternativa. ¿Estás de parte de la extinta *La Maestra*, verdad?... ¡Sí!, tu silencio me dice que sí... Pero puedes librarte de la terrible desavenencia que viene... Puedes salvar tu vida, para ello sólo tienes que someterte al poderoso Blaal...

Esta vez la silenciosa respuesta es negativa.

—Bien... Tú lo quieres, y sin dilaciones debo destruirte. Es una lástima: pudiste usar todas tus singulares capacidades... para beneficiar al mundo...

Hubo dicho eso, en el mismo momento de coger la feroz espada arrebatada a *La Maestra* y de lanzar una vertiginosa estocada... Su decepción es grande cuando observa que ese desconocido humano, ha esca-

pado sin un rasguño de sus matemáticas manos y sin tiempo para sorprenderse o para ponerse a la defensiva siente desprendérsele el brazo que no empuña su arma. Con un chorro de sangre manando de sus arterias cortadas, su extremidad cae sobre la arena; por un momento, la mano aún viva se crispa, manotea como queriendo sujetarse de algo salvador...

La gran selva prehistórica que alberga a Nocturna, tiembla espantosamente. Se desata un cataclismo de consecuencias espantosas. La tierra se abre y cuando se cierra dos segundos después, se ha tragado una gran porción de selva y con ella una tercera parte de Nocturna. Un polvo sucio se eleva y empaña el limpio cielo. Para la ciudad subterránea ese momento también ha sido peor, porque la mitad de su población ha sido arrasada con un derrumbe infernal.

La Mayor huye de su inmódico enemigo, se pasa a una subdimensión, de las muchas, de la dimensión mental. Allí habitan bichos, larvas y monstruos en descomposición. En ese ambiente lúgubre, pantanoso y lleno de agujeros pestilentes, trata de esconderse por un momento... Por un momento, el suficiente que le permita recuperarse de la dolorosa mutilación. El tiempo es su aliado y necesita de él para utilizar su fohat izquierdo, esa energía sexual luciferina que le ayudará a regenerar el brazo perdido. Se hunde dentro del barro maloliente, confundándose con las larvas repulsivas, imita el sinuoso reptar de estas... Pero a Esus es imposible engañarlo, revolviendo el lodo con su mirada intuitiva, la descubre. *La Mayor* otra vez tiene que huir y dejando un inconfundible rastro de sangre sinuosa, busca la protección de otra subdimensión de la mente; en ese nuevo lugar la aparente limpieza angelical será su mejor aliada. La música celestial, las luces gloriosas, los aromas de paraíso, confía, serán su mejor disfraz.

Mientras tanto, Blaal, en su gabinete, enterado de todo lo sucedido en las dimensiones sutiles bajo tierra entre el colosal cerebro y su desconocido oponente, se dispone a invadir la moribunda ciudad subterránea. Sabe que no habrá otro momento, si *La Mayor* fracasa la oportunidad habrá pasado. Transcurridos cinco minutos, miles de hombres descienden a las profundidades del subsuelo trasladados por teletransportadores; llevan mortales armas y una sola consigna: matar a todos. Los hombres y mujeres supervivientes de Ciudad Luz, carentes de la principal fuente de energía, están preparados para repeler ese masivo ataque, no hay duda que el choque que viene será cruel y sangriento. Quirón y los Venerables, necesitan saber, como le va a Esus en la dimensión mental; de vencer *La Mayor* todo estaría perdido para ellos, saben que la vanidad de su enemi-

go no estaría satisfecha hasta eliminar al último hombre de la ciudad subterránea y al último, por insignificante que fuera, vestigio de civilización enemiga que permaneciera intacto.

El cuerpo físico de Esus, sumido en la más profunda meditación, permanece estático sobre uno de los mullidos sofás de metal líquido. La paciencia intranquila de los ancianos, contrasta notoriamente con la serena introversión de Atenea. La hermosa chica ha seguido de cerca cada paso decisivo del joven en ese ambiente síquico.

La cuidadosa búsqueda de Esus, entre arquetipos edénicos, le sirve para dar con *La Mayor*, a quién encuentra ¡escondida dentro del perfecto cuerpo desnudo de una hermosa diosa griega de cabellos plateados! ¡Cura, *La Mayor*, sus heridas dentro la diosa de la sabiduría! Para Esus, aquella maravillosa mujer ahora no es otra cosa que una gorgona hediendo a traición, y de un rápido tajo le arrancar la cabeza. Una descarga eléctrica escapa por la herida recién hecha, donde médula hueso y sangre comparten un horroroso drama. Y se acabó...

Se desata un huracán en ese universo síquico. Unas fauces invisibles, tienen el suficiente apetito como para devorarlo. Destellos eléctricos aderezan cada bocado. En la confusión, Esus, tiene que utilizar de toda su lucidez concientiva para no desaparecer arrastrado con el entorno... La naturaleza entera gime.

Decenas de volcanes nacen con un estruendo jamás conocido sobre la superficie continental de Austral. En cuestión de minutos miles de hectáreas de bosque lujuriente son tragadas por la tierra o quedan sepultadas bajo un pesado manto incandescente de material volcánico. La jungla Devónica y Carbonífera, desaparece en una basta extensión; repentinamente el día se transforma en noche gracias al espeso humo y al polvo en suspensión. Ese manto de humo y polvo se expande siniestramente y se nota que tiene la funesta intención de abarcar todo lo concebible y permanecer durante un largo tiempo... el suficiente como para destruir todo signo vital que se encuentre dentro de ella.

El caudaloso río y sus atractivos meandros repletos de vida anfibia y reptiliana, desaparecieron en contados segundos entre bocanadas y turbonadas de vapor mal oliente y cenizas. Con el río, la metrópoli de domos también ha sido destruida, nada queda de ella.

La naturaleza entera gime.

CAPITULO XX

EL ANCIANO DE LAS ROSAS

Un espantoso temblor de tierra ha derribado a Blaal y sus segundos. Todo el edificio que alberga su Gabinete ha dejado de recibir energía y se ha cortado toda comunicación. En Nocturna, la carencia de energía permite que todo aquello de medianas dimensiones que fuera de metal y vidrio líquidos, faltos del magnetismo que los cohesionaba y daba forma a voluntad programada, empieza a correr como simple líquido, chorea y parte de ello se solidifica luego como el hielo en el piso. Blaal, no ignora que la falta de energía también afectará a todos los edificios y a las invulnerables burbujas que protegen las manzanas de edificios, su anticipación no es vana, y preocupado, segundos después, le toca presenciar la reducción de los domos, como cera tocada por el fuego, a simples montículos de vidrio alrededor de las manzanas de edificios...

Los volcanes recién formados y en erupción vomitan candente material encima de los edificios desprotegidos. Blaal, impotente e iracundo lanza un grito desesperado, que bien pudo oírse a varios kilómetros a la redonda, cuando la tierra se abre y masticando con saña traga a su ciudad en repetidos bocados. Luego el caos tiene la libertad de emitir todos los ruidos y eructos que quiera sin ser interrumpido.

El palacio de Blaal se desintegra encima de él. La misma suerte les toca a los demás edificios.

En el subsuelo, Esus, vencedor, ha vuelto a su cuerpo tridimensional en el momento en que lo poco que queda indemne de Ciudad Luz es zarrandeado por las colosales fuerzas de la tierra y se parte y se aplasta como un huevo. Pese a su fragilidad, el Gabinete de los Ancianos soporta el pavoroso cataclismo. En la aparente calma que viene luego y en medio de la espesa oscuridad, Quirón enciende una diminuta lámpara incrustada en su anillo y quitándoselo del dedo lo introduce en una ranura de su escritorio de vidrio líquido ya coagulado. Enseguida se llena de luz todo el gabinete; el anillo también sirve para activar un sistema de comunicación para emergencias, tras un intento se comprueba que este diminuto adminículo no sirve...

—Tengo la presunción —rompe el silencio el viejo líder, dubitando—. No..., no tengo la presunción, más bien tengo la certeza... casi la certeza de que somos los únicos sobrevivientes de Ciudad Luz. La colosal furia de la naturaleza que nosotros mismos hemos despertado y alimentado finalmente no hemos podido controlar y fue nuestra perdición... Espero equivocarme. Ojalá que las entrañas de la tierra sean benevolentes... para con mi pueblo. No podemos quedarnos aquí, sería tentar a la suerte; debemos salir de aquí ahora mismo.

Y guía a todos los ancianos y a los dos jóvenes hasta un compartimiento contiguo en la penumbra. Allí entre paredes combadas y deformadas por las increíbles presiones externas y de entre un revoltijo de cosas, cogen los negros trajes de última generación, que bien conocen Esus y Atenea. Minutos después, todos, ancianos y jóvenes, visten esos atuendos y cargan pesadas mochilas en espaldas y pechos.

—Hemos previsto una situación tan trágica como esta —vuelve a paladear palabras el viejo Quirón, con una expresión anímica nunca vista en él, es una serenidad parecida a la que proviene después del llanto—. Gracias a ello contamos con estos compartimientos casi invulnerables, por lo visto. En ellas guardamos reservas... vituallas, alimentos, atuendos, armas... Hay cientos de estos compartimientos distribuidos en toda Ciudad Luz... quiero decir, en lo que fue Ciudad Luz. En una emergencia, el pequeño cerebro del almacén “lee” las emociones del necesitado y deja abierta una puerta blindada; luego se encienden las luces en el interior del almacén, suministradas por una batería empotrada en algún lugar de la estructura, y una voz les indica lo que deben hacer...

”Bien y ahora que todos estamos preparados, la misma batería del almacén dará la energía suficiente al teletransportador que nos sacará de aquí. Seremos trasladados a un lugar seguro, dentro de los 100 kilómetros a la redonda de la superficie continental. Dios quiera que no me haya equivocado al escoger el lugar... seguro. ¡Allá vamos!

Del cubículo blindado, pasan a un yermo humeante, al pie de lo que fue una ciclópea conífera de 30 metros de diámetro y más de 100 de alto. Del cielo una continua caída de ceniza caliente y pedruscos calcinantes les insta a alejarse; antes activan todas las funciones protectoras de sus trajes. La atmósfera cargada de vapores nocivos es propicia para la extinción de cualquier vida orgánica; les llevará muchas horas de camino, días si es preciso, para alcanzar el punto de reunión fijado para un eventual caso como el que viven. Deben dirigirse a un punto geográfico más al Sur. Los sensibles instrumentos meteorológicos que portan en sus atuendos les

indican que el terremoto pasado fue un acontecimiento planetario, un colosal acontecimiento magnético poco sensible en los continentes de donde procede Esus. La masa planetaria ha dado un tumbo y se ha inclinado unos cuantos grados de su habitual posición galáctica; eso ha sido suficiente como para que las placas tectónicas que conforman la superficie continental tiemblen momentáneamente y dejen fisuras por donde se escapa desde el subsuelo, cantidades astronómicas de gases a alta presión y material semilíquido incandescente. Nacen miles de volcanes en breves momentos; muchos de ellos permanecerán activos durante muchos años o siglos y otros se apagarán en corto tiempo después de contribuir con la mayor de las desolaciones que le ha podido ocurrir al planeta. Gran parte de los seres vivos han perecido abrazados por las cenizas candentes o asfixiados por los gases, si no fueron aplastados por las montañas que se vinieron abajo o tragados por la tierra; otra gran cantidad de ellos morirá en los siguientes días y los que sobrevivan tendrán que enfrentarse al más riguroso invierno planetario: ¡Una era glacial! como no la hubo antes y que seguramente durará miles de años.

Sin duda, los hielos avanzarán y cubrirán con gruesas capas gran parte del planeta... y tal vez, en algunos valles templados que la suerte invente, el milagro de la vida palpita esperando un nuevo amanecer, propicio, cálido y benigno...

A dos semanas de caminata, la condición física y síquica de Esus, es la única que no ha sufrido mella alguna. El constante desplazamiento, el sueño no satisfecho a plenitud, la carencia de algunos de los elementos que la civilización brinda para la comodidad física, está permitiendo una nueva adaptación. Los interminables valles carbonizados, el fango ya congelado de lo que en su momento fue un caudaloso río lleno de vida, los farallones ennegrecidos de rocallosas montañas cubriéndose de nieve sucia, planicies muertas con miles de cadáveres de dinosaurios que buscaban y no encontraron un escape, llenan el espíritu de nostalgia.

En un bosque de tocones humeantes, Esus tiene la sensación de percibir vida. Con un ademán indica que él se adelantará para averiguarlo y en algunos minutos de silencioso desplazamiento divisa a un enorme reptil de siete metros de alto, lastimosamente quemado y casi mutilado. Reconoce en esa criatura a un predador bien conocido: ¡un alosauro! El animal sobrevive, pese a sus terribles heridas, gracias al microclima favorecido por un manantial de aguas termales. La abundancia del líquido, brotando a borbotones hirvientes, y ruidoso, mitiga el intenso frío y sus vapores se condensan formando charcas de agua dulce bebible entre las

rocas. Esus está seguro que en las cercanías hay muchos otros animales que han sobrevivido; el alosauro, sin verlo, se aleja en línea recta rumbo a un montón de huesos y carne semidevorada. Cuando el joven regresa con los ancianos y la muchacha, continúan la marcha; han sumado el agua necesaria a la que llevan y les servirá para cruzar el oscuro erial que tienen por delante.

Una semana después, han alcanzado el punto previsto para la reunión. El hecho de no encontrar a nadie, aparte de ellos, les hace concluir que son los primeros en arribar... El lugar es una meseta de piedra, el punto más alto de un valle muerto poco tiempo atrás, sus 10 kilómetros de diámetro, albergan a todo un castillo con las dimensiones de una ciudad; labrada aparentemente por la naturaleza en la misma roca de granito rojo. El castillo tiene aspecto onírico y el manto ceniciento que lo cubre le da un aspecto desastroso; es una escultura de piedra hecha por gigantes hiperespaciales y debe perdurar... por siempre. El Venerable Quirón está enterado de que el magno alcázar con una fachada de farallón de 30 metros de alto, posee innumerables compartimientos en su interior y por lo tanto tiene que tener una entrada: no ven ninguna. Posiblemente será difícil encontrarla, según lo deduce el anciano, pero Esus suprime toda dificultad, demostrándolo luego: sin dudar ni un instante se aproxima al peñasco y le dirige su intensa mirada. Enseguida, delante de sí, la roca parece licuarse y escurrir para dar forma a una puerta. Por ella entran.

Allá adentro una dimensión onírica los envuelve. Los conceptos de largo, ancho y alto no existen o simplemente están modificados de acuerdo a leyes pentadimensionales. Recorren un largo corredor, que flota en un inmenso espacio violáceo, como una cinta; una música suave y sideral los acompaña. La extrema longitud del pasadizo espacial indica que deberán caminar por horas... pero no sucede de esa manera, sino que el pasadizo se trunca unos pocos pasos después desapareciendo como un suspiro sin importancia y dejándolos en el interior de un salón. Aquí, un incienso filosofal emana de cada centímetro cuadrado de piedra antiquísima. Junto a las paredes del salón, en una esquina misteriosa, del pecho de un dragón estilizado en cristal de piedra negra, cuelga un escudo con blasones divinos. En otros lugares del salón, rodeados de perfumes enigmáticos, otras tantas figuras mitológicas, llevan sendos blasones, once exactamente: aquí una serpiente voladora fabricada con los colores del iris, allá una esfinge líquida como el agua sostenida por una tensión superficial desconocida, en esta parte un caballo volador emergiendo de un crisol de incandescente metal líquido... y en otras tantas figuras tan actuales como

hace millones de años. Los hálitos que emanan de los blasones son como los de una profecía, de una oración o como el cántico de una madre gestando a un dios en su vientre... Misterios... Misterios...

Una corta espera es la llave para abrir una puerta y tras de ella surge un personaje de túnica áurea y rostro místico. Con una genuflexión, y sin necesidad de presentación, susurra unas tenues palabras:

—Sois reyes allá —se refiere al mundo que han dejado los ancianos tras la hecatombe—. Aquí tan sólo se reconocen los verdaderos valores. Los valores que podéis haber atesorado con supremo esfuerzo y desinterés aquí son de vital importancia. Allá, sois reyes maestros, aquí novicios... Allá gobernáis personas, aquí os gobernáis.

Para los ancianos lo que oyen no es una novedad. Tal vez alguno de ellos sienta en su interior la vocecilla del orgullo pidiendo una reconsideración: ¡no pueden ser novicios! Para Esus y Atenea esas palabras atizan la intuición, son un estímulo maravilloso para sus temblantes interiores.

—Sígueme... Os invito.

Unos instantes después los recién llegados son conducidos hasta un singular jardín. El mármol, con todas sus tonalidades de color, exclusivamente el blanco y el negro, dan forma a un maravilloso paraíso de formas arquitectónicas imposibles de encontrar en un mundo de tres dimensiones. Un río perenne alimenta los delgados hilos de agua que corren sobre canales de mármol y dan vida a varias piletas... superlativamente hermosas. Entre las plantas del jardín, muchas de ellas desconocidas, se encuentran unas vistosas rosas rojas, que emiten perfumes con una pureza más allá del bien o del mal. Las flores, las raíces y los tallos de las plantas del jardín, que son poco más que etéreas, emiten los sonidos de una sinfonía sideral. Nadie llegado a sus inmediaciones puede dejar de sentir una voluptuosidad mística; es tan evidente que la música evaporada de las plantas, convierte en sonidos las sensaciones internas humanas... ¡Maravilloso! Aparte un corpulento árbol, con más años que la historia terrestre, se mantiene vigoroso..., de su sabia se alimenta el jardín.

Un anciano de túnica sencilla acicala amorosamente las plantas y flores del jardín. A él se dirigen los recién llegados en silencio. El anciano al sentirlos llegar deja sus preciadas plantas y les dirige una amorosa mirada. Tan sencilla, tan inocente y tan profunda es esa mirada, que nada parece ignorar de las personas que a él llegan; les ofrece una mirada eterna. Sus blancas manos, la negra tierra...

—Me alegra que hayan venido —dice el anciano jardinero—. En esta morada siempre hay un lugar para el viajero... y para los que deseen quedarse.

A Quirón le parece oportuno hablar. Se expresa con entusiasmo:

—Venerable *Kabir*... Estamos de paso. Pero le suplico a usted que nos permita quedarnos el tiempo necesario...

El tiempo necesario, ¿para qué? La vida es manejada por los *Maestros del Karma*. Los caminos que toda persona toma, fueron diseñados por estos. Nadie sabe donde estará mañana... aparte de ellos, los *Maestros del Karma*... y algunos seres humanos muy especiales. Comprensivo el viejo jardinero sólo replica:

—Bien. Quédense el tiempo que ustedes deseen.

Los Venerables están confundidos, la mirada profunda del anciano les ha recordado que nada deban esperar del exterior, ni del pasado. Todo lo tienen en su interior, el camino siempre es hacia delante. Les está repitiendo lo que ellos conocen muy bien, les está recordando lo que no han interiorizado con la debida hondura: "...Es importante fabricar los propios cuerpos internos, esos cuerpos que no perecen jamás, y que todo lo demás... la vida entera, es un medio para lograrlo".

Y el viejo jardinero vuelve a hablar, esta vez dirigiéndose a ambos jóvenes:

—Esus, tu, tienes que volver al mundo que dejaste muy al norte. No era necesario que yo te lo dijera; tu ya tomaste esa iniciativa con anticipación... es como si yo te lo estuviera afirmando sólo que en voz alta. Eres más útil allá que acá... Tienes grandes proyectos que realizar en un mundo destinado a su propia destrucción... Ese mundo tiene un *karma* planetario demasiado triste, espantosamente triste, muy por debajo del *karma* de Austral... bien lo sabes... Tu mundo nació con un *karma* doloroso y es inevitable; todos sus habitantes están sumamente "dormidos" y a nadie le importa "despertar". Se inculca el odio, antes que el amor, la enemistad antes que la hermandad, el orgullo antes que la templanza, la lujuria antes que la castidad, la mentira antes que la verdad... se le da más importancia a los títulos académicos antes que a los valores positivos, se desdeñan las virtudes como algo anticuado. Sus traumas y complejos crecen minuto a minuto... No, no hay necesidad de repetir toda una lista de... lo que tu bien conoces.

"Y tu, Atenea, has tomado también tu propia decisión... Te sientes unida al hombre que amas y así continuará... irás adonde él vaya. ¡No me queda otra cosa que darles mis bienaventuranzas!

La voz del anciano jardinero se transfigura y también sus agradables facciones de edad indefinida. Continúa hablando:

—Esus, viniste hasta aquí buscando a alguien muy querido, tuyo. A alguien muy cercano, tuyo. Si sigues esa senda de granito diamantino, te conducirá a una recámara... donde tendrás la respuesta a esa búsqueda. Allí tendrás la respuesta y la calma a todos los pesares que encontraste en el camino... ¡Qué esperas, ve!

Esus intuye que en esas palabras también está escondida una despedida. Unos minutos después, en la recámara señalada, exclama lleno de genuina alegría:

—¡Teutates! ¡Hermano!

Y abraza a ese querido ser suyo, en lo apartado del mundo. Lo siente más delgado pero lleno de dinámica vitalidad voluntaria, es como si todo él estuviera inmerso en una permanente vigilia concientiva. No puede dejar de advertir, también, la agradable ausencia de algunos de los temores que siempre acosaron a su hermano. No, ahora no los tiene, los ha eliminado por completo de su interior, y eso exterioriza en él un sello de luz que cualquier persona puede ver y sentir sin esforzarse demasiado. Luego lo oye decir, con una voz un tanto modificada:

—¡Hermano! ¡Esta es la mayor alegría que me ha dado la vida! Conociéndote bien ¡sólo tú podrías llegar hasta estos remotos parajes! ¡*Ea*, qué maravilla! ¡Estoy genuinamente impresionado, llegas por tus propios medios, pues... a mi se me auxilió más de lo debido para alcanzar lo mismo!... ¡Me alegro!, lo repito.

Luego los dos hermanos se separan; sus ojos son dos elocuentes medios de comunicación intuitiva. Rememoran de manera instantánea, sin necesidad de palabras, todos los gratos momentos que les ha tocado vivir en el pasado: de infantes, de niños, de adolescentes, de jóvenes... Atenea, con sutilidad femenina ha captado cada uno de esos detalles, velocísimos, sin perder ninguno, los encuentra coloridos, son vivencias llenas de poesía filosófica. Luego ella es aludida, e interviene en la conversación diciendo:

—Esus, me ha hablado mucho de usted...

—Llámame Teutates, así me siento más cómodo.

—Está bien, Teutates.

—Gracias. No nos quedemos aquí, parados, pasemos a mi humilde habitación.

Su humilde habitación es nada menos que el portentoso laboratorio del etérico castillo. Allí, maravillosas máquinas funcionan silenciosamente, manipuladas por un centenar de personas ataviadas con blancas

ropas esterilizadas. “Sin duda”, susurran los interiores de Esus, “son máquinas muy inteligentes. Están controladas por neuronas artificiales. Tal vez la ciencia de las tierras de donde provengo, logren ese nivel en miles de años más... Son máquinas que pueden autoreplicar su tejido de metal líquido, cristal líquido, cerámica líquida y mineral líquido... una forma de carne moldeable según la circunstancia y la utilidad, gobernado por un individual cerebro sintético... Son máquinas de funciones fabulosas... que sólo la intuición está autorizada para describir”.

—Vean —continúa Teutates, emocionado—, esta fabriquita es una de las pocas que existen en el planeta... quiero decir en Austral. *La Ermita*, como llamamos a este castillo de ensoñación o vigilia permanente, es el tercero con respecto a adelantos tecnológicos y científicos... y se me ha hecho el mayor honor al pedirme que la administrara. Es mucho lo que tengo que aprender de ella; me esfuerzo en ello, se que cuando más conozca de mis interiores, más sabré de ellas. En esto, es de vital importancia el conocerse a uno mismo, dentro de uno mismo, a sí mismo: en esto está la respuesta de todo...

Solución trascendental.

—...Estoy seguro, que ustedes quieren saber pormenorizadamente de cómo llegué hasta estas regiones apartadas del mundo. Pues bien, escuchen. Yo me hallaba investigando en la zona ártica un extraño arco iris que surgía y desaparecía alejándose rápidamente hacia el centro mismo del polo. Para un científico como yo, la existencia de un arco iris o una aurora austral con aspecto de torbellino en una región de hielos, es imposible y su existencia me hizo organizar una expedición para investigar su origen, trayectoria, y todo lo concerniente a su naturaleza. Lo seguí por varias semanas y de repente, cuando me encontraba exhausto, solo, sin alimentos, casi congelado, el torbellino se posó sobre mí y me absorbió... Esa absorción me teletransportó hasta este lugar sagrado. *El Jardinero*, que regenta esta magnífica mansión, construida hace millones de años, me invitó a conocer su fabriquita, como él lo llamó en ese momento, y me pidió mi consentimiento para quedarme en ella. Yo, al punto acepte luego de contemplar todas las maravillas que alberga...

—Sin duda, se te ve feliz, hermano.

—No lo puedo negar. Y mi vida ha cambiado... Mi vida anterior, ahora analizada, es insignificante. Antes me desvivía por conseguir honores que el mundo da. Debía complacer a la gente para recibir su aprecio, sus títulos. Hoy no, tengo que estar conforme conmigo mismo, ya no me

someto a los gustos de los demás. En este momento no tengo más superior que “aquello que mora muy dentro de mí”: mi Padre Interno

”Hablar de mi insignificancia es engorroso, dejémoslo a un lado. Es importante la historia de esta mansión, cuyo origen se pierde en la oscuridad del tiempo. Nadie me ha hablado de su origen y no he querido profundizar en ese tema.

”De lo que sí pude enterarme sin necesidad de hacer preguntas, porque toda esa información está bien detallada en unos viejos libros del *Biblión*: la biblioteca del castillo, es de sus varios regentes. Cada uno de ellos gobernó *La Ermita* sabiamente durante varios miles de años, alguno lo hizo en un periodo de 100 mil años. El actual Jardinero ya lleva 10 mil años... ¡Veo que no te sorprendes, Esus!... Si no te conociera... bien dejemos eso, a medida que pasen los días, si eso fuera posible, te iré dando más detalles sobre los *Jardineros* y sus milenarias vidas.

”Con el transcurso de los años, de los cientos de miles de años, *La Ermita* en vez de envejecer se va sutilizando. Transmuta sus átomos de piedra, por las de una materia desconocida y sutil. Hay alquimia en ese lento proceso donde la materia pétreo va penetrando en otra dimensión... superior. Ustedes pueden ver que gran parte de *La Ermita* ya tiene la consistencia de un perfume... De sus pozos brotan un elixir... —aquí Teutates interrumpe su alocución y luego de una pausa concluye—: Me están llamando, Esus; me llaman desde el *Relámpago*: el centro de estudios que trata sobre la traslación de impulsos vitales por el cosmos. Tengo que acudir en unos minutos...

—Hermano —susurra Esus—, me alegro que hayas decidido quedarte administrando estas maravillas. Te va bien.

—Esus, te confieso que mi vida de investigador sobre los hielos polares y los viajes que tuve que realizar con cierta frecuencia a tierras no congeladas, estaban empezando a hastiarme. Esas idas y vueltas, junto a los estudios polares que nosotros hacíamos para que algunos otros se llenaran de dinero, me aterraba. Sentía que mi vida era vacía. Sabía que en cualquier momento podría ser desechado como un objeto inútil, podría ser jubilado...

”Aquí eso de cansarme será imposible. Será imposible hastiarme. No hay límites para el conocimiento y nada se maneja con cálculos interesados. Toda la tecnología lograda aquí es para el bien de los mundos y de los seres que lo habitan. A muchos mundos se hace llegar los conocimientos y la tecnología anónimamente, previo análisis de su realidad

concientiva. A otros mundos, se les hace llegar abiertamente, y son los adelantados en conciencia.

”Aquí soy semejante a un niño, apenas estoy aprendiendo a balbucir. Tengo tanto que conocer, tanto que aprender. Tengo tanto por conocerme... Perdona que sea reiterativo, es que no tengo otra manera de expresar mi alegría. Nada de esto me sucedería allá... en “ese mundo”.

”En otro momento, para mí, toda noticia de “ese mundo” tenía una trascendencia superior a lo que debería tener... me importaba estar bien informado de todos sus adelantos, hoy me parece baladí: es principal una investigación dentro de uno mismo... uno debe estar bien informado de todos los procesos que se suceden en su interior... Bueno, creo que he hablado mucho sobre mi insignificante persona y poco sobre este grandioso lugar. Ahora, antes de retirarme, sólo me viene una pregunta para ustedes...

Teutates parece haber perdido la pregunta que iba a formular y la busca en su magín mientras los mira con fijeza.

—¿Qué es hermano?

—En realidad es una invitación... Me llenaría de gozo que ustedes decidieran quedarse con nosotros... Les invito, a ti Esus y a ti también Atenea, a quedarse con nosotros...

—No hermano...

—¿Entonces definitivamente se van? Bueno, no pudo hacer nada más por deteneros. Pueden irse cuando quieran. Hoy mismo, mañana o cuando ustedes lo deseen. El mismo torbellino iris que me trajo, los llevará a ustedes hasta donde mejor prefieran. Una máquina se encarga de crear ese torbellino. Dentro del torbellino, todo cuerpo sea orgánico o inorgánico es convertido en fotones y de esa manera es trasladado a la velocidad de la luz... Podemos enviarlos de otras maneras... conocemos varias maneras... más naturales. No tenemos necesidad de naves, ellas resultan demasiado primitivas y onerosas para nosotros...

—Teutates, gracias por la invitación. Sólo nos quedaremos aquí una semana...

Rhuayna

Novelista, Poeta, Pintor.

Ha escrito cuatro novelas:

**Ingénito, Nigérrimo, El anciano de las rosas,
y Transparente.**